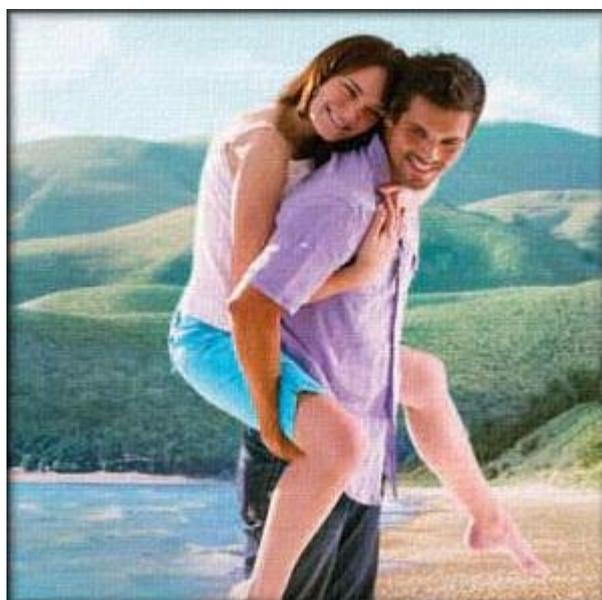


Susan Mallery



AMOR EN FOOL'S GOLD, 3 - LAS HERMANAS KEYES, 4

SIMPLEMENTE PERFECTO

*A Jenel;
igual que Pia, eres organizada, entregada y encantadora.
Fool's Gold estaría perdido sin ella
y yo estaría perdida sin ti.
Mil gracias por todo lo que haces*

ÍNDICE

Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	27
Capítulo 4.....	37
Capítulo 5.....	49
Capítulo 6.....	59
Capítulo 7.....	68
Capítulo 8.....	79
Capítulo 9.....	88
Capítulo 10.....	98
Capítulo 11.....	108
Capítulo 12.....	118
Capítulo 13.....	129
Capítulo 14.....	138
Capítulo 15.....	148
Capítulo 16.....	158
Capítulo 17.....	167
Capítulo 18.....	177
Capítulo 19.....	186
Capítulo 20.....	196
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	204



Capítulo 1

—¿Cómo que me ha dejado los embriones? Se supone que yo me quedo con el gato —Pia O'Brian se detuvo lo suficiente como para llevarse la mano al pecho. El impacto de oír los detalles del testamento de Crystal había sido suficiente como para detener el más fuerte de los corazones y el de Pia estaba dañado por la pérdida de su amiga.

Se sintió aliviada al ver que su corazón aún latía, aunque la velocidad a la que bombeaba era de lo más desconcertante.

—Es el gato —repitió, hablando lo más claramente posible para que la bien vestida abogada que tenía sentada en frente la comprendiera—. Se llama *Jake*. No soy una persona que le gusten los animales, pero hemos hecho las paces. Creo que le caigo bien, aunque cuesta saberlo porque es muy reservado. Supongo que igual que la mayoría de los gatos.

Pia pensó en llevar al gato para que la abogada lo viera con sus propios ojos, pero no estaba segura de que eso fuera a servir de algo.

—Crystal jamás me dejaría a sus bebés —añadió con un susurro, principalmente porque era verdad. Ella no había tenido instinto maternal en toda su vida. Ocuparse del gato ya había sido un gran paso para ella.

—Señorita O'Brian —dijo la abogada con una breve sonrisa—, Crystal fue muy clara en su testamento. Ella y yo hablamos en varias ocasiones durante el avance de su enfermedad. Quería que usted se quedara con sus embriones. Solo usted.

—Pero yo... —Pia tragó saliva.

Embriones. En alguna parte de un laboratorio habría tubos de ensayo congelados u otros contenedores y dentro de ellos se encontrarían esos potenciales bebés que su amiga tanto había anhelado.

—Sé que es un impacto —dijo la abogada, una elegante mujer de unos cuarenta años ataviada con un traje de chaqueta—. Crystal dudaba si decirle o no lo que había hecho. Al parecer, decidió no decírselo antes de tiempo.

—Probablemente porque sabía que intentaría convencerla de lo contrario —murmuró Pia.

—Por ahora, no tiene que hacer nada. Las tarifas de conservación están pagadas durante los próximos tres años. Hay algunos documentos que rellenar, pero podemos ocuparnos de ello más adelante.

Pia asintió.

—Gracias —dijo y se levantó. Una breve mirada a su reloj le dijo que iba a tener que darse prisa o llegaría tarde a su cita de las diez y media en la oficina.

—Crystal la eligió por una razón —dijo la abogada mientras Pia caminaba hacia



la puerta.

Pia le lanzó a la mujer una tensa sonrisa y fue hacía las escaleras. Unos segundos después, ya estaba fuera, respirando hondo y preguntándose cuándo dejaría de girar el mundo.

Eso no podía estar pasando, se dijo cuando echó a andar. No podía ser. ¿En qué había estado pensando Crystal? Había docenas de otras mujeres a las que podía haberles dejado los embriones. Cientos, probablemente. Mujeres a las que se les daban bien los niños, que sabían cocinar, reconfortarlos y tomarles la temperatura con el dorso de la mano.

Ella ni siquiera podía mantener viva una planta y se le daba fatal dar abrazos, tanto que su último novio se había quejado de que ella siempre era la que se separaba primero. Probablemente porque el hecho de que la abrazaran demasiado rato hacía que se sintiera atrapada, y ésa no era exactamente una buena cualidad para una madre potencial.

Su estómago estaba cada vez más agitado. ¿En qué había estado pensando Crystal y por qué? ¿Por qué ella? Eso era lo que no podía entender. ¡Cómo había podido su amiga tomar una decisión así sin ni siquiera mencionárselo!

Fool's Gold era la clase de lugar donde todo el mundo conocía a todo el mundo y era difícil guardar secretos, pero al parecer, Crystal había logrado romper con las convenciones y guardarse una gran cantidad de información.

Pia llegó a su oficina. La primera planta del edificio albergaba varios negocios de ventas al por menor: una tienda de tarjetas, una tienda de regalos y pastelería donde vendían los mejores dulces y Libros Morgan. Su oficina estaba arriba.

Al llegar al segundo piso, vio a un hombre alto de pie junto a la puerta de su despacho.

—Hola —dijo ella—. Siento llegar tarde.

El hombre se giró.

Había una ventana detrás de él, así que no pudo verle la cara, pero sabía las citas que tenía por la mañana y el nombre del hombre al que tenía que ver. Raúl Moreno era alto y tenía unos hombros enormes. A pesar del inusual frío día de septiembre, no se había molestado en ponerse una chaqueta. Por el contrario, llevaba únicamente una camiseta con el cuello en V y unos vaqueros oscuros.

«Menudo hombre», pensó sin darse cuenta. Y tenía sentido. Raúl Moreno era un exjugador de fútbol americano, había jugado con los Cowboys de Dallas. Después de diez años, se había retirado cuando estaba en lo más alto y había desaparecido de la vida pública. El año anterior, había aparecido en Fool's Gold para participar en un torneo de golf benéfico. Por razones que no lograba entender, él se había quedado allí.

Según se acercaba, pudo ver esos grandes ojos oscuros y ese hermoso rostro. Tenía una cicatriz en la mejilla, probablemente por haber protegido a una anciana durante un asalto callejero. Tenía reputación de ser un tipo simpático y ella tenía la regla de no confiar jamás en la gente simpática.

—Señorita O'Brian —comenzó a decir él—. Gracias por recibirme.



Ella abrió la puerta del despacho y le indicó que entrara.

—Pia, por favor. Ya me van acechando mis años de «señorita O'Brian», pero aún no estoy preparada para que se dirijan a mí de ese modo.

Él era tan guapo que bien podía haberla distraído. Bajo otras circunstancias, probablemente habría sucedido, pero en ese momento estaba demasiado ocupada preguntándose si los tratamientos de quimio le habrían dañado el cerebro a Crystal. Su amiga siempre había parecido muy racional, pero estaba claro que eso no había sido más que una fachada.

Pia le indicó a Raúl que se sentara frente a su escritorio y colgó su chaqueta en el perchero.

Su despacho era pequeño, pero funcional. Tenía una habitación principal de buen tamaño con un calendario de los últimos tres años que cubría la mayor parte de una pared.

Pósteres de distintos festivales celebrados en Fool's Gold ocupaban el resto de la pared. Tenía un almacén y un aseo en la parte trasera, varios armarios y un archivador compulsivamente organizado. Normalmente seguía la regla de ir a hacer visitas en lugar de recibirlas, pero en esa ocasión había resultado más práctico y había tenido más sentido que Raúl se pasara por su despacho.

Claro que eso había sido antes de descubrir que le habían legado tres posibles hijos congelados.

Fue hacia la pequeña nevera que tenía en una esquina y le dijo:

—Tengo refrescos light y agua, aunque tú no tienes pinta de hacer dietas.

Él enarcó una ceja.

—¿Estás preguntándomelo o diciéndomelo?

Ella sonrió.

—¿Me equivoco?

—El agua está bien.

—Lo sabía.

Sacó una botella y una lata de refresco y volvió al escritorio. Después de darle la botella, se sentó y miró el bloc amarillo que tenía delante. Había algo escrito en él; podía distinguir algunas letras, pero no palabras enteras y mucho menos frases.

Se suponía que tenían una reunión sobre algo. Eso estaba claro. Ella se ocupaba de los festivales celebrados en el pueblo. Había una docena de eventos que organizaba cada año, pero su mente no iba más allá. Cuando intentaba recordar por qué estaba ahí Raúl, se quedaba en blanco. Tenía la cabeza llena de otras cosas.

Bebés. Crystal le había dejado sus bebés. De acuerdo, embriones, pero la implicación estaba clara. Crystal quería que sus hijos nacieran y eso significaba que iban a tener que implantárselos a alguien y que ese alguien tendría que acabar dando a luz. Aunque eso ya le parecía lo suficientemente aterrador, también estaba el horror de tener que criarlos después.

Los niños no eran como gatos. Eso lo sabía muy bien. Necesitaban más que pienso, un cuenco de agua y una caja limpia para hacer pis. Mucho más.

—Oh, Dios, no puedo hacerlo —susurró.



Raúl frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Quieres que aplacemos la reunión para otro día?

¿Reunión? Oh, claro. Él estaba allí por algo. Su campamento... quería que ella...

Volvió a quedarse en blanco y al instante sintió pánico.

Se levantó y comenzó a respirar hondo y aceleradamente.

—No puedo hacerlo. Es imposible. ¿En qué estaba pensando? No tenía que haberlo hecho.

—¿Pia?

Raúl se levantó y justo cuando ella se giró para decirle que lo mejor era aplazar la reunión, todo comenzó a darle vueltas y más vueltas y a oscurecerse.

Lo siguiente que supo fue que estaba en su silla, con la cabeza entre las rodillas y que algo estaba haciéndole presión en la nuca.

—Esto es muy incómodo.

—Sigue respirando.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Suéltame.

—Un par de veces más.

La presión de su nuca disminuyó. Lentamente, se puso recta y se extrañó ante lo que vio.

Raúl Moreno estaba de cuclillas a su lado, con su oscura mirada cargada de preocupación. Respiró hondo una vez más y se dio cuenta de que él olía realmente bien; a limpio, pero con un toque de algo más.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—¿Qué ha pasado?

—Has empezado a desmayarte.

Raúl la miró a los ojos y ella parpadeó y sacudió la cabeza.

—Yo no me desmayo. Nunca me desmayo. Yo... —recobró la memoria—. Oh, mierda —se cubrió la cara con las manos—. No estoy nada preparada para ser madre.

Raúl se movió con una velocidad que hacía honor a su condición física y que resultó casi cómica al mismo tiempo.

—¿Problemas con algún hombre? —preguntó con cautela y poniendo una distancia de seguridad.

—¿Qué? —ella bajó las manos—. No. No estoy embarazada. Para eso hace falta sexo... o no. La verdad es que no haría falta... No, esto no puede estar pasando.

—De acuerdo —él parecía nervioso—. ¿Debería llamar a un médico?

—No, pero puedes irte si quieres. Estoy bien.

—Pues no parece estar bien.

Ahora fue ella la que enarcó las cejas.

—¿Estás criticando algo sobre mi aspecto?

Él sonrió.

—Jamás me atrevería a hacerlo.

—Pues ha sonado casi como una crítica.

—Sabes lo que quería decir.



Y lo sabía.

—Estoy bien. Me he llevado un fuerte impacto. Una amiga mía ha muerto hace poco; estaba casada con un militar y antes de que lo destinaran a Irak decidieron guardar unos embriones para fecundarlos in vitro para que ella pudiera tener hijos si le sucedía algo.

—Es triste, pero tiene sentido.

Ella asintió.

—Lo mataron hace un par de años. Fue muy duro para ella, pero al cabo de un tiempo decidió tener a los bebés porque así, al menos una parte de él viviría.

Pia se levantó y caminó hasta el otro lado del despacho; era como si moverse la ayudara. Respiró hondo un par de veces para asegurarse de que seguía consciente. ¿Desmayarse? Imposible. Y a pesar de ello, el mundo había empezado a desdibujarse.

Se forzó a volver al tema que estaban tratando.

—Fue al médico para hacerse un examen rutinario y le descubrieron un linfoma; un linfoma de los malos.

—¿Es que los hay buenos?

Ella se encogió de hombros.

—Hay un tipo que puede curarse, pero el suyo no era de éstos. Y ha muerto. Yo cuidaba de su gato y me imaginaba que acabaría quedándomelo. Nos llevamos bien... bueno, más o menos. Cuesta decirlo tratándose de un gato.

—Son muy reservados.

Hubo algo en el modo en que habló que hizo que Pia lo mirara y le preguntara:

—¿Estás burlándote de mí?

—No.

Lo vio esbozar una media sonrisa.

—No me provoques o acabaré hablando de mis sentimientos.

—Lo que sea menos eso.

Pia volvió a su mesa y se sentó en su silla.

—No me ha dejado al gato. Me ha dejado a los embriones. No sé en qué estaba pensando. Bebés. ¡Podía habérselos dejado a cualquiera menos a mí! Y no es algo que pueda ignorar. La abogada me dio a entender que podía esperar un tiempo porque las tasas estaban pagadas durante tres años —lo miró—. Supongo que es por lo de la congelación. Tal vez debería ir a verlos.

—Son embriones, ¿qué hay que ver?

—No lo sé. Algo. ¿No pueden ponerlos en un microscopio? Tal vez si los viera, entendería algo —lo miraba como si él tuviera la respuesta—. ¿Por qué pensó que yo podía criar a sus hijos?

—Lo siento, Pia, pero no lo sé.

Parecía incómodo y tenía la mirada clavada en la puerta. De pronto, ella volvió a la realidad y se sintió avergonzada.

—Lo siento muchísimo —murmuró mientras se levantaba—. Dejaremos la reunión para otro momento, estaré mucho mejor la próxima vez. Deja que consulte



mi agenda y te llamaré.

Él agarró el pomo de la puerta y se detuvo.

—¿Estás segura de que estarás bien?

No, no estaba segura. No estaba segura de nada. Pero ése no era el problema de Raúl.

Forzó una sonrisa.

—Estoy genial. En serio, márchate. Voy a llamar a un par de amigas y me desahogaré con ellas.

—De acuerdo —él vaciló—. ¿Tienes mi número?

—Ajá —no estaba segura de si lo tenía o no, pero estaba decidida a dejarlo marchar mientras aún le quedara un átomo de dignidad—. La próxima vez que me veas, seré absolutamente profesional. Lo juro.

—Gracias. Cuídate.

—Adiós.

Y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, ella se dejó caer en la silla y, después de apoyar los brazos en la mesa, posó la cabeza sobre ellos e hizo todo lo que pudo por seguir respirando.

Crystal le había dejado sus embriones y solo había dos preguntas que importaban: ¿Por qué y qué demonios se suponía que tenía que hacer ahora?

Raúl llegó a la Escuela Elemental Ronan poco después de las dos. Aparcó en el aparcamiento que había junto al patio y no le extrañó que el suyo fuera el único Ferrari por allí. Le gustaban esa clase de juguetitos.

Antes de poder bajar del coche, su móvil sonó. Miró el reloj, aún tenía unos minutos antes de acudir a su cita, y vio el número reflejado en la pantalla. Sonrió mientras contestaba.

—Hola, entrenador.

—Hola —dijo Hawk, su antiguo entrenador del instituto—. Hace tiempo que Nicole no sabe nada de ti y llamo para averiguar por qué.

Raúl se rio.

—La semana pasada hablé con tu preciosa mujer, así que sé que no me llamas por eso.

—Me has pillado. Estoy vigilándote, asegurándome de que estás siguiendo adelante con tu vida.

Así era Hawk, pensó Raúl con frustración y aprecio a partes iguales.

—Has pasado por cosas malas —siguió diciendo el hombre—, pero no te regocijes en ello.

—No lo hago. Simplemente estoy ocupado.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas. Te conozco. Búscate un objetivo, implícate personalmente en tu nuevo pueblo. Te distraerá. No puedes cambiar lo que ha pasado.



El buen humor de Raúl se disipó. Hawk tenía razón. El pasado no podía cambiarse. Los que se habían ido no volverían y eso era algo que no podía solucionarse ni con todo el dinero del mundo.

—No puedo olvidarlo —admitió.

—Tendrás que hacerlo. Tal vez no hoy, pero pronto. Puedes recuperarte, Raúl. Ábrete a la gente.

Parecía imposible, pero llevaba casi veinte años confiando en Hawk.

—Haré lo que pueda.

—Bien. Llama a Nicole.

—Lo haré.

Colgaron.

Raúl se quedó unos segundos sentados dentro del coche pensando en lo que Hawk le había dicho. Implicarse. Encontrar un objetivo. Lo que el otro hombre no sabía era lo mucho que él quería evitar todo eso. Implicarse era lo que había causado el problema en un principio. La vida era mucho más segura si la vivías desde la distancia.

Salió del coche y agarró la mochila que había llevado. Siempre que visitaba una escuela, llevaba unos cuantos balones oficiales de la Liga Nacional y tarjetas firmadas de los jugadores. Eso ponía muy contentos a los niños y por eso estaba allí. Para entretenerlos y motivarlos.

Se fijó en el edificio principal de la escuela. Era viejo, pero estaba bien conservado. Solía charlar con chavales de instituto, pero la directora y la maestra le habían insistido demasiado. Era nuevo en el pueblo y, ya que tenía pensado quedarse en Fool's Gold de manera permanente, había decidido que cedería y cooperaría.

Entró en el edificio y lo primero en lo que se fijó fue en que, a diferencia de las escuelas de las grandes ciudades que solía visitar, en ésta no había ni detector de metales ni guardias. Las puertas dobles estaban abiertas, los pasillos eran amplios y bien iluminados, las paredes libres de grafitis. Al igual que el resto de Fool's Gold, la escuela era demasiado perfecta para ser verdad.

Siguió las indicaciones que lo conducían hasta el despacho principal y se vio en una gran zona abierta con un largo mostrador donde estaban los típicos boletines de anuncios con folletos para fomentar la lectura y programas extra escolares. Una mujer de cabello oscuro estaba sentada en un escritorio tecleando algo en un viejo ordenador.

—Buenos días —dijo él.

La mujer, que parecía estar cerca de los cuarenta, alzó la mirada. Se quedó boquiabierta, se levantó y sacudió las manos.

—Oh, vaya, estás aquí. ¡Estás aquí! No puedo creerlo —corrió hacia él—. Hola, soy Rachel. Mi padre es un súper fan tuyo. Se va a morir cuando le diga que te he conocido.

—Espero que no —dijo Raúl con tono distendido mientras sacaba una tarjeta de la mochila y buscaba un bolígrafo.



—¿Qué?

—Que espero que no se muera.

Rachel se rio.

—No lo hará, pero se pondrá celoso. Había oído que vendrías y aquí estás. ¡Esto es tan emocionante! Raúl Moreno en nuestra escuela.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Norm.

Firmó la tarjeta y se la dio.

—Puede que esto le ayude a llevar mejor la decepción.

Ella tomó la tarjeta con sumo respeto y se llevó una mano al pecho.

—Muchas gracias. Es maravilloso —miró el reloj y suspiró—. Supongo que ahora tengo que llevarte a la clase de la señorita Miller.

—Sí, creo que será mejor que vaya a hablar con los niños ya.

—Bien. Para eso estás aquí. Ha sido maravilloso conocerte.

—Lo mismo digo, Rachel.

Ella salió de detrás del mostrador y fueron al pasillo. Mientras caminaban, la mujer le hablaba sobre el colegio y el pueblo a la vez que lo miraba con una mezcla de aprecio y flirteo. Estaba acostumbrado a eso, iba con su profesión, y hacía tiempo que había aprendido a no tomarse tanta atención demasiado en serio.

La clase de la señorita Miller se encontraba al final del pasillo. Rachel le abrió la puerta.

—Buena suerte —le dijo.

—Gracias.

Entró solo en el aula.

Había alrededor de veinte niños, todos mirándolo con los ojos como platos, mientras su profesora, una atractiva mujer de unos cuarenta años, se sonrojaba.

—Oh, señor Moreno. No puedo darle las gracias lo suficiente por estar hoy con nosotros. Es muy emocionante.

Raúl sonrió.

—Siempre me alegra charlar con los niños —miró a toda la clase—. Buenos días.

Unos cuantos alumnos lo saludaron mientras que otros parecían demasiado impactados y emocionados como para hablar. Por lo menos los chicos. La mayoría de las niñas no parecían en absoluto impresionadas.

—Cuarto curso, ¿verdad?

Una niña con gafas sentada en la fila de delante respondió:

—Somos el grupo avanzado, estamos por encima de nuestro nivel en lectura.

—¡Oh, vaya! —exclamó él, dando un paso atrás de manera exagerada—. Así que sois los más listos. ¿Vais a hacerme alguna pregunta de Matemáticas?

La boca de la niña se curvó en una sonrisa.

—¿Te gustan las Matemáticas?

—Sí... claro —miró a toda la clase—. ¿A quién de aquí le gusta mucho el colegio de verdad?



Unos cuantos niños alzaron la mano.

—El colegio puede cambiaros la vida —dijo él apoyando una cadera en la mesa de la maestra—. Cuando crezcáis, vais a tener trabajo y así os ganaréis la vida. Hoy la mayoría de vuestras responsabilidades se centran en trabajar bien en el colegio. ¿Quién sabe por qué tenemos que aprender cosas como leer y Matemáticas?

Más manos se alzaron.

Su charla habitual giraba en torno a sentirse motivado, a encontrar un mentor y a hacer de sus vidas una vida mejor, pero eso le parecía demasiado para niños de nueve años. Así que tendría que hablar de lo importante que era que les gustara el colegio y que lo hicieran lo mejor posible.

La señorita Miller se acercó.

—¿Necesita algo? —le preguntó con un susurro—. ¿Le traigo algo?

—No, gracias, estoy bien.

Volvió a centrar su atención en los niños. La niña de la primera fila parecía más interesada en lo que sucedía al otro lado de la ventana. Resultaba extraño, pero le recordaba a Pia. Tal vez era por el pelo ondulado y castaño, o por su obvia falta de interés en él como persona. Pia tampoco se había inmutado; apenas se había fijado en él... aunque tampoco era de extrañar, dado el modo en que había comenzado la mañana para esa chica. Pero él sí que se había fijado en ella y le había parecido encantadora y divertida, incluso sin que lo hubiera intentado.

Centró su atención de nuevo en los alumnos, respiró hondo y frunció el ceño. Volvió a inspirar y olió algo extraño.

Si hubiera sido un instituto, habría dado por hecho que algún experimento había salido mal en el laboratorio de ciencias o que se les estaban quemando las galletas en clase de labores domésticas. Pero en las escuelas elementales no disponían de esa clase de instalaciones.

Se giró hacia la señorita Miller.

—¿Huele eso?

Ella asintió con una mirada azul cargada de preocupación.

—Tal vez ha sucedido algo en la cafetería.

—¿Hay un incendio? —preguntó uno de los niños.

—Quedaos sentados todos —dijo con firmeza la señorita Miller mientras iba hacia la puerta.

La abrió lentamente y, al hacerlo, el olor a humo se hizo más intenso. Unos segundos después, saltaron las alarmas de incendios.

La mujer se giró hacia él.

—Es solo el segundo día de colegio. Aún no hemos practicado el simulacro. Creo que hay un incendio de verdad.

Los niños ya estaban de pie y parecían asustados, al borde del pánico.

—¿Sabéis hacia dónde tenemos que ir? ¿Conocéis la salida? —les preguntó él.

—Claro.

—Bien —se giró hacia los estudiantes—. ¿Quién está al mando aquí? —preguntó lo suficientemente alto como para que lo oyeran por encima de la sirena.



—¡La señorita Miller! —gritó alguien.

—Exactamente. Poneos en fila y seguid a la señorita Miller por el pasillo. Habrá muchos niños ahí fuera. Mantened la calma. Yo iré el último y me aseguraré de que todos salís del edificio.

La señorita Miller les indicó a sus alumnos que fueran hacia la puerta.

—Seguidme —les dijo—. Iremos deprisa. Todos de la mano. No os soltéis. Todo va bien. Manteneos juntos.

La señorita Miller salió por la puerta. Los niños comenzaron a seguirla y Raúl esperó para asegurarse de que ninguno se quedaba atrás. Un niño pareció dudar un poco antes de marcharse.

—No pasa nada —le dijo Raúl con un tono deliberadamente calmado. Fue a agarrar al niño de la mano, pero el pequeño se estremeció y se encogió, como si fuera a esperar que lo golpeará. El chico, pelirrojo y pecoso, se alejó antes de que Raúl pudiera decir nada.

Raúl salió al pasillo. El olor a humo era más intenso. Había varios niños llorando y unos cuantos en mitad del pasillo tapándose los oídos. Las sirenas sonaban sin cesar mientras los profesores les gritaban a sus alumnos que los siguieran hasta la calle.

—Vamos —dijo él tomando en brazos a la pequeña que tenía al lado—. Vamos.

—Estoy asustada —dijo la niña.

—Soy lo suficientemente grande como para protegerte.

Otro niño se agarró a su brazo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Suená demasiado fuerte.

—Pues vamos fuera, donde hay menos ruido.

Caminaba deprisa, instando a los niños a avanzar con él. Los profesores corrían de un lado a otro, contando niños, comprobando que no se dejaban a ninguno atrás.

Cuando Raúl y su grupo de niños llegaron a las puertas principales que conducían a la calle, los niños salieron corriendo. Dejó en el suelo a la niña, que corrió hacia su profesora. Podía ver el humo alzándose en el aire, una nube grisácea que cubría el brillante azul.

Los estudiantes se agolpaban a su alrededor. Se gritaron sus nombres. Los profesores colocaron a los grupos por cursos y después por clases. Raúl se giró y volvió a entrar en el edificio.

Ahora podía hacer algo más que oler humo. Podía verlo. El aire era espeso y cada vez más oscuro, haciendo que resultara difícil respirar. Fue aula por aula, abriendo puertas, comprobando debajo de las grandes mesas de los profesores, observándolo todo para asegurarse de que nadie se había quedado atrás.

Encontró a una diminuta niña en una esquina de la tercera clase en la que entró; tenía la cara llena de lágrimas. Estaba tosiendo y sollozando. La levantó, se giró y casi se chocó con una bombera.

—Yo la llevo —dijo la mujer mirándolo desde detrás de una máscara y agarrando a la niña—. Salga de aquí ahora mismo. El edificio tiene setenta años. A saber qué cóctel químico hay en el aire.



—Podría haber más niños.

—Lo sé, y cuanto más tiempo estemos aquí hablando, en más peligro estarán. Ahora, muévase.

Siguió a la bombera hasta salir del edificio. No fue hasta que estuvo fuera cuando se dio cuenta de que estaba tosiendo y ahogándose. Se agachó intentando tomar aire.

Cuando pudo volver a respirar, se puso derecho. La escena era un caos controlado. Había tres camiones de bomberos delante de la escuela. Los alumnos se apiñaban en el césped, bien retirados del edificio. El humo salía en todas las direcciones.

Unas cuantas personas gritaron y señalaron algo. Raúl se giró y vio llamaradas saliendo del tejado en un extremo del colegio.

Se giró para volver a entrar, pero una bombera lo agarró del brazo.

—Ni se le ocurra —le dijo—. Déjeselo a los profesionales.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Ha entrado antes, verdad? Civiles. ¿Cree que llevamos máscaras porque son bonitas? ¡Médicos! —gritó la última palabra y lo señaló.

—Estoy bien —logró decir mientras sentía presión en el pecho.

—Deje que adivine. Es médico también. Coopere con esta agradable señorita o le diré que necesita que le pongan un enema.



Capítulo 2

No había nada como un desastre en la comunidad para sacar a una persona de un momento de autocompasión, pensó Pia mientras estaba en un extremo del parque de la Escuela Elemental Ronan y miraba hacia lo que había sido una hermosa vieja escuela. Ahora las llamas consumían el tejado y hacían que explotaran las ventanas. El olor a destrucción estaba por todas partes.

Había oído los camiones de bomberos desde su despacho y había visto el humo oscureciendo el cielo. Solo había tardado un segundo en darse cuenta de dónde estaba el fuego y que tenía mala pinta. Ahora, mientras estaba en el patio de juegos, sintió cómo se quedaba sin respiración cuando uno de los muros tembló antes de caer.

Siempre había oído a la gente hablar sobre el fuego como si estuviera vivo. Una criatura viviente con determinación y una naturaleza maligna. Hasta ese momento, nunca lo había creído, pero al ver el modo en que el fuego sistemáticamente destruía la escuela, pensó que podría haber algo de verdad en esa teoría.

—Esto está muy mal —susurró.

—Peor que mal.

Pia vio a la alcaldesa Marsha Tilson a su lado. La mujer, que ya pasaba de los sesenta, tenía una mano posada en el pecho y los ojos abiertos como platos.

—He hablado con la jefa de bomberos. Me ha asegurado que han revisado todas las clases y salas del edificio. No queda nadie dentro, pero el edificio... —se le entrecortó la voz—. Este fue mi colegio.

Pia rodeó a la mujer con un brazo.

—Lo sé. Es horrible ver esto.

Marsha controló sus emociones visiblemente.

—Vamos a tener que encontrar un lugar al que llevar a los niños. No pueden perder días de clase por esto, pero los demás colegios están llenos. Podríamos traer clases portátiles, debe de haber alguien a quien pueda llamar —miró a su alrededor—. ¿Dónde está Charity? Ella puede saber algo.

Pia se giró y vio a su amiga junto a una multitud de histéricos padres.

—¡Allí!

Marsha la vio y frunció el ceño.

—No inhalará humo, ¿verdad?

Pia comprendió su preocupación. Charity estaba embarazada de varios meses y era la nieta de la alcaldesa.

—Está al aire libre, no le pasará nada.

Marsha contempló tanta destrucción.



—¿Qué puede haber provocado esto?

—Lo descubriremos. Lo importante es que todos los niños y empleados están a salvo. El colegio podemos arreglarlo.

Marsha le apretó la mano.

—Eres muy racional. Ahora mismo es lo que necesito. Gracias, Pia.

—Lo superaremos juntos.

—Lo sé. Eso me hace sentir mejor. Voy a hablar con Charity.

Cuando la alcaldesa se marchó, Pia se quedó en el césped. Cada pocos segundos, una oleada de calor llegaba hasta ella junto con el olor a humo y a destrucción.

Justo esa mañana había pasado por delante del colegio y todo estaba bien. ¿Cómo podían haber cambiado las cosas tan rápido?

Antes de poder pensar en una respuesta, vio a unos padres llegando allí. Las madres y algunos padres corrieron hacia los niños, que seguían apiñados y protegidos por sus profesores. Hubo gritos de alivio y de terror. Abrazaron a sus hijos, buscaron posibles daños y les dieron las gracias a los profesores. El director del colegio estaba junto a los niños con un montón de papeles que, probablemente, serían las listas oficiales de alumnos, pensó Pia. Dadas las circunstancias, los padres tendrían que firmar antes de llevarse a sus hijos para así llevar la cuenta de todo.

Llegaron dos camiones de bomberos más y las alarmas contra incendios del colegio fueron silenciadas finalmente, pero el ruido seguía siendo ensordecedor. La gente gritaba, y los motores de los camiones rugían. Una voz por un megáfono advirtió a todo el mundo de que se mantuviera atrás, y después señaló la ubicación de los vehículos de emergencias médicas.

Pia miró en esa dirección y quedó sorprendida al ver a un hombre alto y familiar hablando con una de las mujeres de los servicios de emergencias. El pelo de Raúl estaba alborotado y su rostro manchado de hollín. Se detuvo para toser y, a pesar de todo, ese hombre seguía teniendo muy buen aspecto.

—Muy típico —murmuró mientras cruzaba el patio de juegos en dirección hacia él.

—Deja que adivine —dijo ella mientras se acercaba—. Has hecho algo muy heroico.

—Querrás decir estúpido —le dijo la doctora volteando los ojos—. Es cosa de hombres; no pueden evitarlo.

Pia se rio.

—Como si no lo supiera —se giró hacia Raúl—. Dime que no te has metido en un edificio en llamas para intentar salvar a un niño.

Él se puso derecho y respiró hondo.

—¿Por qué lo dices así? No es nada malo.

—Aquí hay profesionales que saben lo que están haciendo.

—Eso es lo que no dejan de decirme. ¿Qué ha pasado con darme las gracias por arriesgar mi vida?

—Lo más seguro habría sido que te hubieras desmayado por el humo y que con



ello le hubieras dado más trabajo a los bomberos en lugar de menos —le dijo la doctora. Le quitó el pulsímetro de un dedo—. Estás bien. Si tienes algunos de los síntomas de los que hemos hablado, ve a Urgencias —miró a Pia—. ¿Va contigo?

Pia sacudió la cabeza.

—Chica lista —dijo el médico y después fue a atender a otro paciente.

—¡Ay! Este pueblo es muy duro.

—No te preocupes —le dijo Pia—. Estoy segura de que habrá muchas mujeres que querrán adularte y arrullarte mientras relatas tu acto de valentía.

—Pero tú no eres una de ellas.

—Hoy no.

—¿Cómo te encuentras?

Durante un segundo, ella no comprendió la pregunta. Después, volvió a la realidad. Era verdad, él había presenciado su pérdida de nervios ese mismo día.

—Quería llamarte —dijo ella a su lado mientras se alejaban de los paramédicos— para disculparme. Normalmente tengo mis crisis en privado.

—No pasa nada. Diría que lo comprendo, pero seguro que me arrancas la cabeza de un mordisco si lo hago. ¿Y si te digo que te compadezco?

—Te lo agradecería.

Ella vaciló, preguntándose si debía decir más o no. O si él preguntaría. Y no es que tuviera nada que decir. Seguía aferrándose a la realidad del legado de su amiga y no había decidido qué hacer. A pesar de la promesa de la abogada de que tenía por lo menos tres años antes de tener que decidir nada, Pia sentía la presión sobre ella.

Y no iba a discutir su dilema delante de Raúl. Él ya había sufrido bastante.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

Él se había detenido y estaba mirando hacia el colegio, hacia los bomberos.

—¿Estás preocupado por los chicos? —preguntó Pia—. No lo estés. He asistido a muchas reuniones de planes de actuación en caso de emergencias. Son geniales si tienes problemas para dormir. Bueno, el caso es que hay un plan de actuación para cada colegio y una lista oficial. Cada día la oficina del distrito recibe por ordenador los listados de asistencia y una lista con los niños que han faltado el día en cuestión. Confía en mí. Se lleva un registro de cada alumno.

Él la miró, con sus oscuros ojos llenos de sorpresa.

—Todas son mujeres.

—La mayoría de los profesores lo son.

—Los bomberos. Todos son mujeres.

—¡Ah, eso! —se encogió de hombros—. Estamos en Fool's Gold, ¿qué esperabas?

Él parecía tanto confundido como perdido, lo cual en un hombre alto y tan guapo resultaba de lo más atrayente... Eso, suponiendo que estuviera interesada en él... que no era el caso. Por si la cautela que solía tener con respecto a los hombres no fuera suficiente, Raúl era famoso y lo último que ella necesitaba era el dolor y el sufrimiento que solía acompañar a ese tipo de hombres. Eso, sin mencionar el hecho de que pronto podría quedarse embarazada de los embriones de otra pareja.



Una semana antes su vida había sido predecible y aburrida y ahora estaba al borde de convertirse en un titular de tabloide. El aburrimiento era mejor.

—Hay escasez de hombres —dijo Pia con paciencia—. Es normal que hayas notado que no hay muchos hombres en el pueblo. Creía que por eso te habías mudado aquí.

—Hay hombres.

—Sí, ¿dónde?

—El pueblo tiene niños —señaló a algunos alumnos que seguían esperando a que los recogieran—. Tienen padres.

—Es verdad; tenemos unas cuantas parejas de cría con fines experimentales.

Él dio un paso atrás.

Ella sonrió.

—Lo siento, era broma. Sí, hay hombres en el pueblo, pero estadísticamente no tenemos muchos. No los suficientes. Así que, si ves que eres excepcionalmente popular, no dejes que se te suba a la cabeza.

—Creo que me caías mejor cuando estabas teniendo una crisis emocional.

—No serías el primer hombre que prefiriera una mujer con una condición debilitada. Cuando estamos repletas de fuerza, suponemos una amenaza. Siendo tan grande y duro como eres, me había esperado algo más. La vida no es más que una decepción. Antes no has respondido a mi pregunta: ¿qué estabas haciendo aquí?

Él parecía distraído, como si le costara seguir la conversación.

—Hablando con la señorita Miller de la clase de cuarto. Hablo con los alumnos; normalmente es con chicos de instituto, pero no ha aceptado un «no» por respuesta.

—Seguro que lo que quería era pasarse la hora mirándote el trasero.

Raúl se quedó mirándola.

Ella se encogió de hombros.

—Está claro que te encuentras mejor.

—Es más bien una cuestión de estar al borde de la histeria —admitió.

Ella volvió a centrar su atención en el colegio. Estaba claro que acabaría en ruinas cuando todo eso hubiera terminado.

—¿Cómo de grande es tu casa? Pareces de ésos que tienen una mansión. ¿Podrías albergar clases en el vestíbulo?

—Le tengo alquilada una casa de dos habitaciones a Josh Golden.

—Entonces eso es un «no». Van a tener que meter a los niños en otro sitio.

—¿Y qué pasa con los otros colegios del pueblo?

—Marsha ha dicho que estaban pensando en traer clases portátiles.

—¿Marsha?

—La alcaldesa Marsha Tilson. Mi jefa. ¿Conoces a Josh Golden?

Raúl asintió.

—Está casado con su nieta.

—Ah, ya.

Ahora parecía menos impresionado, lo cual probablemente lo hizo sentirse mejor. Con la cara llena de hollín se le veía bastante atractivo, aunque antes también



lo había visto impresionantemente guapo. Era la clase de hombre que hacía que una mujer cometiera estupideces. Gracias a Dios que ella era inmune. Una vida de fracasos románticos podía curar a una mujer de la tontería.

—Deberías concertar otra cita —dijo ella—. Llamaré a tu oficina y lo arreglaré con tu secretaria.

—Ya estás otra vez, dando cosas por sentado. Yo no tengo secretaria.

—Ah... ¿Y quién te organiza la agenda y te hace sentir importante? —preguntó ella guiñándole un ojo.

Él la miró un segundo.

—¿Eres así con todo el mundo?

—¿Encantadora? —Pia se rio—. Es una norma que tengo; puedes preguntar por ahí.

—Puede que lo haga.

Raúl estaba bromeando, ella lo sabía. Aun así, sintió algo, una especie de cosquilleo en el vientre.

No, de ninguna manera, se recordó mientras se despedía con la mano y se dirigía a su coche. Y menos con un hombre como él. Los hombres guapos y de éxito tenían expectativas, ambiciones rubias. Ella lo sabía, leía la revista *People*.

La vida le había dado muchas lecciones importantes y la mayor de todas era que no tenía que depender de nadie para ser ella misma. Ella era fuerte, una mujer independiente. Los hombres eran opcionales y ahora mismo iba a decir que no.

Raúl pasó la siguiente hora en el colegio. Los bomberos tenían el fuego bajo control; la jefa le había dicho que algunos se quedarían allí durante, mínimo, las próximas veinticuatro horas para controlar puntos calientes. Las labores de limpieza comenzarían cuando la estructura restante se hubiera enfriado y se hubiera completado la investigación.

Era la clase de desastre sobre la que había leído en los periódicos y que había visto en las noticias un montón de veces a lo largo de los años. Pero ni el mejor de los artículos al respecto lo había preparado para la realidad del calor, de la destrucción y del olor. Pasarían meses, muchos años, antes de que ese lugar volviera a acercarse a la normalidad.

Ya se habían ido a casa todos los niños, al igual que la mayoría de los espectadores. Se dio la vuelta para dirigirse a su oficina. Su coche no corría peligro, pero estaba bloqueado por varios camiones de bomberos. Volvería más tarde y lo recogería. Mientras tanto, el centro del pueblo estaba tan solo a veinte minutos.

Raúl había crecido en Seattle, había ido a la facultad en Oklahoma y allí lo habían fichado los Cowboys de Dallas. Era un chico de gran ciudad que disfrutaba yendo a restaurantes, con la vida nocturna y con las posibilidades que ésta le brindaba. Por lo menos eso había pensado hasta que en algún punto de su vida salir a todas horas había terminado aburriéndolo y había querido echar raíces y asentarse.

—No vayas por ahí —se dijo firmemente.



Revivir el pasado era una pérdida de tiempo; lo más importante era el futuro. Había elegido estar en Fool's Gold y por el momento estaba disfrutando de la vida en un pueblo pequeño. Poder ir caminando a casi todas partes era una de las ventajas, como también lo era la ausencia de tráfico. Sus amigos le habían tomado el pelo diciéndole que no tendría mucha vida social, pero desde su divorcio, no había estado muy interesado en ello, de modo que por el momento todo marchaba bien.

Llegó a su oficina, situada en una calle flanqueada por árboles. Había un restaurante, el Fox and Hound, a la vuelta de la esquina, y un Starbucks muy cerca. Por el momento, con eso le bastaba.

Iba a sacar las llaves justo cuando vio que las luces ya estaban encendidas. Abrió la puerta y entró.

La oficina de casi trescientos metros cuadrados era más de lo que necesitaba, pero tenía planes de expandir el negocio. Su campamento de verano no era más que el comienzo. Cambiar el mundo requeriría mucho personal.

Dakota Hendrix, su única empleada, levantó la mirada del ordenador.

—¿Has estado en el incendio? ¿No habías dicho que ibas al colegio?

—Sí, he estado allí.

—¿Están todos bien?

Él asintió y le contó brevemente lo sucedido... excluyendo la parte en la que había vuelto a comprobar que todas las clases estaban vacías.

Dakota, una bella mujer con el cabello rubio a la altura de los hombros y unos ojos expresivos, escuchaba atentamente. Tenía un doctorado en desarrollo infantil y él había sido muy afortunado al encontrarla, y mucho más al poder contratarla.

Una de las razones por las que se había mudado a Fool's Gold había sido el campamento abandonado en las montañas. Había podido conseguirlo prácticamente por nada. Había actualizado las instalaciones y ese pasado verano Zona para Chicos había abierto sus puertas.

El objetivo del campamento era ayudar a los niños de los centros de las ciudades a formar parte de la naturaleza. Los chicos de la zona acudían como campistas de día y los niños de la ciudad se quedaban allí durante dos semanas.

Los informes iniciales habían sido favorables. Raúl tenía idea de convertirlo en unas instalaciones que funcionaran durante todo el año, un desafío que Dakota había comprendido y que quería llevar a cabo. Además de organizar y dirigir Zona de Chicos, ella había comenzado a redactar un plan empresarial para los meses de invierno.

—He oído que el incendio ha sido terrible —dijo cuando terminó—. Que ha habido muchos daños. Marsha me ha llamado hace unos minutos —se detuvo—. Marsha es nuestra alcaldesa.

Él recordaba que Pia la había mencionado.

—¿Y por qué te ha llamado para contarte lo del incendio?

—Principalmente me ha llamado para preguntarme por el campamento —en esa ocasión la pausa fue más larga—. La ciudad quiere saber si pueden utilizar el campamento como escuela temporal. A Marsha, al presidente de nuestro consejo de



educación y a la directora les gustaría verlo primero, pero creen que funcionaría. El único otro lugar lo suficientemente grande es el centro de convenciones, pero está reservado y la disposición no es muy apropiada. La acústica sería terrible, el ruido de una clase se colaría en la otra. Así que están muy interesados en el campamento —se detuvo una tercera vez, respiró hondo y se mostró esperanzada.

Raúl retiró una silla y se sentó enfrente de ella. Las palabras de Hawk sobre implicarse resonaron en su cabeza. Ese era el único modo de implicarse, pero desde una distancia de seguridad.

—No tenemos aulas —dijo pensando en voz alta—. Pero ya tenemos las camas almacenadas, así que las habitaciones podrían ser las clases. Serían pequeñas, pero funcionarían. Con el tipo adecuado de divisiones, el principal edificio podría albergar aproximadamente una docena de clases.

—Eso pensaba yo —dijo Dakota inclinándose hacia él—. También está la cocina, así que el almuerzo no sería un problema. El comedor principal podría hacer también las funciones de sala de reuniones. Nadie sabe cuánto se habrá salvado en cuestión de pupitres, pero están corriendo la voz y avisando a los demás distritos. Deberíamos tener cifras en los próximos días. Así que pueden utilizar el campamento. Me ocuparé de los detalles. Si estás dispuesto...

También tenía que tener en cuenta cuestiones legales, como responsabilidad a terceros, pero para eso tenía abogados.

—Lo estoy.

Dakota y él trataron problemas potenciales y les buscaron soluciones.

—Esto nos dará mucha información práctica sobre tener el campamento abierto todo el año —le dijo ella—. Comprobaremos cómo es el clima. En invierno nieva mucho. Veremos si podemos tener las carreteras abiertas y ese tipo de cosas.

Él se rio.

—¿Por qué sé que todos esos niños trasladados esperarán que no podamos tener las carreteras abiertas?

Ella sonrió.

—Los días de nieve son divertidos. ¿En Seattle teníais?

—Cada ciertos años —él se recostó en su silla.

—Me ocuparé de todo. Me ganaré el gran salario que me has dado.

—Ya te lo estás ganando.

—Me lo gané durante el verano; ahora no tanto. Pero esto es genial. El pueblo estará muy agradecido.

—¿Pondrán mi cara en los sellos?

Ella sonrió ampliamente.

—Lo de los sellos es un asunto federal, pero veré qué puedo hacer.

Raúl pensó en los niños que había conocido esa mañana. Sobre todo en el pequeño pelirrojo que se había encogido de miedo como si alguien fuera a pegarlo. No sabía el nombre del chico, así que preguntar por él supondría un problema. Pero una vez que volvieran a abrir el colegio, podría comprobar cómo se encontraba.

Recordó el comentario de Pia sobre trasladar la escuela a su casa... y lo que iba



a suceder se le acercaba. .. Se trasladaría a su campamento.

—¿Quieres ir al campamento conmigo? —preguntó—. Deberíamos ir a ver los cambios que hay que hacer.

—Claro. Si hay algo más aparte de la limpieza básica, le diré a Ethan que nos acompañe.

Raúl asintió. Ethan era el hermano de Dakota y el contratista encargado de reformar el campamento.

Dakota se levantó y recogió su bolso.

—Podemos tener un par de cuadrillas de trabajo, para la limpieza general y para prepararlo todo. Pia tiene una lista de teléfonos que pondría celosa a la CIA. Dile lo que necesitas y puede conseguirte cien voluntarios en una hora.

—Impresionante.

Salieron, pero se detuvieron al instante.

—Mi coche está en la escuela —dijo Raúl.

Dakota se rio.

—Iremos en mi Jeep.

Él miró el destartado vehículo.

—De acuerdo.

—Podrías mostrarte más animado.

—Es genial.

—Mentiroso —abrió la puerta del pasajero—. No todos podemos tener Ferraris en nuestros garajes.

—¿Y tampoco coches fabricados en los últimos veinte años?

—*Snob*.

—Me gusta que mis coches sean jóvenes y bonitos.

—¿Igual que las mujeres?

Él entró.

—No exactamente.

Dakota subió a su lado.

—No te he visto salir con nadie, al menos por aquí.

—¿Me lo preguntas por alguna razón en particular? —no le parecía que Dakota estuviera interesada. Trabajaban bien juntos, pero no había química entre ellos. Además, él no buscaba una relación y, por alguna razón, pensaba que ella tampoco.

—Para tener algo que compartir cuando me sienta con mis amigas a hablar sobre ti.

—¿Y eso sucede diariamente?

—Prácticamente —metió primera y sonrió—. Estás como un tren.

Él ignoró el comentario.

—Pia me ha dicho algo sobre una escasez de hombres. ¿Es verdad?

—Claro. No es una tragedia que las adolescentes se vean obligadas a llevar a sus hermanos al baile de graduación, pero es algo notable. No estamos seguros de cómo o cuándo empezó. Muchos hombres se marcharon durante la Segunda Guerra Mundial y no volvieron los suficientes. Algunos lo atribuyen a un rumor, pero se



dice que la ubicación de este pueblo es una vieja aldea maya.

Atravesaron la zona centro y Dakota tomó la carretera que conducía a la montaña.

—¿Maya? No lo creo estando tan al norte —dijo él.

—Se supone que emigraron. Una tribu de mujeres y sus hijos. Una sociedad muy matriarcal.

—Te lo estás inventando.

—Compruébalo tú mismo. En el terremoto de 1906, parte de la montaña se abrió dejando ver una enorme cueva en la base de la montaña. Dentro había docenas de artefactos de oro macizo y eran mayas. Sin embargo, había demasiadas diferencias entre éstos y los que encontraron más al sur como para confundir a los estudiosos.

—¿Dónde está la cueva ahora? —no había visto nada al respecto ni en sus visitas ni en sus investigaciones sobre el lugar.

—Se vino abajo durante el terremoto del 89, pero los objetos están por todo el mundo, incluyendo el museo del pueblo.

Eso tendría que ir a verlo.

—¿Qué tienen que ver los matriarcados maya con la escasez de hombres en el pueblo?

Ella se quedó mirándolo y después volvió a centrar la atención en la carretera.

—Hay una maldición.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza esta mañana?

Ella se rio.

—Vale, hay un rumor que dice que es una maldición. No conozco los detalles.

—Qué casualidad.

—Es algo sobre los hombres y eso de que el mundo terminará en el 2012.

—Doctora Hendrix... me esperaba mucho más de ti.

—Lo siento, es todo lo que sé. Puedes preguntarle a Pia. Mencionó algo sobre celebrar un festival maya en el 2012.

—¿Para celebrar el fin del mundo?

—Esperemos que no.

Menuda locura. ¿Una maldición maya? ¿En las montañas de Sierra Nevada? ¡Y pensar que le había preocupado que la vida en un pequeño pueblo fuera a ser aburrida!

Pia ordenó con detenimiento la comida para el gato, los cuencos, los juguetes y una cama que *Jake* nunca había utilizado. Jo, la nueva propietaria del gato, había dicho que le había comprado una nueva caja. Después de asegurarse de que no había olvidado nada, Pia sacó el portagatos del armario y lo abrió.

Se imaginaba que tendría que correr detrás del felino y después enfrentarse a él para meterlo en el contenedor de plástico, pero el animal la sorprendió al mirarla y meterse dentro a continuación.

—¿Quieres irte, verdad? —le susurró mientras cerraba la puerta con el seguro.



El gato la miraba sin parpadear.

Era un gato con una especie de tono naranja achampanado y con un poquito de blanco en la barbilla. Suave, con una larga cola y grandes ojos verdes.

Lo miró.

—Quería que fueras feliz. Lo he intentado de verdad. Espero que lo sepas.

Jake cerró los ojos, como obedeciendo a su voluntad.

Ella agarró su bolso, las cosas de *Jake* y el portagatos. Bajó las escaleras con cuidado y metió las cosas en el coche.

El camino hasta la casa de Jo no les llevó más que unos minutos. Aparcó delante de la casa y antes de poder bajar, Jo ya había salido al porche delantero y había bajado las escaleras corriendo.

—Estoy lista —le gritó la otra mujer mientras Pia salía de su coche—. Es muy extraño. Hace mucho tiempo que no tengo un gato, pero estoy emocionadísima.

Jo abrió la puerta trasera del coche y sacó el portagatos.

—Hola, chico grande. Mírate. ¿Quién es mi gato precioso?

La melodiosa voz resultó casi tan sorprendente como las palabras. Para ser una mujer que se enorgullecía de regentar el bar del vecindario con una mezcla de reglas estrictas y una intimidación no tan sutil, la dulce forma de hablar de Jo resultaba desconcertante.

Pia recogió la bolsa y la siguió hasta dentro de la casa.

Jo se había mudado a Fool's Gold unos tres años atrás y había comprado un bar en ruinas. Había transformado el negocio en un refugio para mujeres que ofrecía fantásticas bebidas, grandes televisores que emitían más programas y canales de compras que deportes, y muchos *snacks* que no te generaban sentimiento de culpabilidad. Los hombres eran bienvenidos, siempre que supieran cuál era su lugar.

Jo era alta, guapa, bien musculada y soltera. Pia diría que tenía treinta y tantos. Hasta el momento no la habían visto con ningún hombre, ni se sabía nada sobre alguno de su pasado. Los rumores oscilaban entre éstos que decían que era una princesa de la mafia hasta una mujer huyendo de un novio maltratador. Lo único que Pia sabía con seguridad era que Jo tenía una pistola detrás de la barra y que parecía más que capaz de utilizarla.

Pia entró en la casa de Jo y cerró la puerta delantera. La casa era vieja, construida en los años veinte, con mucha madera y una enorme chimenea. Todas las puertas que salían del salón estaban cerradas y una sábana bloqueaba el acceso a las escaleras.

—Por ahora estoy dándole acceso limitado —le explicó Jo mientras cruzaba la puerta de la cocina—. La sábana no servirán para siempre, pero sí que lo mantendrá en esta planta durante unas cuantas horas.

Pia fue tras ella.

Jo dejó el transportador sobre el suelo de la cocina y abrió la puerta. *Jake* salió cautelosamente olfateando.

—La casa es grandísima —explicó Jo—. Eso podría asustarlo. Una vez que conozca el lugar, estará bien.



—Debía de encantarle mi apartamento —murmuró Pia pensando en lo pequeño que era.

—Seguro que sí. A los gatos les gustan las ventanas de las plantas de arriba; desde ahí pueden ver el mundo.

Pia dejó la bolsa sobre la encimera.

—Sabes mucho de gatos.

—Crecí con ellos —dijo Jo antes de agacharse y acariciar el lomo de *Jake*.

Pia medio se esperaba que el gato le arrancara un dedo a Jo con las garras. Pero en lugar de eso, *Jake* se detuvo para olfatearle los dedos y frotar su cabeza contra ellos.

Él nunca le había hecho eso a ella, pensó mientras intentaba no sentirse ofendida. Al parecer, ser una persona de gatos ayudaba.

Jo colocó agua y pienso en una esquina de la cocina y *Jake* desapareció dentro del cuarto de la colada. Un minuto después, aproximadamente, se oyó el característico sonido de unas uñas removiendo la arena del cajón.

—Ha encontrado su cuarto de baño —dijo Jo alegremente—. Vamos. Vamos a sentarnos en el salón mientras lo explora todo. He estado trabajando en una nueva receta de martini de hierbabuena. Me gustaría que estuviera listo para Navidad. Puedes decirme lo que te parece.

Un martini era un plan excelente, pensó Pia mientras seguía a su amiga.

Se sentaron en un cómodo sofá delante de la enorme chimenea. Jo vertió un líquido de una jarra en un mezclador y lo sacudió antes de servir el líquido rosa resultante en dos vasos de martini.

—Sé sincera. ¿Es demasiado dulce?

Pia dio un sorbo. El líquido estaba frío como el hielo y sabía a hierbabuena. Era más refrescante que dulce, con un toque de algo que no podía identificar. ¿Miel? ¿Almendra?

—Peligrosamente bueno —admitió—. Y tengo que conducir.

—Puedes ir a casa caminando y venir a recoger el coche por la mañana —le dijo Jo—. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien —dio otro sorbo—. Aunque me siento extraña, por dejar a *Jake* y todo eso.

—Lo siento —dijo Jo—. No pretendía robarte al gato.

—No lo has hecho. No es mi gato. Creía que nos llevábamos genial, pero has tenido más contacto con él en los últimos quince minutos que yo en el último mes. Creo que no le caigo bien.

—Los gatos pueden ser muy divertidos.

Y como para demostrar lo que estaba diciendo Jo, *Jake* saltó sobre el respaldo del sofá y se quedó mirando a Pia un momento antes de darle la espalda. Saltó elegantemente sobre el cojín del sofá, se posó sobre el regazo de Jo, se acurrucó y cerró los ojos. Después, comenzó a ronronear.

Pia se sintió menospreciada, y eso le dolió más de lo que se habría imaginado.

—Nunca ha ronroneado conmigo.



Jo había empezado a acariciar al gato y la mano se le quedó paralizada.

—¿Querías quedártelo?

—No. Diría que me odia, aunque tampoco creo que ni siquiera gastara demasiada energía en eso. Lo que pasa es que tampoco me imaginaba que yo desprendiera tantas vibraciones antigato.

—Nunca has criado animales.

—Supongo que será por eso.

Al parecer, Crystal había hecho la elección correcta al dejarle el gato a Jo. La única pregunta era por qué su amiga no le había dado el gato a Jo desde el principio. «No», se recordó. Ésa no era la única pregunta.

Sintió un repentino escozor en los ojos y, antes de poder saber qué estaba pasando, las lágrimas la cegaron. Dejó la copa y miró a otro lado.

—¿Pia?

—No pasa nada.

—Estás llorando.

Pia intentaba mantener el control y se secó las mejillas.

—Lo siento. No era mi intención. Me siento confundida por dentro.

—Puedo devolverte a *Jake*. Lamento haberte molestado.

Pia apreció lo cariñosa y comprensiva que se mostró Jo.

—No es por el gato. Bueno, sí, en parte es porque está claro que piensa que soy una idiota. Es que...

Los embriones. Sabía que era por eso, por el hecho de que si no lograba gustarle al gato de Crystal, ¿qué esperanzas tenía con unos niños de verdad? Cada vez que pensaba en dar a luz a los hijos de su amiga, comenzaba a entrarle el pánico.

Era la persona equivocada. No tenía experiencia, ni habilidades maternas. Ni siquiera podía estrechar lazos con un gato.

Pero no estaba preparada para hablar de ello. No, hasta que hubiera decidido qué hacer.

—La echo de menos —dijo, principalmente porque era verdad—. Echo de menos a Crystal.

—Yo también —contestó Jo, acercándose a ella.

Se abrazaron.

Pia se echó a llorar y Jo le dio palmaditas en la espalda sin decirle nada... simplemente siendo una amiga. Mientras, *Jake* siguió donde estaba. Su cálido cuerpo y la vibración de su ronroneo le ofrecieron también consuelo, pero aunque empezaba a sentirse mejor, algo en su interior oyó la llamada de tres niños que aún no habían nacido.



Capítulo 3

Pia estaba en la calle intentando respirar. La sensación de pánico estaba volviéndose familiar, al igual que la sensación de ver que el mundo se desdibujaba a su alrededor. Decidida a no desmayarse, respiró hondo mientras se sujetaba apoyándose en el edificio de ladrillo.

«Piensa en otra cosa», se ordenó. Galletas. *Brownies*. Helado.

Helado de *brownie* con pepitas de chocolate.

Tras unos segundos, su visión se aclaró y ya no tuvo la sensación de ir a desmayarse... ni de salir corriendo hacia la cálida y luminosa tarde. Todo estaba bien, se dijo. Y si no lo estaba... bueno, fingiría hasta que lo estuviera.

Se puso recta, decidida a volver a su yo profesional. Tenía una reunión y esa vez no haría nada que la avergonzara. Nadie sabría que acababa de...

—¿Estás bien?

Alzó la mirada hacia los cálidos y oscuros ojos de Raúl. Él estaba junto a una puerta lateral que ella no había visto y su expresión oscilaba entre la cautela y la preocupación, independientemente de que estaba guapísimo. Y a ella eso le parecía muy grosero por su parte ya que, estando ella tan vulnerable, lo mínimo que él podía hacer era ser un hombre absolutamente olvidable.

Lentamente se giró hacia las ventanas que había a su lado y gruñó.

—¿Has visto eso? —preguntó con cautela.

—¿Esa parte en la que te has apretado el pecho, te has agachado y has estado a punto de desmayarte?

Oh, Dios. Le ardían las mejillas.

—Em... sí, me refiero a eso.

—Pues sí, lo he visto.

Quería cerrar los ojos y desaparecer, pero eso violaría su mandato de madurez. Por el contrario, se puso derecha, tomó aire y curvó los labios en lo que esperaba que fuera una sonrisa.

—Lo siento. Estaba distraída.

Él le indicó que entrara a su oficina.

—A mí me ha parecido más que eso.

—No ha sido... —mintió, aferrándose con firmeza a su gran bolso—. Bueno, como puedes ver, estoy aquí y estoy preparada para nuestra reunión. Tengo varias ideas para enlazar el campamento con los festivales existentes mediante algún patrocinador que no pague. Obligamos a nuestros amigos con empresas a soltar pasta para poner sus nombres en una pancarta, pero somos más indulgentes con los que actúan sin fines lucrativos.



—Es bueno saberlo.

Su despacho era grande y con muchas ventanas; tenía cuatro mesas y mucho espacio abierto. Ella miró a su alrededor, hacia las paredes desnudas, las pocas cajas apiladas junto a una fotocopidora y una única silla.

—Supongo que la decoración no entra en el presupuesto.

—Aún estamos instalándonos. Estamos solo Dakota y yo. En verano hemos tenido a más gente trabajando, pero estaban en el campamento principalmente. Quería espacio para expandirme.

—Me habría esperado unos cuantos pósters de fútbol americano en la pared.

—Aún no los he desembalado.

—Cuando los saques, le añadirán mucho color a este sitio.

Él señaló una mesa plegable cuadrada que había en una esquina y una vez que estuvieron allí sentados en unas sencillas sillas, ella sacó una carpeta de su bolso y la dejó sobre la mesa. Era consciente de la presencia de él a su lado, pero no quería dejar que eso se notara. Cada crisis a su tiempo.

—Por si no te has enterado —comenzó a decir—, Fool's Gold es la capital del festival de California. Tenemos un gran evento cada mes. Y con «gran» quiero decir que atraemos hasta aquí a casi cinco mil personas y que llenamos por lo menos el cincuenta por ciento de las habitaciones de hotel. El resultado es una buena inyección de dinero a nuestro pueblo.

Se detuvo.

—¿Quieres tantos detalles?

—Claro. La información nunca viene mal.

Pia pensó en algunas de las tan tediosas reuniones del consejo a las que había asistido... sobre todo las de presupuesto... y supo que él se equivocaba, aunque eso se lo guardó.

—En este momento, el turismo es nuestra mayor fuente de ingresos y empleo, pero estamos trabajando para cambiar eso. Además del existente hospital, pronto tendremos unas nuevas instalaciones que incluirán un centro de rehabilitación. Además, tenemos el campus de la universidad. Esos tres sectores generan mucho empleo, pero en este pueblo, los empleos de servicios lo rigen todo. Uno de los objetivos a largo plazo del pueblo es traer más empleos de manufacturación con altos precios para que no estemos intercambiando el mismo dólar semana tras semana. Pero hasta que eso pase, los festivales nos dan dinero y trabajo.

Abrió la carpeta que había llevado.

—Además de los festivales principales, tenemos eventos de menor importancia que atraen a multitudes de la zona. Nadie de esas personas se queda a pasar la noche, lo cual supone menos dinero para el pueblo, pero también menos trabajo.

Raúl agarró la lista de los festivales y la leyó. Ella había marcado los que despertarían mayor interés familiar.

—Si se nos ocurre algo como que un famoso jugador de fútbol americano presente el evento, podemos atraer la atención de la prensa. Supongo que podemos traer a la televisión local, pero estaría bien encontrar un buen vínculo y tal vez



conseguir uno de los programas de la mañana.

—¿Traerle dinero al pueblo y donaciones y patrocinio para el campamento?

—Exacto.

Estaba bien. Centrarse en el trabajo la ayudaba a mantenerse calmada, porque si pensaba en lo sucedido esa mañana...

Sin previo aviso, los temblores empezaron otra vez. El pecho se le encogió y tuvo que respirar hondo.

Raúl la miró por encima de los papeles.

—¿Estás bien?

Ella asintió porque hablar le resultaba imposible.

Él soltó las hojas.

—¿Qué está pasando?

—¿Podría beber un poco de agua? —logró decir.

Raúl se levantó y fue hacia un pequeño frigorífico. Después de sacar una botella, volvió a la mesa y se la dio.

—Gracias.

—¿Qué está pasando? —le volvió a preguntar mientras se sentaba. Le agarró la mano que tenía libre y le apretó los dedos.

El contacto fue ligero, pero aun así cálido. Ella sintió algo, un pequeño cosquilleo. Bien.

—Tienes el pulso demasiado acelerado —le dijo—. Estás disgustada por algo.

El cosquilleo desapareció. Ella apartó la mano y abrió el agua.

—Estoy bien. No es nada.

Pero Raúl no estaba muy convencido.

—¿Es por lo de los embriones?

Pia cerró los ojos y asintió.

—He ido a verlos esta mañana.

—¿Cómo?

—He ido al laboratorio y he preguntado si podía verlos —abrió los ojos y suspiró—. Me han dicho que no.

—¿Y eso te ha sorprendido?

—Un poco. Sabía que eran pequeños, pero pensé que tal vez podría verlos por un microscopio o algo así —se movía en la silla intentando no recordar la incrédula mirada que le había lanzado el chico del laboratorio... como si fuera idiota.

—Al parecer, no es posible sin descongelarlos y si los descongelas sin que se hayan implantado, mueren —respiró hondo—. Cuando he explicado por qué quería verlos, me ha dado mucha información sobre la fecundación in vitro.

—¿Le has contado lo de tu amiga?

—Ajá. Y después he leído el material —se llevó una mano al estómago esperando controlar una náusea—. Al parecer, el cuerpo tiene que estar preparado —dejó la botella en la mesa y siguió hablando—. Lo cual requiere mucho más que una charla. Se introducen una serie de hormonas en mi cuerpo y después de eso, llega el procedimiento de la implantación... no entraré en detalles.



—Te lo agradezco.

Pia esbozó una pequeña sonrisa.

—Después tienes que esperar y hacerte la prueba de embarazo en dos semanas. Con suerte, habrá bebés.

Sintió el pánico apoderándose de ella otra vez.

—No lo entiendo. ¿Por qué me ha confiado a sus hijos? ¿Sabes que *Jake* ronronea? Se relaja un montón, se pone cariñoso y ronronea.

—¿*Jake* es un gato?

—Sí. Lo he tenido unos dos meses y a mí nunca me ha ronroneado. Apenas me miraba y después va a casa de Jo y se pone a ronronear como si su vida dependiera de ello —sacudió la cabeza—. No lo entiendo. Crystal quería a esos niños más que a nada. Después de que su marido fuera destinado a Irak, ella hablaba de quedarse embarazada una vez que regresara. Estaba ilusionadísima. Cuando Keith murió, seguía decidida a convertirse en madre, pero eso no sucedió. Y ahora, ¿tengo que criar a unos niños? Y todo eso del *in vitro*... no es un cien por cien. Puede que no todos o ninguno se enganchen... lo cual es una forma educada de decir que morirán. ¿Y si es culpa mía? ¿Y si a mí me pasa algo? ¿Y si son iguales que *Jake* y no les gusto lo suficiente como para quedarse en mi cuerpo?

Podía sentir cómo pasaba del pánico al puro terror. Miró a Raúl, que la estaba observando con una intensa mirada haciéndola sentirse incómoda.

—¿Demasiada información? —preguntó ella.

—Has dicho Keith y Crystal.

Pia asintió.

—¿Keith Westland?

Ahora era ella la que tenía que mirar.

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

Él se levantó, caminó de un lado a otro del despacho y volvió para quedar de pie frente a ella. Era tan alto que resultaba incómodo mirarlo. Pia se levantó.

—Raúl, ¿qué está pasando?

—Lo conozco... lo conocí. Keith es un nombre muy común, pero me habló de su mujer, Crystal. Me habló de este lugar y por eso vine aquí. Él es la razón por la que accedí a participar en el torneo de golf de famosos el año pasado. Quería ver dónde había crecido.

—Espera un minuto. ¿Cómo es posible que conocieras a Keith? Crystal nunca me dijo nada —Pia estaba segura de que su amiga habría contado algo como que Raúl Moreno era amigo de su marido.

Él miró por la ventana, como si estuviera recordando.

—Estuve en Irak; algunos de los jugadores lo hacemos para ir a ver a las tropas fuera de temporada. Les sube la moral y a cada uno nos asignan un soldado para no metemos en problemas. Keith era el mío. Viajábamos por todo el país hasta diferentes bases. Nos tendieron una emboscada y nos dispararon. Él me salvó el trasero.

Raúl se frotó la cara.



—Ese último día estábamos de camino al aeropuerto. Era un convoy muy grande en el que íbamos los jugadores, unos cuantos personajes *vip*, algunos políticos... hubo una emboscada y dispararon a Keith —sacudió la cabeza—. Lo abracé mientras moría. No podía hablar, no podía hacer más que buscar aire. Y entonces se fue.

Ella se hundió en la silla.

—Lo siento —susurró—. No lo sabía —Crystal tampoco lo había sabido.

—Llegaron refuerzos y nos ayudaron a volver a casa. Cuando recibí la invitación para el torneo de golf, vine aquí. Supongo que para presentarle mis respetos al lugar que Keith tanto había querido. Me gustó y por eso me quedé.

Pia no se esperaba que fuera a haber más sorpresas, pero se equivocaba.

Él se puso de rodillas delante de ella.

—Quería hablar con Crystal, pero no sabía qué decir. Conocí a su marido durante dos semanas y estuve allí cuando murió... ¿eso la habría reconfortado?

Ella sintió su dolor y le acarició el hombro suavemente.

—El hombre al que amaba había muerto; no creo que nada la hubiera reconfortado.

—No quería entrometerme ni molestar —él sonrió ligeramente—. Ahora tú eres responsable de los bebés de Keith y de Crystal.

—No me lo recuerdes.

Raúl volvió a su silla y la miró.

—¿Estás bien?

—Intentando recuperarme del último bombazo —hizo una mueca de estremecimiento—. Lo siento. He elegido mal la palabra. Oír que conocías a Keith y que estuviste allí cuando murió parece algo cósmico... como si el universo quisiera asegurarse de que tenga esos bebés.

—Estás viendo demasiado...

—¿Sí? ¿No crees que es un poco extraño que estemos teniendo esta conversación?

—No. Me mudé a este pueblo porque conocí a Keith. Si no me lo hubieran asignado, jamás habría accedido a participar en el torneo de golf y no estaría aquí, teniendo esta conversación contigo.

Lo que dijo tenía sentido, pero Pia aún se sentía como si estuvieran forzándola a tomar una decisión que no estaba preparada a tomar.

Los tres embriones suponían que podía llegar a tener trillizos, y tenía un apartamento diminuto... ¿cómo iban a entrar todos?

Se aferró a la botella de agua, pero después de oír la historia de Raúl y Keith, incluso cuestionar el acto de tener hijos le parecía egoísta.

—No tienes que decidirlo hoy —le recordó—. Ni siquiera este año.

—Supongo. Cuando empieza a entrarme el pánico, me digo que estoy centrándome en algo equivocado. No se trata de mí. Se trata de Crystal y de Keith y de sus hijos. ¿Quién soy yo para cuestionar si debería o no tener a sus hijos? ¿No me convierte eso en una mala persona? ¿No debería estar ya hormonándome,



comprando cunas y leyendo ese libro de *Qué esperar...* que todo el mundo dice que es tan bueno? Si fuera una buena persona, no lo dudaría.

Raúl miraba los ojos avellana de Pia, sorprendido por el caleidoscopio de emociones. Posiblemente ella fuera la persona más honesta que había conocido nunca. Loca, pero sincera, además de atractiva... aunque pensar que era atractiva no era exactamente apropiado.

Lentamente, le quitó el agua de las manos y la dejó en la mesa. Después la levantó y la rodeó con sus brazos.

—No pasa nada.

Ella se mantuvo rígida mientras la abrazaba.

—No, no pasa nada.

Él seguía abrazándola, deslizando una mano por su espalda, disfrutando de la sensación de tener su cuerpo a su lado.

—Respira hondo, hacia dentro y hacia fuera. Vamos. Respira.

Ella hizo lo que le pidió y un poco de su tensión se desvaneció.

No podía empezar a imaginar por lo que estaba pasando.

Después de llevar las manos hasta sus hombros, dio un paso atrás para verle bien la cara.

—No eres una mala persona —dijo él con firmeza—. Una mala persona se olvidaría de los embriones sin pensárselo dos veces. Y en cuanto a lo de tomarte tu tiempo para tomar la decisión, ¿por qué no ibas a hacerlo? Tener los bebés de Crystal lo cambiará todo en tu vida. Puedes planificarte.

—Pero es mi amiga. Debería...

Él sacudió la cabeza.

—No. Crystal no lo consultó contigo, todo te ha caído encima de pronto. Date un respiro.

—Bueno, de acuerdo...

Los ojos de ella se veían grandes y cargados de preocupación. Le temblaba la boca. Había algo que la hacía parecer vulnerable. Una parte de él se preguntaba por qué Crystal no había advertido a Pia. ¿Habría sido por la avanzada enfermedad de la mujer o por otra cosa? ¿Es que no había querido darle elección a su amiga?

En lugar de encontrar una respuesta, fue consciente de que ambos estaban muy cerca. Podía sentir la calidez de su cuerpo, sus delicados huesos bajo sus dedos. Era alta, pero aun así tenía que alzar la mirada para verlo. Sus rizos rozaban el dorso de sus manos. Los labios de ella se separaron ligeramente y él quiso acercarse más, pero...

Se apartó con la velocidad con la que había logrado que lo ficharan para los Cowboys, y después se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

¿De dónde había salido eso? Pia no estaba allí para besar a nadie. Él tenía pensado vivir en Fool's Gold mucho tiempo, así que si quería diversión, tendría que encontrarla en otra parte. No ahí. Además, desde Caro, no había tenido ningún interés y no era el momento de cambiar eso.

Al parecer, Pia no se había percatado de sus intenciones y en lugar de sentirse



dolida o enfadada, le lanzó una sonrisa.

—Gracias. Has sido genial. Siento seguir pagando mis crisis emocionales contigo.

—Estás pasando por mucho —dijo él con delicadeza.

—Lo sé, pero así es el negocio. Si te sirve de algo, soy una persona calmada y racional, incluso profesional. Puede que no quieras tomarme la palabra, pero puedes preguntar por ahí.

Pia forzó una risa.

—No te preocupes.

—Lo haré, porque creo en que hay que preocuparse de vez en cuando. Te prometería que te dejaría hablar con mi asistente la próxima vez, pero no tengo. Y con lo del incendio, el pueblo no puede permitirse pagar una.

—Puedo hablar contigo, Pia.

—Por lo menos esta vez no me he desmayado.

—Es un avance.

Ella suspiró.

—Eres simpático y yo no me fío de los simpáticos —se estremeció por lo que había dicho y alzó una mano—. No me malinterpretes.

—¿Es que hay algún modo de que no se pueda malinterpretar lo que has dicho?

—Lo único que digo es... —sacudió la cabeza y agarró su bolso—. Te dejaré revisando los papeles. Podemos hablar de los festivales y de tu campamento más tarde, si te parece bien. De verdad necesito recoger lo que me queda de dignidad y seguir adelante. La próxima vez que nos veamos, juro que me mostraré absolutamente calmada y racional. Apenas me reconocerás.

Él no quería que se fuera. Por razones que no podía explicar, quería acercarla a él y decirle...

¿Qué? ¿Qué iba a decir? Apenas la conocía. Tenía otras cosas de las que ocuparse. La reunión no importaba.

Pero el problema no era la reunión y él lo sabía.

Pia tenía algo; era una intrigante combinación de determinación, impulsividad y vulnerabilidad. Si no tenía cuidado, la vida le daría una buena paliza. Solo los fuertes sobrevivían e incluso ellos se llevaban algún golpe de vez en cuando.

No era su problema, se recordó él. Y tampoco quería que lo fuera.

—Te reconoceré. Te lo estás tomando demasiado en serio.

—Eso lo dice un hombre que probablemente no se ha puesto histérico en toda su vida —lo miró a los ojos—. Gracias por ser tan... simpático.

—¿Incluso aunque eso haga que no confíes en mí?

—Voy a lamentar toda la vida haber dicho eso.

—No. Estoy seguro de que tendrás otras cosas de las que te lamentarás mucho más.

—¡Ay! Eso no es muy reconfortante.

—Todos nos lamentamos por algo. Cosas que queremos cambiar o deshacer. Nada de lo que ha pasado hoy merece que te preocupes ni un segundo.



Ella vaciló.

—Pensé que serías diferente. Cínico. Ensimismado... ya sabes... una estrella del deporte.

—Deberías haberme conocido hace diez años.

La boca de ella se curvó formando una sonrisa.

—¿Salvaje e impetuoso?

—Un típico atleta de universidad. Mi novia del instituto me abandonó el primer año de universidad. Pasé unos meses compadeciéndome de mí mismo, me recuperé y cuando comencé el segundo año descubrí que era un dios.

—¿Obrabas milagros?

—Pensé que podía.

—Me alegra saber que pasaste por una época de chico malo.

—La mía me duró varios años.

Desde que firmó con los Cowboys y más. Llevaba en el equipo como un año cuando Eric Hawkins, también conocido como Hawk, había irrumpido en su habitación de hotel y lo había despertado a él y a las gemelas con las que se había acostado.

Hawk había sido su entrenador del instituto y mentor. Había sacado a las chicas de la habitación, prácticamente había ahogado a Raúl en café y después lo había llevado al gimnasio para una sesión de ejercicio sin compadecerse de la impresionante resaca que tenía.

Pero eso no había sido lo peor. La peor parte había sido la decepción en la mirada de Hawk. El silencio que decía que se había esperado algo mejor.

—¿Qué te cambió?

—Alguien que me importaba tenía expectativas puestas en mí y lo decepcioné.

—¿Tu padre?

—Mejor que mi padre. Es imposible no tener nada que perder cuando alguien te quiere.

—Eso ha sido muy profundo.

—No se lo digas a nadie.

—¿Viste la luz y te alejaste del camino del chico malo?

—Bastante.

Después de la sesión de ejercicio, Hawk se había llevado a Raúl a la parte pobre de Dallas para que viera a la gente cuyas pertenencias cabían en carros de la compra.

—Recupérate —fue lo único que le dijo su entrenador.

Raúl se había ido a casa sintiéndose como el mayor cretino del mundo. Al día siguiente se había ido del hotel, se había comprado una casa en un vecindario modesto y había empezado a trabajar con el voluntariado.

Dos años después, había conocido a Caro en un baile benéfico que demostró que la vida no era perfecta.

—Entonces crees que la gente puede cambiar —dijo ella.

—¿Tú no?

—No estoy segura. ¿La maldad desaparece o simplemente queda cubierta?



— ¿Quién fue malo contigo?

Ella suspiró.

— Y eso que se suponía que recogería mi harapienta dignidad y me iría sin más. Has sido genial. Estaré en contacto, Raúl. Gracias por todo.

Salió del despacho y él vaciló, dudando si debía o no salir tras ella. Pero entonces Dakota apareció y se quedó mirándolo.

— ¿He oído bien?

— Depende de lo que hayas oído.

— ¿Conociste a Keith Westland?

Él asintió.

Dakota fue hacia él y se dejó caer en la silla que había ocupado Pia.

— No diré nada; ni sobre él ni sobre los embriones. Todo esto es mucha responsabilidad. Supongo que sabía que Crystal tendría que dejarle los embriones a alguien, pero nunca había pensado en ello. ¿Lo sabía Pia de antemano?

Él recordó su primer encuentro con ella y respondió:

— No lo creo. Pensó que iba a quedarse con el gato.

— Sí. Estaba ocupándose del gato — Dakota parecía impactada —. ¿Cómo es que Crystal no la avisó? No puedes dejarle a alguien a unos potenciales niños y no decirle nada. O tal vez sabía que a Pia le entraría el pánico y no quería que le hiciera cambiar de opinión — Dakota lo miró —. ¿Está bien?

— Intenta asumirlo. Le sorprende que Crystal la eligiera a ella.

— ¿En serio? A mí no me sorprende. Puede que Pia no sea la elección más obvia, pero tiene sentido. Ella haría lo correcto... — Dakota se rio — después de varias patadas y llantos. ¡Vaya! Pia va a tener los bebés de Crystal.

— Aún no lo ha decidido.

Dakota lo miró.

— ¿De verdad crees que no los tendrá?

Él sacudió la cabeza. No podía imaginarlo, pero bueno, ya se había equivocado antes.

Ocupó la silla de detrás del escritorio.

— ¿Crystal, Pia y tú crecisteis juntas?

— Sí, claro. Crystal era unos años mayor, pero era una de esas personas verdaderamente buenas que quería cuidar del mundo. Trabajaba en la biblioteca después del trabajo y siempre estaba dispuesta a ayudar con proyectos del colegio — arrugó la nariz —. No puedo creer que sea tan vieja como para recordar que no existía Internet.

— Tienes veintisiete.

— Una anciana, prácticamente — se rio —. Pia iba un curso por delante de mí y mis hermanas, pero la conocíamos — los ojos se le iluminaron de diversión —. Pia era una de las populares. Llevaba una ropa genial y tenía todos los novios que quería.

La expresión de humor se desvaneció.

— Entonces su padre murió y su madre se fue. Todo cambió para ella. Habría jurado que Pia partiría hacia Nueva York o Los Ángeles al terminar la universidad,



pero se quedó aquí.

Lo cual significaba que algo le había sucedido.

—Supongo que éste es su sitio —murmuró Dakota.

—Tú también volviste. Este lugar debe de tener algo.

—Tienes razón —se rio—. Ten cuidado, Raúl. Si te quedas demasiado tiempo, jamás escaparás.

—Lo tendré en mente.

Pero lo cierto era que quería poder tener un lugar al que llamar «hogar». Un lugar en el que se sintiera bien.

Hubo un momento en el que lo quiso todo, una esposa y una familia. Ahora estaba menos seguro. Cuando se casó pensaba que lo sabía todo sobre Caro, que nada de lo que ella hiciera lo sorprendería.

Se había equivocado y al descubrir la verdad de lo que había hecho, una parte de él había quedado destrozada. Pia había preguntado si él pensaba que la gente podía cambiar. Y así era, porque lo había visto una y otra vez. Pero la verdad rota era otra cosa. Aunque fuera reparada, nunca volvía a ser lo mismo. Siempre quedaban grietas.



Capítulo 4

Uno de los beneficios de su trabajo era que aunque Pia formaba parte del gobierno municipal, no tenía que participar en nada de los asuntos aburridos. Sí, una vez al año tenía que presentar un presupuesto, y justificar cada centavo, pero eso se hacía con un buen programa de ordenador. Cuando se trataba de las reuniones del consejo, era estrictamente una visitante, no una habitual. Así que cuando la alcaldesa la llamó y le pidió que asistiera a una sesión de emergencia, se sintió algo nerviosa al tomar asiento en la larga mesa de reuniones.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Charity, la planificadora de urbanismo—. Marsha parece nerviosa, y eso no es muy propio de ella.

—No estoy segura —respondió Charity—. Sé que quería hablar sobre el incendio.

Y tenía sentido, pero ¿por qué tenía que estar presente ella?

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a su amiga.

Charity estaba embarazada de cuatro meses.

—Genial. Un poco hinchada, aunque parece que solo yo me doy cuenta —sonrió—. O están mintiendo. Cualquiera de las dos cosas me sirve.

Charity se había mudado al pueblo a comienzos de primavera y, en cuestión de semanas, se había enamorado del ciclista profesional Josh Golden, se había quedado embarazada y había descubierto que era la nieta de la alcaldesa.

Josh y Charity habían tenido una discreta boda y ahora esperaban la llegada de su primer hijo. Marsha estaba emocionada ante la idea de ser abuela.

«Un día más en Fool's Gold», pensó Pia con alegría. Allí siempre pasaba algo.

Miró a las demás mujeres de la reunión. Estaban las sospechosas habituales, además de algunas sorpresas, como la jefa de policía Alice Barns. ¿Por qué tenía que asistir a una reunión del consejo la jefa de policía? Nancy East estaba sentada delante de todos; no había duda de que la superintendente de los colegios tendría información que todos necesitaban.

Antes de que Pia pudiera preguntarle a Charity, Marsha entró corriendo y tomó asiento en la cabecera de la mesa.

La alcaldesa iba muy bien vestida, como siempre. Le sentaban bien los trajes sastre y llevaba su melena blanca recogida en un cuidado moño.

—Lamento llegar tarde —dijo Marsha—. Estaba al teléfono. Gracias a todos por venir con tan poco aviso.

Se oyó el murmullo de la gente diciendo que no pasaba nada.

—Tenemos un informe preliminar sobre el incendio —dijo Marsha mirando las páginas que tenía—. Al parecer, comenzó en la caldera. Dados los días inusualmente



fríos que hemos tenido a principios de semana, se encendió antes de revisarla. El fuego se extendió rápidamente, al igual que el humo.

—He oído que no hubo ningún herido —dijo Gladys. La mujer, que había sido la administradora del Ayuntamiento durante muchos años, estaba ahora ejerciendo de tesorera.

—Es verdad. Tuvimos algunos heridos que no revestían ninguna gravedad, pero a todo el mundo se le atendió allí y no hizo falta llevarlos al hospital —Marsha los miró, con su mirada azul cargada de preocupación—. Aún estamos valorando los daños, pero estamos hablando de millones de dólares. Tenemos un seguro y eso ayudará, pero no lo cubrirá todo.

—¿Te refieres a lo deducible? —preguntó uno de los miembros del consejo.

—Eso es, pero hay otras cosas en las que pensar. Libros, planes de estudio, ordenadores, material... como he dicho, se cubrirá algo, pero no todo. El estado nos ofrecerá ayuda, pero eso lleva tiempo... lo cual me conduce a otro asunto. ¿Dónde metemos a todos estos niños? Me niego a que este fuego interrumpa su educación. ¿Nancy?

Nancy East, una mujer rellenita que rondaba los cuarenta años, abrió la libreta que tenía delante.

—Estoy de acuerdo con Marsha; que los niños sigan en el colegio es nuestra prioridad. Hemos pensado en repartirlos entre las otras tres escuelas elementales, pero no hay suficiente sitio. Ni siquiera con aulas portátiles, la infraestructura no puede soportar tantos añadidos. No hay espacio suficiente ni en la cafetería ni en el patio. No hay suficientes baños. Por suerte, tenemos una solución. Raúl Moreno ha ofrecido su campamento. Ayer estuve visitando las instalaciones y nos vendrá de maravilla.

Pia se recostó en su silla. El campamento fue una elección obvia, pensó. Grande y lleno de salas. Estaba cerrado en invierno, así que no molestarían a nadie.

—Hay cierta logística para nuestras clases —siguió diciendo Nancy—. Nuestro equipo de mantenimiento está allí ahora mismo, pensando en las mejores configuraciones. Hay un edificio principal donde tendremos reuniones y donde estará la cafetería. Hemos llamado a escuelas de todas partes pidiendo material extra como pupitres, pizarras, autobuses... También estamos haciendo un llamamiento a los abastecedores comerciales. Como ha mencionado Marsha, el estado ofrecerá algo de asistencia.

Se giró hacia Pia.

—Necesito tu ayuda, Pia.

—Claro. ¿Qué puedo hacer?

—Quiero celebrar una colecta de material este sábado en el parque. Necesitamos de todo, desde lápices hasta papel del baño. Nuestro objetivo es que los niños puedan volver al colegio el lunes.

Pia se mostraba calmada por fuera, pero por dentro su voz sonaba histérica y chillona.

—Es miércoles.



—Lo sé. Es todo un reto. ¿Puedes tener algo preparado para el sábado?

La respuesta obvia era «no», pero Pia se la tragó. Tenía un listín telefónico que rivalizaba con cualquiera creado por el gobierno y tenía acceso a una lista impresionante de voluntarios.

—Puedo empezar a correr la voz esta noche y anunciarlo en el periódico de mañana y del viernes. El viernes además saldrá en los medios y puedo tener algo preparado para el sábado por la mañana, digamos a las nueve. Necesito una lista de lo que necesitas.

Nancy había ido preparada y le pasó una carpeta.

—Si la gente quiere donar dinero, no les diremos que no.

—¿Quién iba a hacerlo?

Pia abrió la carpeta y miró detenidamente las hojas escritas a máquina. La lista era detallada y, como Nancy había prometido, reflejaba todo lo que necesitaban, desde tizas hasta porcelana... bueno, no porcelana exactamente, sino platos para el campamento.

—Creía que el campamento ya tenía una cocina en funcionamiento. ¿Por qué iban a necesitar platos, vasos y utensilios?

—Zona de Niños albergaba a menos de cien campistas, incluso contando con los que no se quedaban a dormir. Nosotros vamos a enviar cerca de trescientos.

—Eso son muchas servilletas —murmuró Charity—. Me quedaré después de la reunión y así me dices qué puedo hacer para ayudar.

—Gracias.

No era el tamaño del proyecto lo que le preocupaba a Pia, sino la velocidad. Necesitaría un anuncio a toda página en el periódico local y a Colleen, su contacto en el *Fool's Gold Daily Republic*, no le haría ninguna gracia.

—Tengo que hacer una llamada —dijo y se excusó.

Una vez estaba en el vestíbulo, sacó el teléfono móvil y marcó.

—Hola, soy Pia.

Colleen era una mujer de cierta edad... aunque nadie sabía qué edad era ésa. Le gustaba beber y fumar y detestaba hablar sobre trivialidades.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente.

Pia respiró hondo. Hablar rápido era esencial.

—Una página completa mañana y el viernes. El sábado vamos a celebrar una colecta para la escuela que se ha quemado; lo necesitamos para un colegio nuevo y material.

Maldita sea. Hablar con Colleen siempre la ponía nerviosa, y lo peor era que la otra mujer no tenía que decirle nada para ponerla frenética.

—Los niños irán al campamento mientras se repara la escuela. Necesitarán de todo desde libros hasta lápices y papel del baño. Tengo una lista. También nos vendrán bien donaciones económicas.

—Claro que sí. ¿Algo más? ¿Qué tal un riñón? Me han dicho que tengo dos. ¿Quieres que me lo corte y que os lo envíe?

Pia se apoyó contra la pared.



—Es para los niños.

—No estoy participando en ningún concurso de belleza; no tengo que preocuparme ni por los niños ni por la paz en el mundo.

Se hizo una larga pausa durante la que Pia oyó a la otra mujer exhalando humo.

—Tráeme el material en quince minutos y lo haré. De lo contrario, olvídale.

—Gracias, Colleen —dijo Pia, corriendo hacia la máquina de fax de la segunda planta.

Redactó el titular y le sobraron dieciocho segundos. Cuando la copia y la lista del material necesitado había pasado por el fax, Pia volvió a la reunión y descubrió que no habían estado tan ocupados como ella.

—Charity, ¿es posible que hayas visto el trasero de Raúl Moreno? —estaba preguntando Gladys esperanzada—. ¿Podrías hacer una comparativa?

Pia se dejó caer en su silla.

—Sí, Charity. Deberías pedirle a Raúl que te concediera una ducha privada y a mí me gustaría estar presente cuando lo hicieras.

Charity volteó los ojos.

—No le he visto el trasero, y tampoco voy a pedirle que me lo enseñe. Por lo que a mí respecta, el de Josh es perfecto y no se puede mejorar.

—Eres su mujer —refunfuñó Gladys—. Tienes que decirlo.

Marsha se levantó de su silla.

—Debatir cuál de las dos celebridades del lugar es más atractivo puede ser un modo excitante de pasar el rato, pero aún tenemos cosas que discutir. Pia, ¿has conseguido el anuncio?

—Sí. Colleen publicará la hora, la lista de lo que hace falta y la información de contacto mañana y el viernes. Yo empezaré a hacer las llamadas esta noche. Colocaremos mesas para los que quieran hacer una venta de pasteles o algo parecido. Lo que solemos hacer siempre.

Marsha le entregó un papel.

—Aquí están los negocios locales que nos facilitarán refrescos y aperitivos. Les he dicho que nos los sirvan antes del sábado a las ocho de la mañana —miró a su alrededor—. Agradecería que las que tengáis una estrecha relación con Dios hablarais con él para que nos haga buen tiempo. Un sábado cálido y soleado sería lo mejor.

Gladys pareció impactada ante la petición, pero las demás se rieron a carcajadas.

Marsha se recostó en su asiento.

—Hay algo más que quiero discutir. Esperaba que no fuera importante, pero no he tenido tanta suerte. Soy consciente de que comparado con el incendio, esto parecerá una nimiedad, pero causará un impacto en nuestro pueblo y tenemos que estar preparados.

Pia miró a Charity, que se encogió de hombros. Al parecer, Marsha no le había hablado a su nieta de ese misterioso asunto.

—Puede que algunas recordéis a Tiffany Hatcher. Era una estudiante que vino a



Fool's Gold en primavera y que se dedicaba a la geografía humana, que estudia por qué la gente se asienta en un lugar u otro, por qué se traslada...

Pia vagamente recordaba a la joven guapa y diminuta que se había mostrado interesada en Josh. Aunque, ya que él solo había tenido ojos para Charity, nada había surgido de su flirteo.

—Intenté evitar que escribiera sobre nuestro pueblo, pero no tuve suerte y va a publicar su tesis. Me ha llamado para que sepa que hay un capítulo sobre Fool's Gold y, más concretamente, sobre la escasez de hombres. Ha enviado extractos del capítulo a muchos medios de comunicación y se alegra de decirme que han despertado interés.

—No —dijo la jefa Barns—. No pienso permitir que un puñado de tipos de la prensa invadan mi pueblo y aparquen donde no deben. ¿Es que no hay suficientes noticias en el mundo sin tener que prestamos atención a nosotros?

Pia pensaba lo mismo, pero se temía que un pueblo con escasez de hombres era exactamente la clase de historia que atraería mucha atención.

—No creo que ayude mucho que le digamos a los medios que no los queremos aquí —dijo Charity.

—Me temo que en las próximas semanas vamos a tener que enfrentarnos a este problema. Y no solo a los medios... —dijo Marsha.

Pia miraba a su jefa.

—Cuando se corra la voz, nos invadirán hombres buscando un pueblo lleno de mujeres solitarias.

—Eso podría ser divertido —dijo Gladys, intrigada—. Unas cuantas de vosotras necesitáis casaros.

Pia sospechó que Gladys se refería a ella, así que tuvo la precaución de mantenerse callada. Con menos de tres días para organizar un evento a lo grande, casarse o conocer a un hombre era lo último que le importaba. Y aunque no estuviera tan ocupada, teniendo en cuenta el tema de los embriones, lo de salir con algún hombre no es que fuera improbable, es que era imposible.

El sábado por la mañana amaneció perfectamente claro y la temperatura sería suave. Al parecer, Dios había respondido, pensó Pia mientras llegaba al parque poco después de las siete para ver que los trabajos ya habían empezado.

La cuadrilla de mantenimiento ya estaba montando largas mesas y cubos. Una imprenta había donado varios carteles y otros que se habían hecho a mano estaban dispuestos en su sitio. Pia había organizado dónde se recolectaría cada cosa.

Su milagroso listín telefónico había funcionado a la perfección, y unas cincuenta personas la habían llamado prometiéndole libros, material e incluso dinero en metálico. Liz Sutton, nativa de Fool's Gold y una autora de éxito que acababa de regresar al pueblo para quedarse, había prometido cinco mil libros de niños para crear la biblioteca. Cuando Pia se había ofrecido a ir gritando a los cuatro vientos la impresionante donación que había hecho, ella había insistido en que todo se hiciera



de manera anónima.

Y no fue la única que colaboró a lo grande. El héroe local, Josh Golden, ya había entregado un cheque por valor de treinta mil dólares, también con instrucciones de que no se diera su nombre. Además, la mañana anterior había llegado a su despacho un cheque por valor de diez mil dentro de un sobre que le habían colado por debajo de la puerta sin remitente.

Pia le había entregado el dinero a Nancy, junto con una lista del resto de donaciones.

Ahora, mientras bebía un poco de café, repasó todo lo que sucedería durante el día. El evento comenzaría a las ocho. Las donaciones se habían entregado el día anterior, y sus voluntarios estaban seleccionándolo todo. Para facilitar las cosas, se agruparon los artículos en función de precio en mesas de uno, tres, cinco y diez dólares.

La venta de pasteles y comida comenzaría al mediodía. La subasta sería a las tres y Pia aún esperaba la lista de lo que se ofrecería.

Durante todo el día tocarían bandas locales, el hospital estaría tomando la tensión y las clases de último curso del instituto harían lavados de coches. Pia no estaba muy segura de eso del «Desnudos por la causa», por mucho que el presidente de la clase le hubiera jurado que no irían desnudos, sino en bañador; sin embargo, en el punto en el que se encontraban, estaba dispuesta a aceptar todos los dólares que reunieran.

A las siete y media apareció una horda de voluntarios que se colocó en las zonas que se les habían asignado. Charity llegó quince minutos después, muy pálida.

—Siento llegar tarde —dijo colocándose el pelo detrás de las orejas—. No suelo vomitar por las mañanas, pero hoy ha sido uno de esos días. La buena noticia es que los chicos han hecho un gran trabajo instalando las baldosas del suelo.

—¿Lo has visto muy de cerca?

—Durante casi una hora. Me duelen las rodillas, por no hablar del estómago —le dio una carpeta a Pia—. La información sobre la subasta.

—Gracias por hacer esto.

—Me alegra ayudar. Hay unos premios geniales —Charity se detuvo—. ¿Es un premio si tienes que pagarlo?

—No estoy segura.

Pia revisó la lista. Estaban las habituales tarjetas regalo de los restaurantes y de las tiendas locales. Ethan Hendrix había ofrecido un cheque por valor de cinco mil dólares para una reforma del hogar. Había también fines de semana en Tahoe y en la estación de esquí, clases de esquí, y un fin de semana en Dallas por cortesía de Raúl Moreno. Su paquete incluía los vuelos, dos noches en la Mansión Rosewood de Turtle Creek, una cena en el hotel y dos entradas para un partido de los Cowboys.

—Ese premio tiene mucho valor —dijo Pia, impresionada por la generosidad de Raúl.

—Lo sé. Casi se me han salido los ojos de las órbitas —apuntó Charity—. Ese hombre ya ha cedido su campamento, es más que suficiente.



—Es muy simpático —dijo Pia—. No puede evitarlo.

Charity se rio.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Puede serlo —aunque Raúl había dicho tener un pasado oscuro, eso, en lugar de molestarla, le había hecho verlo como más humano.

—Es muy guapo —dijo Charity.

Pia miró a su amiga.

—No vayas por ahí.

—Solo estoy diciendo que está aquí, que es guapo, que es un hombre de éxito y rico. Creo que no sale con nadie. Se divorció hace unos años.

Pia enarcó las cejas.

—¿Es que has estado investigándolo?

—Oh, por favor. Estoy con Josh.

Como si eso explicara algo... aunque tal vez lo hacía. No solo era que Josh estuviera enamorado de su esposa, era más el modo en que él miraba a Charity lo que hacía que Pia se sintiera un poco perdida y triste. Además de adorar a su mujer, Josh la veneraba. Era como si hubiera estado esperando toda su vida a encontrarla y ahora que lo había hecho, no fuera a dejarla marchar.

Pia no se fiaba de esa clase de adoración, pero sí que era agradable pensar que existía.

—No me interesa —dijo con firmeza.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has pasado algo de tiempo con él?

Pia no estaba preparada para hablar de los embriones, pero lo cierto era que quedarse embarazada lo cambiaría todo. Muy pocos hombres estarían interesados en criar a los hijos de otro y, sobre todo, tratándose de trillizos. Y aunque hubiera algún hombre dispuesto a hacerlo, seguro que ése no era Raúl.

—Hemos hablado y, como te he dicho, es muy simpático, pero no es para mí.

Miró a su amiga; aún no se le notaba mucho la barriga, pero sabía mucho más sobre el embarazo que ella. Sin embargo, Pia aún no estaba preparada para hacer preguntas.

El reloj de la Iglesia de la Puerta Abierta marcó la hora y Pia miró su reloj.

—Tengo que irme corriendo. Tengo que ir a cincuenta sitios distintos.

—Vete, ya me ocupo yo de la subasta. No te preocupes.

—No lo haré. Fool's Gold te debe una.

A las once quedó claro que todo el pueblo había acudido a apoyar a la escuela. Los artículos que se habían reunido para el mercadillo se habían vendido al completo y la mayoría de la gente había insistido en pagar dos o tres veces más del precio fijado. Los cubos de donativos estaban a rebosar, al igual que las mesas, y la gente no dejaba de llegar.

Pia pasó de zona en zona, comprobando cómo iban los voluntarios y descubrió que no la necesitaban. Todo transcurría con normalidad y sin problemas... tanto, que



ella comenzó a ponerse nerviosa.

Se compró un perrito caliente y un refresco y le dijo al chico que se ocupaba de atender el puesto que quedara con el cambio.

—Todo el mundo está haciendo lo mismo —dijo él con una amplia sonrisa y metiendo los billetes de sobra en una gran lata de café a rebosar—. Ya hemos tenido que vaciarla dos veces.

—Buenas noticias —dijo ella antes de sentarse en uno de los bancos.

Estaba agotada, pero en el buen sentido. Ahora mismo, en mitad de ese soleado día y rodeada por sus vecinos, se sentía bien. Como si todo fuera a funcionar. Sí, la escuela se había incendiado, pero el pueblo se había unido y se había restaurado el orden.

Y a ella siempre le había encantado el orden.

Tres chicos vinieron corriendo y uno de ellos se sentó a su lado.

—Ahí hay limonada gratis —dijo señalando al otro lado del parque.

—Deja que adivine... tú ya te has tomado dos vasos.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo ver el brillo del azúcar en tus ojos. Hola, soy Pia.

—Yo soy Peter —arrugó la nariz—. Iba al colegio que se ha quemado. Todo el mundo está haciendo esto para que podamos volver a la escuela.

—Y para ti eso no es muy divertido, ¿verdad?

—Supongo que me gusta el colegio...

Peter parecía tener unos nueve o diez años, tenía pecas y unos grandes ojos marrones. Era muy delgado, pero tenía una amplia sonrisa que hacía que quisieras sonreírle a él también.

—¿Qué preferirías hacer en lugar de ir al colegio?

—Jugar al béisbol. Jugaba cuando era pequeño.

—¿Estás en la Pequeña Liga?

Él negó con la cabeza.

—Mi padraastro dice que es demasiado caro y que hace perder mucho tiempo.

—¿Te gustan otros deportes?

—Me gusta ver el fútbol americano. Hacen esas cosas divertidas con las manos.

Intento fijarme en lo que hacen, pero es difícil.

—Todo eso se lo inventan. No hay una sola forma de hacerlo bien.

El niño abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Ajá. Vamos —dejó el refresco en el suelo y tiró su papel del perrito y la servilleta a la basura antes de girarse hacia Peter—. Vamos a inventarnos uno. Yo doy un paso y tú otro.

Levantó el puño de la mano derecha y el niño repitió el gesto. Saltaron, chocaron los puños, y volvieron a chocar con las palmas abiertas. Él sacudió dos dedos y ella terminó dando una doble palmada.

—¡Está bien! Vamos a hacerlo muy deprisa.

Repitieron la secuencia dos veces, sin cometer ningún error.



—Eres bueno —le dijo Pia.

—Tú también —el chico miró hacia otro lado y vio a sus amigos—. Tengo que irme.

—Diviértete. ¡Y no bebas demasiada limonada!

Él se rio y echó a correr.

Pia recogió su bebida y se levantó. Era momento de volver al trabajo. Mientras recogía sus papeles, vio a Jo cruzando el césped en dirección al puesto de subasta.

Su primer pensamiento fue ir tras ella y preguntarle por *Jake*, pero entonces recordó el cariño que el gato le había mostrado a su amiga y supuso que estaría muy bien en su casa.

Se giró y se chocó contra alguien alto y fuerte. Unas gotas de su refresco saltaron de su vaso de papel y cayeron sobre la camisa del hombre.

Pia gruñó y al alzar la mirada se encontró con la divertida mirada de Raúl.

—¿Es una especie de rito de iniciación a la vida en un pueblo pequeño? —preguntó él.

—Lo siento —ella se apartó y le frotó el pecho en un intento de limpiarlo... algo que resultó más agradable de lo que se había imaginado—. Es light. No te dejará mancha.

—No pasa nada —le agarró la mano y no le soltó los dedos—. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. No soy yo a la que han empapado.

El roce de Raúl era suave, ligero, apenas perceptible, y, aun así, ella no podía centrarse en otra cosa. Su piel era cálida y en ella, Pia pudo captar el poder que contenía.

¿El poder que contenía? ¿Pero qué era eso? ¿Frasas del guion de una peli mala? ¿Quién pensaba así?

Ella, al parecer. Estaba mirándolo a los ojos y descubrió que no quería apartar la mirada. Inmediatamente, se soltó de él.

—Bueno, gracias por tu donativo. Es impresionante. Ya has hecho bastante cediendo el campamento.

—No es para tanto. Me alegra haber ayudado.

—Bien. Todos deberíamos ayudar, sobre todo ahora.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

De ningún modo mencionaría que se sentía aturdida por el roce de su piel y por eso buscó otra explicación.

—He visto a Jo —dijo apresuradamente—. La amiga que se ha quedado con el gato.

Él asintió.

—Quería ir a preguntarle si *Jake* me echa de menos, pero es una tontería, ¿verdad? Está claro que la adora. No dejo de pensar que si no soy capaz de hacer feliz a un gato, ¿qué oportunidades tengo de que me quieran unos niños?

—¿Vas a tenerlos?

—Sí. No. No estoy segura —suspiró—. Tal vez. Sé que eso es lo que quería



Crystal. Y por muchas veces que me diga que no son responsabilidad mía, siento que lo son.

—¿Vas a tener los hijos de otros y criarlos?

—No voy a tenerlos para luego darlos.

—¿Por qué no?

Ella se quedó mirándolo.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no ibas a darlos? Hay cientos de parejas que están deseando tener hijos. Podrías elegir a la pareja tú misma, asegurarte de que los bebés estarán bien cuidados.

Nunca había pensado en eso. ¿Entregar a los bebés de Crystal y Keith? A pesar de lo cálida que era la tarde, la recorrió un escalofrío.

—No —dijo con rotundidad—. Si eso era lo que quería, lo habría mencionado en el testamento. Crystal se tomó la molestia de pagar tres años de conservación. Quería darme tiempo.

—No te advertió sobre lo que iba a hacer.

—Lo sé y eso me confunde, pero no cambia la realidad. Si tengo a los bebés, me los quedaré. Y los criaré —por mucho que pensarlo hiciera que el estómago e diera un vuelco.

Él la miraba a los ojos como si estuviera buscando algo en ellos.

—No conozco a muchas mujeres que pudieran estar dispuestas a hacer algo así.

—¿En serio? Porque yo no conozco a muchas que fueran a negarse.

—No puedes creerlo.

Pensó en sus amigas y en lo mucho que se cuidaban las unas a las otras.

—Estoy segurísima.

—¿Tan segura como Crystal lo estaba de ti? Tú eres la que ella eligió.

—Y eso me hace preguntarme por qué —dijo con una carcajada—. Bueno, ya basta de asuntos personales por hoy. Tengo que comprobar cosas y tú tienes que ponerte al sol para que se te seque la camisa.

Se marchó antes de que él pudiera hacer algo peligroso, como rodearla con su brazo.

Era extrañísimo. Normalmente se ponía nerviosa cuando conocía a alguien, pero luego esa sensación iba desapareciendo. Con Raúl, le había pasado todo lo contrario. Cuanto más lo veía, más tensa se mostraba. Si seguía así, dentro de un mes verlo podría dejarla en estado catatónico. ¡Eso sí que le daría a Fool's Gold algo de qué hablar!

Raúl estaba junto al edificio principal viendo cómo llegaban los niños para dar comienzo a su primer día de colegio en su campamento. El aparcamiento era una especie de caos organizado mientras los profesores distribuían a los niños por las clases.

En menos tiempo del que habría imaginado posible, el campamento había



quedado transformado. Había pupitres, sillas, equipamiento para el patio de juegos, libros, papel y personas preparando el almuerzo.

Dakota se unió a ellos con una carpeta en la mano.

—Esto es genial —dijo—. Como el primer día de colé, pero mejor aún.

—Seguro que a los niños les habría gustado tener más tiempo libre.

Ella se rio.

—Tienes razón, pero la educación es lo importante —lo miró por el rabillo del ojo—. Todo el mundo cree que eres genial por haberle cedido al pueblo este lugar. Que eres un tipo muy majo y simpático.

—Se pueden ser peores cosas.

Ella parecía sorprendida.

—La mayoría de los chicos no quieren ser simpáticos. Eso evita que consigan a la chica.

Él nunca había tenido problemas para conseguir a La chica.

—Un tipo simpático cambió mi vida. Ser como él me haría un hombre muy feliz.

Hawk no era una persona fácil de tratar, sino un tipo duro que hacía lo correcto. Raúl dudaba que a su viejo amigo hubiera podido engañarlo Caro. La ironía era que él había hecho todo lo posible por asegurarse de que elegía a la persona correcta, pero aun así, había logrado estropearlo todo.

—Tengo que ir a hablar con unos profesores —dijo Dakota excusándose.

Llegaron tres coches más y aparcaron. Pia salió de uno de ellos y lo saludó.

Llevaba una falda oscura y unas botas y su jersey era del color de sus ojos. Raúl no solo se fijó en eso, sino que deseó echar a caminar hacia ella. Se juntaron a medio camino y al instante él los imaginó a los dos besándose y con mucha menos ropa encima.

No era muy buena idea, se recordó. Pia se movía en una dirección totalmente opuesta, y, además, él tenía unas reglas sobre los pueblos pequeños y sus mujeres residentes. Convertirla en una excepción supondría un desastre para los dos.

—¿No es genial? —preguntó ella mientras se acercaba—. Había tráfico al subir la montaña. Me encanta ver que un plan funciona.

Llegó un autobús y cuando la puerta se abrió, los niños comenzaron a salir en bandada. Un chico muy delgado y pelirrojo corrió hacia Pia.

Raúl lo reconoció; era el chico que se había encogido de miedo cuando había intentado ayudarlo a salir de la clase llena de humo. Vio cómo Pia y el chaval se saludaron con un complicado juego de manos.

—¡Te has acordado! —gritó el niño—. Lo sabía.

—Es nuestro saludo —dijo Pia con una carcajada—. Vamos, será mejor que vayas a clase. Diviértete.

—Lo haré.

Él se giró y salió corriendo.

—¿Lo conoces? —preguntó Raúl.

—¿A Peter? Nos conocimos el sábado en el parque. Estaba allí con sus amigos.



¿Por qué?

Pensó en la clase llena de humo y supuso que tal vez eso era lo que tenía al niño tan asustado. Tal vez lo había malinterpretado. A pesar de tener el presentimiento de que no era así, prefirió no decir nada hasta no tener más pruebas.

—Creo que estaba en la clase en la que yo estuve hablando cuando empezó el incendio.

—Oh, puede que sí. Es de esa edad —se pasó el bolso al otro hombro—. ¿Cómo tienes la agenda los próximos días? Técnicamente aún te debo una reunión.

—¿Qué tal hoy?

—¿A qué hora?

—Al mediodía. Almorzaremos juntos.

Ella vaciló.

—No tienes que invitarme a almorzar.

Él enarcó una ceja.

—Iba a dejarte pagar.

Ella se rio.

—Oh, bueno, en ese caso, claro. Iremos al Fox and Hound. Hacen una ensalada increíble y pareces un tipo al que le gusta la lechuga.

—Puede que te sorprenda.

Algo brilló en los ojos de Pia, pero tan pronto como apareció, se desvaneció. Ella asintió.

—Puede que sí.



Capítulo 5

Pia miraba al guapo hombre sentado frente a ella en el restaurante y se decía que debía centrarse en el trabajo. Estaba allí por un asunto puramente profesional... no para disfrutar de las vistas, aunque Raúl era lo suficientemente guapo como para deslumbrar a cualquiera.

Ya habían pedido la comida y les habían servido la bebida. Pia había elegido un refresco light y eso le había hecho pensar que si se sometía a la fecundación in vitro, podría darle un buen beso de despedida a su hábito de edulcorante artificial durante al menos nueve meses.

—¿Creciste en Seattle, verdad? —le preguntó ella pensando que tocaba un poco de charla trivial. Podía ser simpática.

—Hasta la universidad.

—Nunca he estado allí, pero supongo que no tiene nada que ver con Fool's Gold.

—Es mucho más grande y llueve mucho. Seattle tiene montañas, pero no están tan cerca.

—¿Por qué no has vuelto allí?

Él le lanzó una sonrisa que hizo que se le acelerara el pulso.

—Demasiada lluvia para mi gusto. Demasiado gris. Me gusta ver el sol — levantó su vaso de té helado.

—¿Por eso te marchaste? Podrías haber ido a la universidad de Washington.

—Las otras ofertas eran mejores y mi entrenador pensó que debía salir del estado y ver el resto del país. Exceptuándolo a él, a su esposa y a mi novia, no dejaba atrás mucho más.

—¿Y tu familia?

—Nunca conocí a mi padre. Uno de mis hermanos murió cuando era un niño. Le dispararon. Mi madre... —se encogió de hombros—. He pasado muchos años en una casa de adopción.

Le habían sucedido cosas no muy buenas y Pia no estaba segura de querer saber qué eran.

—Yo pasé un año en el sistema, también.

—¿Tú?

—En mi último año de instituto, mi padre murió y mi madre se marchó a vivir con su hermana a Florida. Dijo que sería mejor que yo me quedara aquí para poder graduarme con mis amigos, pero lo cierto era que no quería que yo la molestara. No la he visto desde entonces. No volvió para mi graduación y dejó claro que no era bienvenida allí. Hice cuatro años de universidad, conseguí un trabajo en el



Ayuntamiento y volví.

Forzó una sonrisa.

—Intentaron ofrecirme una beca de deportes como jugadora de fútbol americano, pero esos uniformes no me sientan bien.

—Ésta es tu casa —dijo él con una mirada seria—. Es el lugar al que perteneces.

—Tienes razón. Hay veces en las que pienso que podría irme a Los Ángeles, o a San Francisco, a Phoenix, incluso. Pero no pienso marcharme. Seguro que te resulta muy aburrido.

—No. Yo también quiero eso. Pensé que me asentaría en Dallas, los fans son fantásticos y me gusta mucho esa ciudad, pero entonces vine aquí por lo que me dijo Keith. Hizo que pareciera un lugar sacado de una película y cuando vine a participar en el torneo de golf, descubrí que era verdad. Me gustó todo de Fool's Gold y por eso volví y decidí instalarme.

Pia se preguntó si estaría huyendo de algo o persiguiendo algo.

—Entonces éste es el primer pueblo en el que vives. Tendrás que conocer las reglas.

—¿Es que no me venían incluidas en el paquete de bienvenida? —esbozó una media sonrisa y ella hizo lo posible por no reírse.

—No, pero son muy importantes. Da el más mínimo problema y tu vida aquí será un infierno.

Se inclinó hacia ella.

—¿Cuáles son las reglas?

—Las típicas: ten recogidos el salón y la cocina porque nunca se sabe quién puede presentarse en tu casa. No te líes con una mujer casada... —se detuvo— o con un hombre, dependiendo de tus gustos. No te vuelques en un solo negocio. Reparte la riqueza. Por ejemplo, las mejores peluquerías las regentan dos hermanas, Bella y Julia Gionni, pero no puedes ir solo a una peluquería. Confía en mí. Ve alternando. Cuando estés en Bella, te pondrá verde a Julia y viceversa.

Él parecía estar divirtiéndose.

—Tal vez sea mejor que me corte el pelo fuera de aquí.

—Cobarde.

—Conozco mis limitaciones.

—Has sido tú el que se ha comprado el campamento aquí. Ahora estás atrapado.

Su rostro era hermoso; a Pia le gustaba el ángulo de su mandíbula y el modo en que su oscuro cabello caía sobre su frente.

—¿Puedes darme esas reglas por escrito?

—Veré qué puedo hacer.

Su camarero llegó con la comida. Pia había elegido ensalada de pollo a la barbacoa y Raúl una hamburguesa.

—¿Cómo encontraste el campamento? —preguntó ella mientras agarraba su tenedor—. Llevo aquí toda mi vida y apenas recuerdo saber algo de ese sitio.

—Fui a dar una vuelta con el coche, seguí unos carteles y lo encontré. Llevaba



tiempo con la idea de hacer algo para los niños y no sabía qué. Cuando vi el campamento, supe que era lo que había estado buscando.

Tenía la hamburguesa en la mano, pero aún no la había probado.

—El programa de verano es por donde empezaremos, pero espero que podamos hacer más. Que podamos estar abiertos todo el año. Traer a niños para que participen en cursos intensivos de dos o tres semanas en los que nos centraremos en uno o dos temas. Sobre todo en Ciencias y Matemáticas. No hay muchos niños a los que les gusten esas asignaturas.

—Tendrías que coordinarte con los distritos escolares para complementar su plan de trabajo.

—Eso es en lo que está trabajando Dakota. Estamos pensando en niños de mediana edad. Queremos que se vuelquen en los estudios antes de entrar en el instituto.

Mostraba mucha pasión por ese asunto, pensó Pia mientras pinchaba la ensalada. ¿Cómo sería cuando estuviera con una mujer? ¿Volcaría en ella la misma pasión?

Era un tema interesante, pero no ahondaría en él. Incluso sin ese embarazo potencial en su futuro, sabía que no debía tener ninguna relación con un hombre así. Ni con cualquier hombre. Por alguna razón, los hombres tenían la costumbre de abandonarla, y si antes no había tenido la suerte de que se quedaran a su lado, ¿qué suerte tendría de que lo hicieran cuando tuviera tres hijos?

¿Tres hijos? La cabeza empezó a darle vueltas y se obligó a pensar en algo que le diera menos miedo.

—Que la escuela pueda utilizar estas instalaciones es genial. Y eso que la gente pensaba que solo intentabas hacerte el simpático.

Él se rio.

—Todos salimos ganando.

—Aunque no fuera así, el campamento es una idea genial. Sé que muchos niños del pueblo han estado encantados de subir aquí todos los días durante el verano. O más bien las que han estado encantadas han sido sus madres. Los tres meses de verano se pueden hacer muy largos.

Los ojos color avellana de Pia danzaban con diversión y Raúl se vio observándola mientras comía. Le gustaba, y ése era un buen comienzo. Quería conocerla mejor, pero estaba el asunto de los embriones.

—¿Por qué querías trabajar con niños? —preguntó ella—. ¿Por lo de ese entrenador que te ayudó?

—¿Cómo lo has sabido?

—Por el modo en que hablas de él.

—Sí, fue por él. Vio algo en mí que yo no podía ver. Y su mujer también, aunque en aquel momento no estaban casados —sonrió ante los recuerdos—. En mi último año de instituto fui uno de los capitanes del equipo.



—¿Cómo no! —murmuró ella.

—¿Qué?

—Nada, nada, sigue...

—Se suponía que cada capitán tenía que llevar donuts al entrenamiento. Tuve que dejar mi trabajo de verano para poder ir a los entrenamientos; vivía en un edificio abandonado y no tenía dinero.

—Espera un minuto... ¿eras un sin techo?

—No fue tan malo —de hecho, fue mucho mejor que haber tenido que vivir con su padrastro. Ese hombre jamás había conocido a un niño al que no hubiera querido pegar. Un día, Raúl le había devuelto el golpe. Con fuerza. Y después, se había marchado.

—No pudo ser bueno —dijo ella con tono de preocupación.

—Estoy bien.

—Pero no lo estuviste.

—Lo superé. Pero lo que intento decir es que los robaba.

—¿Los donuts? ¿Robabas los donuts?

—No me libré. La dueña de la tienda me pilló y se cabreó mucho —además de golpearlo con una muleta... cosa que aún recordaba con humillación.

—Terminé trabajando para ella y con el tiempo me fui a vivir con ella. Nicole Eyes. Le gustaba pensar que era una mujer muy dura, pero no era así.

—La querías —dijo Pia en voz baja.

—Mucho. Si hubiera tenido diez años más... —se rio—. Bueno, tal vez no. En aquel momento tenía novia y no le habría hecho gracia —miró a Pia—. Mi novia era la hija de Hawk.

Habían tenido muchos planes: boda, una docena de hijos...

—Estuvimos juntos hasta mi primer año de universidad y después me abandonó. Pero lo superé.

—¿Sigues siendo amigo de Hawk y de Nicole?

—Claro. Se casaron y son muy felices juntos. Incluso sigo manteniendo el contacto con Brittany.

—¿Sabe él que tuvisteis una relación?

—Probablemente.

—Interesante. Yo no tengo ninguna historia tan curiosa.

—Tu mejor amiga te ha dejado tres embriones... sales ganando —volvió a agarrar su hamburguesa—. Hawk y Nicole me ensañaron a hacer lo correcto. Son esa voz que me habla por dentro y me dice lo que tengo que hacer. No quiero decepcionarlos.

—Son tu familia. Eso es muy bonito.

Raúl recordó que ella no tenía mucha familia. Un padre muerto y una madre con las habilidades maternas de un insecto.

Ella apartó su ensalada y sacó una carpeta de su bolso.

—Sigue comiendo. Mientras, te contaré lo que se me ha ocurrido y tú podrás decirme lo brillante que soy mientras masticas.



—Me gustan las mujeres con un plan.

Pia miró su reloj y se quedó asombrada al ver que eran más de las dos.

—Vaya, tengo una cita a las tres —dijo abriendo la cartera y sacando un par de billetes.

—No vas a invitarme a comer —le dijo Raúl.

—Pero dijiste...

—Estaba de broma.

—¿Demasiado macho como para dejar que una mujer se pague su comida?

—Algo así.

Él echó su dinero sobre la cuenta y se levantó. Cuando ella hizo lo mismo, Raúl se acercó y posó una mano sobre la parte baja de su espalda mientras salían. En todo momento, ella fue consciente del calor y de la presión del contacto de su mano.

Cuando llegaron a la acera, se giró hacia él.

—Volveremos a hablar para enseñarte un calendario de fechas. Creo que al campamento le vendrá bien que lo coordinemos con algunos de los festivales.

Casi estaba balbuceando... a pesar de estar intentando mirarlo directamente a la cara. ¿Qué le pasaba? No era una cita. No estaban en la puerta de su casa mientras ella se debatía entre sí invitarlo a pasar o no. Había sido una reunión de trabajo.

—Gracias por tu ayuda —dijo él.

Ella respiró hondo, se puso derecha y lo miró a los ojos.

—De nada. ¿Sabes? Robert, nuestro antiguo tesorero, era la clase de hombre que a todos nos parecía muy simpático y acabó robando millones.

—¿Estás diciendo que soy un ladrón? —sonó más divertido que ofendido.

—No exactamente, pero ¿cuánto sabemos realmente sobre ti? La gente debería hacer preguntas.

—Estás pensando demasiado.

—Lo sé, pero eso es porque en mi vida no hay suficientes distracciones.

—¿Y ésta? —preguntó él justo antes de acercarse y besarla.

El contacto fue ligerísimo, apenas un roce de labios. No habría valido la pena mencionarlo... Si no fuera porque cada célula de su cuerpo se había quedado congelada por el impacto. Los dedos que sujetaban su bolso se cerraron alrededor de la tira con fuerza. Y antes de poder saber qué debía hacer, él se apartó y se puso derecho.

—Gracias por el almuerzo —le dijo y se alejó.

Dejándola con la respiración entrecortada y sola.

Y muy, muy, confundida.

Raúl se apartó del espejo mientras levantaba la pesa en su mano. Llevaba tanto tiempo entrenando que ya no tenía que mirarse para ver su forma y su velocidad. Los movimientos eran automáticos. A diferencia de algunos tipos, no disfrutaba



contemplándose a sí mismo.

Junto a él, Josh Golden trabajaba sus tríceps. Ambos estaban sudando y con una respiración fuerte. Había sido un entrenamiento duro.

—Por si te lo preguntas —dijo Josh al bajar la pesa—, soy el único héroe de este pueblo.

Raúl se rio.

—¿Estás preocupado? ¿O es que te sientes amenazado?

—Llevo aquí mucho más tiempo que tú, el pueblo me adora. Tú eres un recién llegado. La pregunta es si aguantarás lo suficiente.

—Puedo aguantar más que tú.

Josh sonrió.

—Ni en sueños —agarró una toalla y se secó el sudor de la cara—. Todo el mundo agradece que hayas cedido el campamento. Sin él, no habría colegio.

—Me alegra poder ayudar.

—Bien. Eso es lo que hacemos por aquí. Los que más tienen, más dan. Así es la vida en un pequeño pueblo.

Más reglas, pensó Raúl, recordando la lista que había enumerado Pia. Algo sobre dónde tenía que cortarse el pelo... Lo cierto es que no había estado escuchando mucho. Le gustaba oírla hablar y ver cómo las emociones se iban reflejando en su cara. Tenía unos ojos muy expresivos y una boca... tentadora...

—Tierra llamando a Raúl. ¿En qué estás pensando?

—En una amiga.

Josh volvió a agarrar la pesa. Raúl la bajó.

—Almorzaste con Pia el otro día.

Raúl enarcó la ceja.

—Estás casado.

—No la quiero para mí. La conozco desde hace años y es como una hermana. Estoy cuidándola.

Raúl se alegró de que alguien lo hiciera. Por lo que podía ver, Pia estaba muy sola.

—Estamos trabajando juntos. Algunos de los festivales se relacionan con cosas que hacemos en el campamento.

—Estás implicándote mucho en este lugar. ¿Seguro que estás preparado para lo que es de verdad la vida en un pueblo pequeño?

—Lo iré viendo sobre la marcha. ¿Qué te preocupa?

—Pia es inteligente, divertida y se hace la dura, finge que nada la afecta. Pero no es verdad. La muerte de Crystal la ha dejado hundida. Y antes de eso... —volvió a dejar la pesa y se puso derecho—. Ha tenido algunas rupturas difíciles. Su padre había muerto, su madre se había marchado. Vinieron algunos novios nada buenos. Nadie quiere que le hagan daño. Si la haces sufrir, no solo tendrás que vértelas conmigo, sino con todo el mundo.

Raúl había sido una estrella del fútbol americano desde que tenía dieciséis años y estaba acostumbrado a ser la persona con la que todos querían estar. Una persona



que gustaba a todo el mundo.

—¿Estás diciendo que me echarán del pueblo?

—Eso como poco.

—Me gusta Pia, no voy a hacerle daño.

Josh no parecía muy convencido.

—No puedes estar seguro.

—No quiero hacerle daño. También me importa.

—Supongo que con eso bastará por ahora. Pero si la cosa cambia, tendrás que responder ante mí.

—¿Crees que podrás conmigo? —preguntó Raúl con actitud divertida.

—Absolutamente.

Josh estaba en buena forma y era aproximadamente de la misma altura, aunque Raúl era más musculoso. Y además, jugaba al fútbol americano. El ciclismo no era exactamente un deporte de contacto.

—Me alegra que cuides de ella —dijo, porque era cierto—. Pia necesita a más gente a su lado.

Josh lo observó.

—Casi todo el mundo te diría que tiene a todo el pueblo de su lado.

Raúl tenía sus dudas.

—Es una chica de aquí y todos la aprecian, pero ¿en quién puede apoyarse y depender de verdad? Está sola.

Una realidad que le complicaría la vida una vez que decidiera tener los hijos de Crystal. Unos bebés de lo que, al parecer, nadie más sabía.

Él pensó en el soldado que había conocido, el soldado que había muerto en sus brazos. ¿Qué pensaría Keith de todo eso? Tenía la sensación de que estaría encantado de que a sus hijos se les diera una oportunidad, pero sospechaba que a él también le preocuparía que Pia estuviera sola.

—¿Estás pensando en cambiar su situación? —le preguntó Josh.

—No soy de relaciones largas.

—Estuviste casado. ¿Es ésa la razón?

Raúl se encogió de hombros y soltó su pesa.

Josh hizo lo mismo y vaciló.

—Estuve casado antes de Charity, pero no funcionó. A veces sucede.

Raúl asintió sin más porque no quería entrar en detalles. Si mencionaba que su primer matrimonio había 'ido muy malo, la gente daría por hecho que lo habían engañado, o que había descubierto que Caro se había casado con él por su dinero. Cualquiera de esas dos cosas habría sido mucho más sencilla que la verdad. ¡Incluso habría preferido que su esposa lo hubiera dejado por otra mujer! Pero la verdadera razón por la que su matrimonio había terminado hacía que se despertara por las noches con ganas de gritar al cielo.

Había cosas que no podían arreglarse, se recordó. Actos que no podían corregirse, como lanzar una piedra a un estanque. No se podía hacer más que esperar a ver las ondas y que nadie resultara herido.



Josh y él fueron hasta el vestuario. Después de ducharse y vestirse, decidieron entrenar juntos la semana siguiente. Una de las cosas que Raúl más echaba de menos de jugar al fútbol americano era entrenar con sus compañeros de equipo, pero ahora podía contar con Josh y también a veces con el amigo de éste, Ethan Hendrix.

Raúl sabía que llevaba su tiempo encajar en un lugar, pero estaba dispuesto a tomarse las cosas con calma. Le gustaba Fool's Gold, y por eso estaba teniendo la precaución de no cometer errores.

Salió del gimnasio con la intención de volver al despacho, pero en lugar de eso se marchó a casa. No podía sacarse a Pia de la cabeza. Seguro que besarla había sido un error, pero había merecido la pena, pensó con una sonrisa. No solo porque había disfrutado al sentir su boca junto a la suya, sino por la mirada en su rostro cuando lo había hecho. Decir que se había quedado sorprendida era quedarse corto.

Llegó a la casa de dos dormitorios que había alquilado y entró en el estudio, donde encendió el ordenador. Cuando estuvo preparado, se sentó, accedió a Internet y buscó información sobre la fecundación in vitro.

Una hora después comprendía mejor qué era eso por lo que iba a pasar Pia, y dos horas después, sabía que él jamás accedería a algo así. Pia no solo tendría que preparar su cuerpo químicamente para el embarazo, sino que llevaría dentro a trillizos, suponiendo que engancharan los tres embriones. Si no lo hacían, Pia tendría que enfrentarse a esa pérdida y al sentimiento de culpabilidad que la acompañaría.

Si estar embarazada ya debía de ser duro, más lo sería estar embarazada y sola, sin nadie de quien depender. No había un padre al que poder acudir en busca de ayuda moral o económica.

Crystal le había pedido mucho a su amiga y él seguía convencido de que Pia tendría a los bebés, aunque dudaba que supiera de verdad en qué se estaba metiendo.

La recaudación de fondos para el colegio tal vez había durado técnicamente un día, pero había ocupado una semana en la agenda de Pia, una cantidad de tiempo que en realidad no era para tanto. En Fool's Gold celebraban un festival cada mes, unos eran más pequeños que otros, pero siempre daban trabajo.

El verano era la época más ajetreada, pero el otoño se le acercaba. Apenas quedaban seis semanas para la fiesta de Halloween y antes de ésta estaba la fiesta del Otoño. El desfile de Acción de Gracias era después de la fiesta de Halloween, pero antes del Bazar de Navidad. El día de los Donativos celebrado en sábado daba paso al domingo antes de Navidad durante el que se celebraba el Belén viviente. Y después venían la fiesta de Año Nuevo y demás...

Lo cierto era que ninguno de esos eventos eran nuevos y que los planes se mantenían muy similares cada año. Tenía unas listas maestras en las que modificaba algo y adornos almacenados por todo el pueblo. Si alguna vez ese empleo le fallaba, siempre podía enviar una solicitud para dirigir el mundo. Había...

Se detuvo y miró la pizarra calendario. En lugar de anotar cuándo tenía que



preparar las sillas, había dibujado una hilera de corazones. Por muy dulces que fueran, no servían para nada. Y lo peor de todo era que sabía a qué se debían...

El beso de Raúl.

Por muchas veces que se dijera que no había significado nada, no podía lograr que su corazón lo creyera. Ese único segundo de contacto lo había cambiado todo. De pronto, él no era Raúl, una persona más de las que conocía, sino que era un hombre. Y al ser un hombre, tenía que tener cuidado cuando estuviera a su lado.

Dos días antes no le había importado que la gente lo definiera como alto, moreno y guapo porque para ella no había sido más que un amigo que había sido testigo de sus histerismos.

Ahora se veía pensando en ese estúpido beso doscientas o trescientas veces al día. Se había preguntado por qué lo había hecho, había deseado que lo repitiera, lo había imaginado haciendo algo más que simplemente besarla. Era patético, sin mencionar que además era una pérdida de tiempo.

No tenía ningún tipo de hombre, pero si lo tuviera, no sería él. Era demasiado perfecto. En sus sueños románticos el hombre en cuestión era un hombre normal. Tal vez incluso aburrido, porque lo normal era que pudieras fiarte de un hombre aburrido. ¿Pero Raúl? Sería un rompecorazones incluso sin pretenderlo.

—No ha sido más que un beso —se dijo—. Olvídalo.

Buen consejo. Un consejo que alguien seguiría en alguna parte, pero no ella. Tal vez el problema no era que Raúl no fuera su tipo, sino que era un problema más genérico. Tal vez si la hubieran besado más en su vida, no estaría preguntándose tantas cosas. Tal vez necesitaba tener más citas.

—Oh, por favor, como si eso fuera a pasar —se dijo incrédula.

Si seguía adelante con la implantación de embriones, sus días de citas habrían llegado a su fin. Además, nunca había sobresalido en el departamento de hombres. Siempre la dejaban, y ella no tenía la más mínima idea de qué era lo que hacía para ahuyentarlos.

La puerta de su despacho se abrió y se sorprendió al ver entrar a Raúl.

Estaba guapo, pensó mientras se recordaba que debía mostrarse fría y sofisticada y evitar parecer desesperada o necesitada.

—Hola —dijo—. Hoy no he tenido ninguna crisis emocional, así que no es posible que tengamos una cita.

Raúl se quedó mirándola con una intensidad que le hizo preguntarse si se había manchado la camisa con el desayuno. Bajó la mirada disimuladamente, pero todo parecía estar bien.

—Pia —dijo moviéndose hacia ella—. Tenemos que hablar.

No eran las palabras que se había esperado oír de un auténtico macho.

—De acuerdo —respondió ella lentamente—. ¿Qué pasa?

Tal vez estaba tan impresionado por el beso como ella, tal vez quería volver a besarla y convertirla en su amante. Una semana o dos de intensa atención masculina podría curar todas sus alergias.

—He estado informándome sobre la fecundación in vitro.



Ella se dejó caer en la silla y contuvo un suspiro.

—Eso es más de lo que he hecho yo. ¿De eso vamos a hablar? Porque si es algo desagradable, no quiero oírlo. Tengo el estómago delicado.

Él avanzó hacia la mesa.

—No es malo. Te hacen unos análisis y después preparan tu cuerpo para recibir los embriones.

No le había gustado cómo había sonado eso cuando lo había leído en los folletos que le había dado el chico del laboratorio y ahora tampoco le gustaba.

—¿Cómo preparado? —alzó una mano rápidamente—. No importa. ¿Vas a sentarte?

Él puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella. Al parecer, sentarse tampoco estaba en la agenda.

—Pia —dijo con su intensa y oscura mirada—. No puedes pasar por esto sola. Necesitas a alguien que te cuide y yo quiero ser esa persona.



Capítulo 6

Esas palabras giraban en la cabeza de Pia. Era la mayor locura, incluso, que el beso.

—No he decidido que vaya a tener los bebés —susurró.

—Claro que sí. ¿Vas a olvidarte de ellos?

—No, pero...

De no haber estado sentada, se habría desmayado. Tenía razón Raúl? ¿Ya había hecho una elección?

Cerró los ojos. Tenía que tenerlos, no tenía elección. Ya fuera o no la mejor persona del mundo, sí que era la que Crystal había elegido. Era una locura, le daba miedo y sería algo que le cambiaría la vida, pero tenía que hacerlo. Su amiga dependía de ella.

Abrió los ojos.

—Oh, Dios. Voy a quedarme embarazada —se puso de pie con el pecho encogido y el corazón bombeándole a mil por hora—. No puedo respirar.

Él rodeó el escritorio, le agarró las manos y se las apretó con fuerza.

—Yo te ayudaré.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—Quiero ayudar. Quiero ser tu... —parecía estar buscando una palabra que describiera lo que estaba ofreciendo—. Tu compañero de embarazo. Te llevaré al médico, iré a comprarte encurtidos, lo que necesites.

—No necesito encurtidos —le dijo ignorando la cálida sensación de su piel contra la de ella. No era el momento de dejarse arrastrar por la debilidad—. No me gustan. No lo suficiente como para que se me antojen —¿un compañero de embarazo?—. Puede que te llevaras demasiados golpes en la cabeza cuando jugabas al fútbol americano.

A pesar de que ella intentaba soltarse, él no apartó las manos.

—Pia, hablo en serio. No tienes familia aquí. Tienes amigas, pero todas tienen sus vidas. Necesitas poder depender de alguien durante los próximos nueve meses, y yo me ofrezco a ser ese alguien.

«¿Los besos vienen incluidos en la oferta?», pensó ella durante un instante.

Logró soltarse las manos y dio un paso atrás.

—No sabes lo que estás diciendo. ¿Por qué ibas a darme nueve meses de tu vida para ayudarme?

—¿Por qué ibas tú a ofrecerte a tener a los bebés de Crystal?

—Eso es distinto. Ella era mi amiga.

—Cierto. Yo no la conocí, pero sí que conocí a Keith. Éstos también son sus



hijos. Ese hombre murió en mis brazos, Pia. Yo estaba allí. Se lo debo. Ayudarlo a traer a sus hijos al mundo me parece lo mínimo que puedo hacer.

Eso casi tenía sentido, pensó ella.

—Bien, de acuerdo, pero tal vez podrías donar algo a la caridad. Eres rico, un tipo famoso. Tienes una vida y probablemente una novia.

—No tengo novia. No te habría besado si la tuviera.

Lo cual generaba la pregunta de por qué lo había hecho...

—Raúl, eres muy dulce al ofrecerte, pero no.

—¿Por qué? ¿Es que no confías en mí?

—¿Qué quieres decir?

—No voy a ofrecerte todo esto para luego cambiar de opinión. No pienso marcharme.

Ella hizo lo que pudo por no estremecerse ante esas palabras. Raúl ya sabía suficiente sobre su pasado como para suponer que una de sus preocupaciones era que la abandonaran. Lentamente, ella volvió a su silla y se sentó. Después de respirar hondo, lo miró como si pudiera encontrar una respuesta en sus preciosos rasgos.

Allí no había nada nuevo, solo los mismos ojos grandes y oscuros, los mismos pómulos y esa boca perfecta.

Él se sentó frente a ella.

—Lo digo en serio, Pia. Quiero ayudar. Por ti y por Keith. Deberías dejarme intentarlo. Lo que estás haciendo es importante. Deja que te ayude.

—¿Qué significa ser un compañero de embarazo? —preguntó con cautela.

—Lo que tú quieras que signifique. Como te he dicho, te llevaré al médico en coche, iré a buscarte los antojos, y te escucharé mientras hablas de lo hincados que tienes los tobillos.

Algo pasó por los ojos de él, algo oscuro, una emoción cargada de miedo que la hizo preguntarse sobre su pasado. Pero antes de poder preguntar, esa emoción ya se había desvanecido.

—Estaré ahí para ti, Pia. No habrá reglas, ni expectativas. No tendrás que pasar por esto sola.

Eso sonaba perfecto, pensó ella mientras se preguntaba si era posible. ¿De verdad podía depender de él, confiar en él, saber que estaría a su lado?

No estaba acostumbrada a apoyarse en la gente. No desde el instituto, cuando sus padres la abandonaron... de una u otra forma. Ya que Raúl y ella no estaban relacionados emocionalmente, la situación era completamente diferente de lo que había sido con sus novios. Si decidía marcharse, no sería para tanto. ¿Verdad?

—Es una idea interesante —comenzó a decir Pia— y te lo agradezco, pero ¿por qué ibas tú a hacer algo así?

—Estaré a tu lado —dijo con firmeza— porque me gustas. Y porque estás haciendo algo bueno. Tal vez porque hay cosas de mi pasado que no salieron como yo quería, y esto me hará sentirme mejor al respecto.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando?

—Simplemente lo sé, y estaré contigo.



Una parte de ella quería creerle. Ser capaz de depender de alguien, especialmente mientras estaba embarazada y preocupada por dar a luz y criar a tres niños, sería una maravilla. Pero otra parte de ella sabía que lo que a la mayoría de la gente se le daba mejor era salir corriendo y dejarte atrás.

—Míralo de este modo: utilízame sin ningún reparo. Y entonces, si me marchó, acabas teniendo razón. Sales ganando todo el rato.

Punto interesante. Sonaba muy sincero. No cuerdo del todo, pero sincero.

—De acuerdo —asintió ella lentamente—. Puede que sí.

—Te tomo la palabra —se acercó y rozó su boca contra la de ella.

De nuevo, ese suave beso hizo que todo su cuerpo reaccionara. Quería que Raúl se abalanzara sobre ella, pero se contentó con acordarse de respirar.

Él se levantó.

—Avísame cuando empiece todo y yo estaré ahí.

Pia no tenía muy claro cómo funcionaba el proceso de implantación, pero lo que sabía con seguridad era que no quería que él lo viera.

—En la sala de espera —se corrigió él al ver su inquietud.

—De acuerdo. Estaría bien. Te avisaré.

Y con eso, Raúl se marchó.

Ella siguió sentada en su silla, sintiéndose impactada y aliviada a la vez. Tal vez así era mejor, tener a alguien que la ayudara. Tener a alguien más que cuidara de los bebés de Crystal. ¿Y si se aburría o se marchaba? Ya la habían abandonado de formas que Raúl no se podría ni imaginar, así que no había forma de que le hiciera daño. Por eso estaba a salvo. Y estar a salvo era lo que más le importaba.

Raúl intentaba subir al campamento casi cada día y hacía que sus visitas coincidieran con la hora del almuerzo o del recreo para poder pasar algo de tiempo con los chicos en el patio de juegos. Era divertido jugar a la pelota con ellos y, aunque eran demasiado pequeños como para lanzar o atrapar un balón de fútbol americano, jugaban bien con una de béisbol y la tienda de deportes de Josh había donado varias.

Cuando llegó aquel día, los niños aún seguían almorzando y fue a ver a Dakota.

Ella era una de esas personas ordenadas que tenía archivos clasificados por códigos y colores. Muy parecido al despacho de Pia, pero sin el enorme calendario ni los pósters del Día de los Fundadores y del Puesto de los Besos. «Un dólar por beso».

—¿Qué tal va todo? —preguntó él.

—Genial —ella le indicó que pasara y él se sentó—. Todos los niños están ubicados en sus clases. Vamos bien de pupitres, aunque un poco escasos de pizarras y libros. Así que estamos haciendo uso de la creatividad. Puede que a los alumnos les venga bien aprender que en la vida hay que ser flexibles.

Él se rio.

—Utilizar el desastre como método para la enseñanza.

—Claro, ¿por qué no? —ella sacó una carpeta y la miró—. Deberíamos tener un presupuesto estimado del coste de la reparación del colegio para finales de semana.



Si oyes un gruñido generalizado el viernes a las diez de la mañana, eso es el consejo escolar reunido con el consejo de la ciudad. Creo que la cosa se pondrá fea.

—¿No hay un seguro?

—Claro, pero no creo que sea suficiente para reformar toda la escuela. Seguro que también hay dinero estatal, pero veo que vamos a tener que hacer muchas recaudaciones de fondos.

Él recordó la divertida tarde de sábado que habían pasado en el parque.

—Pia montó una buena fiesta.

—Tiene mucha experiencia.

Un grupo de niños gritando pasó por delante de la puerta del despacho.

—El almuerzo debe de haber terminado.

—Eso parece.

Más niños pasaron corriendo.

—¿Te molesta el ruido? ¿Quieres que te ponga el despacho en otra parte?

Dakota se rio.

—Somos seis hermanos. Estoy acostumbrada al ruido.

—¿Una infancia feliz y llena de ruidos?

—Absolutamente. Los niños llegaron primero y con años de diferencia, pero cuando llegamos las chicas, mamá tuvo que vérselas con tres bebés a la vez. No entiendo cómo pudo hacerlo. Sé que mi padre la ayudó y también los vecinos echaron una mano, pero ¿trillizas? No sé cómo, pero lo logró.

Pensó en Pia. Le implantarían los tres embriones al mismo tiempo y si todos sobrevivían, ella también tendría trillizos.

—Entonces estás acostumbrada al caos.

—Ni siquiera lo noto. Hay complicaciones con muchos niños, pero por lo que yo sé, lo positivo supera a lo negativo.

—¿Planeas tener una gran familia?

Ella asintió y se rio.

—Pero debería estar empezando ya, ¿eh?

—¿Hay algún chico?

—Eso me gustaría —arrugó la nariz—. Lo sé... que aburrido, pero quiero ser tradicional. Casarme, tener hijos, una casa con valla y un perro. No son cosas que un jugador de fútbol americano pueda encontrar interesantes.

—¿Qué te hace pensar que no quiero lo mismo?

—¿Lo quieres? —preguntó ella ladeando la cabeza mientras lo observaba.

—Me gustaría.

—Has estado casado una vez.

—No funcionó.

—¿Habrá una próxima vez?

—No lo sé —admitió. Igual que le sucedía a Pia, le costaba confiar en la gente.

En su caso, su problema eran específicamente las mujeres.

—Puede ser distinto. Mejor.

Él estaba menos seguro.



—¿Qué hay de ti? ¿Algún marido en el horizonte o estás esperando al chico perfecto?

—No tiene que ser perfecto, sino un chico normal que quiera una vida normal —sacudió la cabeza—. Encontrar eso es más complicado de lo que piensas. Aquí en el pueblo tenemos escasez de hombres.

—Ya lo he oído.

—Podrías decirle a alguno de tus colegas del equipo que nos visitara, como un gesto de cortesía hacia las solitarias mujeres del pueblo.

—Ceder el campamento ha sido mi buen acto de la semana.

Él se levantó y se asomó a la puerta. Un grupo de niños, en el que se encontraba Peter, pasó por allí.

Raúl se giró hacia Dakota.

—Hay un chico en la clase de la señorita Miller, Peter. Se asustó mucho en el incendio. Fui a agarrarlo de la mano para sacarlo, pero cuando alargué el brazo, se encogió como si pensara que iba a pegarlo.

Ella frunció el ceño.

—No me gusta cómo suena eso —anotó el nombre en una libreta—. Hablaré con su profesora e investigaré un poco.

—Gracias. Seguro que al final no es nada.

—Seguro que sí, pero nos aseguraremos —miró el reloj—. Será mejor que te vayas. Tus fans están esperando.

Él se movió incómodo.

—No son fans.

—Te veneran. Eres alguien a quien han visto jugar por la tele y ahora estás en su patio, lanzándoles una pelota de béisbol. Si eso no es cosa de fans, ¿entonces qué?

—Solo voy a pasar un rato con los chicos. No hagas que parezca más de lo que es.

—Afectuoso y modesto... sal conmigo.

—No soy tu tipo.

—¿Cómo lo sabes?

Porque desde el momento en que se habían conocido, no había habido química. Además, Dakota trabajaba para él.

—¿Me equivoco?

Ella suspiró teatralmente.

—No, no lo eres. Por eso me interesa conocer a tus compañeros de equipo.

—Lo dudo. Encontrarás a tu hombre tú misma.

—¿Podrías decirme cuándo? —le preguntó ella con una carcajada—. ¿Para poder poner una estrella junto a ese día en el calendario?

—Cuando menos te lo esperes.

Pia estaba sentada frente a Montana Hendrix en su pequeño despacho. Conocía a las trillizas de toda la vida, unas chicas cuya familia siempre había sido importante



allí y cuyo linaje se remontaba a los fundadores del pueblo.

La gente que daba por hecho que las tres hermanas actuaban igual, porque se parecían, estaba claro que no las conocían. Nevada era la más tranquila, la que había estudiado ingeniería y trabajaba con su hermano. Dakota era más como una niña... quería que todo el mundo le hiciera caso. Montana era la más pequeña, tanto en orden de nacimiento como en personalidad. Era divertida e impulsiva, y ésa a la que Pia estaba más unida.

—¿Entonces está todo vendido? —preguntó Montana, doblando una carta y metiéndola en un sobre.

—Sí. La subasta ha sido todo un éxito. A pesar del hecho de que no había pujas mínimas, sacamos casi el doble de lo que esperábamos.

—Todo el mundo quiso ayudar —dijo Montana.

—Igual que tú hoy —sonrió Pia—. ¿Te lo he agradecido ya?

—Vas a invitarme a almorzar.

—Ah, sí, lo había olvidado.

Hablaron sobre lo que estaba sucediendo en el pueblo y con sus amigas.

—Me han ofrecido un trabajo a jornada completa en la biblioteca.

Pia enarcó las cejas.

—Eso es genial. Felicidades.

Montana no parecía muy emocionada.

—¿Es genial, verdad? Llevo trabajando ahí dos años a jornada partida y ahora me van a dar un buen ascenso y tendré beneficios.

—¿Pero?

Montana respiró hondo.

—No quiero —alzó una mano—. Lo sé, lo sé. ¿En qué estoy pensando? Es una gran oportunidad. Me ayudarían a pagar un máster en biblioteconomía. Me encanta vivir en Fool's Gold y ahora tengo seguridad laboral.

—¿Pero? —volvió a preguntar Pia.

—No es lo que quiero hacer —admitió Montana en voz baja—. No me encanta trabajar en la biblioteca. Quiero decir, me gusta, los libros son geniales, y me gusta ayudar a la gente y trabajar con niños, pero ¿a tiempo completo? ¿Todos los días durante ocho horas?

Apoyó los brazos sobre la mesa y se dejó caer en su asiento.

—¿Por qué no puedo ser como los demás? ¿Por qué no puedo saber lo que quiero hacer con mi vida?

—Creí que te gustaba la biblioteca. El verano pasado te hizo mucha ilusión ayudar a montar la firma de libros de Liz.

—Eso fue divertido, pero... Tú sabías lo que querías hacer.

—No, no tenía ni idea. Empecé en este trabajo porque parecía que me ofrecía muchas opciones y empecé como asistente antes de descubrir que me gustaba. Tuve suerte. No estaba planeado.

—Yo necesito tener suerte —murmuró Montana y después sonrió—. Iba a decir que no en un sentido amoroso, aunque eso tampoco estaría mal —su sonrisa se



disipó—. Me siento como una estúpida.

—¿Por qué? No lo eres. Eres inteligente y divertida.

Montaba bajó la voz.

—Creo que puede que no sea muy fiable.

Pia hizo lo que pudo por no sonreír.

—Eres todo menos eso.

—No puedo elegir una carrera. Tengo veintisiete años y no sé lo que quiero hacer cuando sea mayor. ¿No debería haber crecido ya? ¿No es ahora mi futuro?

—Suenas como un póster. No se trata del futuro, sino de ser feliz. No tiene nada de malo intentar distintas carreras hasta que encuentres la que te guste. Te mantienes a ti misma. No es que estés viviendo con tu madre y viendo la tele todo el día. No pasa nada por explorar posibilidades.

—Tal vez —dijo Montana—. Nunca pensé que no sabría lo que quiero hacer.

—Mejor seguir intentándolo hasta descubrir lo que te hace feliz que elegir algo ahora y después odiar tu trabajo durante los próximos años.

Montana sonrió.

—Haces que suene muy fácil.

—Arreglar la vida de otro no es difícil. La única vida con la que tengo problemas es la mía.

Montana enarcó las cejas.

—¿Este problema tiene que ver con cierto exjugador de fútbol americano alto y muy musculoso?

Pia se advirtió que no debía sonrojarse.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Has almorzado con él.

—Fue un almuerzo de negocios.

—A mí no me pareció un almuerzo de negocios —dijo Montana.

«Así es la vida en un pequeño pueblo», pensó Pia.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo viste?

—Me lo han contado y hasta me han dicho que hubo un beso, pero no me han confirmado nada.

Pia suspiró.

—Te juro que por aquí necesitamos ampliar los canales de la televisión por cable. La gente está hambrienta de entretenimiento.

—Entonces, ¿no hay nada entre Raúl y tú? —preguntó Montana decepcionada.

Pia vaciló.

—¡Sí que lo hay!

—No te emociones tanto. No es lo que crees. No es romántico —¿cómo podía serlo? Su futuro embarazo ahuyentaría a cualquier hombre en su sano juicio.

Pia respiró hondo.

—Crystal me ha dejado sus embriones.

Montana abrió los ojos de par en par.

—Creía que te habías quedado con su gato.



—Y así fue hasta que me enteré de lo de su testamento. Jo tiene el gato.

—¿Y tú los bebés? Es increíble. ¡Oh, Dios mío! Vas a tener a sus bebés. Tienes que decidir qué hacer con ellos. ¿Te ha dejado instrucciones?

—No específicamente. Sé que lo de tenerlos está implícito, no es que quiera que los mantenga congelados para siempre. Dejó dinero para cubrir algunos de los gastos médicos y establecer un fondo para la universidad.

—¿Vas a tenerlos?

Pia asintió lentamente, aún no lo había asumido del todo; aceptar algo así llevaba su tiempo.

Montana se levantó, rodeó la mesa, se agachó y abrazó a Pia.

—No puedo creerlo. Es increíble. Vas a tener los bebés de Crystal. ¿Estás aterrorizada?

—Mucho, además de confundida y preocupada. ¿Por qué me ha tenido que elegir a mí? Hay muchas otras mujeres con más potencial para ser madre.

Montana se puso derecha y volvió a su asiento.

—Eso no es verdad. Tú eres la persona que quería que tuviera sus hijos.

—Lo dices como si tuviera todo el sentido del mundo.

Montana parecía confundida.

—¿Y por qué no iba a tenerlo?

—No sé nada de bebés y mucho menos de cómo criar a tres. No me habló de esto, no me advirtió. Se suponía que yo me quedaba con el gato. Le caigo fatal, así que es casi mejor que no lo tenga yo, pero aun así... —se mordió el labio—. ¿Por qué me eligió Crystal?

—Porque te quería y confiaba en ti. Porque sabía que tomarías las decisiones correctas.

—Eso no podía saberlo. Ni siquiera lo sé yo. ¿Y si sucede algo malo? ¿Y si los embriones me odian tanto como *Jake*?

—No están en posición de juzgarte.

—De acuerdo, no ahora, pero lo estarán. Una vez que hayan nacido.

—Los bebés se unirán a ti porque eres maravillosa. Pero incluso aunque no lo fueras, lo harían.

—Me sentiría mejor si les gustara por mí misma y no por algo biológico.

—Eso también pasará —le aseguró Montana—. Serás una mamá genial.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pia, preocupada y desesperada—. Mis novios siempre me dejan, ni siquiera el gato quería vivir conmigo. ¿Qué tengo que ofrecerle a un bebé?

—Tu corazón —dijo sencillamente Montana—. Pia, harás todo lo que esté en tu poder por ocuparte de esos niños. Te sacrificarás y te preocuparás y estarás a su lado cuando te necesiten. Así eres.

—Me asusta mucho lo de ser madre soltera —admitió.

—Puede que estés soltera, pero no estarás sola —le recordó Montana—. Esto es Fool's Gold. El pueblo se ocupará de ti. Tendrás toda la ayuda y consejo que necesites. Por cierto, si puedo hacer algo, por favor, dímelo.



—Lo haré.

Pia sabía que Montana tenía razón: si necesitaba ayuda, no tenía más que pedirla. Después estaba el extraño ofrecimiento de Raúl de ser su «compañero de embarazo». No estaba del todo segura de lo que Raúl pretendía, pero era agradable saber que estaba dispuesto a estar a su lado.

—Ojalá Crystal me hubiera contado esto antes de morir. Que me hubiera explicado lo que quería.

—¿Le habrías dicho que no? —preguntó Montana.

Pia pensó en la pregunta.

—Probablemente habría intentado hacerle cambiar de opinión, pero al final, si esto es lo que quería, habría accedido. Pero por lo menos habría tenido la oportunidad de descubrir por qué.

—¿De verdad no puedes imaginarlo? ¿Te confunde pensar por qué te dejó los embriones?

—Sí. ¿A ti no?

Montana le sonrió.

—No. Ni lo más mínimo. Supongo que tendrás que averiguarlo y cuando lo hagas, sabrás por qué te eligió a ti y te vio como la persona adecuada.



Capítulo 7

La doctora Cecilia Galloway era una mujer alta, de estructura ósea grande, que había ido a la Facultad de Medicina cuando se esperaba que las mujeres fueran o amas de casa o secretarias. Creía que una paciente informada era una paciente feliz, y que hasta que un hombre sufriera cambios de humor y calambres menstruales, no estaba en posición de decir si esas molestias estaban o no dentro de la cabeza del paciente.

La madre de una de sus amigas le había sugerido con mucha delicadeza a Pia que visitara una ginecóloga antes de empezar la universidad. Pia no había pensado en tener relaciones sexuales, pero había seguido el consejo y había acudido a consulta para su primer examen pélvico.

La doctora Galloway había hecho que la experiencia fuera más interesante que temible, ya que le había explicado todos los detalles del sistema reproductor en un lenguaje que la adolescente pudo comprender. También le había ofrecido consejo sobre los chicos y su falta de experiencia. Le había enseñado a localizar su clítoris y el punto G y le había sugerido que le dijera al chico en cuestión que invirtiera algo de tiempo con ambos antes de hacerle el amor.

Ahora, una década después, Pia estaba de nuevo sentada en la consulta de la doctora Galloway con una lista de preguntas que le habían hecho darse cuenta de que no sabía lo suficiente como para saber qué preguntar. En lugar de entrar en Internet y sacar verdades a medias, había acudido a una fuente de conocimiento.

Cuando pasaban unos minutos de las diez, la doctora Galloway entró en su consulta. Llevaba una bata blanca y tenía el pelo corto y canoso. No se molestaba en maquillarse, pero sus ojos azules se veían cálidos detrás de sus gafas.

—Pia —dijo la doctora con una sonrisa y se sentó a su lado—. Me ha sorprendido un poco verte entrar aquí hoy.

Cuando Pia había pedido la cita, había dicho que tenía que hablar con la doctora antes de que la examinara y había explicado por qué.

Ahora, la doctora Galloway soltó su carpeta y la miró.

—Eres joven y sana. ¿Estás segura de esto? Es una medida muy extrema en este momento de tu vida. ¿No preferirías esperar a tener una relación? O aunque no quieras saber nada de un padre, podríamos consultar algún proceso de inseminación artificial en lugar de la fecundación in vitro.

Pia tardó un segundo en darse cuenta del problema.

—No intento quedarme embarazada —dijo sacudiendo la cabeza—. Bueno, sí que lo intento, pero no es lo que piensa.

La doctora Galloway se recostó en su silla.



—¿Por qué no iba a pensarlo?

—Crystal Westland me ha dejado sus embriones.

La expresión de la mujer se suavizó.

—¿Ah, sí? Me preguntaba qué haría Crystal. Pobre niña, cuánto ha sufrido. Es una gran pérdida para todos —respiró hondo—. Entonces, ¿quieres tener los bebés de Crystal?

«Querer» era una palabra muy fuerte. Había aceptado el cambio que se produciría en su vida y estaba intentando asumirlo. Lo de «querer» ya vendría después.

—Voy a tenerlos —dijo Pia con firmeza—. ¿Cuál es el siguiente paso?

La doctora Galloway la miró un momento.

—Hacemos un examen para asegurarnos de que estás sana. Te extraemos un poco de sangre, esas cosas.

Ella se levantó y fue al otro lado de la mesa. Después de sentarse, sacó una libreta y comenzó a tomar notas.

—¿Cuántos embriones hay?

—Tres.

—¿Los implantarás todos a la vez?

—No lo sé. ¿Debería hacerlo?

—Puede que sea lo mejor —la doctora alzó la cabeza—. El proceso es muy sencillo. Yo misma puedo hacerlo. Es un procedimiento simple y relativamente indoloro.

Sacó varios folletos de un cajón.

—Después te tiendes sobre la mesa de examen durante unos minutos para dar tiempo a que los embriones se asienten. Dos semanas después, hacemos prueba para ver si estás embarazada.

Eso no sonaba muy mal, pensó Pia.

—¿Tendré que tomar medicamentos? El chico del laboratorio me habló de preparar mi cuerpo.

—Depende. Monitorizaremos tu ciclo con una serie de ultrasonidos. Cuando estés lista, los implantaremos —se acercó a ella—. Pero es posible que no todos los embriones hayan sobrevivido al proceso de descongelación.

Pia no había pensado en ello.

—¿Sabremos cuándo estarán derretidos?

—Sí, se comprueba antes de implantarlos.

La doctora le entregó varios folletos.

—Puedes leer éstos. Dan más detalles sobre lo que sucederá. La implantación es segura y rápida. No hay razón para pensar que no sea como un embarazo normal.

Pia abrió la boca y la cerró. Bajó la mirada y miró a la doctora.

—¿Y si yo hiciera algo mal?

La doctora Galloway sacudió la cabeza.

—No hay nada inmoral en tener los hijos de Crystal Pia. Es un acto de amor.

—No me refiero a eso. Me refiero a... —tragó saliva—. Cuando estaba en la



universidad tuve un novio y me quedé embarazada.

—Tuviste un aborto —la doctora suspiró—. Sucede todo el tiempo, pero no tiene ningún impacto en...

—No —se apresuró a decir ella—. No lo tuve. Estaba tan asustada que no podía creer que estuviera sucediendo de verdad. El chico con el que salía no se casaría conmigo de ningún modo, y yo, por otro lado, tampoco quería eso. Deseaba que el bebé desapareciera y una mañana me desperté y estaba sangrando. Me había vuelto el periodo —se sentía culpable y avergonzada—. Deseé que mi bebé muriera y murió.

La doctora se levantó, la hizo levantarse y le agarró las manos.

—No —dijo con una voz firme—. No tienes tanto poder, Pia. Ninguno lo tenemos. Un porcentaje importante de embarazos finaliza de manera espontánea. Es imposible predecir exactamente cuándo sucederá o incluso saber por qué. Algo fue mal dentro del embrión. Por eso perdiste al bebé. No porque tú lo desearas.

A Pia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Recé para que sucediera.

—Pues Dios no respondió a tus plegarias. ¿Te has sentido mal todo este tiempo? Ella asintió y tragó saliva.

—No merezco tener a los hijos de Crystal. Soy una mala persona.

—Una mala persona no se preocuparía por esto. Eres joven y sana y serás una madre increíble. Vamos. Haremos el examen y descartaremos cualquier problema físico. Después, podrás decidir. Y en cuanto al niño que perdiste, ha llegado el momento de superarlo.

Pia sabía que la otra mujer tenía razón, pero dentro de su corazón el sentimiento de culpabilidad seguía ahí.

Una hora después, cuando le habían extraído sangre y le habían hecho su primera ecografía, Pia se vistió.

—Todo está bien —le dijo la doctora al volver a la consulta—. Estás preparada. Según tu último periodo, faltan cinco o seis días para alcanzar el punto máximo de espesor de la pared del útero. Así que estás en la semana apropiada, si quieres hacerlo este mes.

—Tan deprisa —dijo Pia.

—Puedes esperar todo el tiempo que quieras.

Médicamente, sí, pero si esperaba, podría acobardarse.

—¿Tienes seguro? Tal vez deberías comprobar la cobertura que tienes.

—Estoy dentro del plan que ofrece la ciudad —el embarazo quedaría cubierto—. Crystal ha dejado dinero para cubrir la implantación —y también había dinero en el fondo para cada niño y otra cantidad para ayudar a Pia con los gastos mensuales.

—Entonces, la elección es tuya —la doctora la miró—. Olvida el pasado. Es hora de pensar en el futuro. Cuando estés dispuesta, yo te ayudaré.

—¿Debería hacer algo especial en lo que concierne a vitaminas y comida?



—Te hemos hecho un análisis de sangre y tendré los resultados en pocos días. Después, tomarás vitaminas junto con suplementos adicionales que podrías necesitar. Por el momento, relájate —la mujer le sonrió—. No, lo retiro. Encuentra a un hombre bien guapo y ten algo de sexo.

Pia se sonrojó.

—¿Es eso un consejo médico?

La doctora se rio.

—Sí. Te vas a quedar embarazada de trillizos, Pia. Tu cuerpo no será el mismo en mucho tiempo. Disfrútalo mientras puedas. ¿Hay alguien especial en tu vida?

Inmediatamente, pensó en Raúl... su guapísimo compañero de embarazo.

—La verdad es que no. No estoy saliendo con nadie.

—Mi consejo sigue en pie, pero asegúrate de tomar precauciones. Después, cuando estés preparada, daremos los siguientes pasos. Estás haciendo algo extraordinario, Pia. Estoy muy orgullosa de ti.

Pia le dio las gracias y se marchó. Tanta información le daba vueltas en la cabeza. Agradecía que el procedimiento pudiera realizarse con tan relativa facilidad y agradecía los intentos de la doctora de reconfortarla por lo sucedido en el pasado. Pia sabía lógicamente que ella no tenía la culpa de haber perdido al bebé, pero no podía evitar sentir que tarde o temprano recibiría un castigo por ello.

¿Y qué significaba eso? ¿Tenía que ceder ante el miedo y no tener los bebés de Crystal? Eso tampoco le parecía correcto. Si seguía adelante, tendría que tener fe. Ella, por su parte, lo haría todo bien, se cuidaría al máximo y después los bebés tendrían que ocuparse del resto. Un plan razonable, se dijo. Una respuesta racional.

Pero no podía evitar preguntarse si Crystal le habría dejado los embriones de haber sabido la verdad.

Pia apenas llevaba cinco minutos en su despacho cuando Marsha la llamó.

—Están aquí —dijo la alcaldesa desesperada—. Sabía que vendrían, pero aun así...

—¿Quién está aquí?

—Los periodistas. Están por todas partes. Necesito que vengas al ayuntamiento y que los encandiles.

—¿Es aquí donde te digo que no me siento especialmente encandiladora?

—No, no es aquí. Estamos desesperados. Charity también hará preguntas. Necesito ver juventud, mujeres *sexys* y seguras de sí mismas. Nada que os haga parecer solteras.

A pesar de todo lo que había sucedido esa mañana. Pia estalló en carcajadas.

—No creo que nos llamen así en este siglo, Marsha.

—Claro que lo harán, cuenta con ello. ¿Vas a venir?

—Allí estaré. Dame quince minutos.

—Que sean doce.



Pia llegó al ayuntamiento en diez minutos y encontró que la alcaldesa no estaba de broma. Había varias furgonetas de distintos medios aparcadas en la calle con periodistas. Era un perfecto día de otoño, no demasiado frío, con el cielo azul y las hojas de los árboles dando toques rojizos y amarillos.

Podía ver a Charity hablando con dos periodistas a la vez y una multitud de residentes que empezaban a congregarse. Respirando hondo y recordándose que tenía que hablar con coherencia, dio un paso al frente.

—Hola. Soy Pia O'Brian. Trabajo para el Ayuntamiento. La alcaldesa Tilson me ha pedido que venga por si tienen alguna pregunta.

Inmediatamente tres cámaras se centraron en ella y se encendieron unas luces cegadoras. Pia hizo lo que pudo por no parpadear como un topo al ver el sol.

—¿Cómo te llamas? ¿Puedes deletrearlo?

No creía que Pia fuera un nombre difícil, pero lo hizo de todos modos.

—¿Qué es eso de la escasez de hombres? —preguntó un joven—. ¿De qué forma los espantáis?

—¿Es una cuestión de sexo? —preguntó otro hombre—. ¿Es que las mujeres del pueblo no son marchosas?

Creían que la razón era que ellas estaban haciendo algo malo, pero hizo lo que pudo para que no se notara su enfado.

—Demográficamente, no estamos tan equilibrados como otras comunidades —dijo ella con calma—. Nacen menos hombres que en otros lugares. Ya que el padre determina el género del hijo, tendrás que hablar con los hombres del pueblo para que ellos te respondan.

El más joven de los tres la miró como si no pudiera recordar qué le había preguntado. Mejor para ella, pensó Pia.

—Fool's Gold es una comunidad familiar —continuó—. Tenemos un excelente sistema escolar, un bajo índice criminal y somos un destino turístico bastante popular. Aquí los negocios prosperan y acabamos de firmar un contrato para traer un segundo hospital a la zona que incluirá un centro de rehabilitación, que es algo que necesita esta parte del estado.

—¿Están contentas las mujeres del pueblo con la invasión de hombres? —preguntó el segundo reportero—. Puede que alguna tengáis suerte.

—Oh, bueno —dijo Pia sabiendo que golpear a alguien delante de una cámara no era bueno—. Los turistas siempre son bienvenidos.

—Hemos oído que hay autobuses cargados de hombres dirigiéndose hacia aquí desde todas partes del país.

Eso no podía ser nada bueno. ¿Autobuses cargados? ¿Qué iban a hacer con ellos? No le parecía que un hombre que lo dejaba todo, se subía a un autobús viajaba hasta un lugar que nunca había visto con la esperanza de encontrar mujeres, fuera especialmente estable. Si todo eso era verdad, sería una pesadilla.

—Qué suerte tenemos —dijo ella—. Fool's Gold siempre está preparado para



hacer que los visitantes se sientan como en casa. Especialmente las familias.

—Pero estáis escasos de hombres —dijo el mayor de los tres—. Así que estarás personalmente interesada en los tipos que vendrán. No puedes conseguir una cita, ¿verdad?

Pia enarcó las cejas conteniendo su furia.

—¿Te parezco una mujer que no puede conseguir una cita? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que deberíamos estarle agradecidas a cualquiera que se presente aquí con un poco de afecto? ¿De verdad crees que estamos tan desesperadas...?

—Ahí estás —dijo una voz masculina mientras una mano se deslizaba sobre la parte baja de su espalda.

Se giró y vio que Raúl estaba a su lado.

Él le lanzó una mirada de advertencia, que fue absolutamente innecesaria. Aun así, decir que las mujeres del pueblo se morían por recibir un autobús lleno de hombres era más que insultante. Claro que muchas de las mujeres de por allí querían conocer a alguien especial y casarse, pero eso era muy distinto a estar desesperada por cualquier hombre que las mirara.

Raúl extendió la mano derecha hacia los reporteros.

—Raúl Moreno. Un placer.

Pia tuvo la satisfacción de ver cómo dos de los tres hombres se quedaban boquiabiertos.

—¿El jugador de fútbol americano? —preguntó el más joven—. Jugabas para los Dallas. Por Dios, ¿vives aquí?

—Fool's Gold es un lugar genial, familiar y muy bueno para los negocios. He abierto un campamento para los niños en las montañas. Se va a construir un nuevo hospital y una escuela de ciclismo dirigida por Josh Golden.

El reportero más mayor frunció el ceño.

—Es verdad. Josh Golden vive aquí. Ey, creía que había escasez de hombres.

—Puede que tengamos algunos retos demográficos, pero seguimos siendo una comunidad próspera y feliz. Si los solteros quieren formar parte de todo esto, genial. Si creen que acaban de entrar en la tierra de las mujeres desesperadas, están muy equivocados.

Mientras hablaba, Pia era consciente de la mano de Raúl aún sobre su espalda; una mano fuerte, cálida y muy, muy, agradable. Se vio queriendo inclinarse hacia delante, tal vez apoyar la cabeza contra su pecho, pero eso no sería lo más inteligente. No tenían una relación... aunque existía una diminuta posibilidad de que ella estuviera planteándose pedirle un poco de sexo.

¿Hasta qué punto se extendía la oferta del compañero de embarazo?

—Hay mucha industria regional que podría interesaros —les dijo Raúl—. Tenemos un constructor que construye turbinas de viento. Su equipo y él están diseñando unas hojas con materiales especiales.

Los reporteros intercambiaron miradas, como si el tema de las turbinas de viento no los emocionara especialmente. Pero Pia vio lo que estaba haciendo Raúl: centrándose en todos los negocios dirigidos por hombres, intentando confundir a los



periodistas lo suficiente como para que se quedaran sin artículo.

—Si queréis saber algo del lugar —les dijo Pia con un tono de lo más agradable—, id a la Librería Morgan. Lleva aquí muchos años. Cuando era pequeña, siempre se aseguraba de tener para mí los libros de Nancy Drew.

Raúl sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su camisa.

—Si alguno quiere ponerse en contacto conmigo sobre lo de la entrevista, estoy disponible.

—Genial —dijo el más joven—. Te llamaré. Podemos hacer un artículo, algo así como la vida después del fútbol americano.

—Claro.

Los tres hombres se marcharon y Pia contuvo su alegría cuando las luces de las cámaras se apagaron.

Se giró hacia Raúl y sonrió.

—Lo has hecho. Has salvado al pueblo.

Él la apartó de la multitud.

—No te emociones tanto. Los hemos engañado, pero no durará mucho. Este problema no irá a ninguna parte.

Ella no quería pensar en eso.

—¿Cómo es que has venido?

—La alcaldesa me ha llamado pidiéndome ayuda. Está preocupada por la clase de hombres que se presentarán aquí siguiendo la noticia.

Pia sonrió.

—Te lo ha suplicado, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Ha sido incómodo. Además, no quiero que le den mala prensa a este lugar. También es mi hogar. Hemos ganado algo de tiempo, pero si de verdad hay autobuses cargados de hombres dirigiéndose hacia aquí, los periodistas volverán.

—Pues supongo que deberíamos ir pensando qué decir cuando vuelvan. Eso sin mencionar cómo organizar a hordas de hombres solteros. ¿Qué vamos a hacer con ellos? ¿Crees que vienen para quedarse o para ver si tienen suerte?

Él la miró.

—Es una pregunta retórica, ¿verdad? No buscabas una respuesta.

Ella se rio.

—Nos has salvado por el momento y eso basta. Pero si tienes alguna idea brillante...

—Serás la primera en saberlo.

Se quedaron mirando. Era guapísimo... y esas manos... parecían... grandes.

Las palabras de la doctora Galloway llenaban su cabeza. Pia sabía que una vez que tuviera a los bebés de Crystal, sus días de citas habrían acabado. Y no es que hubiera salido mucho, pero aun así. Siempre había tenido la ilusión de encontrar a un gran hombre y al final había terminado siendo madre soltera de trillizos.

—¿Qué? —preguntó Raúl—. Estás pensando algo.

Sería pedir demasiado y seguro que estaba mal, pero... era tan atractivo.



—¿Te gustaría venir a cenar? —le preguntó ella antes de poder evitarlo—. Así podríamos hablar del embarazo un poco más. Hoy he visto a mi médico y me ha dado mucha información.

—Claro. ¿Quieres que lleve algo?

—Un vino estaría bien. Si voy a quedarme embarazada, no volveré a beber en nueve meses.

Fijaron la hora y ella le dio su dirección. Mientras Raúl se alejaba, se quedó mirándolo. Entre ese momento y la cena, tenía varias horas para decidir si de verdad le pediría a Raúl un revolcón antes de adentrarse en la carretera del embarazo.

La idea de estar con él la hizo sentir un cosquilleo. Basándose en lo que sabía de su pasado, tenía mucha práctica en lo que respectaba a lo salvaje. Seguro que sería la mejor noche de toda su vida.

Pia nunca había sido una buena cocinera y ésa era otra de las habilidades que necesitaría para ser una madre de éxito, pensó mientras subía los dos tramos de escaleras hasta su apartamento. Había comprado un pollo asado y varias ensaladas. Herviría brócoli y serviría de postre moras con el helado. Suponiendo que llegaran tan lejos.

Cuanto más pensaba en pedirle a Raúl una noche salvaje, más le gustaba la idea. Claro que esa misma idea iba acompañada por un pánico que le encogía el estómago.

Metió la compra en la nevera, se duchó rápidamente y se echó loción con aroma a jazmín. Eligió un maquillaje suave y un sencillo vestido verde abotonado por delante que marcaba sus curvas.

Había cambiado las sábanas el día anterior, así que las dejaría así. Había comprobado la caja de preservativos que guardaba, aunque no es que fuera algo que solía necesitar. Aún quedaban tres dentro y según la caja faltaba un mes para que caducaran. Qué suerte.

Ahora era cuestión de esperar hasta que Raúl apareciera y después decidiría si se lo pedía o no. Lo malo era que si él decía no, sería una situación muy incómoda y entonces ella podría despedirse para siempre de la oferta de su compañero de embarazo. Aunque, por otro lado, no es que contara con ello en realidad.

No tenía la más mínima idea de lo que él pensaría de ella; probablemente le gustaba, pero gustar y desear eran dos cosas muy distintas. Lo último que quería era sexo por compasión. Que te tuvieran pena era lo peor que te podía pasar.

También tenía que pensar en su pasado, en todas esas fans abalanzándose sobre él. Seguro que eran mucho más perfectas de lo que ella había esperado ser. En sus mejores días podía decirse que era guapa, pero por lo general era de lo más normalita.

Pasó los siguientes diez minutos volviéndose loca mientras decidía si se lo preguntaría o no. Tanto darle vueltas al asunto estaba empezando a marearla y agradeció oír un golpe en la puerta.



—Justo a tiempo —dijo ella al abrir.

Raúl entró en su pequeño apartamento y pareció llenar el espacio. Era alto y ancho y de pronto Pia sintió que el lugar se había quedado sin aire.

—Hola —dijo él, dándole una botella de vino blanco y después besándola en la mejilla—. Estás genial.

A Pia le resultó imposible hablar.

Él se había cambiado para cenar e incluso se había duchado. Llevaba la camisa metida por dentro de su pantalón caqui, pero la tela parecía ceñirse a todos sus músculos. Olía a limpio y estaba muy *sexy*. La boca se le hizo agua.

—Gracias —logró decir ella y le devolvió la botella—. ¿Puedes abrirla?

—Claro.

Él miró a su alrededor, encontró la cocina y fue hacia allí. Pia lo siguió, sacó el sacacorchos de un cajón y se lo dio. Después, agarró unas copas y las dejó sobre la encimera.

—Hoy he ido a ver a mi doctora. Hemos hablado sobre los pasos que tengo que dar y me ha hecho un examen.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no hay razón por la que no pueda traer al mundo a los bebés de Crystal. Al parecer, el proceso de implantación no es tan malo.

Pronunciar esas palabras hacía que todo pareciera demasiado real.

—Dos semanas después, me hacen una prueba de embarazo.

—¿Te implantarán los tres al mismo tiempo?

—Ella cree que es lo mejor. Al parecer, existe la posibilidad de que no todos sobrevivan al proceso de descongelación, pero aunque lo hagan, tres está bien.

Él le entregó su copa de vino.

—¿Estás preparada para esto?

—No, pero no voy a prepararme de pronto. Creo que lo mejor es que vaya haciéndome a la idea.

—Pero no tienes por qué hacerlo. No tienes por qué tener a los bebés de Crystal.

Ella agarró el vino con ambas manos.

—Sí, claro que sí. Es lo que ella quería y es mi amiga. Habría hecho lo que fuera por salvarla; darle un riñón, mi médula. Lo que fuera. Nada de eso habría ayudado, así que voy a tener a sus hijos y los criaré como si fueran míos.

Veía distintas emociones en los ojos de Raúl, pero no podía identificarlas.

—Eres una mujer impresionante, Pia O'Brian.

—No es verdad, pero gracias por pensarlo.

Ella lo llevó hasta el salón y se sentaron cada uno en un extremo del sillón.

—¿Nerviosa?

Lo estaba, pero no por las razones que él se imaginaba.

—Sí, pero estoy asumiéndolo.

Él miró a su alrededor.

—¿Cuántas habitaciones tienes?

—Una. Tendré que mudarme, ¿verdad? Necesitaré más habitaciones —pensó



en los dos tramos de escaleras que subía y bajaba varias veces al día. No podría hacerlo con un carro... o tres.

Él alargó el brazo sobre el respaldo del sofá rojo y le dio una palmadita en el hombro antes de posar los dedos suavemente sobre ella.

—No tienes que mudarte hoy. No te preocupes. Cuando llegue el momento, yo te ayudaré.

—Llevo seis años viviendo aquí —murmuró ella, consciente de su cálida caricia—. No quiero mudarme.

¿Qué otros cambios habría? ¿En cuántas otras cosas no había pensado?

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? Estoy empezando a ponerme de los nervios.

—No te pongas de los nervios. Ni siquiera estás embarazada todavía.

—«Todavía» es la palabra clave.

Se forzó a respirar lentamente y después dio un sorbo de vino.

—Puedo hacerlo —dijo más para sí que para ella—. Soy fuerte. El pueblo me ayudará.

—Y no te olvides de mí. Soy tu compañero de embarazo.

A ella le seguía pareciendo algo extraño, pero ¿por qué estropear la diversión?

—¿Has sido compañero de embarazo antes?

La expresión de él se tensó antes de relajarse.

—No, pero mi novia del instituto pensó que estaba embarazada.

—¿Y qué hiciste?

—Me ofrecí a casarme con ella.

—Claro.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro que todos te adoraban en el instituto.

—Yo no diría que me adoraban.

—Seguro que sí —dio un sorbo de vino—. Yo era animadora.

Él enarcó una ceja.

—¿Aún tienes el uniforme?

Pia se rio.

—Sí, pero ésa no es la cuestión. A mucha gente no le gustan las animadoras, por eso de la popularidad.

—¿Eras popular?

—Más o menos —por lo menos hasta que su vida se vino abajo—. La verdad es que no era muy afectuosa ni humilde —admitió—. Más bien era malvada y mezquina.

—Tú no eres mezquina.

—Lo era. Me reía de la gente y presumía de lo que tenía. Ahora sé que se debía a una mezcla extraña de inmadurez e inseguridad, pero no creo que nada de eso haga que mis víctimas se sientan mejor.

—¿Tuviste víctimas?

—Me burlé de mucha gente —y la mayoría ahora estaban riéndose y tenían



unas vidas maravillosas mientras que ella vivía en un apartamento de una habitación y no lograba caerle bien a un gato.

—Eres muy dura contigo misma.

—Puede que me lo merezca.

—Supongo que todo el mundo hace algo malo de vez en cuando.

—Me gustaría que fuera así de sencillo.

—¿Por qué tiene que ser complicado?

Una pregunta interesante, pensó ella, perdiéndose en su mirada.

Raúl era uno de los buenos; una chica podía sentirse segura a su alrededor. Eso sin mencionar muchas otras cosas que resultaban mucho más sabrosas que seguras.

Se vio invadida por una oleada de valentía. Soltó el vino, se preparó para una negativa y dijo:

—¿Quieres tener sexo conmigo?



Capítulo 8

Raúl se sintió como un personaje de dibujos animados: quiso sacudir la cabeza para asegurarse de que estaba oyendo bien. Pero aun así, estaba seguro de que los ojos se le saldrían de las órbitas.

—¿Cómo dices? —le preguntó levantándose.

Pia suspiró.

—¿Quieres tener sexo conmigo? La doctora me lo ha sugerido. No es que sea importante para el procedimiento de implantación, porque no lo es, pero ella dice que estoy a punto de quedarme embarazada y que con los bebés lo más probable es que pase mucho tiempo antes de que un hombre me encuentre deseable, suponiendo que eso vuelva a pasar. Así que tener sexo ahora tendría sentido.

Lo había dicho todo sin tomar aire. Ahora estaba mirándolo con sus ojos de color avellana bien abiertos y una expresión de cautela.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres. No tengo ni idea de lo que piensas de mí. No creo que sea abominable, pero tampoco llevo colgada una placa diciendo que soy genial en la cama.

Él la miraba con los ojos abiertos como platos y pudo ver que ella estaba preparada para oír una negativa.

¿Sexo con Pia? Sin duda la encontraba *sexy* y atractiva, pero jamás había pensado ir tan lejos. Había muchas razones para no hacerlo, la mayor de todas era que vivirían juntos en un pueblo muy pequeño y no quedaría mucho espacio, sería demasiado incómodo.

Ella se mordía el labio inferior. Era preciosa. Esa pose orgullosa de sus hombros, el suave brillo de sus mejillas, el modo en que sus rizos castaños caían sobre sus hombros.

Siempre había sido la clase de hombre que miraba más allá del físico y el hecho de que Pia fuera a tener los hijos de otros, simplemente porque se lo habían pedido, la convertía en una de las mejores mujeres que había conocido nunca. Y de verdad le gustaban los besos que habían compartido.

La idea del sexo... no, de hacer el amor... la iba atrayendo más y más a cada segundo que pasaba. Sabía que una vez que tuviera los bebés, ella tendría otras cosas en la cabeza, pero algo en su interior le decía que una sola noche con Pia sería una noche que valdría la pena recordar.

Dio un paso hacia ella.

—Me ofrecí a ser tu compañero de embarazo —dijo en voz baja—. A hacer lo que me pidieras, a ocuparme de tus necesidades.

—Esto no es exactamente lo mismo que salir a comprar helado en medio de una



tormenta.

Él la levantó, posó las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos.

—Es mucho más divertido que eso.

Pia tragó saliva.

—No tienes por qué hacer esto. No debería habértelo preguntado. No quiero que te sientas presionado o...

Raúl se acercó y apretó la boca contra la suya, lo cual no estuvo mal porque a veces el silencio era lo mejor.

Sus labios eran suaves y tentadores. Sus brazos lo rodeaban. Era cálida, pero lo suficientemente alta como para que él no tuviera que agacharse demasiado para volver a besarla. Y eso también era bueno, porque le gustaba besarla y quería hacerlo durante mucho tiempo.

Pia se había esperado una pequeña discusión estableciendo las normas de lo que sería esa relación de compañero de embarazo, pero al parecer no era necesaria, pensó mientras la cálida boca de Raúl reclamaba la suya. El beso fue ardiente y tierno a la vez y sus labios hicieron que Pia quisiera derretirse en su liso y fuerte cuerpo.

Él la abrazaba contra su cuerpo. Tenía los hombros anchos y un cuerpo musculoso. Su aroma era tan bueno como su aspecto, masculino, pero limpio. Y sus mejillas estaban cubiertas por una fina barba.

Había pasado mucho tiempo desde que un hombre la había hecho sentir así, pensó mientras lo rodeaba por el cuello y se entregaba a su beso. Deslizó los dedos por su oscuro cabello, cuyas cortas capas parecían seda. Él bajó las manos hasta sus caderas y posó una en su trasero.

Cuando apretó suavemente una de sus nalgas, a Pia se le encogió el estómago. Ella se acercó más a su cuerpo e inmediatamente fue consciente de la excitación de Raúl... prueba de que no estaba actuando por compasión. ¡Gracias a Dios!

Él acarició su labio inferior con su lengua antes de hundirla dentro de su boca.

Pia se entregó por completo al beso y el deseo la consumió, haciéndola querer acercarse más, acariciarlo y que él la acariciara a ella. Lo acarició con la lengua, más deprisa que él. Las manos que sujetaban sus caderas ejercieron más fuerza y pasaron a deslizarse lentamente por ellas. Ella contuvo el aliento hasta que Raúl cubrió sus pechos con sus manos y los apretó con delicadeza antes de acariciar sus ya endurecidos pezones.

Ante el primer roce, ella sintió una sacudida que le llegó a los dedos de los pies. Ante el segundo, tuvo que contenerse para no gritar más y se recordó que no debía suplicar porque eso a los hombres no les resultaba atractivo. Pero era difícil centrarse cuando cada contacto contra sus sensibles pechos la hacía querer gritar.

Él bajó la cabeza hasta su mandíbula y fue besándola hasta llegar a su oreja para de ahí pasar a su clavícula. Se detuvo para saborear su piel en un beso que resultó sorprendentemente excitante. O tal vez fue debido al modo en que seguía acariciándole los pechos o a la sensación de tener su cuerpo tan cerca.

Antes de poder decidir a qué se debía, él le había tomado la cara entre sus manos y estaba besándola de nuevo. Fueron unos besos intensos que le despertaron



más anhelo y deseo. Sin saber qué estaba haciendo, se vio desabrochándose el vestido, que quedó abierto hasta su cintura.

Antes de poder descubrir cómo parar o qué hacer, él le había bajado el vestido hasta las caderas y estaba deslizando sus dedos desde sus muñecas hasta sus hombros y de ahí a sus pechos. Con un experto juego de manos, el sujetador quedó desabrochado y cayó al suelo.

En cuestión de segundos, él había sustituido el encaje de seda por sus manos desnudas. Piel sobre piel, pensó ella, con los ojos cerrados. Raúl la acariciaba con delicadeza, explorando sus curvas.

Ella se concentró en cada caricia, en cada roce de sus dedos y sus manos. Él se acercaba más y más a sus pezones, aunque no llegaba a tocarlos. El contacto aumentó la excitación de Pia y entonces, cuando estaba a punto de sujetarle las manos y colocarlas ahí donde quería, él se agachó y tomó su pezón izquierdo en su boca.

Ese beso húmedo y ardiente hizo que se le cortara la respiración y que ese punto entre sus muslos se infamara cargado de deseo.

Raúl pasó al otro pecho y, mientras, ella le acarició la cabeza y los hombros, sintiendo su fuerza. El deseo la invadía y la hacía sentirse deliciosa y viva.

—Deberíamos animar la fiesta —susurró él mientras se quitaba la camisa.

Ella asintió y su mirada quedó prendada de ese ancho torso. Quería tocarlo y saborearlo, explorarlo, pero él ya estaba apartándose. Mientras lo seguía, ella se desabrochó el resto de los botones del vestido y se lo quitó, además de descalzarse, mientras caminaba.

Cuando se reunieron en el dormitorio, él estaba desnudo y al verlo, ella comprendió el concepto de belleza masculina. Su pelo era un conjunto de definidos músculos, su cintura era estrecha y sus piernas fuertes. Estaba excitado y preparado, con una mirada intensa y centrada en ella. Solo mirarlo la hizo temblar. Mientras ella se movía hacia él, él la rodeó por la cintura y ambos cayeron sobre la cama.

—¿Tienes preservativos? —le preguntó él antes de besarla.

Pia asintió.

—Bien. No queremos que ninguna gota de esperma esté por ahí con los embriones de Crystal. La cosa podría ponerse muy concurrida ahí abajo.

Sonrió mientras hablaba y sus ojos parecían estar vivos de diversión y deseo. Fue una combinación irresistible. Y entonces volvió a besarla. Ella se dejó perder en la sensación de su boca sobre la suya.

Sus lenguas se entrelazaron en una erótica danza y después él pasó a moverse por su cuello, como había hecho antes. Ese hombre era muy hábil, pensó ella como en una ensoñación y sintiendo cómo cada parte de su cuerpo ardía y se derretía. Cuando él tomó su lóbulo en su boca, Pia tuvo que morderse el labio inferior para evitar gritar. Y cuando ella sintió su peso tendiéndose junto a su cuerpo, tuvo que controlarse para no separar las piernas a modo de descarada invitación. Lo quería... lo quería todo de él... dentro... encima... dándole placer a ambos hasta la locura.

Cuando él acarició sus pechos, fue tan placentero como al principio y con cada roce de su lengua contra sus pezones sintió un cosquilleo entre las piernas. Podía



sentir cómo estaba inflamándose para él.

Él bajó la boca y se detuvo lo suficiente para quitarle las braguitas con un suave y sencillo gesto. Ella quería sentir sus besos sobre su vientre, pero la calidez de sus labios la sintió en la cara interna de los tobillos.

—¿Que estás haciendo?

Lo notó reírse.

—Y yo que creía que eras guapa e inteligente.

Fue subiendo dejando un rastro de besos por su pierna hasta situarse entre sus muslos.

Ella separó más las piernas sabiendo que si no lo hacía acabaría suplicando. Entonces la boca de Raúl se posó sobre la parte más sensitiva de su ser y un cálido placer la invadió.

Él se movía lentamente, como si estuviera descubriéndola. Era una caricia perfecta, lo suficientemente rápida como para excitar y lo suficientemente delicada como para hacer que todo lo que él hacía fuera magia. Se detuvo para decirle cuánto le gustaba mirarla así y esas palabras la excitaron casi tanto como el dedo que se hundió en su interior.

Mientras la acariciaba, posó la boca sobre un terso e inflamado punto que rozó con su lengua, provocándole un espasmo de placer. Movía la lengua al mismo tiempo que el dedo, hacia delante y hacia atrás, dentro y fuera. Pia no podía recordar la última vez que un hombre le había hecho algo así, la última vez que había sentido ese calor líquido fluyendo por su cuerpo, la promesa de liberarse en cuestión de segundos.

Intentó contenerse, al querer saborear el momento el máximo tiempo posible y aunque el final sería genial, ese momento de espera y anticipación tampoco tenía precio. Pero era como nadar contra corriente. Agotador e imposible. Cada movimiento de su lengua la acercaba más al borde del placer y cuando él cerró los labios alrededor de ese punto, ella se perdió y se produjo un fuerte estallido de placer.

Los músculos se tensaron y se relajaron y cada célula de su cuerpo tembló según el placer iba abriéndose paso en su cuerpo. Se rindió a las sensaciones, arqueando la cabeza hacia atrás y jadeando una y otra vez.

Cuando logró pensar de nuevo, abrió los ojos y vio a Raúl sonriéndole con expresión de satisfacción.

—No eres todo eso —le dijo ella apenas sin respiración.

—Claro que sí.

Raúl se inclinó y le lamió un pezón. Ella se estremeció y tuvo que resistir las ganas de llevarlo hacia sí para que volvieran a hacerlo. En lugar de eso, abrió el cajón de la mesilla y sacó la caja de preservativos.

—¿Es esto? —preguntó él frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no son buenos?

Él esbozó una media sonrisa.

—Solo hay tres.



- ¿Solo?
—Se supone que es tu última noche de sexo, ¿no debería ser memorable?
—Pensé que con uno bastaba.
Él sacó un preservativo y metió el paquete en la mesilla.
—Pues tendré que demostrarte que no.

El instituto de Fool's Gold estaba situado en la carretera que conducía a la estación de esquí. El campus solo tenía cinco años de antigüedad, con un edificio dedicado a la ciencia, un gran estadio y un auditorio que podía albergar a quinientas personas.

Raúl se encontraba sobre el escenario frente a los estudiantes. Había apartado el pódium, ya que preferí caminar de un lado para otro.

—Cuando empecé no era rico y famoso —les dijo a los muchachos—. Cuando tenía vuestra edad, estaba en una casa de adopción luchando contra el sistema responsable de alimentarme y vestirme. Sabía que no le importaba a nadie, no como persona. Yo no era más que un número para los trabajadores sociales y un ingreso constante para mi familia adoptiva.

Se detuvo y miró a los ojos a varios de los jóvenes del público.

—Algunas familias se preocupan verdaderamente por los chicos a los que acogen y los aplaudo. Los trabajadores sociales que conocí estaban agobiados de trabajo, intentaban hacer lo mejor, pero no tenían ni las herramientas ni los recursos apropiados. Por eso me implique en algunas cosas que debería haber evitado.

Caminó hasta el borde del escenario y miró a los alumnos.

—Las bandas pueden parecer muy chulas en la fantasía. Te dan un lugar al que pertenecer y crees que adquieres estatus. Estás rodeado de gente que te acepta. Si están lo suficientemente locos, nunca sabes lo que va a pasar y eso también puede ser divertido —se encogió de hombros—. Pero también puede dejarte peor de lo que podrías imaginarte nunca. Embarazada. En la cárcel. O muerto —dejó que esas palabras pendieran en el aire un momento.

—Cuando tienes dieciséis años, el futuro parece estar muy lejano, pero yo estoy aquí para hablaros del valor de pensar a largo plazo. De saber lo que quieres y de ir tras ello, independientemente de cuánta gente te diga que es imposible. Pasé los primeros meses de mi primer año de carrera en la calle, viviendo en un edificio abandonado. Tenía amigos que me ayudaron, pero la gran diferencia la marcó el encontrar a alguien que creía en mí. Y que me enseñó a creer en mí mismo. Eso es lo que tenéis que hacer. Creed que podéis hacerlo.

Fue al otro lado del escenario y miró a los chicos.

—El diccionario nos dice que un mentor es un guía en el que se confía. Sed lo que queréis ver en los demás. Implicaos con alguien más joven que os necesite. Es como lanzar una piedra a un lago. Las ondas se extienden para siempre.

Habló un poco más sobre la importancia de hacer lo correcto, y después dijo que respondería preguntas.



Formularon las típicas preguntas sobre sus partidos con los Cowboys y lo que había supuesto lograr que su equipo de la universidad venciera durante dos temporadas seguidas.

—Yo no lo hice —dijo sinceramente—. Era miembro de un excelente equipo. Todo el mundo hacía su parte y por eso ganamos. El fútbol americano no es el golf. No estás solo tú y el balón. Te rodea mucha gente. Todo equipo es tan fuerte como su jugador más débil.

Una pequeña chica de la tercera fila alzó la mano.

Él la señaló.

—¿Sí?

—¿Alguna vez has ejercido de Hermano Mayor? Mi tío lleva ayudando a un chico dos años.

—Bien por él —dijo Raúl—. En cuanto a lo de ser un Gran Hermano, es difícil para un tipo como yo porque la prensa lo descubre enseguida y todo se complica. Por eso colaboro de este modo, doy charlas en escuelas, comparto ideas, trabajo con los profesores.

Siguió charlando un par de minutos más y quedó aliviado al ver que los estudiantes estaban haciéndole caso y que los profesores presentes asentían ante lo que decía.

Quería que se levantaran y le gritaran porque, ¿en qué planeta un antiguo jugador de fútbol americano sería tan famoso como para no poder llevar a un muchacho a la bolera? Hombres mucho más famosos que él tenían vida privada.

La verdad no era tan bonita. No quería involucrarse personalmente. No quería preocuparse. El precio era demasiado alto. Mejor que las cosas fueran superficiales; así, nadie salía herido, incluyéndolo a él.

Una filosofía con la que Pia no estaría de acuerdo, pensó mientras terminaba el discurso. Ella era de las que se lanzaban primero y luego hacían preguntas. Eso era lo que estaba haciendo con los embriones. Eso sí que era una mujer con convicción y valor, pensó mientras terminaba y sonrió cuando lo aplaudieron. Tres noches antes se había quedado con ella y desde entonces su cama había estado un poco más fría, un poco más vacía.

Pero conocía el valor de estar solo y el peligro de hacer que algo fuera más de lo que era en realidad. De algún modo volvería a pasar por eso.

Pia esperó nerviosa sobre la mesa acolchada.

—No pasa nada —le dijo el técnico—. Las ecografías no duelen.

—Tienen que tener algo malo.

—Lo siento, pero no. Incluso calentamos el gel que utilizamos sobre tu barriga. Es una de las pruebas médicas más sencillas.

—Mejor que un enema de contraste.

La otra mujer, Jenny según decía su etiqueta, se rio.

—¿Alguna vez te han hecho un enema de contraste?



—He oído rumores. No son divertidos.

—No, no lo son, pero esto es sencillo.

Jenny alzó el camisón de papel de Pia y extendió gel sobre su vientre.

No dolía en absoluto; no era más que una sensación cálida moviéndose sobre ella. Bien, pensó. «Las ecografías no duelen».

Unos minutos después, Jenny la cubrió y se disculpó. Pia se quedó allí en la habitación suavemente iluminada, haciendo todo lo que podía por respirar. Pronto descubriría si estaba preparada para la implantación. Si lo estaba, llegaría el momento. Una vez que los embriones estuvieran descongelados, ya no habría vuelta atrás.

Antes de poder levantarse de la camilla y salir corriendo del edificio, la doctora Galloway apareció allí.

—He oído que estás lista —dijo la doctora con una sonrisa—. Vamos a ver.

Estudió el monitor.

—Muy bien —murmuró—. Sí, Pia, diría que mañana podemos implantarte los embriones, si tú quieres —le acarició un brazo—. También podemos esperar un mes, si necesitas más tiempo.

¿Preparada? ¿Como para hacerlo ya?

Pia abrió la boca y volvió a cerrarla. Se le encogió el pecho, como si algo muy pesado estuviera presionándolo. Sintió náuseas y mareo. Preparada.

—¿Los óvulos pueden estar listos mañana? —preguntó apenas con voz.

—Sí. Te citaríamos justo después de almorzar. No tienes que decidirlo hoy. Estarás igual de preparada el mes que viene.

Cierto, pero un mes era mucho tiempo de espera. Pia temía asustarse incluso más, o intentar convencerse a sí misma de no seguir adelante.

Respiró hondo y se preparó para decir:

—¿A qué hora mañana?

Al parecer, la definición de la doctora Galloway de «indoloro» y la de Pia no eran exactamente lo mismo. Que te insertaran un catéter era una experiencia horrorosa, pero Pia hizo lo que pudo por relajarse y seguir respirando.

—Hecho —le dijo la doctora unos segundos después. Se levantó y le bajó el camisón a Pia antes de cubrirla con una sábana.

—Quédate aquí tumbada unos veinte minutos para que todo se asiente. Después, podrás irte.

—¿Y no tengo que hacer nada? ¿Evitar actividades extenuantes o cosas así?

—Yo me quedaría quieta unas cuantas horas. ¿Tienes las vitaminas que te di?

La doctora Galloway le había dado muestras los días anteriores, junto con una receta. Se había tomado su primera vitamina prenatal esa mañana junto con un desayuno de lo más sano.

—Sí.

—Entonces es todo lo que necesitas por ahora.



La doctora bajó las luces y salió de la sala. Pia intentó ponerse cómoda sobre la camilla, cerró los ojos y colocó las manos sobre su vientre bajo.

—Hola —susurró—. Soy Pia. Conocí a vuestra madre. Era increíble y maravillosa y os habría encantado.

Pensar en su amiga hizo que se le saltaran las lágrimas. Parpadeó para apartarlas de sus ojos y respiró hondo.

—Ella... murió hace unos meses. Durante el verano. Fue muy triste y todos la echamos de menos. Vuestro padre también se fue, pero ambos querían tener hijos. Especialmente vuestra madre. Quería teneros a los tres, pero no pudo porque murió.

Gruñó. ¡Vaya forma de estropear la conversación!

—Lo siento —murmuró—. Debería haber planeado esto mejor. Lo que estoy diciendo es que de verdad quería esto. Quería que nacierais. Sé que no soy ella, pero voy a hacerlo lo mejor que pueda, lo juro. Voy a leer libros y a hablar con mujeres que son buenas madres. Estaré ahí para vosotros.

Pensó en su madre abandonándola para mudarse a Florida.

—Jamás os dejaré —les juró—. Pase lo que pase, estaré siempre a vuestro lado. No me marcharé ni me olvidaré de vosotros —presionó su vientre—. ¿Lo sentís? Soy yo. Estoy aquí.

El miedo pendía como telón de fondo, la posibilidad de un castigo cósmico por haber deseado abortar en la universidad, pero lo cierto era que no podía cambiar el pasado. Solo podía rezar para que las almas de los inocentes estuvieran protegidas. Y si alguien tenía que ser castigado, fuera ella únicamente.

—Lo siento también —susurró—. Me equivoqué —a pesar de la promesa de la doctora Galloway de que no había sido culpa suya, no podía evitar preguntarse si lo era.

Oyó una llamada en la puerta.

—Adelante.

Raúl entró, se le veía increíblemente alto y masculino.

—Ey, la doctora dice que ya está.

Pia intentó sonreír.

—Eso me han dicho. No me siento distinta.

—¿No oyes voces? —preguntó con una sonrisa.

—No creo que oír voces sea una buena señal.

Él se sentó en un taburete y le tomó las manos.

—¿Asustada?

—Aterrorizada. Estaba diciéndoles que se agarrara bien y que estaría a su lado.

La miró a los ojos.

—Voy a decirte lo mismo, Pia. Estaré a tu lado en esto.

Ella contuvo las lágrimas otra vez.

—¿Por Keith?

—Y por ti. Tengo que hacer esto.

Pia logró esbozar una sonrisa.

—¿Entonces se trata únicamente de ti? Muy típico de los hombres.



— Así soy yo — se inclinó y la besó en la frente—. ¿Qué pasa ahora?

Ella intentó no centrarse en la calidez de su piel ni en lo segura que se sentía a su lado. Incluso aunque Raúl se quedara a su lado durante el embarazo, no había forma de que se quedara después. Acostumbrarse a tenerlo cerca no sería una opción.

— Me quedaré aquí hasta que la enfermera me eche a patadas. En teoría, puedo volver al trabajo, pero me iré a casa. Voy a pasar la tarde tirada en el sofá por eso de la gravedad.

— Vale. ¿Qué te apetece?

Durante un segundo, ella pensó que se refería al sexo, esa parte de ella que se había quedado encantada y saciada quiso suplicarle que lo repitieran, pero no era posible. No, después de la implantación.

— ¿Italiano? ¿Mejicano? Iré a por comida.

Oh, claro, comida.

— Me da igual. No tengo hambre.

— La tendrás en unas horas y tienes que comer.

— Por los bebés — dijo ella con la mano sobre el vientre—. ¿Crees que debería cantarles algo?

Él se rio.

— ¿Quieres hacerlo?

— No se me da muy bien.

— Podrías animarlos. ¿Te acuerdas de alguna del instituto?

Ella se rio.

— Te lo agradezco, pero es demasiado extraño para mí.

Él le acarició la mejilla.

— Mírate. ¿Qué van a decir tus amigas?

— Mis amigas me apoyarán por completo. Las que lo saben ni siquiera se han sorprendido, pero mis amigas de antes... —suspiró—. Como te he dicho, en el instituto no fui muy simpática. Demasiado dinero y genio y nada de compasión.

— ¿Cuándo cambió eso?

— En mi último año.

La puerta se abrió y una enfermera se asomó.

— Puedes irte, Pia. Cuando estés vestida, pásate por recepción. Volveremos a verte dentro de dos semanas.

— Gracias.

Se incorporó y Raúl la besó.

— Esperaré fuera.

— De acuerdo.

Lo vio marcharse y con cuidado se puso de pie y comenzó a vestirse. Mientras se ponía los vaqueros, se dio cuenta de que confiaba en Raúl. Al menos por el momento. Después de tanto tiempo, era agradable tener a alguien en quien poder confiar.



Capítulo 9

Pia estaba sentada en una mesa frente al escenario del instituto.

—¿Estás de broma, verdad? —le preguntó a la alcaldesa.

Marsha apoyó los codos sobre la mesa y bajó la cabeza hasta sus manos.

—Ojalá. Fui al baño y cuando volví habían votado para tener un concurso de talentos de las mujeres solteras del pueblo. Supongo que quieren autobuses llenos de hombres que puedan echarle un buen vistazo a la mercancía disponible.

Cuando se le había pedido a Pia que acudiera a una audición, no había tenido ni idea de dónde se metía.

Allí había por lo menos cincuenta mujeres, lo cual le pareció increíble, y no de un modo positivo. Llevaban desde tutus hasta disfraces de pastoras. Algunas querían empezar diciendo todo lo que sabían cocinar e incluso una mujer sonrió ampliamente para demostrar que tenía todos los dientes.

—¡Como si eso la convirtiera en buen material de cría! Dime que esto no está pasando.

—Ojalá pudiera.

—¿Cuándo nos hemos vuelto tan desesperadas? Siempre he sabido que había escasez de hombres, pero ¿tanto? Somos felices como estamos. Hay más mujeres desempeñando los trabajos tradicionalmente relacionados con los hombres. ¿No es eso positivo?

Marsha alzó la cabeza y suspiró.

—Me han dicho que hay mujeres que quieren sentar cabeza, casarse y tener familia. Eso es más difícil aquí. Tienen que elegir entre el surtido limitado que tenemos a mano o trasladarse.

—¿Surtido que tenemos a mano? —y luego las mujeres se quejaban de que los hombres las trataban como si fueran objetos—. No lo comprendo.

—Yo tampoco, pero es demasiado tarde para deshacerlo. Llegan hombres todos los días.

Una joven veinteañera subió al escenario. Llevaba un leotardo rosa claro y una falda corta. Asintió y comenzó a sonar una música. En cuestión de segundos la participante estaba cantando y haciendo la coreografía de un famoso musical de Broadway.

—Es buena —murmuró Pia—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Tomar notas sobre las que más me gustan? ¿De verdad vamos a tener un concurso de talentos?

—No veo el modo de evitarlo, pero me resulta humillante.

—Em, no. Ese honor se lo concederemos a la mujer que hacía malabares con las tartas que había cocinado.



Pia siempre había adorado Fool's Gold. El pueblo tenía tradiciones y educados residentes. La gente se preocupaba la una de la otra. ¿Y ahora, un capítulo de una tesis y un autobús cargado de hombres iban a cambiarlo todo?

Tal vez había algo en el aire que avisaba de un cambio. No había más que verla a ella. Dos días antes le habían implantado unos embriones. Después, se había pasado la tarde en el sofá y aún no había podido dejar de pensar en ello. Estar embarazada era más un concepto que una realidad. ¿Cómo era posible que estuviera embarazada?

De cualquier modo, le habían implantado los embriones. ¿Estarían aferrándose a ella como les había pedido? ¿Estaban creciendo y haciéndose más fuertes y grandes?

Se acarició el vientre, como si pudiera sentirlos en su interior.

Unos aplausos la devolvieron a la realidad y aplaudió también antes de girarse y ver a Marsha mirándola.

—¿Dónde estabas? —le preguntó la alcaldesa—. Era muy buena, así que no ha podido ser por el baile.

—Lo siento. Prestaré atención —agarró su boli y se acercó la libreta—. ¿Quién es la siguiente?

—¿Va todo bien?

—Estoy muy bien.

La alcaldesa no parecía muy convencida.

Pia respiró hondo.

—Crystal me ha dejado sus embriones.

El rostro de Marsha se relajó en una sonrisa.

—¿Sí? Sabía que se los cedería a alguien. Debes de estar conmovida y aterrorizada a la vez. Es mucha responsabilidad.

—Y que lo digas. Crystal espera que tenga a sus bebés.

Marsha asintió.

—Es pedirle mucho a una amiga. ¿Vas a hacerlo?

—Yo... Me los he implantado hace dos días. Había tres embriones. Todos han sobrevivido a la descongelación, aunque supongo que no es lo que suele pasar. En dos semanas sabremos si se han implantado.

Marsha pareció quedarse impactada un momento y después la abrazó.

—Bien por ti. Es algo increíble. Estoy muy orgullosa.

Esas palabras hicieron que Pia se sintiera bien.

—Estoy impactada. Nada de esto me parece real.

—Te llevará tiempo.

—Tengo nueve meses. Supongo que incluso ahora mismo mi cuerpo podría estar cambiando, pero no me siento distinta.

—Te sentirás. Sobre todo si tienes trillizos.

—No me digas eso. No puedo asumir lo de un bebé, y mucho menos lo de tres. Voy a tener a estos niños sola.

Marsha le apretó la mano.



— Todos estaremos a tu lado, Pia. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió.

— Todo es surrealista. No dejo de volver a hacerme la misma pregunta. ¿Por qué me eligió Crystal?

— Porque te quería y confiaba en ti.

— Supongo.

La alcaldesa sonrió.

— Tengo una petición personal que hacerte.

— Claro.

— Por favor, ¿puedes tener varones?

Pia se rio.

— Ya está decidido todo. Lo siento. Deberías haberlo hablado con Crystal.

— Odio llegar siempre tarde para todo — se giró hacia el escenario donde un par de chicos estaban colocando unos árboles de cartón —. Dios mío, ¿qué vendrá ahora?

Raúl atravesó el edificio principal del campamento. Un mes antes, los últimos campistas del verano se habían marchado a casa y la cuadrilla de mantenimiento se había puesto a preparar las instalaciones para el invierno. Ahora, varios cientos de niños llenaban las distintas salas, pegaban carteles en las paredes y mataban el silencio con sus carcajadas.

Él seguía pensando en un campamento que funcionara durante todo el año, pero hasta que pudiera hacerlo realidad, utilizar las instalaciones para la escuela temporal era lo correcto.

Las reuniones preliminares para reparar y reconstruir la escuela incendiada no habían sido muy positivas. El daño era extenso y los fondos limitados. En términos realistas, la nueva escuela elemental no estaría preparada hasta que pasaran dos años, lo que hacía que sus planes tuvieran que esperar más. Su mayor preocupación era hacer que Dakota Hendrix siguiera trabajando para él. Era inteligente y estaba muy capacitada; estaba seguro de que estaba muy solicitada, así que tendría que pagarle un buen sueldo y prometerle que además de dirigir el campamento de verano, estaría al mando del nuevo programa.

El colegio había contratado sus servicios unas horas a la semana. Ella ofrecía asesoramiento y actuaba de mediadora entre el campamento y la escuela. Hasta el momento no había habido ningún problema, y mientras que Raúl no anticipaba ninguno, había aprendido que lo mejor era estar siempre preparado.

Miró el gran reloj de la pared. Pasaban unos minutos del mediodía. Ahora el pasillo estaba relativamente tranquilo, pero en unos dos minutos sonaría la campana y los niños saldrían de sus clases corriendo hacia la cafetería.

Lo sabía porque estaba allí la mayoría de los días. Por alguna razón, se había acostumbrado a jugar al balón con un grupo de niños durante la hora del almuerzo. No le importaba demasiado y tenía la precaución de no pasar más tiempo con un niño en con otro. Estaba bien relacionarse con ellos en grupo, pero no quería



encariñarse con ninguno específicamente.

Lo mejor era mantener un poco las distancias, por mucho que quisiera implicarse.

Cuando la campana sonó, las puertas se abrieron de golpe y unas agudas voces rompieron el silencio. En cuestión de segundos, se vio rodeado de una docena de niños queriendo almorzar con él.

Estaba a punto de decirles a todos que no, con la promesa de que después jugarían en el patio, cuando vio al chico pelirrojo. Peter, así era como había dicho Pia se llamaba.

—Conoces a mi amiga Pia —le dijo al chico.

Peter sonrió.

—Sí. Nos conocimos en el parque. Es guay, para ser una chica.

—Le haré llegar tu cumplido.

—¿Vas a almorzar con nosotros? —le preguntó el amigo de Peter—. Te guardaremos un sitio y todo.

Raúl vaciló y después asintió.

—Claro —tal vez así tendría oportunidad de hablar con Peter y descubrir si tenía algún problema en casa.

Fueron a la cafetería y se pusieron a la cola. Raúl agarró una bandeja y sonrió a la mujer que estaba sirviendo macarrones con queso.

—No tomaré nada si no hay suficiente.

—Oh, siempre hacemos de más. La mayoría de los profesores también comen aquí —dijo la mujer y echó una porción de pasta en su plato.

Después vinieron las judías verdes junto con fruta. Él agarró dos cartones de leche en una mano y contuvo la sonrisa cuando los chicos que lo acompañaban intentaron hacer lo mismo.

Tenían las manos demasiado pequeñas, así que se conformaron con un cartón y lo siguieron hasta una mesa junto a la ventana.

Él se quedó mirando un segundo, no muy seguro de entrar en el banco.

Los chicos se sentaron a su alrededor mientras él abría el primer cartón de leche y se lo bebía de tres tragos. Cuando lo soltó, todos los niños estaban mirándolo.

Se limpió la boca tímidamente.

—Bueno... eh... ¿os gusta la nueva escuela?

—Es genial —dijo un niño—. Cuando nieve, mi madre dice que tendremos problemas para subir la montaña. Puede que no tengamos que venir al colé.

—¡Guai! —exclamó otro.

—Dinos cómo era todo cuando jugabas al fútbol americano —le suplicó un tercer niño—. Mi padre dice que eras el mejor.

—Dale las gracias a tu padre —dijo Raúl con una sonrisa—. Era bueno, pero no estoy seguro de que fuera el mejor. Siempre intenté hacerlo bien, eso es lo que define el éxito.

—Me gustaría jugar al fútbol americano —dijo Peter—. Pero soy pequeño.

—No eres bajo —le dijo su amigo—. Solo eres delgado.



—No te preocupes por eso —le dijo Raúl—. Crecerás. Ahora es el momento de trabajar en lo básico, en correr, en la coordinación. Eso puedes encontrarlo en cualquier deporte. También puedes empezar a aprender cosas sobre ese deporte.

—Yo también quiero jugar al fútbol americano.

—¡Y yo!

Raúl se hizo una nota para recordar que tenía que hablar con la alcaldesa sobre crear un programa de primavera de fútbol americano. Nada que supusiera demasiado esfuerzo físico, tan solo un juego en equipos.

—Mi hermana dice que quiere jugar al fútbol americano —dijo el chico sentado al lado de Raúl—. Yo no dejo de decirle que las niñas no juegan al fútbol americano, pero es mayor que yo y cuando se enfada, me pega.

Un par de niños se rieron.

—Entonces tal vez deberías dejar de decírselo —sugirió Raúl.

—Supongo, pero tú podrías decírselo. A ti tendría que escucharte.

Él alzó las manos.

—No, gracias. Tu hermana puede hacer lo que se proponga.

El chico suspiró.

—Eso es lo que dice mamá y papá se queda callado.

«Un hombre inteligente», pensó Raúl.

—Mis padres están divorciados —dijo el chico sentado a la derecha de Peter—. Vivo con ellos según la semana. Tienen casas uno enfrente del otro.

—¿Y qué tal lo llevas?

—No lo sé. Es una estupidez. Si pueden vivir así de cerca, ¿por qué no viven juntos?

—El matrimonio puede ser muy duro —le dijo Raúl—. Lo importante es que tus padres te quieren. ¿Tienes alguien con quien hablar, un hermano mayor, algún tío?

—Mi tío Carl es muy simpático. Él me escucha.

—Entonces no dejes de hablar con él. No dejes que tu malestar se acumule dentro. Eso nunca es bueno.

—Mis padres también están divorciados —dijo otro chico.

—Yo tengo cinco hermanas —apuntó otro niño y sus amigos gruñeron.

—Qué de niñas —le dijo Raúl—. ¿Eres el pequeño?

—No. Soy el del medio. Están por todas partes. Mi padre me ha construido una casa en un árbol para poder tener mi propia cueva.

—Bien por ti.

Durante la conversación, Raúl había estado observando a Peter, que se terminó su almuerzo y no dijo nada. Justo cuando iba a proponer que fueran al patio, Peter habló.

—Mis padres están muertos —dijo mirando a su plato—. Murieron hace dos años en un accidente de coche.

—Lo siento —le dijo Raúl.

Peter se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan.



Drew, el amigo de Peter, se acercó a Raúl para decirle:

—Él iba en el coche cuando sucedió. Estaba allí cuando murieron.

Raúl maldijo por dentro. ¡Qué pesadilla para un niño! No sabía qué decir.

Peter lo miró.

—¿De verdad crees que creceré lo suficiente para jugar al fútbol americano en el instituto?

—De verdad. Es más, ahora mismo vamos a practicar un poco.

El triste rostro de Peter se transformó en una sonrisa.

—¿Sí?

—Vamos, será divertido.

Los chicos se levantaron y agarraron sus bandejas. Después de dejarlas sobre la encimera junto a la cocina, corrieron hacia la puerta. Peter iba más despacio que el resto.

Raúl lo alcanzó.

—Siento lo de tus padres. Yo jamás conocí a mi padre y perdí a mi madre cuando era un poco mayor que tú. Es duro.

Peter asintió sin decir nada.

Raúl quería abrazarlo, pero sabía que en la escuela existía la política de «no tocar». Al no saber qué otra cosa hacer, juró prestarle atención al niño siempre que lo viera.

—¿Quieres aprender a tirar más lejos que nadie?

—¿Puedes enseñarme a hacerlo? —preguntó Peter ansioso.

—Claro.

—¡Genial! —el chico se rio y corrió hacia sus amigos.

Tal vez con eso bastaba por ese día.

—Deberías haber sido más claro con lo de la comida —dijo Pia mientras se servía *kung pao* en el plato y se relamía el dedo manchado de salsa.

Raúl estaba sentado frente a ella en la pequeña mesa de su cocina.

—¿Porque te habrías subido al carro del compañero de embarazo?

—Absolutamente. Sé que no es sofisticado ni elegante, pero ofrécame algo de comer y soy prácticamente tu esclava.

—Es bueno saberlo.

Al ver la simpática expresión de los ojos de Raúl, Pia quiso sonreír... aunque mirarlo a la cara o a otras partes de su cuerpo hacía que quisiera hacer otras cosas... como pedirle que se desnudara. O dejar que él la desnudara. O que la acariciara. Hacer el amor con Raúl la había dejado hambrienta de más.

Incluso aunque él no hubiera sido muy explícito sobre la naturaleza temporal de su relación, ella no habría podido pedir que lo repitieran. No con los embriones pendiendo de un hilo... o de donde fuera que estaban pendiendo. Tal vez en unas cuantas semanas, cuando la doctora le dijera que todo marchaba dentro de la normalidad, podría pensar en hacer algo salvaje. Pero hasta entonces, sería todo



pureza y pensamientos maternos.

—Puede que ésta sea la última comida china —dijo ella metiéndose un bocado de arroz frito en la boca—. He estado leyendo uno de esos libros de embarazo y tengo que vigilar mi ingesta de sal. Además, tengo que dejar el alcohol, la cafeína, los medicamentos y en seis o siete meses, olvidarme de mis tobillos. Los bebés son muy exigentes.

Él sonrió.

—¿No dicen que merece la pena?

—Claro, pero es mucho más fácil escribirlo que vivirlo. Y eso que ahora estoy solo en el primer mes... si es que estoy embarazada...

—¿Algún síntoma?

—Solo las voces.

Él sonrió.

Pia pinchó un rollito de huevo.

—No, nada, de verdad. Dicen que algunas mujeres saben cuándo están embarazadas en cuanto se quedan, pero supongo que yo no soy tan sensitiva. Y puede que eso sea algo positivo. Tengo la sensación de que voy a volverme loca preocupándome por todo.

Miró a su alrededor; la cocina de la modesta casa de Raúl estaba remodelada y tenía nuevos electrodomésticos y encimeras, pero su tamaño no parecía encajar con la etiqueta de «deportista famoso».

—¿Cómo era tu casa en Dallas?

—Grande.

—¿Dos habitaciones? ¿Cinco?

—Tres plantas y algunas habitaciones que no llegue a ver nunca —se encogió de hombros—. Fue una inversión.

Pia intentó recordar qué más había leído sobre él.

—¿Hace mucho que te mudaste a Los Ángeles?

Él asintió.

—Como un año después de casarme. Cuando rompimos, volví a Dallas, pero nunca llegué a instalarme. Después me retiré y aquí estoy.

Ella se preguntó por la exseñora Moreno, pero no estaba segura de sentirse lo suficientemente cómoda como para hacer preguntas. Por lo que podía ver, Raúl se acercaba irritablemente a la perfección. ¿Por qué iba una mujer a dejarlo escapar?

Tal vez no había sido elección de ella. Tal vez había sido él el que la había abandonado.

—¿Vas a comprarte una casa en el pueblo?

—He estado mirando. No tengo prisa. Esta casa me sirve.

—¿Se la alquilas a Josh, verdad?

Raúl sonrió.

—Es como si fuera el dueño de casi todo el pueblo.

—Está metido en el negocio inmobiliario. Tenía que hacer algo con todo lo que había ganado —ladeó la cabeza—. ¿Es duro tener que compartir entre los dos el



centro de atención? Quiero decir, por el tema de vuestros egos y todo eso.

Él enarcó una ceja.

—Tú has visto mi ego... así que dímelo tú.

—Muy gracioso. Supongo que si alguno tuviera problemas, ése sería Josh. Ha sido el hijo predilecto durante años, pero no creo que le importe que tú recibas más atención.

—Te cae bien Josh —dijo Raúl sin preguntar.

—Claro. Lo conozco de toda la vida. Iba unos años por delante de mí en el instituto. A todas nos gustaba.

—¿Alguna vez los dos...?

Ella lo miró fingiendo confusión.

—¿Alguna vez qué?

—Que si salisteis.

—Oh, ¿quieres decir que si he visto su ego?

Raúl se quedó mirándola sin hablar. Pía quería creer que su interés era una pista sobre lo que sentía por ella, que estaba a segundos de enamorarse.

O tal vez no. ¿De verdad necesitaba ahora mismo a un hombre en su vida? ¿No eran tres niños ya suficiente?

—Nunca salimos —dijo—. Nunca he visto su ego —sonrió—. Aunque su trasero aparece en un salvapantallas, así que lo he visto —bajó la voz—. El tuyo es mejor.

—No es una competición.

Pero él había preguntado, pensó ella divertida. Dio un sorbo de agua mientras lo observaba. Su cabello oscuro le caía sobre la frente.

—Necesitas un corte de pelo.

—No, gracias. Me resulta demasiado complicado, con eso de la guerra de las peluquerías...

—Yo te llevaré. Te luciré por todas partes.

—Gracias —se inclinó hacia ella—. ¿Le has hablado a alguien de los embriones?

—Marsha lo sabe. Puede que se lo haya dicho a Charity. Prefiero esperar, hasta que sea algo seguro. No quiero que la gente especule hasta que haya algo sobre lo que especular. Me parece que está mal. Es el momento de Crystal, no el mío.

—Eres tú la que va a quedarse embarazada.

—Dentro de unos días haré pis en un palito.

—Quiero estar allí.

—Mira, aunque es un gesto muy bonito, no estamos tan unidos.

Él sacudió la cabeza.

—Me refiero a estar en la misma casa, no en la misma habitación.

No estaba segura de poder hacer pis mientras alguien se lo ordenaba y esperaba, pero suponía que podía abrir el grifo del agua o hacer que Raúl tarareara en voz alta.

—De acuerdo.

—Bien.



Cuando él le dio el último rollito de huevo que quedaba, la luz captó la fina cicatriz de su mejilla.

—¿Qué te pasó? Deja que adivine. Estabas ayudando a una señora mayor a cruzar la calle.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que tuve una pelea en un bar?

—Sí, pero pensaría que estás mintiendo.

—¿Y si te digo que me caí entrenando y me clavé una valla?

—Mejor la historia del bar.

—Lo que te haga más feliz.

Después de la cena, él insistió en acompañarla a casa.

Ya estaba oscuro y la noche era fría. Pia se echó su jersey por encima y se cruzó de brazos.

—En noviembre tendremos nieve.

—¿Te gusta el invierno?

—La mayor parte del tiempo. No tenemos mucha nieve y eso está bien. La estación está en lo alto de la montaña, y allí suelen alcanzar varios metros. Por lo menos, yo no tengo que preocuparme por quitar la nieve de mi camino de entrada. Puedo ir caminando a todas partes.

Él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Si tienes problemas con la pala y la nieve, avísame.

—¿Más deberes de compañero de embarazo?

—Absolutamente.

—Deberías diseñar un folleto para saber qué esperarme de ti.

—Lo haré.

Acurrucada contra él se sentía segura; sentía todo lo que una mujer embarazada podía esperar de un hombre... o una mujer que no estuviera embarazada...

Una vez más pensó en la mujer con la que había estado casado y quiso preguntar qué había sucedido. Pero no lo hizo. Por razones que no podía explicar, Raúl quería ocuparse de ella y ya que llevaba sola desde los diecisiete años, eso la hacía sentir bien. Sobre todo ahora, pensó, posando la mano sobre su vientre.

Llegaron al edificio de apartamentos, donde él le sujetó la puerta y la siguió para subir las escaleras. Cuando llegaron a la puerta, se giró hacia ella.

—¿Estarás bien sola?

—Llevo años viviendo aquí. Puedo apañármelas.

—Si necesitas algo, llámame.

—No quiero interrumpir tu cita.

—Tú eres mi cita.

Esas palabras hicieron que su corazón latiera más deprisa, pensó, sabiendo que ceder ante la tentación emocional le traería problemas.

—Raúl...

Antes de poder decir nada más, él la besó.

Fue un beso suave y tierno más que apasionado durante el que él no intentó tocarla y aun así, la sensación fue devastadora para ella. No por un deseo sensual,



sino porque tanta delicadeza despertó un anhelo que ella apenas se dejaba experimentar. El beso la hizo soñar con lo que sería enamorarse, arriesgar su corazón, creer que podía tener a alguien. Alguien que no se marcharía.

Unas inesperadas lágrimas brotaron de sus ojos. Se apartó, se sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta.

—Gracias por la cena —dijo ella—. Sobre todo por el último rollito de huevo.

—¿Me avisarás cuando vayas a hacer pis en el palito?

A pesar de lo vacía que se sentía por dentro, se rio.

—Es algo que nunca me había pedido nadie, así que tengo que decirte que sí.

—Buenas noches, Pia.

—Buenas noches.

Esperó hasta que él bajó las escaleras, cerró la puerta con llave y se apoyó contra la pared.

—No vayas por ahí —se dijo—. No creas en él. Ya sabes lo que pasará si lo haces.

Lo que siempre pasaba. Que él se marcharía. Tenía la sensación de que decirse que estaba acostumbrada a estar sola no la haría sentirse mejor cuando se viera sin él.



Capítulo 10

—Fue algo extrañísimo —dijo Pia mientras Montana y ella estaban en su despacho, repasando los detalles de la subasta de solteros.

—No lo comprendo —dijo Montana frunciendo el ceño—. ¿No es suficiente la subasta?

—Al parecer, no. Habrá casi treinta mujeres que se suban al escenario a actuar con un tiempo límite de tres minutos. He crecido aquí. ¿Cuándo se han agobiado las mujeres tanto por la falta de hombres?

—Algunas mujeres quieren tener una relación.

—Estoy de acuerdo, pero no así. ¿Te has fijado en los hombres que hay en el pueblo?

Montana asintió.

—Ayer tres tipos que iban en un coche me silbaron. Fue extraño, pero agradable.

Pia se estremeció.

—Dime que no vas a estar recibiendo al autobús.

Montana se rio.

—Apenas puedo mantener un trabajo, así que mucho menos encontrar y mantener un novio.

—Dímelo a mí. Nunca he logrado que un tipo se quede a mi lado y no sé por qué. ¿Es por mí? ¿Los espanto? ¿Me pasa algo?

—No. Eres genial. Inteligente y divertida.

—Bueno, tú también.

Montana arrugó la nariz.

—Yo estoy dispersa. Me siento como si a mí me hubiera costado más crecer. Tal vez por eso no he encontrado al hombre adecuado.

—Yo no tengo excusa —aunque ahora ya no importaba.

Sin pretenderlo, se vio pensando en Raúl. Agradecía su apoyo, pero hablaría seriamente con él sobre lo de besarse. No podían seguir haciéndolo. Le estaba resultando muy confuso. No el beso en sí mismo... sino el deseo que venía a continuación. Le parecía bien desear sexo, pero desear algo más... eso sí que era un peligro.

—Quiero saber adónde pertenezco —dijo Montana y suspiró—. No te rías, pero tengo una entrevista de trabajo.

—¿Por qué iba a reírme?

—Vale, no quería decir eso. Estoy emocionadísima, pero nerviosa.

Pia le dio una palmadita en el brazo.



—Mientras no sea en el porno, me parece bien.

—Vaya, mierda.

Pia la miró.

—Oh, Dios, ¿de verdad vas a ser una estrella del porno?

Montana se rio.

—Estoy de broma.

—Muy graciosa. ¿Qué es?

—Hay un tipo llamado Max que vive fuera del pueblo y entrena a perros para terapia. Son los que lleva a los hospitales y a residencias. Estar a su lado hace que la gente se sienta mejor. Además, entrena a perros para un programa de lectura. Han hecho estudios y los niños que tienen problemas para leer mejoran mucho más leyéndole a un perro que a una persona. Supongo que sienten que nadie los juzga. Bueno, el caso es que busca a alguien que lo ayude a entrenar a los perros para los distintos programas, tengo mucho que aprender. Cuando hablé con Max, me dijo que tendría que tomar unas clases online y sacarme el certificado de entrenador de perros y que mientras tanto, trabajaría en la perrera y me familiarizaría con los perros. Me va a dar cuatro meses de prueba. Si todo va bien, me pondrá a trabajar con la terapia. Tengo la entrevista en un par de días.

—Se te ve emocionada.

—Lo estoy. Me gusta la idea de trabajar con los perros y de ayudar a la gente, pero no sé si éste trabajo es el correcto. Dakota y Nevada sabían lo que querían hacer con sus vidas y yo soy su trilliza, ¿no debería saberlo también?

—Tú tienes que seguir tu propio camino y descubrir que es lo mejor para ti. Puede que lo hayas encontrado ya.

—Eso espero. Estoy cansada de meter la pata.

—Montana, no te tortures. ¿Cuándo has metido la pata.

Su amiga se encogió de hombros.

—Acabo de rechazar un trabajo a tiempo completo y con buen sueldo. ¿Quién hace eso?

—Alguien que está pensando con vistas al futuro.

—Quiero ser buena en algo. Mírate. Tú eres genial en tu trabajo.

—Organizo festivales, no es que esté salvando el mundo.

—Eres parte fundamental de la comunidad. Lo que haces marca el paso del tiempo y genera recuerdos. Los padres desean llevar a sus hijos a su primer Festival del Otoño o al Sábado de Donaciones. La gente planea sus viajes para coincidir con los festivales y están en sus favoritos. Lo que haces cambia la forma de vivir de las personas.

Pia la miró.

—¡Vaya! Debería pedir un aumento.

Montana se rio.

—Lo digo en serio.

—Y yo también —siempre había adorado su trabajo, pero nunca le había parecido tan importante—. Siempre me había centrado en el hecho de que traigo



turistas al pueblo, lo cual significa más dinero para los negocios locales.

—No se trata solo del dinero.

—Tienes razón. Y por eso mismo no deberías sentirte mal rechazando el trabajo en la biblioteca. Tienes que pensar en lo que es verdaderamente importante para ti.

—Quiero hacer algo que signifique algo. He visto algunos vídeos sobre esos perros y son maravillosos. Yo podría formar parte de ello.

—En ese caso, espero que te den el trabajo.

—Yo también. Me gustaría encontrar mi lugar. Quiero ser más que mi apellido.

—No infravalores ser un Hendrix. Con eso ya estás formando parte de algo maravilloso.

—Lo sé, pero son familia, nada más.

Pia pensó en la vida relativamente solitaria que tenía y en cómo ahora sería responsable de tres niños... o eso esperaba.

—La familia puede ser lo más importante —dijo pensando lo triste que era que Keith y Crystal solo se hubieran tenido el uno y al otro y que ahora los niños solo la tuvieran a ella.

Montana volteó los ojos.

—Ahora hablas como mi madre.

—Denise es maravillosa, así que gracias por el cumplido.

—De nada.

—No necesito cortarme el pelo —le dijo Raúl mientras caminaban por la calle.

—Hablas como un crío y me espero un poco más de madurez de mi compañero de embarazo. No me decepciones.

—¿Cuándo te has vuelto tan mandona?

—Siempre lo he sido —dijo ella con una carcajada—. Creía que te habrías dado cuenta.

El día era frío. Pia se había puesto una chaqueta roja con los vaqueros y un jersey. Sus botas la hacían parecer un poco más alta, lo cual significaba que tenía la estatura perfecta para besar, pensó él.

Le gustaba besar a Pia. También le había gustado hacer más cosas con ella, pero dadas las circunstancias, eso no era posible. Era posible que estuviera embarazada y ninguno haría nada que pudiera hacer daño a los bebés por mucho que quisieran repetir lo que habían hecho la última vez que estuvieron juntos.

Aun así, tenía un propósito más alto: cuidar de Pia igual que ella cuidaba de los embriones de Crystal.

—Es una regla sencilla —le dijo Pia—. Vas alternando entre las hermanas. Hoy vamos a ver a Bella, así que la próxima vez irás a la peluquería de Julia.

—Sigo pensando que debería cortarme el pelo fuera de aquí.

—Cobarde.

—El fútbol americano me enseñó cuándo dejar que mis compañeros me cubrieran.



Ella se detuvo junto al escaparte del salón de belleza.

—Da igual que te lo cortes fuera del pueblo, Raúl. Aun así estarán enfadadas contigo. No hay modo de ganar esta pelea, así que ¿por qué no tomar un asiento de primera fila y disfrutar del espectáculo?

—¿Es que hay un espectáculo?

Ella sonrió.

—Ahora mismo tú eres el espectáculo.

Entró y él vaciló un segundo antes de seguirla.

Era mediodía, mitad de semana y aun así todo estaba lleno. Cuando entró en el moderno y bien iluminado establecimiento, todo el mundo... o sea, todas las mujeres... se giraron para mirarlo.

Una mujer de mediana edad con el pelo oscuro y unos preciosos ojos marrones lo observaba como dándole el visto bueno.

—Pia, ¿qué me has traído?

Pia lo agarró del brazo.

—Bella, puedo compartirlo contigo, pero no puedes quedártelo. Es Raúl Moreno. Raúl, te presento a Bella Gioggi.

Bella se acercó a él con la mano extendida.

—Un placer —susurró—. Qué fuerte y qué guapo. Josh es mi favorito porque lo conozco desde que era pequeño, pero tú... te acercas mucho.

Raúl se mostró incómodo y estrechó la mano de a mujer.

—Ah, gracias.

—De nada. Estoy lista para ti.

Él se inclinó hacia Pia.

—No te marcharás, ¿verdad?

—No, me quedo aquí para protegerte.

—Bien.

Era consciente de que todas las mujeres estaban mirándolo. Estaba acostumbrado a recibir atención, pero no de un modo tan descarado.

Bella lo sentó en una silla y lo cubrió con una capa de plástico. Después se situó tras él, posó las manos sobre sus hombros y lo miró desde el espejo.

—¿Qué quieres?

—Un corte, nada más —dijo Pia con los ojos resplandecientes de diversión—. Es su primer corte de pelo en el pueblo.

Bella sonrió.

—Y has venido a mí...

—¿Adonde si no íbamos a ir? —preguntó Pia.

—Exacto —Bella le humedeció el pelo y se lo peino—. ¿Estáis juntos?

—No —se apresuró a responder Pia.

—Sí —insistió Raúl igual de deprisa.

Bella enarcó las cejas.

—Creo que eso deberíais aclararlo entre los dos.

Pia lo miró.



—No estamos saliendo.

—Estamos juntos.

—De acuerdo, pero no de ese modo. Solo porque... —se detuvo y miró a su alrededor, consciente de que estaban escuchándola.

Él se había referido a lo de ser su compañero de embarazo, pero obviamente ella había estado pensando en la noche que habían pasado juntos.

—Hombres —murmuró ella antes de comenzar a hablar con otra de las peluqueras.

Bella cortaba el pelo con eficiencia y seguridad.

—Así que te gusta nuestra Pia, ¿eh?

—Mucho.

—¿Como amiga o como algo más?

—Somos amigos.

—Entonces eres tonto.

Él contuvo una sonrisa. Siempre le había hecho gracia las mujeres que decían lo que pensaban.

—¿Por qué?

—Pia vale diez veces más que cualquier mujer con la que hayas salido. Es una buena chica. Inteligente, atenta y preciosa.

Él se giró para poder ver a Pia por el espejo. Se había quitado la chaqueta y podía ver cómo su jersey se ceñía a sus curvas. Se reía por algo que él no pudo oír, pero el sonido resultó maravilloso y lo hizo sonreír.

Era todo lo que había dicho Bella y más. Tenía corazón y carácter. Nadie sabía lo de los embriones; podría haberse olvidado de ellos y haberlos donado a la ciencia o haberse deshecho de ellos sin más, pero no había pensado en ninguna de esas dos cosas. No admiraba a mucha gente, pero ella era una de esas personas.

—Lo que le sucedió fue muy triste —continuó Bella—. Perder a su padre de aquel modo y después ver cómo su madre se marchaba a Florida. Ahí estaba Pia, en su último año de instituto y lo había perdido todo. Tuvo que pasar a cuidados adoptivos.

—Lo he oído —murmuró él, preguntándose qué clase de madre abandonaba a su hija sin pensarlo. Pia tuvo que enfrentarse a todo sola.

Se vio queriendo solucionar el problema, a pesar de que todo había sucedido hacía como una década. Aun así, era necesario hacer algo. Actuar.

—Ha tenido novios —anunció Bella.

—Seguro que sí.

—Pero nunca se han quedado a su lado, pobre Pia. No sé qué pasa, pero se marchan.

No era una conversación que quisiera tener con Bella, pensó. Su mirada volvió a Pia. Había tenido una vida difícil que estaba a punto de complicársele tres veces más. ¿Quién cuidaría de ella? ¿Quién estaría a su lado cuando necesitara ayuda?

Sabía que tenía amigas y que el pueblo se volcaría en ella, ya que Fool's Gold parecía esa clase de lugar, pero durante el día a día, Pia estaría sola.



Se preguntó si ella habría pensado en eso, si sabía donde se estaba metiendo. Pia se giró y se topó con su mirada en el espejo. Él le guiñó un ojo y ella volvió a la conversación que estaba manteniendo.

Había estado enamorado dos veces en su vida. Su primera novia y él se habían separado y después Caro había traicionado parte de sus votos matrimoniales. No quería volver a vivir eso. Era más seguro no implicarse, pero por otro lado existía la realidad de querer una familia, de necesitar esa conexión. No podía tener una cosa sin la otra... o eso había creído siempre.

—Puedo oírte —gritó Pia por la puerta cerrada del baño.

—Estoy sentado, no hay nada que puedas oír.

Aun así, ella estaba segura de que había ruidos. O tal vez el problema era que no los había. Eso sí que era sentirse presionada, pensó mientras se levantaba y se subía las braguitas y los vaqueros.

Abrió la puerta del baño.

—No puedo hacerlo estando tú aquí —alzó las manos—. Y no me digas que no estamos en la misma habitación porque es prácticamente lo mismo.

Raúl sacudió la cabeza y se levantó.

—¿No puedes soportar el calor, eh? —dijo con humor.

—El calor no es el problema.

—¿Has probado a abrir el grifo del agua? El sonido podría ayudarte.

—No voy a quedarme aquí hablando contigo sobre mi incapacidad para hacer pis.

—Ya lo estás haciendo.

Ella volteó los ojos y señaló a la puerta.

—Ve al vestíbulo hasta que haya terminado.

—He metido mi lengua en tu boca.

—Ésa no es la cuestión.

—¿Podemos tener sexo, pero no puedo estar en la habitación de al lado mientras vas al baño?

—Exacto.

—Bien —cruzó la habitación y salió, aunque asomó la cabeza—. ¿Qué le digo a los vecinos si me preguntan qué hago merodeando por aquí?

—No hagas que te mate.

Él se rio y cerró la puerta.

—Hombres —murmuró Pia antes de volver al cuarto de baño.

Después de sentarse, abrió el grifo y agarró el palito de plástico. Todo iría bien, se dijo. Hacía pis varias veces al día, tampoco era tanto esfuerzo. Era algo natural. Sencillo.

Pero en ese momento, no le parecía nada sencillo. Le parecía imposible. Cerró el agua e intentó canturrear mientras respiraba lentamente. Su vejiga se negaba a vaciarse.



«Nunca más», se dijo. El embarazo era algo muy duro. Cuando por fin lograra hacer pis en el palito, iría a comprar un helado, por mucho frío que hiciera fuera. Quería uno de nata con chocolate caliente...

— ¡Oh, no!

Cuando había dejado de prestar atención, su cuerpo había respondido. Empapó el palito, lo posó sobre un pañuelo de papel, se levantó, se sonrojó y se subió la ropa interior. Después de lavarse las manos, salió a buscar a Raúl.

— Por fin — dijo él cuando ella abrió la puerta —. ¿Lo has logrado?

— He hecho pis.

— Estoy orgulloso de ti.

— Sé simpático o te haré tocarlo.

Ella volvió a entrar en el cuarto de baño y sacó el palito envuelto para dejarlo sobre la encimera de la cocina.

— ¿Cuánto hay que esperar?

— Unos minutos.

Miraron la pequeña pantalla mientras ella podía oír el tic tac de un reloj y sentir los latidos de su corazón. Según la prueba, el resultado diría «embarazada» o «no embarazada». Tan sencillo como todo eso.

No se dio pie a especular. Una parte de ella temía haber perdido a los bebés de Crystal, pero otra parte estaba aterrorizada de que hubieran sobrevivido.

Raúl le echó un brazo por encima y ella se apoyó contra él.

La pantalla cambió y vio una única palabra: *embarazada*.

No había manera de malinterpretarlo.

Se quedó congelada, le dio un vuelco el estómago y tuvo la sensación de ir a vomitar. El peso de la realidad se cernía sobre ella, como una gran tormenta, pero no podía asumirlo. Embarazada. Estaba embarazada.

— ¡Lo has conseguido! — exclamó Raúl antes de agarrarla por la cintura y darle vueltas —. Vas a ser mamá.

Él parecía encantado y ella tuvo la sensación de ir a desmayarse.

¿Mamá? ¿Ella?

— No puedo — susurró.

Él la dejó en el suelo.

— Claro que puedes. Esto es genial, Pia. Los embriones se han implantado. Es una gran noticia.

Podía estar de acuerdo con él porque eso era lo que Crystal deseaba, pero por dentro estaba aterrorizada de estropearlo todo.

— Tengo que sentarme — dijo. Cerró los ojos y se centró en respirar.

Embarazada. Ahora mismo había bebés creciendo en su interior. Bebés que nacerían y se convertirían en niños, en gente de verdad. Bebés que dependerían de ella y esperarían que los cuidara.

Raúl sacó una silla y se sentó frente a ella. Le agarró las manos.

— ¿Qué pasa?

— No creo que pueda hacerlo. No puedo tener hijos, no sé cómo.



—¿No hacen ellos todo el trabajo duro?

—Puede que en lo que respecta a formarse y crecer sí, pero ¿después qué? No estoy preparada para esto.

Él se inclinó hacia ella.

—Tienes ocho meses y medio y yo te ayudaré.

—Vas a ser mi compañero de embarazo —se levanto—. No me malinterpretes, agradezco tu apoyo, pero me preocupa menos lo de estar embarazada que lo que viene después. Voy a tener que comprar cosas y no sé qué. Debe de haber alguna lista por alguna parte, ¿no? ¿En Internet?

—Claro que sí.

—Y tendré que mudarme. Este lugar es demasiado pequeño. Necesitaré una casa —ganaba dinero, pero no una fortuna. ¿Podía permitirse tener una casa?—. Y está la universidad. Debería empezar a ahorrar, pero no sé en qué invertir. No entiendo de acciones.

Él se acercó y posó las manos sobre sus hombros.

—Cada cosa a su tiempo. Relájate, respira. Puedo ayudarte con todo esto. Te encontraremos una casa genial y te buscaré el mejor asesoramiento de inversión. Todo saldrá bien, Pia. Te lo prometo.

Ella asintió porque eso era lo que se esperaba que hiciera y claro que él la ayudaría y se lo agradecería, pero cuando nacieran los bebés ahí acabaría el trabajo de Raúl. Se iría y ella se quedaría sola. Con trillizos.

—Esto es divertido —dijo Jenny mientras desliza la vara sobre el vientre de Pia—. Nunca hago ecografías tan pronto —no dejaba de mirar al monitor—. No podremos ver nada específicamente, solo que los embriones se han implantado.

—Lo sé —susurró Pia agarrándose con fuerza a la mano de Raúl. No le preocupaba hacerle daño, era un jugador de fútbol americano. Seguro que podía soportarlo.

Además, se había ofrecido a ir con ella al médico, así que si algo lo asustaba, tendría que aguantarse.

Pia había tenido menos de cuarenta y ocho horas para acostumbrarse a la idea de estar embarazada y había estado pasando del impacto al pánico... unas sensaciones nada cómodas.

Había intentado leer libros de embarazo, pero eso no había hecho más que empeorar las cosas. Conocer las probabilidades de que en el último trimestre te salgan hemorroides no era la clase de información que estaba buscando.

—De acuerdo —dijo Jenny con alegría—. Voy a buscar a la doctora.

Pia esperó a que la técnico se marchara y después se giró hacia Raúl.

—¿Sabíamos que iba a hacer eso? ¿No pasa nada porque llame a la doctora?

Él se agachó y le acarició el pelo.

—No pasa nada. Antes de que empezáramos ha dicho que la doctora vendría. Es todo rutina, Pia. Lo estás haciendo genial.



¿Todas las madres sentían así el peso de la responsabilidad? Porque lo que fuera que pasara no la implicaba solo a ella, sino también a Crystal y a Keith.

—Quiero que estén bien. Los bebés. Odio estar asustada todo el tiempo.

—Tienes que relajarte. Sigue respirando.

Ella lo hizo lo mejor que pudo y por suerte, la doctora Galloway volvió enseguida y se situó junto al monitor.

—Ahí están. Tenemos tres —sonrió—. Bien por ti Pia. Todos están en su sitio.

Pia miró la pantalla intentando ver a qué señalaba. Para ella todo estaba borroso, pero no le importaba. Por el momento le bastaba con saber eso, que todo marchaba según lo planeado.

Aunque, sinceramente, la idea de tener trillizos era suficiente como para que le diera un ataque. Dos meses atrás, había tenido un gato al que había caído mal y ahora estaba embarazada de trillizos.

—Puedes vestirte. Nos veremos en mi consulta para hablar de lo que sucederá a partir de ahora.

Pia asintió.

Raúl la ayudó a sentarse y esperó a que se pusiera de pie.

—Estaré ahí mismo —le dijo Raúl.

Pia asintió porque hablar le parecía imposible.

Después de vestirse, salió al vestíbulo, donde Raúl la esperaba. La agarró de la mano y juntos fueron a la consulta de la doctora.

Ella entró primero intentando sonreír.

—Ya has iniciado el viaje —le dijo la otra mujer—. Estoy muy orgullosa de ti, Pia. No mucha gente haría lo que tú estás haciendo.

Probablemente porque estaban cuerdos, pensó ella mientras tomaba asiento. Raúl se sentó a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Muchas cosas —dijo la doctora mientras sacaba papeles y folletos—. Un parto múltiple genera mucha alegría, pero también supone ciertos desafíos. Pero como lo sabemos con anterioridad podemos estar preparados. Pia, tienes que comer bien y dormir bien. Eres una mujer sana y no creo que vaya a haber problemas, pero tomaremos precauciones.

Le entregó unos papeles.

—Quiero verte dentro de un mes. Te vigilaré más que si trajeras solo un niño. Lee lo que te he subrayado y puedes llamarme cuando quieras si tienes alguna duda. Todo saldrá bien.

Pia estuvo a punto de decir que era imposible que la mujer estuviera tan segura, pero ¿de qué habría servido? Raúl y ella se despidieron y llegaron al aparcamiento. Una vez allí, parados junto al elegante coche rojo, Pia lo miró y al verlo tan impactado dijo:

—Así que no soy solo yo. Eso me hace sentir mejor.

—Estaba fingiendo. Vaya, trillizos. ¿Los has visto en la pantalla?

—No, pero tampoco estaba mirando demasiado. Ya estoy bastante aturdida.



—Son de verdad. Antes los bebés no eran más que una idea, pero ahora van a nacer. Vas a tener trillizos.

Ella asintió, deseando que la gente dejara de decirlo. No necesitaba tanta presión. Lo miró fijamente a los ojos y en ellos vio algo extraño.

Sí, iba a decirle que no podía hacerlo, que era demasiado para él. Y no lo culpaba. Ella tampoco podía creerlo ni asumirlo, pero en su caso no había vuelta atrás. Los bebés estaban en su cuerpo.

Aunque una parte de ella quería suplicarle que no la abandonara, sabía que no era justo. Él ya había sido más que generoso y ahora lo correcto era dejarlo libre.

—No pasa nada —le dijo—. Lo comprendo. Yo misma me siento incómoda por donde me he metido e imagino lo que estarás sintiendo tú. Has sido genial y te doy las gracias por ello. Por favor, no te sientas obligado a hacer nada más.

—¿De qué estás hablando?

—Te dejo marchar. No tienes que ser mi compañero de embarazo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Tienes pinta de querer salir corriendo. Lo entiendo.

Él rodeó el coche y se situó frente a ella.

—No pienso irme a ninguna parte, pero tienes razón en una cosa. Ya no quiero ser tu compañero de embarazo.

Pia esperaba no reflejar su decepción; se negaba a pensar que tendría que pasar ella sola por el embarazo. Una vez que llegara a casa, tendría un ataque de nervios, pero por el momento mantendría el control.

—Lo comprendo.

Él volvió a tomarle la mano. Parecía hacerlo mucho y el problema era que a ella le gustaba... mucho. Y ahora iba a perderlo.

—No. Pia. Quiero más. Quiero casarme contigo.



Capítulo 11

Raúl no había planeado proponerle matrimonio, pero tampoco estaba absolutamente sorprendido por lo que le había dicho. Últimamente había estado pensando mucho en ella, en los bebés y en su futuro. La admiraba y la respetaba porque, a pesar de sus miedos y preocupaciones, había seguido adelante. Su deseo de ayudar era algo que él había aprendido de Hawk.

Por otro lado, tampoco había podido sacarse a Keith de la cabeza. Ese hombre había muerto por su país. Habría dado por hecho que Crystal seguiría adelante y tendría a sus hijos, habría pensado que su familia seguiría adelante. Y ahora, gracias a Pia, así sería. Pero no era correcto que ella lo hiciera todo sola.

Pia lo miraba con los ojos como platos y la boca abierta. Intentó hablar, tragó saliva y dijo:

—¿Cómo dices? ¿Qué?

—Quiero casarme contigo.

Ella sacudió la cabeza ligeramente, como si no estuviera segura de lo que había oído. Parecía impactada y un poco mareada. Él se preguntó si debería meterla en el coche para que pudiera sentarse, pero Pia solucionó el problema abriendo la puerta y dejándose caer en el asiento.

Él fue al otro lado y entró.

—Lo digo en serio, Pia. Cásate conmigo.

—¿Por qué?

Una pregunta razonable, pensó.

—Admiro lo que estás haciendo. La mayoría de la gente habría salido corriendo, pero tú no lo has hecho. Y no digas que tenías dudas y preguntas porque si no las tuvieras, no serías competente para tener a los niños. En mi vida me he encontrado con muchas clases de personas, los que dan y los que reciben. Las que piensan en los demás y los que piensan en sí mismos. Te he hablado de mi entrenador y de cómo me cambió la vida. Nicole me abrió su casa y su corazón. Me enseñaron lo que es importante y quiero hacer lo que ellos hicieron; hacer algo importante por otra persona.

La expresión de Pia pasó a una que se parecía mucho al enfado.

—Gracias, pero no me interesa ser tu obra de caridad de la semana.

—No, no es lo que quiero decir.

—Pues es lo que estás diciendo.

Él le agarró las manos, pero ella las apartó.

—No.

Estaba enfadadísima. Maldita sea. Lo había estropeado todo.



—Pia, quiero cuidar de ti. Eso es todo. Quiero estar a tu lado y al lado de los bebés. Quiero formar parte de vuestras vidas.

—Si tantas ganas tienes de ser marido y padre, ve a casarte con otra y ten tus propios hijos.

—Lo he intentado y fracasé.

—Un divorcio, eso le pasa a más de la mitad de los matrimonios. ¿Y qué? Inténtalo de nuevo.

—Eso es lo que quiero hacer. Contigo.

Eran unas palabras que Pia jamás se había imaginado que oiría. Una proposición de matrimonio. Pero la situación que la rodeaba no era la adecuada... Ni tampoco el hombre. Era increíble, sí, pero no quería que le pidiera matrimonio de ese modo, movido por un extraño sentido de la obligación hacia un antiguo mentor. No quería ser el proyecto de alguien.

—No puedes solucionar lo que te haya pasado casándote conmigo. Ve a terapia.

Pensó que esas palabras lo molestarían, pero Raúl sonrió.

—¿De verdad crees que eso es lo que estoy haciendo?

—Sí. Tú no me quieres. Ni siquiera hemos salido —habían compartido aquella única noche, pero eso no era suficiente para cimentar una relación.

Suponía que en cierto modo debería sentirse halagada, pero más bien se sentía engañada. Aunque nunca había llegado al punto de «te quiero, cástate conmigo» en ninguna de sus relaciones, siempre había soñado que algún día sucedería. Que el hombre de sus sueños le pediría matrimonio.

Pero eso tendría que ser algo romántico, un momento mágico. No un ofrecimiento movido por la compasión en un aparcamiento.

—Pia, me gustas mucho —dijo él—. Te respeto y admiro. Eres inteligente, divertida, encantadora y te mueves por el corazón. Has renunciado a tu vida por tener los hijos de tu amiga. ¿Cuánta gente haría eso?

Él cambio de tema la sorprendió.

—Crystal me dejó sus embriones. ¿Qué iba a hacer? ¿Ignorarlos?

—Eso es lo que quiero decir. No podías. Tuviste que cuidar de tu amiga incluso después de que muriera. Puede que yo no conociera a Crystal, pero sí que conocí a su marido. No puedo explicarlo, pero sé que se lo debo. También son sus hijos y quiero cuidar de ti y de ellos.

Lo de Keith tenía sentido, pero lo del matrimonio...

—Apenas me conoces —aunque tenía que admitir que el modo en que la había descrito había sido de lo más halagador.

—Sé lo suficiente. ¿Lo dices porque tú no me conoces a mí? Pregúntame lo que sea. ¿Qué quieres saber?

Pia se sentía como si se hubiera adentrado en un universo paralelo.

—No sé qué preguntar.

—Pues entonces yo te lo diré —y en esta ocasión, cuando fue a tomarle la mano, ella se lo permitió—. Conoces partes de mi pasado, ya te he contado que tuve una novia en el instituto y que estuve loco por ella. Ni siquiera miré a otra chica mientras



estuve con ella. Jamás la engañé. Sí, después de romper, tuve una época salvaje, pero Hawk me devolvió al buen camino y me calmé. Salí con muchas mujeres, pero de una en una. Cuando Caro y yo empezamos a salir, ahí terminó todo. Me volqué en ella.

Se movió como si quisiera acercarse a ella, como si las palabras no fueran suficientes para convencerla y necesitara el magnetismo de su presencia.

—Cuando me comprometo, me entrego al cien por cien. No importa si es en el fútbol americano, en el matrimonio o en los negocios. Estaré a tu lado.

Ella se sintió abrumada. Todo estaba sucediendo muy deprisa y lo peor de todo era que estaba tentándola. Oír que un hombre se volcaría en ella era suficiente como para dar el salto sin pararse a pensar.

No era amor. Eso Pia lo comprendía. Raúl quería una familia sin el trauma de tener que entregar su corazón. Quería ayudarlos a ella y a Keith y a cambio tener una familia sin arriesgarse mucho.

—Tengo mis defectos. Puedo ser impaciente, no tengo muy buen humor por las mañanas y puedo ser muy testarudo para salirme con la mía, pero también soy razonable —le acarició una mejilla—. Yo jamás te haría daño.

Pia tenía la sensación de que hablaba en serio, pero nadie podía prometer no hacerle daño a otro. Las cosas no funcionaban así.

—Raúl, estás siendo muy agradable, pero esto no va a suceder.

—¿Por qué no?

—¿El matrimonio? Es un gran paso y apenas nos conocemos.

—Te deseo.

—No, solo quieres hacer una buena causa.

—¿Así que tú eres alguien que quiere a su amiga y yo no soy más que un tipo haciendo una buena acción? No eres la madre biológica de estos niños, pero estás renunciando a tu vida para cuidarlos. ¿Por qué no puedo yo hacer lo mismo? Eso es lo que ofrezco. Necesitas apoyo y un compañero. Yo quiero una mujer e hijos. Quiero ser su padre. Para siempre. Sí, casarnos es la solución más práctica para los dos, pero eso no la hace menos real.

Ella lo miró a los ojos deseando poder ver dentro de su corazón. ¿Hablabas en serio?

—Define «real» —dijo ella en voz baja.

—Un anillo, un juez, un pedazo de papel. Viviremos juntos, criaremos a esos niños juntos. Me gustaría que tomaras mi apellido, pero me parecerá bien si no lo haces. Apareceremos como los padres en las partida de nacimiento. Compraremos una casa, haremos el amor, discutiremos, haremos las paces, criaremos a lo» niños, compraremos un perro y envejeceremos juntos. No hablo de algo temporal, Pia. Te ofrezco todo lo que tengo. Seré un marido para ti y un padre a tiempo completo para esos niños. Y si decidieras dejarme, podrás hacerlo.

Estaba diciendo lo correcto y lo mejor de todo era que parecía creerlo... con lo que ella deseaba creerlo más aun.

Tenía que admitir que se veía tentada; desde el punto de vista práctico, tener a



alguien de quien depender mientras criaba a los trillizos sería increíble. Raúl ya le había mostrado que era un hombre responsable y que le daba todo su apoyo. A nivel personal sí que le gustaba... probablemente más de lo que debiera. La idea de compartir una cama con él durante los próximos cincuenta años era bastante excitante.

Él no estaba ofreciéndole amor y al menos en eso estaba siendo sincero. Ella siempre había esperado enamorarse desesperadamente en algún momento, pero aún no había sucedido. Y una vez que tuviera a los niños, ¿qué probabilidades tendría? ¿Tan malo era un matrimonio práctico basado en una necesidad mutua?

—¿Y qué pasa con tener hijos propios? —le preguntó ella.

—Espero que estés de acuerdo en tenerlos dentro de unos años. ¿No te gustaría tener tu propio bebé?

Ella asintió lentamente. Eso también había sido parte de su fantasía y Raúl le ofrecía unos genes magníficos.

—Hablo en serio. Estoy volcado al cien por cien, Pia. Estaré a tu lado pase lo que pase. Seré tu marido y compañero en todos los aspectos posibles. Te doy mi palabra. Podrás contar conmigo hasta que muera.

Ella sabía lo suficiente como para reconocer que era esa clase de hombre en quien se podía confiar. Le estaba ofreciendo todo... menos su corazón. Pia creía que la cuidaría y después de todo por lo que había pasado en la vida, eso era algo casi imposible de rechazar. Comparado con la seguridad, el amor quedaba en un segundo lugar.

Pero no se trataba solo de ella.

—Una cosa es casarse sin estar enamorado, pero lo de los niños es distinto. No puedes actuar de manera distinta con ellos solo porque no sean biológicamente tuyos.

—Lo sé. Ellos también tienen mi palabra. Cásate conmigo, Pia. Di que sí.

Ella lo miró a los ojos y supo que estaría a su lado en todo momento. Que por razones que no podía explicar, ese hombre quería cuidar de ella y de tres niños que no tenían ninguna relación con él.

La idea de no tener que hacerlo todo sola, de saber que alguien estaría ayudándola era de lo más tentadora. Y el hecho de que ese hombre en cuestión fuera Raúl, hacía que resultara irresistible.

—Sí —susurró ella.

Él la miró.

—¿Sí? ¿Estás aceptando?

Pia asintió y una vez más se sintió como si fuera a desmayarse. Tal vez no era por el embarazo, tal vez era por él.

Y entonces Raúl la besó y ella ya no pudo pensar más. Solo pudo sentir la calidez y el afecto e incluso algo de pasión.

—No lo lamentarás. Voy a comprarte la casa más grande que haya, el diamante más grande. Me ocupare de todo.

Ella se apartó ligeramente y lo miró.



— ¿No irás a convertirte en uno de esos tipos controladores, verdad?

Él sonrió.

— No. ¿Estás poniéndole pegas al diamante o a la casa?

— Ha sido eso de «me ocuparé de todo» lo que me ha puesto un poco nerviosa.

— ¿Y qué tal sí te digo que me ocuparé de todo después de que tú tomes las decisiones?

— Eso me parece bien.

— Bien.

Volvió a besarla y después se puso recto y se abrochó el cinturón. Ella hizo lo mismo. Arrancó el coche y salieron del aparcamiento.

Pia observaba la carretera y se decía que todo iría bien, que esa sensación que tenía en el estómago no era temor, sino emoción. Casarse con Raúl era algo bueno. Jamás podría cansarse de mirarlo y a pesar de la fama y la fortuna, era un buen tipo. Y eso importaba mucho en los matrimonios.

Funcionaría, se dijo. Es más, estaba teniendo mucha suerte y estaba haciendo lo correcto para los bebés. Lo de su sueño de enamorarse y encontrar a su príncipe... bueno, dado todo lo que había sucedido en su vida, esto era lo que más podría acercarse a su fantasía.

Después de dejar a Pia en la oficina, Raúl volvió a su casa. Recorrió la vivienda de dos dormitorios y supo que ahí no podría vivir una familia de cinco. Había estado pensando en comprar una casa, pero antes no había tenido ninguna prisa. Ahora todo eso había cambiado. Ahora tendría una familia a la que darle un hogar.

Estaba emocionado con la idea. Estaba preparado para casarse otra vez, preparado para ser padre. Si las cosas con Caro hubieran salido bien, ya sería padre de al menos un hijo.

Cierto, su acuerdo con Pia no era nada tradicional, pero pocas cosas en su vida lo habían sido. Era un chico de la calle que había sido bendecido con la habilidad de pensar con los pies y lanzar un balón a metros de distancia. Por otro lado, Hawk y Nicole estarían emocionados de ser abuelos de trillizos. Hawk estaría orgulloso de que hiciera lo correcto.

Salió de su casa alquilada y se dirigió al centro. De camino, pasó por una joyería situada en una zona de tiendas exclusivas. Probablemente había pasado por allí cientos de veces y jamás se había fijado. Ahora, sin embargo, entró.

El interior era todo cristal y luz. Elegante y sofisticado, era la clase de lugar que te hacía sentir como si todo lo que compraras fuera especial.

Una guapa rubia se acercó.

— Hola. ¿Puedo ayudarle?

La última vez que se había comprometido, él mismo había diseñado el anillo movido por la idea de que tenía que representar quién era él y lo que quería que fuera su matrimonio con Caro. El anillo tenía que ser como una declaración de principios.



«Menudo chasco», pensó.

— ¿Se le da bien guardar secretos?

La mujer sonrió.

— Vendo anillos de compromiso. Tengo que saber hacerlo.

— Bien. ¿Conoce a Pia O'Brian?

Los azules ojos de la mujer mostraron sorpresa y alegría.

— Sí, claro. La aprecio mucho.

— Yo también. Quiero un anillo para ella. Algo que vaya con su gusto. Algo que le encante.

— Entiendo. ¿Y puedo preguntar para qué es el anillo?

— Ha accedido a casarse conmigo.

La mujer ladeó la cabeza y sonrió.

— Entonces es usted un hombre muy afortunado.

— Eso creo.

— Tengo un anillo. El diseño es único, pero clásico, Deje que vaya a por él.

Desapareció en la trastienda unos minutos y después volvió con tres anillos sobre una bandeja de terciopelo lavanda.

— Este es el anillo de compromiso —dijo sosteniendo un anillo de diamantes—. El centro tiene dos quilates y está rodeado por cuentas de diamante —lo giró—. Fíjese cómo la piedra refleja la luz, y como el borde evita que se enganche con cualquier cosa, por ejemplo con un jersey.

«O que arañe a un bebé», pensó él.

La mujer volvió a darle la vuelta al diamante para mostrarlo de perfil.

— A los lados tiene diamantes cuadrados y como puede ver tengo dos alianzas a juego.

— ¿Son las alianzas de boda?

Ella asintió.

— Pueden llevarse solas, si Pia lo prefiere.

Él agarró el anillo que resplandeció con la luz del techo y algo le dijo que a Pia le gustaría.

— Deje que le enseñe otras cosas para que pueda comparar.

Vieron las vitrinas, pero él ya había tomado una decisión.

— Quiero las primeras. Sí.

— Estoy de acuerdo. ¿Se va a desmayar cuando le diga el precio?

— No.

— Es un diamante de alta calidad.

— No pasa nada.

Quince minutos después, tenía los tres anillos en cajas dentro de sus vaqueros. Había rechazado la bolsa, ya que no quería que nadie lo viera con ella por el pueblo... se imaginaba cómo correría la voz.

Y ahora que tenía el anillo, había llegado el momento de ir a ver una casa.



Pia estaba delante de su calendario pizarra comprobando los eventos en su lista maestra. Algunos de los festivales requerían mínima preparación, pero otros llevaban semanas de planificación. Si hacía falta, decoración, había que sacarla del almacén e instalarla. Los trabajadores de mantenimiento de la ciudad agradecían que se los avisara con tiempo y ella sabía muy bien que no debía enfurecer al grupo musculoso de la operación.

Con Halloween a la vuelta de la esquina, tendría que pedir que cambiaran los banderines decorativos por los espantapájaros y los fardos de heno. Por cierto, habría que comprar heno fresco. El del año pasado ya no se podría utilizar.

Estaba levantando el teléfono cuando la puerta de su despacho se abrió y Liz Sutton y Montana entraron.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Montana—. ¿Nosotras aquí sentadas hablando de lo aburrida que es mi vida y tú tenías una noticia así? ¿Cómo has podido guardártelo? Jamás te perdonaré.

Pia no sabía de qué hablaba su amiga, pero el hecho de que estuvieran sonriendo como tontas significaba que no eran malas noticias.

Liz la abrazó.

—Felicidades. Parece muy dulce. Y está buenísimo, que siempre es algo positivo. Y yo eso lo sé, porque me entra un cosquilleo cada vez que veo a Ethan... y sobre todo cuando está desnudo.

—Eh, estamos hablando de mi hermano. No compartas los detalles.

—Lo siento —dijo Liz con una carcajada antes de dirigirse a Pia—. ¿Bueno?

—¿Bueno, qué?

Montana y Liz se agarraron de la mano y empeoran a saltar. Pia dio un paso atrás, asustaban un poco.

—¡Vas a casarte con Raúl!

—Voy a perdonarte no habérmelo contado si prometes darnos todos los detalles —dijo Montana—. Empieza por el principio y habla despacio.

¡Oh, no!

Pia se dejó caer en la silla y gruñó. Habían pasado... ¿cuatro horas? ¿Y ya se había corrido la voz?

Lo cierto era que apenas había asumido la proposición de Raúl y mucho menos el hecho de haber aceptado. La situación la había dejado demasiado confundida como para fingir que no había sucedido nada.

—¿Pia? —le preguntó Liz—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo un poco confundida. ¿Cómo os habéis enterado?

Montana y Liz se miraron.

—Raúl ha ido a ver a Josh —dijo Liz— y Ethan estaba allí y se ha enterado de todo. Ha dicho que quería comprar una casa más grande, una con muchas habitaciones. Josh quería saber por qué y Raúl le ha dicho que ibais a casaros, pero que no se lo dijera a nadie. Josh y Ethan se lo han prometido y después Ethan me ha llamado.

Bueno, no era culpa suya. Seguro que había pensado que la información estaba



a salvo con sus amigas.

—Me he cruzado con Montana de camino aquí y se lo he contado, pero no se te ve muy feliz. ¿Qué pasa?

Las dos amigas apartaron una silla y se sentaron, preocupadas. Pia quería salir corriendo, pero eran sus amigas. Si no podía explicarles la situación a ellas, ¿cómo podría asumirlo? Y no es que estuviera pensándose mejor... no. Solo que todo era muy complicado.

Respiró hondo.

—Crystal me ha dejado sus embriones —comenzó a decir antes de explicarles cómo había tomado la decisión de tener a los niños—. Al principio, Raúl se ofreció a ayudarme durante el embarazo.

—¡Es muy dulce! —dijo Montana con un suspiro.

Pero Liz era más como Pia, menos romántica y más realista.

—¿Por qué?

—Eso es lo que le pregunté. Resulta que conoció a Keith. Raúl estuvo allí con el equipo para animar a las tropas y Keith era parte de su escolta. Se hicieron amigos y Keith le habló de Crystal y de Fool's Gold. Raúl estaba a su lado cuando murió.

—No lo sabía —dijo Montana con los ojos como platos—. ¿Por eso vino aquí?

Pia asintió.

—Hizo caso a nuestra invitación para participar en el torneo de golf porque reconoció el nombre del pueblo y quería visitarlo. Le gustó lo que vio y decidió mudarse aquí.

—¿Habló con Crystal?

—No. No sabía qué decirle. Y no supo que estaba muriéndose y que me había dejado los embriones hasta que yo lo descubrí y tuve una especie de ataque de nervios delante de él. A partir de ahí todo ha ido muy rápido.

—Y ahora quiere casarse contigo —dijo Montana con un suspiro—. Es muy romántico.

Era más práctico que romántico, en realidad.

Pia se encogió de hombros.

—Quiere formar parte de esto y a mí me gustó la idea de no estar sola.

—No estás sola —le dijo Montana—. Nos tienes a nosotras.

—Lo sé y es genial... —vaciló.

Liz continuó por ella.

—Pero tener amigas con sus vidas no es lo mismo que tener a alguien que siempre estará a tu lado. Cuando me quedé embarazada de Tyler, estaba asustada y confundida. Y tú vas a tener trillizos.

—Intento no pensar en el número. Bueno, el caso es que Raúl ha estado conmigo cuando he tomado la decisión y me ha apoyado mucho. Y hoy, después de que la ecografía confirmara que los tres embriones se habían implantado, me ha pedido que me case con él.

—Vas a tener los bebés de Crystal —dijo Liz con los ojos llenos de lágrimas—. Es una bendición para los dos. Ella estaría emocionada.



Pia seguía confusa, pero sonrió de todos modos.

—Ahora estoy comprometida a hacerlo.

—Bebés —dijo Montana—. Y una proposición de matrimonio. ¿Ha sido bonito? ¿Se ha puesto de rodillas?

—Montana, no estamos enamorados. Raúl quiere casarse conmigo y formar parte de la vida de los niños porque quiere ser padre. Cuando le he preguntado por qué, me ha dicho que yo no soy la madre biológica y que nadie me está cuestionando. Estoy dispuesta a tenerlos por mi amiga, porque es lo correcto. Él quiere ser padre y que yo sea su mujer por Keith y porque es lo correcto.

Solo el hecho de pronunciar esas palabras ya era difícil... y más lo era creerlas.

—Al principio no sabía si aceptar, pero puede ser muy convincente. Nos gustamos y nos respetamos. Es un buen hombre y confío en él. No había podido decir eso de un hombre antes.

Liz la abrazó.

—Esto me da buena espina. Los matrimonios concertados han funcionado durante generaciones.

—Pero no estáis enamorados —dijo Montana—. ¿Es que no quieres estar enamorada?

—A veces hay que ser práctico —le dijo Liz—. El amor puede surgir entre ellos.

Pia no había pensado en eso.

—Puede que se enamore locamente de ti —le dijo Montana.

—No lo creo —dijo Pia con firmeza—. Hasta la fecha todos los hombres de mi vida me han engañado y prefiero saber la verdad de antemano. Raúl ha sido sincero y se lo agradezco.

—Supongo —sin embargo, Montana no parecía muy convencida—. Pero es que no es nada romántico.

—Lo romántico puede ser muy doloroso —le recordó Pia.

Liz se recostó en la silla.

—Entonces, ¿no está permitido el amor?

—No hemos hablado de las reglas —admitió Pia—, pero se da por hecho.

—Pues entonces tendrás que tener cuidado. El corazón es una bestia tramposa.

—Confía en mí. Tengo grandes planes de mantenerme emocionalmente entera. Por favor, ¿podrías no decir nada sobre la razón por la que vamos a casarnos? No me importa que se lo digáis a Charity, pero a nadie más.

—Claro que no diremos nada —prometió Liz—. Ahora mismo esas especulaciones es lo último que necesitas. Pero prepárate. Todo el mundo acabará enterándose. Vas a ser una estrella.

—Puedo con ello —Pia había sido el centro de atención en el pueblo una vez y había sido terrible. Ahora las razones eran distintas y estaba segura de que todo iría bien.

Raúl le había dado su palabra y ella había optado por creerlo. Se quedaría con ella y con los bebés. Tal vez no estaban locamente enamorados, pero no pasaba nada. Había muchas formas distintas de hacer feliz a una familia y ellos encontrarían la



suya.



Capítulo 12

Pia evitó ir al supermercado todo lo que pudo. Si había un lugar en Fool's Gold donde era más probable encontrarse con gente que quisiera hablar sobre su matrimonio, era el lugar situado entre el pasillo de los productos de granja y de los congelados. Pero se había quedado sin leche esa misma mañana y no tenía nada en la nevera, así que había llegado el momento de apretar los dientes e ir a por ello.

Pensando que la tienda estaría más tranquila a mediodía que después del trabajo, aprovechó su hora del almuerzo para ir allí.

Durante el camino se topó con muchos hombres que no conocía; incluso uno le había entregado un carro de la compra antes de que ella entrara en la tienda. Qué extraño.

Pasó por la zona de limpieza, por el mostrador de la carne y estaba a medio camino de la zona de lácteas cuando Denise Hendrix la vio.

—¡Pia! —gritó la mujer dejando su carro a un lado—. Ya me he enterado. ¡Cuánto me alegro!

Pia se preparó para un cálido abrazo de parte de la matriarca de la familia Hendrix. Una mujer atractiva de cincuenta y pocos años que había perdido a su esposo unos diez años atrás. Era un miembro activo de la comunidad y madre de seis hijos, incluyendo a sus hijas que eran trillizas idénticas.

Después de abrazarse, Denise dio un paso atrás.

—Vas a tener los bebés de Crystal. Es una bendición.

—Gracias. Aún no me lo creo y estoy algo asustada.

—Claro que sí, pero vas a hacerlo de todos modos. Estoy muy orgullosa de ti —sonrió—. Estoy a tu disposición siempre que me necesites. Un parto múltiple es completamente factible; solo tienes que planificarte.

—Eso he oído —la planificación era importante, pensó Pia. Y empezaría a hacerlo en cuanto asumiera la idea de tener trillizos—. Te agradezco tu ayuda. Seguro que tendré muchas preguntas, aunque ahora mismo no sé cuáles son.

—No te preocupes. No voy a ir a ninguna parte. Avísame cuando estés lista —Denise enarcó una ceja—. También he oído que hay que felicitarte por más cosas. ¿Ya tienes fecha?

—Aún no.

—Supongo que querrás una boda pequeña y tranquila. No tendrás fuerzas para planear algo a lo grande, a menos que quieras esperar a que nazcan los bebés.

Lo de casarse era una cosa, pensó Pia, pero ¿celebrar una boda?

—Yo... eh... Aún no hemos decidido qué vamos a hacer. Todo ha sucedido muy deprisa.



—Sabía que encontrarías a alguien maravilloso —le dijo Denise—. Siempre has sido una chica encantadora. Después de todo lo que has pasado con tus padres... — se aclaró la voz—. Bueno, no hay necesidad de hablar de ello. El caso es que has encontrado la felicidad. Por lo que he oído, Raúl es una persona muy especial. Y guapo. Es el rival de Josh.

Pia se rio.

—No creo que haya ninguna competición.

—Pues eso es porque no has estado en la peluquería de Julia últimamente. La semana pasada se produjo una discusión muy acalorada sobre los dos.

Pia recordó la reunión del consejo en el Ayuntamiento cuando habían hablado de quién tenía el mejor trasero.

—Necesitamos algo más en lo que pensar en este pueblo.

—Están esos hombres. Eso es un tema de conversación. ¿Te has fijado que están por todas partes? Justo ayer dos me silbaron —sonó furiosa y complacida a la vez.

—No sé qué vamos a hacer con ellos.

—Creía que ya había algo planeado.

—Algunas cosas, pero ¿qué van a hacer el resto del tiempo? ¿Vagar por las calles en busca de conquistas?

Denise se rio y añadió:

—Lamento que no te emocione mucho la llegada de tantos hombres, pero eso es porque tú ya has encontrado a alguien maravilloso. Me pregunto si habrá algún hombre mayor.

Pia se dio cuenta de que todo el mundo daba por hecho que Raúl y ella estaban locamente enamorados y se preguntó si deberían decir algo. Sin embargo, la distrajo el último comentario de Denise.

—¿Estás interesada en algún hombre? —le preguntó.

—«Interesada» es una palabra demasiado fuerte —dijo la mujer encogiéndose de hombros—. Tengo... curiosidad. Hace mucho tiempo que Ralph se fue y mis hijos son lo suficientemente mayores como para que no les moleste que salga con alguien. Me gusta mi vida, pero a veces creo que sería mejor tener a alguien.

—Pues adelante. Creo que es genial. No sé las edades de los hombres que están llegando, pero puedo avisarte si veo a alguno bueno —sonrió—. ¿Qué me dices de alguno más joven?

—No soy una de esas mujeres que buscan jovencitos.

—Podrías serlo.

Denise era guapa, con el pelo corto y moreno, unos brillantes ojos y un cuerpo que alguien quince años más joven podría envidiar.

—Preferiría alguien de mi edad. Así tengo que dar menos explicaciones. ¿Crees que alguien más joven podría comprender la emoción de oír *Rhinestone Cowboy* por la radio?

—Probablemente no —admitió Pia—. Te encontraremos un hombre simpático que recuerde la década de los setenta.

—¿No estarás viéndome como un proyecto, verdad?



—No. No se lo diré a ninguna de tus hijas. Dejaré que seas tú quien les diga que estás al acecho.

Denise se rio y alzó las manos.

—No estoy al acecho, solo estoy pensando. Hay una diferencia. Bueno, recuerda que aquí me tienes si tienes alguna pregunta. Además, cuando prepares la lista de regalitos para los bebés, avísame. Habrá cosas para las que necesites tres, pero otras no.

—De acuerdo.

¿Regalos? ¿Para una fiesta prenatal? Pia no estáis preparada para eso, aunque en realidad era mucho más sencillo que una boda.

—De acuerdo, querida —dijo Denise abrazándola de nuevo—. Estoy encantada. Te mereces toda la felicidad del mundo.

—Gracias.

Denise se despidió y empujó su carro hacia la parte delantera de la tienda. Pia terminó de hacer su compra, se lo llevó todo a casa y lo guardó. Cuando volvió a salir de su apartamento, fue al despacho de Raúl en lugar de al suyo.

Diez minutos después, lo encontró solo en la amplia y vacía sala.

—Tienes que comprar algún mueble y contratar empleados.

—Tengo a Dakota. Está almorzando —se levantó de su mesa y le sonrió—. Qué sorpresa tan agradable.

—Tenemos que hablar.

—¿Debería preocuparme?

—No. No pasa nada —respiró hondo—. Sabrás que la noticia se está extendiendo y todo el pueblo se enterará de que vamos a casarnos.

—Me lo imaginaba. Josh ha violado el código de chicos.

—¿Le dijiste que no dijera nada del compromiso?

—Sí, pero no sirvió de nada.

—Esto no es como Dallas o Seattle. Todo el mundo lo sabe todo de los demás.

Se levantó y la acercó a sí.

—¿Es eso un problema?

—No es algo que se pueda cambiar.

—Lo que quiero decir es si estás molesta por el hecho de que la gente sepa que vamos a casarnos.

Allí de pie, sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo, resultaba difícil estar molesta por algo.

—No estoy molesta, es solo que pensaba que tendríamos más tiempo para acostumbrarnos a la idea.

Le acarició las mejillas.

—Así que la gente se te está acercando a decirte cosas.

Ella asintió.

—¿Quieres cambiar de opinión?

—No.

—Bien, porque yo tampoco —bajó la cabeza y la besó suavemente—. Lo que te



dije iba en serio, Pia. Estoy absolutamente volcado en esto.

Pia no se había dado cuenta del nudo que se le había formado en la garganta hasta que él volvió a pronunciar esas palabras. Al momento, se le deshizo y de pronto le fue más fácil respirar.

—Gracias —le susurró—. Yo también.

—Bien.

Volvió a besarla y dejó que su calor manara desde dentro.

—¿Quieres venir a cenar? Cocino yo.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó Pia.

Él se encogió de hombros.

—Haré una barbacoa.

Ella se rio.

—Hace frío fuera.

—Sobreviviré el tiempo que me lleve asar un par de bistecs —y añadió diciéndole al oído—: Existe una cosa llamada chaqueta. Tengo una.

—Eres un listillo...

—Bueno, ¿eso ha sido un «sí»?

—Allí estaré.

—Genial. Ahora mismo voy al colegio, pero cuando baje, compraré bistecs y ensaladas. ¿A las seis te parece bien?

—Claro.

La besó una vez más antes de que se marchara y se fuera a su oficina. Mientras caminaba sintió un leve cosquilleo en los labios... como si aún perdurara el efecto de su boca.

Le gustaba ese hombre. Y teniendo en cuenta que iban a casarse, era genial. Pero Liz tenía razón, tenía que tener cuidado. Si dejaba que le gustara demasiado acabaría siendo vulnerable. Ya le habían hecho demasiado daño en la vida. No necesitaba buscar problemas. La mayor parte del tiempo parecía que ellos la encontraban a ella sin ninguna ayuda.

Raúl llegó al campamento justo cuando los niños estaban tomándose su descanso de la tarde. Hacía fresco, pero el cielo estaba claro. Se encontró en mitad de un grupo de niños que corrían para aprovechar al máximo sus veinte minutos de juegos.

—Ey, Raúl —le gritó Peter mientras pasaba por delante—. Ven a jugar.

Había visto al chico varias veces desde que habían almorzado juntos. Peter era inteligente, simpático y le gustaban los deportes. No había señal de abuso de ningún tipo. Tal vez, él se lo había imaginado al verlo encogerse de miedo durante el incendio.

Siguió a los niños hasta el patio y el nivel de ruido aumentó cuando comenzaron a jugar. Había gritos además de carcajadas.

Al mirar a su alrededor, quedó complacido al ver en lo que se había convertido



su campamento. Era genial, pensó cuando unas niñas lo convencieron para que sujetara un extremo de una comba.

—Más deprisa —dijo una niña con el pelo rizado—. Yo salto muy bien.

La profesora, al otro lado de la cuerda, y él hicieron lo que les dijo y la giraron más deprisa mientras la niña se reía entre carcajadas.

Por el rabillo del ojo vio a varios chicos en los columpios y a Peter trepando hasta lo alto. Sospechó lo que iba a pasar, a pesar de saber que estaba demasiado lejos como para evitarlo.

A Peter se le resbaló la mano y mientras Raúl echaba a correr hacia él, el chico cayó al suelo aterrizando sobre su brazo. Inmediatamente, Raúl supo que sería grave.

—Quédate quieto —le ordenó cuando llegó a su lado.

Peter parecía más aturdido que lesionado. Comenzó a levantarse y Raúl vio la extraña forma que había adoptado su brazo.

—Me duele —dijo el chico, pálido y con el rostro desencajado antes de empezar a llorar.

—Lo sé. Es el brazo. ¿Te duele algo más?

Peter negó con la cabeza y las lágrimas cayeron sobre sus mejillas mientras Raúl lo tomaba en brazos.

Un puñado de alumnos se habían arremolinado a su alrededor y los profesores llegaban corriendo.

—Se ha roto el brazo —dijo Raúl—. No sé si se ha hecho daño en alguna otra parte. Me lo llevo al hospital. Será más rápido que esperar una ambulancia. Llamad al hospital para que sepan que vamos y a la policía por si pueden reunirse conmigo en la parte baja de la montaña y escoltarme hasta el hospital y localizar a sus padres adoptivos.

Peter apenas pesaba nada, pensó Raúl mientras corría al aparcamiento. Una de las profesoras iba con ellos y le sacó las llaves de la chaqueta. Les abrió la puerta, y él se agachó para tender al niño sobre el asiento.

La señorita Miller apareció a su izquierda.

—Yo también voy. Llevaré mi propio coche y os seguiré —se agachó y acarició el rostro de Peter—. Te pondrás bien. Cuidaremos de ti.

El chico seguía llorando.

Raúl le abrochó el cinturón y la señorita Miller se apartó y cerró la puerta.

—¿Sabes dónde está el hospital? —preguntó ella mientras Raúl corría hacia el lado del conductor.

—Sí.

—Allí nos vemos.

Casi dos horas después, Raúl estaba en la sala de espera de Urgencias, donde habían atendido a Peter casi de inmediato. La radiografía mostraba una clara rotura que se curaría rápidamente. Estaban poniéndole una escayola mientras la señorita Miller esperaba para hablar con la trabajadora social con la que habían contactado.



Por el momento, no habían aparecido los padres adoptivos.

—¿Señor Moreno?

Él alzó la mirada hacia una enfermera alta y rubia con una carpeta.

—Sí.

—Hola, soy Heidi. Peter se pondrá bien, pero me preguntaba si podría hablar con usted un minuto.

—Claro.

La siguió hasta una sala de examen vacía.

—¿De qué conoce a Peter?

—Del colegio. Va a la escuela que se ha quemado y por eso ahora todos los niños están en mi campamento. He jugado al balón con él y con sus amigos algunas veces. ¿Por qué?

Ella apretó los labios.

—Está muy delgado para su edad y nos preocupa cómo se está alimentando. Sus huesos no son tan fuertes como deberían. Por lo que nos ha dicho la señorita Miller del patio, no debería haberse roto ningún hueso con esa caída. ¿Sabe si come lo suficiente?

Él sacudió la cabeza, ignorando la rabia que bullía en su interior. No tenía paciencia para la gente que no se ocupaba de los niños que se les confiaban. Él había pasado por todo eso mientras creció.

—¿Hará alguna prueba? —preguntó él.

—Tenemos que hablar con sus padres.

—Padres adoptivos. Perdió a sus padres hace un tiempo.

—No me gusta cómo suena eso. Ahora sé por qué la señorita Miller quería que llamáramos a los servicios sociales. Hablaré con la encargada del caso cuando llegue y le preguntaré qué hacer.

Raúl la miró.

—¿Hay señales de maltrato físico?

—No hemos visto nada. ¿Sospecha que puede estar pasando algo?

—Estuve en la escuela cuando estalló el fuego y Peter fue uno de los últimos niños en salir. Cuando iba a ayudarlo, se apartó. Tal vez no signifique nada, pero...

—Tal vez —Heidi no parecía muy convencida—. También mencionaré eso. No tiene nada de malo ser cauto —tomó anotaciones—. Gracias por la información.

Heidi y él salieron de la sala y Raúl vio a la señorita Miller corriendo hacia él.

—¿Puedes venir a la habitación de Peter? No está bien.

—¿Qué pasa? Estaba bien hace unos minutos.

—Tiene la escayola puesta y están dándole algo para el dolor —dijo la mujer—. No es el brazo —bajo la voz—. Al parecer, la última vez que estuvo en un hospital fue después de aquel terrible accidente que se llevó a sus padres. No deja de hablar de ellos y de preguntar por ti —miró a Raúl—. Creo que verle lo haría sentir mejor.

—Claro.

—Adelante —le dijo Heidi—. Yo voy a ver a qué hora viene la trabajadora social.



Ya que a Peter le darían el alta en una hora, aproximadamente, no le habían asignado habitación. Raúl siguió a la señorita Miller por el laberinto de pasillos que conformaban la zona de Urgencias. Peter estaba incorporado en la cama, muy pequeño y pálido. La escayola le llegaba hasta el codo y era del azul de los Cowboys de Dallas. Pero el chico no pasea contento con ella mientras lloraba cubriéndose los ojos.

—Ey, colega —dijo Raúl al entrar en la habitación—. ¿Qué pasa?

—Quiero irme a casa... —lloraba.

—Estamos buscando a tus padres adoptivos.

—No, no los quiero a ellos. Quiero estar con mis papás.

Raúl maldijo en silencio. Ése era un problema que no podía solucionar. Miró a la señorita Miller, que estaba conteniendo las lágrimas, y después volvió a mirar al chico.

Raúl fue hacia la cama, tomó al niño en brazos y se sentó con él en una silla.

El chico lo abrazaba y lloraba sobre su hombro.

Estaba delgadísimo. Se le marcaban los huesos y pesaba demasiado poco para su edad. Raúl no le dijo nada al chico, solo le acarició la espalda, y al cabo de unos minutos, el llanto se suavizó y el niño pareció quedarse dormido.

—Me siento fatal por él —susurró la señorita Miller—. He llamado a todos los números que habían dejado los señores Folio y no ha habido respuesta. La empleada del señor Folio me ha dicho que el hombre ha salido del pueblo unos días. Pero si eso es verdad, ¿quién está cuidando de Peter?

Raúl no tenía respuestas. Sabía que la situación no era tan poco habitual, que ser pequeño y estar solo en el mundo nunca era nada bueno, que había padres adoptivos excelentes, pero que muchos de ellos solo iban tras el dinero.

Una mujer más mayor entró. Parecía cansada, agotada; llevaba el pelo recogido hacia atrás y unas gafas que le colgaban de una cadena.

—Soy Cathy Dawson —dijo y bajó la voz al ver a Peter—. ¿Está bien?

—Ha sido una rotura limpia y, según los médicos, se recuperará pronto —respondió la señorita Miller—. Pero no podemos localizar a sus padres adoptivos.

La trabajadora social frunció el ceño, se puso las gafas y leyó los papeles que tenía en la mano.

—Veo que también hay cierta preocupación por su estado físico. Puede que no esté comiendo bien —suspiró—. De acuerdo. Denme unos minutos.

Justo en ese momento, Peter se movió y se incorporó.

—Hola, señora Dawson —dijo y bostezó.

—Hola. Parece que te has caído.

Peter asintió.

—Me he roto un brazo —alzó la escayola y miró a Raúl—. Es del azul de los Cowboys de Dallas.

—Ya me he fijado —dijo Raúl—. ¿Vas a dejarme firmar tu escayola?

—Ajá —respondió el niño sonriendo tímidamente.

—Bien.



La señora Dawson se sentó en la otra silla.
—Peter, ¿dónde has estado los últimos días?
—Con la señora de al lado —le dio el nombre.
—¿Cuánto hace que se fueron tus padres adoptivos?
Peter se encogió de hombros.
—Un tiempo.
—¿Desde el fin de semana?
Peter arrugó la nariz.
—Desde antes, creo.
—Entiendo. ¿Sabes cuándo volverán?
Él sacudió la cabeza y se sujetó el brazo contra el pecho.
—¿Se van a enfadar conmigo porque me he hecho daño?
—Claro que no —dijo ella con firmeza—. Se alegrarán de que estés bien. Todos nos alegramos —se detuvo—. ¿Sabes lo que pienso?
—¿Qué?
—Creo que puede que necesites un poco de helado. Sé que tienen en la cafetería y si no te importa, voy a ir a por un poco.
El alivio se reflejó en el rostro de Peter, que sonrió.
—No me importa.
—Eres muy amable, pero bueno, es un hospital muy grande. ¿Te importaría que me acompañara el señor Moreno?
—Vale.
Raúl no sabía qué pretendía la trabajadora social, pero se levantó y volvió a dejar a Peter en la cama.
—Puede que tenga algunas pegatinas en mi despacho. Mañana lo comprobaré y si tengo, te las pegaremos en la escayola.
El niño sonrió.
La señorita Miller se movió hacia él.
—Te esperaré aquí —dijo ella.
Raúl siguió a la señora Dawson hasta el pasillo.
—La cafetería está por allí —dijo señalando.
—Entonces no necesita que la ayude a encontrarla.
—Quería tener la oportunidad de hablar con usted. Supongo que conocerá a alguien en el pueblo, ¿verdad?
—Sí —respondió él con cautela.
—Bien. Eso ayudará con el papeleo. Conozco a un juez muy agradable. Si me das dos o tres nombres que utilizar como referencia, podemos solucionar esto en una hora.
—¿Solucionar qué?
—Que Peter se quede con usted hasta que regresen sus padres adoptivos y veamos si es seguro que vuelva con ellos.



Pia llegó a casa de Raúl a las siete con dos bolsas de la compra. Él tenía la puerta abierta antes de que ella llegara al pequeño porche.

—¿Qué es todo eso?

—Cena para muchos días. Hay más en el coche.

—¿Más qué?

Pobre hombre, pensó al entregarle las bolsas.

—Comida. Se dice que vas a quedarte con Peter. La gente no sabía cuándo volverías a casa, así que me lo han llevado todo a mí.

Él seguía de pie confundido cuando ella volvió al coche a por una segunda ronda de bolsas. Recogió las tres últimas, cerró la puerta con la cadera y volvió a la casa.

—No lo entiendo —dijo Raúl siguiéndola hasta la cocina.

—¡Pia!

Ella se giró y vio a Peter corriendo hacia ella. Tenía una escayola en su delgadito brazo y llevaba puesto un pijama de coches de carreras.

—Hola —dijo ella dejando las bolsas—. ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído. Mira.

—Es impresionante. ¿Te duele?

—No. Me han dado gotas.

Algún analgésico, supuso ella.

—Guai. ¿Has cenado?

Peter sacudió la cabeza.

—Solo helado.

Pia enarcó las cejas.

—A mí no me mires —le dijo Raúl—. Ha sido idea de la señora Dawson.

—Ya, seguro —se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla—. Bueno, ¿qué nos apetece? Hay mucho donde elegir.

Ella se movió hacia la encimera y comenzó a sacar cacerolas de las bolsas.

—Lasaña, pastel de tamales de siete pisos —fue leyendo cada etiqueta según dejaba los recipientes—. Pollo con fideos, pastel de verduras —arrugó la nariz hacia Peter—. Seguro que esto no, ¿verdad?

Él se rio.

—Me gusta la lasaña.

—A mí también —miró a Raúl—. ¿Puedes poner a calentar el horno? No está congelada, así que no tardará mucho en estar lista.

Él seguía de pie, mirándola.

—No lo entiendo.

—Cuando la gente se ha enterado de que Peter se quedaría contigo unos días, han traído comida para ayudarte y que no tengas que cocinar por las noches.

—¿Cómo se han enterado?

—Alguien se lo ha contado. ¿Es que no sabes cómo es la vida en los pueblos?

Pia se giró hacia el horno y caminó hasta la nevera.

—Dime que el congelador está vacío porque tienes comida para varios días.



Él asintió, aún impactado.

—¿Por qué no ayudas a Peter a que se lave las manos? Ya sabes que la escayola no puede mojarse.

—Sí.

—Bien. Yo lo prepararé todo por aquí. Dejaré dos cenas en la nevera para las dos próximas noches. Oh, también hay pegatinas en esa bolsa blanca para tu escayola.

—¡Qué guai! —Peter metió la mano y sacó hojas de pegatinas—. ¿Podemos ponerlas ahora?

Raúl la miró y ella se rio.

—Adelante. La cena estará lista en unos treinta minutos.

Los dos salieron de la cocina y unos minutos después. Raúl volvió.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Se suponía que cenaríamos juntos.

—Y eso haremos.

—Pero no así. No sé exactamente cómo ha pasado. La trabajadora social estaba hablándome y al instante ya tenía al niño conmigo.

Ella le dio una palmadita en el torso.

—Sé cómo te sientes.

—¿No estás enfadada?

—¿Por qué iba a estarlo? Peter está solo, se ha hecho daño y nadie sabe dónde están sus padres adoptivos. El hecho de que estés ayudando hace que me resultes más agradable y simpático todavía.

—Odias que sea así.

—Pero estoy haciendo una excepción.

—De acuerdo, gracias.

Y Raúl desapareció por el pasillo y ella se quedó mirándolo y diciéndose que el hecho de que fuera un gran tipo no significaba que fuera seguro abrirle su corazón.

Para cuando terminaron de cenar y Peter se instaló en la habitación que a Raúl le quedaba libre, ya eran más de las nueve. Pia estaba acurrucada en el sofá diciéndose que tenía que volver a casa. A pesar de no tener muchos síntomas de su embarazo, estaba más cansada de lo habitual. Raúl estaba sentado en el otro extremo del sofá girado hacia ella.

—Gracias por todo.

—Lo único que he hecho ha sido presentarme aquí cargando con el esfuerzo de otros. No hay nada que agradecerme.

—Pobre niño —dijo Raúl antes de dar un sorbo a su cerveza—. Vaya infierno.

—¿De verdad no saben dónde están sus padres adoptivos?

—Eso es lo que ha dicho la señora Dawson. Espero que los investiguen cuando aparezcan. Peter no ha dicho nada sobre ellos, pero hay cierta alarma.



Soltó la botella de cerveza.

—Tenía otros planes para la noche —le dijo a ella.

Y durante un segundo, Pia pensó que se refería al sexo y su cuerpo reaccionó con una danza de felicidad interna. Él abrió un pequeño cajón de la mesita de café y sacó una pequeña caja de terciopelo lavanda. Pia reconoció el color y el diseño de la caja; la joyería Gemas Jenel era conocida por sus diseños elegantes y caros.

Se le quedó la garganta seca y la invadió una inesperada sensación de timidez. El deseo dio paso a la confusión.

—No lo comprendo.

—Vamos a casarnos —le recordó él—. Y creo que lo tradicional es tener un anillo de compromiso.

—Sí, pero... —lo suyo no era un compromiso tradicional—. No me esperaba nada. No tienes por qué hacer esto.

—Quiero hacerlo.

Se acercó a ella y le tomó la mano izquierda.

—Pia, gracias por acceder a casarte conmigo. Haremos que esto funcione. Estaré a tu lado pase lo que pase.

Esas palabras eran exactamente las que ella siempre había querido oír... o casi.

—Yo también estaré a tu lado —susurró.

Raúl sonrió y abrió la caja.

Si no hubiera estado sentada, se habría caído. El anillo era increíble. Precioso y resplandeciente y lo suficientemente grande como para ponerla nerviosa.

—Las otras dos alianzas de diamantes son las alianzas de boda. Si no te gustan, podemos cambiarlas.

—Son maravillosas. Todo es impresionante, pero demasiado —lo miró—. Me habría conformado con una alianza de oro.

—¿Estás diciendo que no eres una chica de diamantes?

—Nunca lo había sido.

—Entonces hay que cambiar eso.

Raúl sacó el anillo de compromiso y se lo colocó su el dedo. Encajaba a la perfección.

—Gracias —le dijo ella, contemplando el brillo de los diamantes.

—De nada.

La abrazó y ella cerró los ojos mientras se decía que todo iría bien. Que estaba tomando la decisión acertada. Que habría estado bien estar enamorados, pero que era mejor sacrificar ese estúpido sueño con tal de asegurarse de que los bebés estarían cuidados el resto de sus vidas. ¿No era eso lo que su amiga habría querido?



Capítulo 13

Raúl pasó la noche sin poder dormir. Y no porque Peter fuera un problema, sino porque no dejó de levantarse para ir a ver cómo se encontraba el chico.

Los dos se levantaron con el despertador y tardaron mucho en prepararse. La manga de plástico que les había dado el hospital protegió la escayola mientras el pequeño se duchó. Logró vestirse, pero no abrocharse los zapatos, y se había presentado en la cocina con el pelo húmedo y un rostro sonriente.

—¿Qué hay para desayunar?

—Gofres.

Esos verdes ojos aumentaron de tamaño.

—¿Sabes hacer gofres?

Raúl le enseñó la gofrera que había comprado hacía unos meses después de ver una demostración en un centro comercial.

—¡Qué guai! —le dijo Peter, que corrió a su lado para ver cómo terminaba de mezclar la masa.

—Esta es la taza que hay que usar —le dijo Raúl señalando el contenedor de plástico—. Vamos, llénala hasta esa línea.

—¿Puedo hacerlo?

—Claro.

El chico, con cuidado, hundió la taza en la mezcla y sacó la cantidad justa mientras Raúl levantaba la de la gofrera.

—Vamos, viértelo en el centro. Ya está caliente, así se extenderá por sí solo.

Peter hizo lo que le indicaron y vio cómo la masa se extendía sobre la rejilla.

—No se llena por todas partes.

—Lo sé, pero eso es lo divertido.

Raúl cerró la gofrera y la volcó.

—¡Vaya! —exclamó Peter—. ¡Es lo mejor!

—¿Quieres hacer otro?

—Claro.

Raúl observó al niño, complacido de que estuviera descansado y sin dolor. Era un chico de trato fácil, brillante y curioso. Y cuando pensaba en la posibilidad de que sus padres adoptivos no hubieran cuidado bien de él le entraban ganas de ir a buscarlos, al menos al padre, y darle una paliza.

Pero ésa no era una opción, se recordó. Confiaría en que el sistema hiciera su trabajo, pero por si acaso, hablaría con Dakota para saber qué pasos había que dar para asegurarse de que Peter crecía a salvo.

Sin embargo, cuando llegó a su oficina después de dejar a Peter en el colegio,



Dakota no estaba allí. Comprobó el contestador por si había dejado algún mensaje diciendo que estaba enferma, pero no había ninguno.

A las diez, ya preocupado y a punto de llamar a Pia, Dakota entró allí.

Estaba pálida y tenía los ojos rojos e hinchados. Era como si algo muy importante le hubiera sido arrebatado y él se puso de pie nada más verla.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Has tenido un accidente? ¿Te ha hecho daño alguien?

Si hubiera tenido novio, él habría dado por hecho que o la había pegado o se había acostado con su mejor amiga, pero por lo que sabía, Dakota no estaba saliendo con nadie.

—Estoy bien —dijo con voz temblorosa—. Tienes que creerme.

—Pues entonces tú tienes que ser más convincente.

Ella forzó una sonrisa que resultó más macabra que alegre.

—¿Qué te parece ahora?

—Me da miedo.

Ella suspiró.

—Estoy bien. Sé que tengo mal aspecto, pero no estoy ni herida ni enferma. Todo marcha como siempre.

—Dakota, en serio. Ha pasado algo.

—No, nada —las lágrimas llenaban sus ojos—. No —le caían por las mejillas.

Instintivamente, fue hacia ella, pero la joven se apartó.

—Lo siento —susurró—. No puedo hacerlo. No puedo estar aquí hoy. Necesito un día o dos. Me los tomaré como baja por enfermedad, como vacaciones o como quieras.

Él estaba confundido.

—Tómame el tiempo que necesites. ¿Puedo llamar a alguien? ¿A una de tus hermanas? ¿A tu madre?

—No. A nadie. Estoy bien. Tengo que irme.

Y con eso agarró el bolso y prácticamente salió corriendo. Raúl se quedó allí, mirándola, no seguro de lo que debía hacer. ¿Dejarla marchar? ¿Seguirla? ¿Llamar a una amiga?

¿Qué había pasado? ¿Le habían dado alguna mala noticia? Pero si hubiera sucedido alguna tragedia en la familia, él se habría enterado. En Fool's Gold las noticias volaban.

Decidió que le daría tiempo. Si no volvía al trabajo en un par de días, hablaría con ella. Y si ella no quería hablar con él, insistiría en que hablara con alguna otra persona.

Pia analizó las señales e hizo lo posible por no hablar. Por si no era suficientemente negativo que un autobús cargado de hombres llegara al pueblo, peor aún era que fuera a celebrarse una subasta de solteros.



Era humillante. No para ella en concreto, sino para el pueblo.

—Esto no me gusta.

Montana sonrió.

—Eso es porque tú ya tienes un buen hombre en tu vida.

—Aunque no lo tuviera, esto me asustaría. ¿Quiénes son estos tipos? ¿Qué quieren?

—Si tienes que formular esa pregunta, entonces es que Raúl está haciendo algo muy, muy, mal.

Pia se apartó de su amiga e hizo lo que pudo por no sonrojarse.

—Estoy recién embarazada. No estamos... ya sabes.

—Supongo que sería extraño practicar sexo sabiendo que los embriones de otros están creciendo dentro de ti.

—Vaya, gracias por decirlo tan claramente.

—¿Me equivoco?

—No, pero aun así...

Montana sonrió.

—Bueno, ¿alguna vez habéis... ya sabes? ¿Antes del embarazo?

Pia pensó en aquella magnífica noche.

—Una vez —admitió y entonces se corrigió—; bueno, en realidad fue una noche, pero varias veces.

—Impresionante. Un hombre con energía.

—Es una característica de lo más atrayente —aunque estaba segura de que llegaría un momento en el que fuera más seguro para los dos hacerlo mientras ella estuviera embarazada, tenía la sensación de que iba a tener que esperar a que nacieran los bebés antes de repetir aquella noche mágica—. Dejó el pabellón muy alto —añadió—. Y ahora deberíamos hablar de otra cosa. ¿Cómo va tu vida sexual?

—Es inexistente.

—Entonces deberías ir a ver a los chicos nuevos.

—No, gracias —Montana grapó unos mangos de cartón a las palas de la subasta—. Ahora mismo estoy centrándome en mi carrera.

—¿Te han dado el trabajo?

Montana sonrió.

—Me lo han dado y me encanta. Los perros son geniales. Están bien entrenados y son muy simpáticos. Max es el mejor, también. Es muy paciente. Estoy leyendo mucho y he empezado con las clases online. En unas semanas me iré a Sacramento para un seminario intensivo de tres semanas y Max me lo pagara, ¿te lo puedes creer?

—Te gusta Max —dijo Pia, contenta de ver feliz a su amiga.

—Claro. Es muy agradable y lo sabe todo sobre perros y... —arrugó la nariz—. Em... no. No entraremos ahí.

—Los romances de oficina tienen mucho estilo.

—No es eso. Ya ha cumplido los cincuenta y, aunque no fuera así, lo admiro. No quiero una relación romántica con él. Somos amigos.



—Si tú lo dices...

—Lo digo —le dio un codazo a Pia—. Como estas prometida, ahora quieres que todo el mundo se empareje.

—No. Solo quiero que mis amigas sean felices y si... —se detuvo al ver la expresión de asombro de Montana—. ¿Qué?

—El anillo. Es alucinante.

Pia contuvo el impulso de esconderse la mano detrás de la espalda. Le encantaba su anillo, pero le estaba costando acostumbrarse a él. Las piedras eran impactantes y brillaba tanto que era prácticamente como una fuente de luz.

—Lo ha elegido Raúl.

—¿Tiene algún hermano?

Eso era algo que ella debería haber sabido, pero no era así.

—Puedo preguntárselo.

Montana la agarró de la mano y miró el anillo.

—Me encanta.

—Gracias.

—¿Te pone un poco nerviosa?

—Un poco. Nada de toda esta situación me parece real. Ni el compromiso ni el embarazo —bajó la voz—. He hecho pis en el palito y me he hecho una ecografía. Estoy embarazada de verdad, así que ¿por qué no me siento distinta?

—Has pasado por mucho en un espacio de tiempo muy breve. Ya te sentirás así.

—Eso espero —aunque Pia estaba empezando a tener sus dudas. Tal vez le pasaba algo—. ¿Y si no me vinculo a los niños cuando nazcan? ¿Y si no puedo amarlos?

—No tendrás elección. Serás una mamá genial, Pia. Deja de dudar de ti misma.

—Quiero creerte, pero no puedo. Mis padres me abandonaron, igual que todos los hombres que me han importado. Quiero pensar que con Raúl y los bebés será diferente, pero no estoy segura.

—Raúl no irá a ninguna parte. Es un buen tipo.

Era un tipo que iba a casarse con ella para formar una familia, no porque estuviera enamorado de ella.

—Además —continuó Montana—, nunca se sabe cómo saldrán las cosas. Mis padres se quisieron cada día de su matrimonio y cuando mi padre murió, todos temimos que mamá no fuera a superarlo. Pero él no fue el único amor de su vida.

—¿Qué quieres decir?

Montana sonrió.

—Lleva un tatuaje en la cadera que dice «Max».

—¿Tu Max?

—No. Él es nuevo por aquí y el tatuaje es viejo. Dakota, Nevada y yo hemos intentado descubrir quién es y mamá no dice ni una palabra. Lo que quiero decir es que el amor surge. Te irá genial con los bebés y estoy segura de que Raúl se enamorará perdidamente de ti. Ya lo verás.



Raúl aparcó delante de la gran casa.

—Sé que es vieja —le dijo a Pia—, pero he hecho que Ethan la revise al completo y es genial. El suelo es fantástico, tiene muchas habitaciones, una gran cocina, que hay que tirar abajo, pero que luego podrías decorar cómo quisieras. Tiene un gran jardín trasero, y grandes árboles para trepar. Es la perfecta casa familiar.

Esperó ansioso mientras Pia miraba la casa de tres pisos con los ojos como platos. Estaba en uno de los barrios más antiguos del pueblo, una zona construida en los años veinte. En cuanto había visto la casa, él había sabido que era exactamente lo que había estado buscando.

—Tiene ocho habitaciones, incluyendo tres en la primera planta. La segunda tiene un gran dormitorio principal, pero he pensado que podríamos tirar abajo el muro que la separa de la habitación más pequeña para hacerla más grande. También reformaremos el baño y agrandaremos el armario.

Ella se volvió hacia él.

—¿Porque tienes muchos zapatos?

—Sé que tú sí. Es cosas de chicas.

—Supongo que sí.

Pero Pia no parecía tan emocionada con la casa.

—¿Estás bien? ¿No te gusta este lugar?

—Tiene potencial —dijo ella abriendo la puerta del coche—. Deberíamos pasar.

Él la siguió, preguntándose qué pasaba con las mujeres que ocupaban su vida. Dakota había vuelto al trabajo al día siguiente, pero seguía sin ser la misma e insistiendo en que todo iba bien. Era una pésima mentirosa. Y ahora Pia estaba actuando de un modo muy extraño.

La siguió hasta el porche delantero, que era tan ancho como la casa y tenía varios metros de profundidad.

—¿Estás enfadada porque he ido a mirar casas sin ti?

—No. Dijiste que irías. No pasa nada.

Él pensó en mencionar que se había llevado a Peter el día antes con él y que al chico le había encantado la casa, pero no estaba seguro de que eso fuera a servir de algo.

—Sé que he estado ocupado —dijo mientras sacaba la llave del bolsillo— con Peter. Sus padres adoptivos volverán en un par de días. La señora Dawson los ha investigado y no ha encontrado nada extraño, así que volverá con ellos.

Ella se giró y posó la mano sobre su pecho.

—Raúl, no estoy enfadada porque te hayas ocupado del pequeño. Creo que es algo maravilloso e increíble. Es más, me encantaría cenar con los dos antes de que Peter se marche. No estoy enfadada por lo de la casa. No estoy enfadada por nada.

—¿Lo juras?

—Sí.

Ella se puso de puntillas y él se agachó para besarla.



Sentir su boca contra la suya, su cuerpo tan cerca, hizo que quisiera agarrarla con fuerza y aprovecharse de que la casa estaba vacía. Una noche con Pia no había sido suficiente. Pero hasta que hablara con su doctora sobre cuándo era oportuno que volvieran a tener relaciones, no haría nada que pusiera a los bebés en peligro.

—¿Esta noche? —preguntó él sabiendo que hablaban de la cena, pero deseando algo más.

—Claro.

Abrió la puerta y entraron en el gran vestíbulo. El salón quedaba a la izquierda, el comedor a la derecha y en la misma planta había también un estudio, una cocina y un cuarto de estar.

—Empecemos por arriba —dijo él señalando las escaleras.

—De acuerdo.

En la planta de arriba, señaló los tres dormitorios. A lo largo del pasillo había tres grandes armarios para la ropa blanca.

—Si quitamos este armario, podemos hacer un baño con acceso a dos dormitorios, pero ya que serán niños, podríamos convertir este otro en un aseo.

—Ajá.

Le mostró los tres dormitorios. Eran todos del mismo tamaño, con techos inclinados y ventanas salientes con bancos.

—Es genial para leer.

—Sobre todo en días de lluvia. Harán falta muchos cojines y mantas.

Él la observó. Estaba diciendo cosas acertadas, pero parecía que algo iba mal. Podía captarlo.

Ella marcó el camino hasta la segunda planta. El dormitorio principal estaba al fondo. Raúl le mostró la pequeña habitación que podría unírsele, el enorme baño del pasillo y la cantidad de espacio que tenían para almacenaje.

—Es bonita —dijo ella—. Tiene mucha luz y espacio. Me gustan mucho los detalles de artesanía.

Fueron al piso principal, donde él le contó todo lo que quería hacer con la cocina antes de llevarla al estudio.

—Esta habitación es genial. No me suelen gustar los panelados, pero la combinación de madera y ventanas funciona. Hay muchas librerías.

Esperó a que ella pasara, pero Pia, en lugar de mirar la habitación, se echó a un lado y se colocó las manos detrás de la espalda.

—¿Pia?

Parecía perdida en sus pensamientos.

—Esta casa no es de Josh, ¿verdad? Has acudido a un agente inmobiliario.

—Me recomendó a alguien. Las casas de Josh son más pequeñas y ahora que esperamos tres niños, sabía que necesitaríamos algo más grande.

—¿Te dijo el agente algo sobre las personas que vivieron aquí antes?

—No. ¿Los conocías?

Ella asintió.

—Esta casa pertenecía a mi familia.



¿Ella había vivido ahí? Menudo idiota, pensó.

—¿Por qué no has dicho nada? ¿Por qué has dejado que te la enseñe?

—Quería saber lo que sería estar de vuelta aquí. Quería saber... —miró el estudio—. Mi padre se suicidó aquí dentro. Yo encontré el cuerpo.

A Pia la complació poder pronunciar esas palabras sin estremecerse. Era casi como si estuviera contando una historia sobre otra persona. Tal vez había pasado tanto tiempo que el pasado ya no ejercía ningún poder sobre ella, a pesar de tener dudas.

Se giró de espaldas al estudio y entró en el salón. Ese espacio era más seguro. Allí había menos recuerdos.

—Tenía la tercera planta solo para mí. Dormía en una habitación y tenía otra llena de sillones y con una televisión. Mis amigas venían mucho porque yo tenía unos padres guais a los que no les importaba lo que hiciéramos. Podíamos quedarnos despiertas toda la noche, hablar por teléfono, e incluso robar alcohol del mueble de mi padre. Lo tenía todo. Todo el mundo me envidiaba. Creían que era muy afortunada.

Él no dijo nada, simplemente se quedó allí a su lado, escuchando mientras ella miraba por la ventana porque eso le resultaba más sencillo que ver compasión en sus ojos.

—Me llevó un tiempo darme cuenta de que no le importaba a ninguno de los dos. Yo era otra forma de mostrar su estatus. Solo nos importaba el aspecto de las cosas, y no cómo eran. Crecí siendo egoísta y mezquina. Tener más ropa de la que jamás me pondría no sustituyó tener unos padres que nunca me quisieron. Envidiaba a los otros niños que eran más inteligentes o que tenían una gran familia.

Involuntariamente, ella lo miró y por suerte no vio ninguna emoción en su expresión.

—Era mezquina —dijo simplemente—. Atormenté a todo el mundo que no entraba en mi círculo de amigos. Me reía de ellos, extendía rumores, contaba mentiras. Y todos me creían por quiénes eran sus padres —intentó sonreír, pero no lo logró—. Me habrías odiado.

—Lo dudo.

—Lo habrías hecho y yo me lo habría merecido. Cuando tenía dieciséis años, a mi padre lo acusaron de malversar fondos de su empresa. No había pagado ni impuestos ni facturas y no se sabía dónde estaba el dinero. Tal vez nos lo habíamos gastado todo. Cuando comenzó mi último año de instituto, quedó claro que lo sentenciarían por varios delitos. En lugar de enfrentarse a los cargos, se puso una pistola en la cabeza y apretó el gatillo.

Raúl fue hasta ella, pero Pia dio un paso atrás. No podía tocarla... ahora no. Si lo hacía, no llegaría a escuchar toda la historia.

—Oí el ruido y vine corriendo. Entré en su estudio —se detuvo—. No es como en las películas. No está tan limpio. Había sangre por todas partes.

Tragó saliva.

—Llamé al 911 y después no recuerdo mucho. Mi madre se marchó a Florida y



yo pasé a los cuidados tutelares. Todo cambió. Ya no tenía ni esta casa ni la mitad de mis cosas. Y todos esos niños a los que había torturado se vengaron. Hicieron que mi vida fuera un infierno.

Se giró para volver a mirar por la ventana.

—No los culpo. Me lo merecía.

—¿Y tu madre? ¿Querías ir con ella?

Asintió.

—Pero no me dejó. Me dijo que necesitaba tiempo y en ningún momento se habló de lo que yo necesitaba. Me dijo que era importante que me graduara con todos mis amigos y cuando intenté decirle que ya no tenía amigos, no me escuchó.

Se cruzó de brazos.

—No sé qué pasó con la casa. Terminé el instituto y mis notas no pudieron ser mejores... supongo que debido a que no había tenido distracciones de ningún tipo. Me echaron del equipo de animadoras y mi novio me dejó. Solicité un puesto en el Ayuntamiento y por eso ahora tengo el trabajo que tengo. Mi madre no volvió para mi graduación y me dejó claro que no era bienvenida en Florida. No la he visto desde entonces.

Sintió cómo Raúl se movió hacia ella y aunque quiso apartarse, no tenía la energía necesaria. Era incapaz de moverse, y los brazos de Raúl la rodearon y la apretaron con fuerza.

—Lo siento —murmuró con un susurro—. Lo siento mucho.

—Estoy bien.

La giró y la miró a los ojos.

—¿Sabes? Sí que lo estás. Has pasado por un infierno y has sobrevivido.

Ella se apartó.

—No seas tan amable.

—¿Por qué no?

—Porque entonces podría creerte.

Raúl se quedó observándola un largo rato y ella se sintió desnuda y vulnerable. Sola. Rota.

Después, volvió a acercarla y la abrazó con tanta fuerza que le costó respirar. Debería haberse apartado pero se estaba muy bien a su lado. Demasiado bien.

—Puedes creer en mí. Voy a casarme contigo, Pia. Nada malo volverá a sucederte.

Ella cerró los ojos y se apoyó en él.

—Eso no puedes prometérmelo.

—Lo sé, pero haré lo que pueda —la soltó lo suficiente para tomarle la cara en sus manos y besarla—. Nadie volverá a abandonarte.

Sus palabras hicieron que se le saltaran las lágrimas.

Raúl se aclaró la voz.

—Dado lo que ha pasado esta vez, lo mejor será que tú elijas la siguiente casa.

A pesar de todo, Pia se rio.

—¿Tú crees?



Raúl volvió a besarla.

—¿Estarás bien?

Ella asintió. Porque desde la seguridad que le ofrecían sus brazos, tuvo la sensación de que todo saldría bien.



Capítulo 14

La subasta de solteros y el concurso de talentos se celebrarían en el Centro de Convenciones de Fool's Gold un gran término para lo que en realidad era una estructura de cemento que se había ideado como un gran almacén. Veinte años atrás, un constructor de la zona se había suscrito a la filosofía del «si lo construyes, vendrán». Lo había construido y nadie se había presentado para alquilarlo. La ciudad había comprado el edificio y lo utilizaba para distintos eventos.

La ventaja era que se trataba de un espacio diáfano que podía dividirse como se quisiera. Unos diez años atrás, el interior se había actualizado con una gran cocina industrial y muchos lavabos. Pia había ocupado la mitad para los eventos de esa noche. El lugar no era especialmente elegante, pero sí que era funcional y gratuito, lo cual era importante, dado el escaso presupuesto de que disponían.

Se había dispuesto un escenario en un extremo y varios obreros estaban colocando sillas. Aún había que colgar la pancarta anunciando la Subasta de Solteros de Fool's Gold y ella hizo lo que pudo por evitar mirarla. Era algo horrendo y el concurso de talentos no haría más que estropearlo todo. Sin duda, todos los medios de comunicación harían que el pueblo pareciera un refugio para mujeres ansiosas de hombres de cierta edad.

Como si sus días no estuvieran ya llenos de cosas que hacer, Raúl había llamado esa mañana para decirle que su antiguo entrenador iba a visitarlos. Pia sabía lo mucho que Hawk significaba para él, así que ella estaba muy nerviosa ante la idea de conocer al equivalente de su familia política. Hawk iría acompañado de su esposa Nicole.

Desconocía si Raúl les contaría o no la verdad sobre su compromiso y sinceramente no podía decidir qué prefería. Fingir estar enamorada delante de dos personas que querían a Raúl le parecía todo un reto. Pero si ellos sabían lo que de verdad estaba pasando, ¿no intentarían hacerle cambiar de opinión? Y por muy extraña que fuera la idea de casarse por razones prácticas, Pia dependía del hecho de que Raúl fuera a quedarse a su lado.

Dakota llegó al centro de convenciones con los brazos ocupados por cajas llenas de tarjetas para la subasta.

—¿De verdad crees que vamos a necesitar tantas?

Pia asintió.

—Oh, sí. No solo asistirán señoras de Fool's Gold, sino también de todo el condado.

—Qué suerte tenemos.

Montana seguía a su hermana con una caja llena de programas para el concurso



de talentos.

—¿Has visto esto? Hay una mujer que baila con un perro.

Pia las llevó hasta la mesa que había contra la pared.

—La he visto en las audiciones. No da tanto miedo como parece. Hacen ballet.

Las hermanas se miraron.

Dakota dejó la caja en el suelo.

—¿En qué planeta eso no da miedo?

—Por lo menos no bailan juntas.

—De acuerdo —dijo Montana poniendo la caja sobre la mesa—. Dime que no es un caniche.

Pia apretó los labios.

—Lo siento. Pero es grande, por si eso ayuda en algo.

—No.

Las tres se rieron, aunque en el caso de Dakota fue una risa algo forzada. Montana también debía de haberse dado cuenta porque se giró hacia su hermana.

—¿Estás bien? No pareces muy contenta.

—Estoy contenta.

—¿Qué apostamos? —preguntó Montana.

Dakota se encogió de hombros.

—Es solo que estoy reflexionando sobre mi vida, reevaluando cosas. Me siento como si estuviera flotando.

Eso era nuevo para Pia.

—¿Cómo?

Montana se hundió en la silla.

—Oh, Dios. Si estás así cuando vas a obtener un doctorado y trabajas ayudando a niños, ¿qué soy yo? ¿Un gusano?

—No se trata de lo que hago, ésa no es la cuestión. Lo que me pasa es que no sé qué me importa. No salgo con nadie y tampoco me importa. Quiero despertarme sintiéndome emocionada e ilusionada con mi vida. Tengo cosas en las que pensar.

Pia no pudo más que mostrarse de acuerdo con Montana. Dakota era una de las mujeres más sensatas que conocía y asustaba un poco ver que alguien que siempre le había parecido perfecta tuviera esos problemas. Si Dakota tenía problemas para entender algunas cosas, ¿qué esperanza les quedaba a las demás?

Montana fue hacia su hermana y la abrazó.

—Quiero que seas feliz.

—Soy feliz.

—No, no lo eres —dijo Montana.

Dakota sonrió.

—De acuerdo. Entonces lo seré. ¿Qué te parece eso?

—Mejor —respondió Montana—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Pia sintió un nudo en la garganta al ver a las hermanas abrazarse. Siempre se había preguntado cómo sería crecer con un hermano y, aunque ella jamás lo sabría,



los hijos de Crystal sí que vivirían esa experiencia.

Se tocó el vientre suavemente.

—Siempre os tendréis los unos a los otros —susurró—. ¿No será genial?

Antes de que ese momento pudiera convertirse en un espiral de abrazos y llantos, otras dos mujeres se acercaron. Pia reconoció a una como la enfermera del hospital y la otra era una abogada. Ambas pasaban de los cincuenta.

Bea, la abogada, se detuvo delante de Pia.

—En cuanto a la subasta —dijo sin saludar primero—, ¿habéis investigado a estos hombres? ¿Habéis comprobado si tienen antecedentes, si tienen papeles?

Pia ya había trabajado antes con Bea y estaba acostumbrada a su seca actitud.

—Vienen a un baile, no son inmigrantes. ¿Qué clase de papeles quieres?

—¿Cómo sabemos que no son peligrosos?

Pia suspiró.

—Precaución al comprador.

Nina, la amiga de Bea, sonrió a Pia.

—¿Podemos verlos antes de la puja? ¿Hay una loca de lo que harán o no harán?

Mierda, mierda, mierda.

—Cenaremos, charlaremos y bailaremos, señoras, nada más.

Bea gruñó.

—Cree que estás buscando sexo, Nina.

Nina, una mujer diminuta y morena, se sonrojó.

—Oh, no. No es eso. Solo me preguntaba si podía pedirle a alguno que me limpiara las canaletas del tejado. Ahí arriba todo está lleno de hojas y odio subirme a las escaleras.

¿Canaletas del tejado? Por el rabillo del ojo, Pia vio a Dakota y a Montana intentando no reírse.

—Lo que se gana es una noche que incluye una cena y un baile —repitió Pia diciéndose lo importante que era ser paciente—. La mujer paga y los beneficios que genera la subasta van a distintos proyectos de caridad del pueblo.

—¿Quién necesita un hombre para bailar? —murmuró Bea—. Soy demasiado vieja como para que eso importe.

Nina ladeó la cabeza.

—No lo sé. Una noche de baile suena muy bien.

—Hay muchas mujeres jóvenes que competirán contigo, Nina.

Nina sonrió.

—Sí, pero ser de cierta edad tiene sus ventajas. Tenemos más dinero.

Bea no parecía estar divirtiéndose.

—Tal vez deberías usar parte de ese dinero tan preciado para que alguien te limpie las canaletas del tejado.

—Tú siempre tan irascible —se quejó Nina antes de girarse hacia Pia—. Gracias por la información. Supongo que tendré que encontrar otro modo de que me limpien las canaletas.

—Busca en el listín telefónico —murmuró Bea y las dos mujeres se marcharon.



—Y yo que pensaba que la subasta sería aburrida —admitió Montana cuando Bea y Nina ya no podían oírla—. Y ahora estoy deseando que empiece.

—¿Vas a pujar? —preguntó Dakota.

—No, pero traeré palomitas. Menudo espectáculo.

Pia se dejó caer en una silla y se frotó las sienes.

—No me pagan suficiente por hacer esto.

—Probablemente no —dijo Dakota con tono alegre—, pero por lo menos nunca es aburrido.

—Ahora mismo el aburrimiento me suena muy, muy, bien.

Raúl entró en el patio del campamento y al instante se vio rodeado de niños.

—Ven a jugar con nosotros.

—No, ven conmigo.

—¿Puedes ayudarme a lanzarla con más fuerza?

—Queremos saltar a la comba. ¿Puedes sujetarla?

Raúl se sentía como el líder de una pequeña tribu. Alzó las manos al aire y dijo:

—He venido a ver a mi hombrecito y después hablaremos de jugar.

Se oyeron unos cuantos gruñidos, pero los niños se apartaron y le dejaron ir hasta Peter. El chico sonrió al verlo y se abalanzó sobre él. Raúl lo agarró.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien?

Peter había vuelto a su casa de adopción la tarde anterior, la señora Dawson había hecho una investigación y mientras que admitía que los Folio no eran su familia favorita, no podía llevarse al niño de allí sin tener pruebas.

El chico se aferraba a Raúl.

—Todo bien. Están siendo muy simpáticos. Don dice que va a denunciar a la escuela por la caída, pero no sé qué quiere decir eso.

Raúl dejó al niño en el suelo y se anotó mentalmente que tenía que hablar con Don al respecto. Si pensaba que podía conseguir dinero fácil del colegio y quedárselo, tendría que cambiar de idea.

—He estado practicando el lanzamiento —dijo Peter con tono alegre.

—Solo el lanzamiento, ¿eh?

El niño suspiró.

—Lo sé. No practicaré a atrapar el balón hasta que tenga mejor el brazo.

—Si quieres jugar al fútbol americano, tienes que ser fuerte. Y para eso tienes que dejar que se te cure el brazo.

—¿Seré tan grande como tú?

—No lo sé —Raúl no sabía nada sobre los padres verdaderos de Peter y pensó que podría preguntar por ahí—. ¿Quieres enseñarme lo que puedes hacer?

—Ajá.

Peter corrió hasta la caja de balones. Otros niños vieron lo que iba a hacer y lo siguieron. Enseguida, Raúl organizó los equipos y los puso a lanzarse el balón entre ellos, como en un entrenamiento.



—Bien —dijo mientras los observaba—. Billy, estira el brazo. Tienes la fuerza en tu hombro, no en tu muñeca. Bien, Trevor. Genial.

Sintió cómo alguien le tiraba de la chaqueta y bajó la mirada hacia una niña con gafas y coletas.

—¿Yo también puedo lanzar?

El niño que estaba más cerca negó con la cabeza.

—Nada de chicas. Vete.

La niña lo ignoró.

—Quiero aprender.

—Las niñas también juegan —dijo Raúl llevándola hasta el final de la fila. Le indicó a Jackson que le lanzara el balón—. ¿Por qué no me enseñas lo que puedes hacer?

La niña atrapó el balón, se levantó las gafas y lanzó con tanta fuerza que Jackson se estremeció.

Raúl sonrió.

—Menudo brazo tienes, jovencita.

—Quiero poder golpear a mi hermano en la cabeza y dejarlo noqueado. Siempre está metiéndose conmigo.

—De acuerdo. Me alegra poder ayudarte con tus lanzamientos, pero tienes que prometer que nunca golpearás a tu hermano en la cabeza. Por el modo en que lanzas, podrías hacerle mucho daño.

Ella abrió los ojos como platos.

—Dice que soy una niña débil y llorica.

—Probablemente lo dice porque eres mejor que él.

Ella sonrió.

—Nunca había pensado en eso.

Dakota se acercó.

—¿Creando desavenencias entre sexos entre niños tan pequeños?

—No soy tan pequeño.

Ella se rio.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —la observó y vio que parecía más relajada y menos triste—. Te sientes mejor.

—Estoy mejor.

—Bien. ¿Quieres hablar sobre lo que pasó?

—No.

La campana sonó indicando que había llegado el momento de volver a clase. Los niños lanzaron los balones y los guantes dentro de la caja y echaron a correr. Peter miró atrás y se despidió de él.

—Le has hecho mucho bien —le dijo Dakota.

—Me lo ha puesto muy fácil.

—Guardas las distancias con la mayoría de los niños, pero con él eres distinto.

Caminaban hacia el edificio principal. No le sorprendió que ella hubiera visto



eso.

—Es una vieja costumbre.

—Estoy segura de que hay muchas razones, como por ejemplo la fama. No puedes saber quién está interesado en ti y si es por quien eres o porque quieren algo.

—Eso ya no tiene mucha importancia.

—Posiblemente. Además, diría que hay muchos niños a los que ayudar de manera individual. No puedes estar en más de un sitio a la vez. Por eso creaste el campamento para ayudar a todos los niños que pudieras. Tiene el beneficio añadido de permitirte mantener las distancias.

—Sientes la necesidad de utilizar tu licenciatura en psicología, ¿verdad?

—A veces. Puede hacerte quedar muy bien en algunas fiestas.

Raúl sabía que tenía razón. Era cierto que se contenía porque había aprendido la lección de que ayudar desde la distancia era mucho más sencillo.

Y ya que las cosas habían ido mal con Caro, también era lo más inteligente. Su traición lo había sacudido en muchos niveles y ella le había hecho cuestionarse su habilidad para conocer a la gente.

—No tienes que hacer nada —dijo Dakota—. No hace falta.

—Claro que sí. Me enseñaron que si la vida te ofrece ventajas, tienes que devolver el favor.

—¿Eso te lo dijo tu antiguo entrenador?

—Ajá. Si no estuviera haciendo nada, vendría aquí y me daría una patada en el trasero.

Ella sonrió.

—Charla barata. No compraste este campamento por él. Lo compraste porque querías.

Él se encogió de hombros.

—Hawk puede ser la voz de mi conciencia, la que me dice lo que tengo que hacer.

—Mi madre lo es para mí. Creo que es algo positivo.

—¿Psicológicamente cuerdo?

Ella se rio.

—Sin duda. Creo que es importante mantenerse en el lado de la cordura.

—Tú eres la profesional —él le sostuvo la puerta del edificio principal.

—¿Cómo está Pia? —le preguntó ella.

—Bien. ¿Por qué?

—¿No vienen Hawk y su mujer a visitarte?

—Sí.

—Técnicamente no son tu familia, pero emocionalmente es su familia política. ¿No crees que eso la pondrá nerviosa?

Él no lo había pensado.

—No tiene nada de qué preocuparse. Les gustará.

—Has estado casado antes. ¿De verdad crees que eso es lo que piensa ella?

—Oh, de acuerdo. Debería ir a hablar con ella, verdad?



Dakota le dio una palmadita en el brazo.

—No te lo tomes como algo personal. No puedes evitarlo, eres un hombre.

Pia se dijo que caminar de un lado a otro de la habitación contaba como ejercicio y el ejercicio era sano. Su cuerpo no distinguía si estaba recorriendo la alfombra de Raúl o cruzando el parque.

—¿Puedes relajarte? —Raúl entró en el salón y fue hacia ella. Se acercó y la besó—. Les encantarás.

—¿Tienes pruebas? Porque eso estaría bien.

—Les encantarás —repitió.

—Decir algo una y otra vez no hace que suceda. Por muchas veces que te diga que soy una jirafa, no vas a creerme.

—¿Has tomado café hoy?

—No. No estoy excitada por la cafeína.

—Deberías intentar respirar.

Como si eso fuera a ayudar en algo.

—¿Y si no quiero conocerlos? Seguro que son gente muy amable, pero todo esto me parece innecesario. ¿Por qué no te reúnes con ellos solo y luego me cuentas? Puedes sacar fotos y será como si yo hubiera estado allí.

—Preferiría que estuvieras allí.

—Piensa en los bebés. Todo este estrés no puede ser bueno para ellos. Creo que tengo que vomitar.

—Relájate —dijo él en voz baja, justo antes de besarla.

Fue un buen beso, maldita sea. Uno que la hizo derretirse por dentro.

—Eso es hacer trampas.

—Prefiero verlo como un trabajo acabado.

—Aun así es hacer trampas.

Raúl la miró a los ojos.

—Voy a casarme contigo, Pia. Hawk y Nicole son mi familia, así que también formarán parte de tu vida. ¿Por qué retrasar lo inevitable?

—Porque retrasarlo me hace sentir mejor —oyó el sonido de un coche y le dio un vuelco el estómago—. Creo que ya están aquí.

Él le agarró la mano y la llevó hasta la puerta principal.

Un gran BMW de cuatro puertas estaba aparcado y mientras ella pensaba seriamente en ir a vomitar, vio a un hombre alto y guapo bajar de él. Basándose en lo que sabía de Hawk, rondaría los cincuenta, pero parecía mucho más joven. Después, su mujer salió del coche. Era una rubia guapísima y elegante. A pesar de los vaqueros y de su camisa abotonada de arriba abajo, se la veía sofisticada... como la clase de mujer que siempre sabía qué decir.

—Habéis llegado —dijo Raúl al salir al porche. Se acercó a Hawk y se abrazaron. Nicole se unió al saludo y Raúl le dio un beso en la mejilla. Se quedaron abrazados unos segundos antes de soltarse.



—La vida de pueblo te sienta bien. Tienes muy buen aspecto.

—Eso siempre —dijo Raúl con una carcajada—. Venid a conocer a Pia.

Ella había sufrido pensando en qué ponerse para dar una buena impresión sin parecer muy arreglada. El embarazo aún no se le notaba, a pesar de estar hinchada a ratos, pero se había puesto una túnica verde y unos vaqueros negros. Y como tocaría dar un paseo por el pueblo, se había puesto unos zapatos planos.

—Hola —dijo alargando la mano hacia Hawk—. Encantada de conocerte.

—¿No la has advertido? —le preguntó Hawk ignorando la mano. En lugar de estrecharla, la agarró por la cintura y la abrazó—. Bienvenida a la familia, Pia —le dio una vuelta de trescientos sesenta grados antes de volver a dejarla en el suelo.

—Gracias —logró decir ella mientras intentaba recobrar el equilibrio.

—Asustarás a la pobre chica —dijo Nicole mientras se acercaba para abrazarla delicadamente—. Es un bruto. Tendrás que perdonarlo.

—Claro —dijo Pia, sintiéndose un poco desorientada. Le había preocupado que la familia de Raúl la juzgara, pero al parecer eso no sería ningún problema.

Nicole la agarró del brazo y entraron juntas en la casa.

—Sé que Raúl y tú estáis buscando casa nueva. Qué divertido. Hawk y yo llevamos toda la vida en nuestra casa y por mucho que quiero a mis hijos, confieso que estoy encantada de estar lejos de ellos unos días.

—Raúl me ha dicho que venís desde Seattle.

—Sí, y después iremos a Los Ángeles.

—Uno de mis antiguos alumnos juega para la Universidad de California del Sur y vamos a verlo jugar.

—Le he dicho que viniéramos en avión —dijo Nicole con gesto cansado, pero con los ojos resplandecientes de diversión—. Podríamos haber parado en Sacramento y haber alquilado un coche para venir aquí. Pero no...

Soltó el brazo de Pia y en ese momento Hawk la rodeó por la cintura.

—¿Estás diciendo que no lo has pasado bien estando dos noches conmigo en una habitación de hotel?

—¡Hawk! Los niños.

Pia quería señalar que tenía veintiocho años y que Raúl era un poco mayor que ella, pero no lo hizo. En cierto modo era agradable tener a alguien un poco mayor que tú que se preocupara por ti. Hacía muchos años que no vivía eso.

Hawk besó a su mujer.

—Nicole, odio tener que decírtelo, pero ya han practicado sexo. Saben lo que es. Pia esperó no estar sonrojándose.

Raúl la miró y sonrió.

—¿Ves lo que tengo que soportar?

Todos se rieron.

Se acomodaron en el sofá y en las sillas del salón y charlaron. Nicole puso a Raúl al tanto de lo que estaban haciendo sus hijos y después los dos hombres charlaron sobre fútbol americano mientras ellas escuchaban. Al cabo de una media hora, Raúl se levantó.



—Vamos a dar un paseo por el pueblo y después almorzaremos.

—¿Vamos en coche? —preguntó Hawk.

—Iremos en coche. Tampoco hay mucho que ver.

Según recorrían las aceras, Pia se fijó en que Nicole iban a su paso mientras que Hawk y Raúl parecían querer adelantarse. Quedaba clara la distinción de sexos.

—¿Por qué no nos vemos en el restaurante dentro de una hora? —les gritó Nicole—. Seguid hablando de deporte, yo ya tengo bastante en casa —la mujer sonrió—. Podemos divertirnos por nuestra cuenta mientras tanto.

Pia forzó una sonrisa y se dijo que Nicole parecía muy simpática. Todo iría bien.

Caminaron por el parque en dirección al lago. Pia le mostró la librería de Morgan, la tienda con los maravillosos helados y la entrada a su oficina. Se fijó en que por la calle había muchos más hombres de lo habitual, pero no quiso sacar el tema. Contarle a Nicole lo del repentino aumento de hombres en Fool's Gold seguro que la asustaría.

Charlaron sobre el tiempo, sobre programas de la tele y sobre lo positivo que sería que los pantalones deshilachados no volvieran a ponerse de moda.

Nicole señaló un Starbucks.

—Vamos. Mato por un café.

Una vez tuvieron sus bebidas, un café de moca para Nicole y un té de hierbas para Pia, se sentaron en una mesa junto a la ventana. Pia hizo lo que pudo por no fijarse en los hombres que la estaban mirando.

—Raúl me ha dicho que organizas los festivales que se celebran en el pueblo —dijo Nicole—. Gracias por perder parte de tu tiempo en conocernos.

—Quería hacerlo —dijo Pia diciéndose que ahora que había conocido a Nicole no era exactamente una mentira—. Sois su familia.

—Ha sido importante para nosotros desde hace mucho tiempo —miró por la ventana y suspiró—. Me encanta estar aquí. Es un lugar fantástico para crecer y vivir.

—Llueve menos que en Seattle.

—Creo que en la selva del Amazonas llueve menos que en Seattle —bromeó Nicole—. Estaba preocupada por Raúl cuando se divorció. No sabía qué hacer con su vida. Pensé que volvería a casa, pero esto es mejor. Hawk tuvo suerte. Cuando dejó la Liga Nacional, sabía que quería ser entrenador de instituto, pero no todo el mundo lo tiene tan claro.

—¿Sabéis lo del campamento que ha comprado Raúl?

—Sí. Y suena de maravilla. ¿Ahora han instalado la escuela ahí arriba, verdad?

Pia le contó lo del incendio.

—Puede que pasen dos años hasta que la escuela esté rehabilitada. Esperan conseguir el dinero rápidamente y comenzar con las reparaciones, pero quién sabe. Sin el campamento, los niños se habrían visto hacinados en escuelas ya de por sí abarrotadas.

—Raúl es un héroe —dijo Nicole con una sonrisa—. Eso lo ha sacado de Hawk.

Por lo que había oído, la pareja llevaba junta mucho tiempo, y aun así era obvio



que seguían enamoradísimos. Pia sintió algo de envidia. Querer a alguien durante tanto tiempo... que alguien te quisiera así... tenía que ser excitante y reconfortante al mismo tiempo. Durante un segundo se permitió imaginar cómo sería experimentar eso. Tener un amor que se hiciera más fuerte cada año.

La invadió ese anhelo, un dolor que le hizo difícil respirar. Con Raúl no tendría eso. Lo suyo era un acuerdo práctico. Tal vez, con el tiempo, acabarían queriéndose, pero no sería lo mismo, pensó con tristeza. La historia de un cortejo nunca formaría parte de sus vidas, ni ese enamoramiento que te hacía sentir bien pasara lo que pasara.

Nicole se acercó y tocó la mano izquierda de Pia.

—Es un anillo precioso.

—Gracias —apretó los labios.

—Nos alegra que Raúl haya encontrado a alguien.

Esa frase puso nerviosa a Pia. No sabía si Nicole sabía la razón por la que se casaban y aunque no tenía intención de contar los porqués de su compromiso estaba dispuesta a mentir sobre su embarazo.

—¿Os ha contado Raúl que estoy embarazada?

Nicole enarcó las cejas y se rio.

—No, no nos lo ha dicho. Es maravilloso. Por fin Raúl va a tener un hijo.

Excelente.

Se sintió como si hubiera metido la pata.

—Tal vez no debería haber dicho nada.

Nicole se rio.

—Me alegro mucho. Yo estaba embarazada cuando Hawk y yo nos casamos.

—Sí, pero seguro que el bebé era suyo.

Nicole apenas parpadeó; levantó su taza, dio un sorbo y dijo:

—¿Por qué no empiezas desde el principio?



Capítulo 15

Pia le explicó lo de Crystal, Keith y los embriones.

—Aún no sé por qué me los dejó a mí, pero lo hizo y ahora estoy embarazada.

—Trillizos —dijo Nicole—. Yo soy gemela y tuve gemelos, así que sé lo que es. Vas a tener tres. Eso son muchos pañales.

—Intento no pensar en ello —admitió Pia. Ni en eso, ni en las tomas de comer, ni en ponerlos a dormir a todos al mismo tiempo. Es más, aún estaba en proceso de negación.

—¿Qué dijo Raúl cuando le dijiste lo que querías hacer? —preguntó Nicole.

La mujer daba por hecho que estaban saliendo y que lo de los embriones le había dado una dimensión extra a una relación que ya estaba en marcha.

—Se ofreció a ser mi compañero de embarazo —dijo decidida a ceñirse a la verdad todo lo posible.

—Eso es muy propio de él. Podrías haberte olvidado de los bebés.

—No —dijo Pia con firmeza—. Jamás los habría abandonado —porque ella sabía lo que se sentía.

—¿Y dárselos a otra persona?

Pia sacudió la cabeza.

—Crystal me los dejó a mí. Puede que nunca sepa por qué, pero me esforzaré al máximo con sus hijos. Era mi amiga.

Nicole le apretó la mano.

—No te pareces en nada a Caro.

—No sé mucho sobre ella. ¿Cómo era?

Nicole le soltó la mano y se recostó en su silla.

—Preciosa. Inteligente. Es presentadora de noticias.

Pia ya la odiaba solo con oír eso.

—Genial.

Nicole se rio.

—Por favor, no se lo digas a Raúl, pero ésa fue mi reacción cuando la conocí. Decía lo correcto en cada momento, aunque siempre tuve la sensación de que prefería estar en cualquier parte menos con nosotros. Me gustaría decir que lamento lo de su divorcio, pero sinceramente, me sentí aliviada. Me alegra que te haya encontrado.

—A mí también —dijo Pia. Tal vez el suyo no era un amor de fantasía, ése con el que toda niña soñaba, pero era estable y sólido y para ella con eso bastaba.



Raúl y Hawk se dirigían al bar de Jo.

—Prepárate —le dijo Raúl al abrir la puerta—. No es lo que crees.

Hawk entró y se detuvo al ver las enormes pantallas de televisión. Tres estaban emitiendo culebrones y una la teletienda.

—¿Qué demonios...?

—No preguntes —le dijo Raúl antes de mirar hacia la barra—. Jo, ¿podrías ponemos dos cervezas?

—Claro. ¿Os vais a la caverna?

—En cuanto podamos —él señaló una puerta lateral—. Por allí. Te sentirás más cómodo.

La habitación más pequeña tenía un par de mesas de billar, un par de televisores emitiendo deportes y un tono azul oscuro muy masculino. Un descanso del tono rosa y verde lima con el que Jo acababa de pintar la sala principal. Por una vez estaba relativamente ocupado por hombres, a los cuales Raúl no conocía.

Jo les llevó las cervezas y un cuenco de galletas saladas.

—Interesante lugar —dijo Hawk antes de darle un sorbo a su cerveza—. Te gusta.

Raúl asintió.

—¿Eres feliz aquí?

—No es una pregunta muy masculina —bromeó Raúl.

—Llevo casado la gran parte de mi vida adulta. Apenas me queda masculinidad. No le digas a nadie que hablo de mis sentimientos.

—No diré ni una palabra —Raúl apoyó los brazos sobre la mesa y miró a su mentor—. Soy feliz. No sabía qué esperar cuando me mudé aquí, pero está resultando ser mucho mejor de lo que me esperaba.

—Tienes el campamento.

Raúl le explicó que estaba haciendo las funciones de escuela.

—Pasaré un tiempo hasta que puedan regresar al edificio, pero aun así tendremos nuestro campamento durante el verano. Sin embargo, hemos tenido que cancelar los planes que teníamos para el invierno.

—¿Y te parece bien?

—Me habría gustado empezar con los programas de Ciencias y Matemáticas, pero necesitaban un lugar donde ubicar la escuela. No iba a poner a trescientos niños en la calle solo por un problema de ego.

Hawk le dio una palmada en la espalda.

—Me gusta oír eso. Significa que hice un buen trabajo criándote.

—¿No podría ser mi carácter de nacimiento?

—Lo dudo.

Se rieron y brindaron con las botellas.

—Pia parece muy agradable —dijo Hawk.

—Lo es. Nació y creció aquí. Ya te conté que organiza todos los festivales del pueblo y para ello tiene que trabajar con mucha gente distinta y coordinar muchas cosas. Cuando la escuela necesitó material y una recaudación de fondos de



emergencia, lo preparó todo en un par de días —miró a su amigo—. Está embarazada.

Hawk enarcó las cejas.

—¿Y te parece bien?

—Sí, estoy feliz —vaciló—. Los bebés no son míos.

Hawk tenía la botella en la mano, pero no bebió.

—De acuerdo, cuéntamelo todo.

Raúl se lo explicó.

—Eso requiere mucha responsabilidad, dinero y tiempo. No serán tuyos —dijo Hawk cuando terminó.

—Serán míos. Estaré allí cuando nazcan y durante toda su vida. ¿Cómo no van a ser míos?

Hawk no parecía muy convencido.

—¿Estás haciendo esto por Caro? ¿Crees que tendrás menos problemas porque no son tus hijos biológicos? Pues si es así, te equivocas.

—Quiero ser su padre. Quiero participar en su vida, igual que tú participaste en la mía. Tú entraste en ella cuando estaba en el instituto, pero eso no significa que no me educaras tú. Puedo hacer esto. Quiero hacerlo.

Hawk dio un largo trago.

—Los niños son complicados incluso en las mejores circunstancias. Trillizos... Eso es mucha carga.

Raúl sonrió.

—Son tres cargas.

—Idiota. ¿Estás seguro de esto? Una vez que te comprometas, no habrá vuelta atrás.

—Estoy seguro —era lo que quería.

—Asegúrate de que te casas por las razones correctas.

Lo que significaba que Hawk quería que estuviera seguro de que se casaba con Pia porque la quería y porque no podía vivir sin ella. No porque estuviera haciendo lo correcto.

Era el único secreto que podía tener con su amigo. Lo cierto era que no amar a Pia formaba parte del atractivo de la situación. Había estado enamorado una vez, se había casado con Caro y había pagado un precio. Nunca más, se prometió. Y lo decía en serio.

—Pia es la única para mí.

—En ese caso, me alegro por ti.

Raúl no sabía si Hawk lo creyó o no, pero suponía que al fin de cuentas no importaba. Fuera cual fuera el resultado, Hawk estaría a su lado, igual que él estaría al lado de Pia y de los bebés.

Pia levantó la mirada de su mesa y vio a Charity Jones-Golden en la puerta.

—Estás ocupada —le dijo su amiga.



—Tengo la subasta esta noche y dentro de una semana el baile-cena. «Ocupada» es quedarse corta. «Histérica» se le acerca bastante. Es más, creo que frenética es bastante acertado.

—Entonces seguro que no tienes tiempo para ir de compras.

—Pues la verdad es que sí. Es más, creo que me serviría de terapia. A la vuelta, me compraré un sándwich y me lo tomaré en la mesa mientras trabajo.

Charity sonrió.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

—Sobre todo lo hago por mí, pero si te hace sentir mejor puedes fingir que lo hago por ti —Pia guardo el documento que tenía abierto, apagó el ordenador, agarró su bolso y se levantó—. ¿Qué vamos a comprar? ¿Joyas? ¿Muebles? ¿Unas vacaciones en el mar de Francia?

—Ropa premamá.

Pia se dejó caer en la silla con la mirada clavada en la barriga de su amiga.

—Dime que estás de broma.

—Tengo que comprar algunas cosas y tú tienes mucho más estilo que yo. Quiero tener el mejor aspecto posible cuando lleguen mis días de ballena. Ayúdame, Obi Wan. Eres mi única esperanza.

—Oh, por favor. No empieces con la *Guerra de las Galaxias*. Soy demasiado joven, solo recuerdo las versiones remasterizadas y tú también.

Charity seguía mirándola, con los ojos muy abiertos y suplicantes.

—De acuerdo —refunfuñó Pia mientras volvía a ponerse de pie—. Te ayudaré a comprar tu estúpida ropa premamá.

—La razón por la que te llevo conmigo es para que no sea estúpida. Y además, puede que quieras comprarte algunas cosas. Tardé un poco en dejar de ponerme mi ropa normal, pero yo no traigo trillizos.

—Gracias por mencionarlo.

—De nada.

Pia la siguió hasta el pasillo y cerró la puerta con llave. Mientras se dirigían a las escaleras, tuvo que admitir que Charity tenía un poco de razón... últimamente le apretaban un poco los pantalones y el sujetador le quedaba algo pequeño; estaban empezando a salirse por fuera... Desde ese momento hasta que pareciera una mujer que se había tragado un balón de playa, podría ganar mucho dinero posando para anuncios de aumento de pecho.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Charity—. ¿Tienes náuseas?

—Me encuentro bien siempre que tome galletas saladas nada más levantarme. Después, puedo comer prácticamente lo que quiera. Claro que si me fijo en la lista de las cosas que debería estar comiendo, todas esas frutas y verduras, la proteína y los lácteos, no me queda mucho espacio para las calorías vacías —suspiró—. Echo de menos las calorías vacías.

—Yo también. Y el café. Mataría por un vaso de vino —miró a Pia—. ¿Crees que es malo meter un poco de Merlot en la sala de recuperación?

—Creo que les extrañaría. Además, ¿no vas a darle el pecho?



Llegaron a la calle y giraron a la izquierda, donde había una exclusiva tienda de ropa premamá justo a la derecha de Gemas Jenel.

—Dar el pecho entra en los planes —admitió Charity—. ¿Y tú?

—No he llegado tan lejos. Necesitaría un pecho mas, eso para empezar, así que no estoy segura de cómo funcionará. Aún no he leído mucho. Tengo tiempo.

—Claro que sí. Es bueno que no estés totalmente obsesionada con tu embarazo. Los dos primeros meses yo no podía dejar de leer ni de hablar de ello. Me convertí en una de esas horribles amigas que solo se preocupan de sí mismas.

—Ya me acuerdo —dijo Pia en broma.

—Una verdadera amiga no mencionaría mi desliz —le respondió Charity riéndose.

Pia se alegró cuando la conversación cambió de tema. A decir verdad, la razón por la que no había empezado a leer mucho sobre el embarazo no tenía nada que ver con estar calmada y sí mucho con el hecho de que aún no se sentía en conexión con los bebés que crecían en su interior. Eran como un ejercicio intelectual, no un vínculo emocional. Sabía que estaba embarazada, pero eso no eran más que palabras.

Con el tiempo las cosas mejorarían, se dijo. Solo habían pasado unas semanas desde que todo había empezado y tenía sentido que necesitara tiempo para asumirlo todo desde un punto de vista emocional. Por lo menos, ése era el plan.

—Josh no deja de decir que tenemos que registramos en alguna *Web*. He entrado en páginas donde te muestran esas listas con las cosas esenciales y solo verlas hace que me entre el pánico. Hablan de cosas de las que nunca he oído. Y hay otras cosas extrañísimas. ¿Sabías que hay un aparato que mantiene calientes las toallitas de los bebés? Metes dentro un paquete y les da calor. Las críticas dicen que no lo compres porque luego los bebés lloran cuando no estás en casa y tienes que utilizar unas toallitas frías.

Pia comenzó a sentir miedo.

—¿Tengo que decidirme también sobre las toallitas? ¿No puedo comprar las que estén de oferta y ya está?

—Claro, pero, ¿las calentarás? Es increíble. Te juro que si haces caso de todo lo que dicen, más que una bolsita para el bebé necesitarías un camello. Y tú vas a tener tres.

Pia se sentía un poco mareada.

—Deberíamos hablar de otra cosa —murmuró.

—Y los pañales... ¿Sabes cuántos gasta un bebé de media a la semana?

—No.

—Ochenta o cien.

Charity seguía hablando, pero Pia estaba demasiado ocupada haciendo las cuentas. Con los trillizos, necesitaría entre doscientos y trescientos pañales a la semana. Si utilizaba los desechables, ¿no sería la causante de un desbordamiento de los vertederos sanitarios de Fool's Gold?

¿Trescientos pañales? ¿Cuántos venían en un paquete? ¿Podía meter tantos en su coche? ¿Tendría que comprar Raúl una furgoneta para llevar tanta cosa?



—Es bonito —Charity se detuvo delante del escaparate donde un maniquí embarazado lucía un sofisticado vestido pantalón color burdeos con una estola en chaqueta. La tela era de alta calidad, dibujaba bien silueta y seguro que se lavaba de maravilla.

—El color te sentaría genial —dijo Pia—, con tu pelo claro.

—Me pregunto si venden el conjunto con falda, o podría comprarme una falda negra y un top estampado, podría combinarlos y me servirían para ir a trabajar. ¿O estoy combinando demasiado?

—Lo estás haciendo bien. Vamos dentro a ver que tienen.

La tienda era más grande de lo que parecía desde fuera. Había mucha luz, muchos espejos e hileras de ropa ordenada por tipo. En el fondo, un arco conducía a una impresionante tienda que vendía todo para los bebés. Pia vio un carrito de paseo y una cuna antes de desviar la mirada cautelosamente. Estaba allí para comprar para su amiga, no para ponerse histérica. Más tarde, cuando pudiera sentarse, pensaría en todo el equipo que necesitaba e intentaría no hiperventilar. Y tal vez aceptaría la oferta de Denise Hendrix de explicarle qué necesitaba comprar exactamente una madre de trillizos.

—Hola, chicas —dijo una dependienta—. ¿Qué tal?

—Genial —dijo Charity—. Estoy mirando.

—Avísame si puedo ayudaros.

Pia miró los vestidos; tal vez era lo más sencillo de llevar, pero ya que cada vez hacía más frío, prefería unos pantalones o unos buenos vaqueros. Además, ¿de verdad quería llevar medias y mallas de embarazada o cosas de nylon?

Fue a ver los pantalones y se estremeció al ver una nada atractiva banda elástica metida por delante.

—Mira esto —dijo Charity señalando un maniquí—. Es una banda para la barriga. Es genial. Te sirve en todo momento, por ejemplo, para cuando estás demasiado gorda para tus propios vaqueros, pero no tanto para los premamá. Cubre la cremallera abierta —sonrió—. Deberías comprarte una; ojalá yo lo hubiera visto antes.

Pero Pia estaba deseando salir de allí. No estaba preparada. Aún no. Apenas estaba embarazada y aún no había aceptado que fuera a tener un bebé, así que mucho menos tres.

Vio a Charity agarrar varias prendas y esperó mientras su amiga se las probaba.

—Estás adorable con todo —le dijo Pia.

Y era verdad. Charity estaba resplandeciente. Se la veía feliz y emocionada con su maternidad. No como ella que se sentía un fraude.

—¿No quieres comprarte nada? —le preguntó Charity mientras pagaba.

—No estoy preparada.

—Supongo que tratándose de trillizos, vas a tener que prepararte pronto. ¿Es ahora cuando te pido que vengas conmigo aquí al lado a ver muebles y te niegas?

—Iré contigo.

Tal vez echar un vistazo en la tienda de bebés la ayudaría. Al menos ahí podría



consultar un libro sobre partos múltiples. Los libros que tenía en casa solo tenían un capítulo o dos al respecto.

—Ven —le dijo Charity una vez dentro de la tienda—. Hay una habitación que me encanta, pero es muy de niña y si tenemos un niño, no estoy segura de que vaya a ser apropiada.

Pia siguió a su amiga hasta una muestra de dormitorio en un tono de madera muy claro. La pequeña mesita, la cuna, la cómoda y el cambiador tenían hadas y ángeles tallados. Unos tiradores rosas y dorados resplandecían y le daban un toque brillante a los cajones.

—Sí que es demasiado de chica, pero es genial. Aunque antes de comprarla tendrías que asegurarte de que vas a tener una niña.

—¿Es demasiado para un niño?

—A Josh le dará un ataque y eso es lo último que querrías.

—Lo sé —Charity suspiró—. Tenía pensado no conocer el sexo del bebé hasta el parto, creía que sería divertido. Siempre he sido una planificadora y esto me parecía lo último para dejarme llevar.

—Pues vas a tener que dejarte llevar en la elección de los muebles. Esto es muy de niña.

—Tienes razón —dijo Charity a regañadientes—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Sobre qué?

—Sobre conocer el sexo de los bebés.

—No he pensado en ello.

—Por lo que sé de la fecundación in vitro, no tendrás trillizos idénticos —dijo Charity—. Que haya tres embriones significa que fertilizaron tres óvulos distintos. Eso podía poner las cosas muy interesantes. ¿Lo quiere saber Raúl?

No habían hablado sobre ello. Es más, no habían hablado nada de los niños. Ella no sabía qué pensaba sobre tener hijos, solo sabía que los deseaba. ¿Qué esperanzas y sueños tenía él para esos niños? ¿Querría saber si iban a tener niños o niñas?

Se apoyó en la cómoda para mantener el equilibrio. Había más. No habían hablado ni de dinero ni de sus objetivos de vida. Ni siquiera sabía de qué religión era o si abría los regalos en Nochebuena o en Navidad.

¿Cómo podía haber accedido a casarse con un hombre al que no conocía de nada? ¿No deberían tener un plan para conocerse el uno al otro? Claro que ella era la misma que había permitido que le implantaran los bebés de su amiga sin pensar en el futuro.

Sería la madre de tres niños y tendría que criarlos durante los próximos dieciocho años. O más, si los precios de la vivienda seguían subiendo. ¡Pero si apenas podía ocuparse de ella misma! Y, por si eso fuera poco, también estaba la humillante relación fallida con *Jake*, el gato.

—No puedo hacerlo —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Charity, preocupada.

Pia tenía que salir de allí. No podía respirar, no podía pensar.



Miró su reloj.

—Tengo que irme. Tengo que... —la mente se le quedó en blanco, pero entonces arrancó de nuevo y le ofreció una excusa perfecta—. Mañana tengo una reunión del consejo y tengo que volver al trabajo para prepararla.

—Yo también —le dijo Charity—. Vamos a hablar del presupuesto. Ninguna podemos tomar cafeína. ¿Cómo se supone que vamos a mantenernos despiertas?

Pia estaba impresionada. Debía de sonar normal cuando por dentro estaba al borde del colapso.

Logró llegar a su oficina, pero en lugar de preparar la reunión, se quedó en su diminuto cuarto de baño agarrada al lavabo.

La pregunta obvia era, ¿en qué había estado pensando? Pero ya conocía la respuesta: no había pensado. Había estado reaccionando a la pérdida de una amiga querida y ahora que estaba embarazada, ¿estaba haciendo lo posible por mantenerse informada? Había hecho algún cambio en su vida para prepararse para la llegada de los bebés?

De acuerdo, sí, había dejado el alcohol y la cafeína y tomaba vitaminas y comía mucha fruta y verdura, pero ¿con eso bastaba? No sabía cuántos pañales al día necesitaba un bebé. No quería mirar muebles ni ropa premamá. Si Crystal de verdad supiera cómo era, estaría horrorizada de saber que ella tendría la custodia de sus hijos. Porque por primera vez era consciente de que esos bebés eran reales y estaba horrorizada.

Todo el pueblo se presentó a la subasta. Pia contemplaba la multitud y vio que ser el objeto de tanta atención masculina era bueno para su emocionalmente frágil estado.

Desde que había llegado al centro de convenciones, le habían pellizcado el trasero en dos ocasiones y le habían pedido salir más veces de las que podía recordar.

Por lo menos habría trescientos tipos por allí y el doble de mujeres. Los puestos estaban haciendo mucho negocio, lo cual significaba ingresos para el pueblo. Genial.

—Hola, guapa.

Pia levantó la mirada de su carpeta y vio a un hombre alto y mayor sonriéndole. Le faltaban unos cuantos dientes y necesitaba un buen afeitado.

—¿Vas a pujar por mí esta noche? —le preguntó arqueando las cejas.

—Lo haría si pudiera —respondió ella con un intenso suspiro—, pero estoy embarazada.

Él bajó la mirada y retrocedió.

—No me interesan los niños.

—Eso lo oigo mucho.

El hombre se dio la vuelta y casi salió corriendo en la otra dirección. Montana corrió hacia ella.

—Esto es genial. Estoy deseando que empiece el concurso de talentos. Un tipo me ha metido mano. Debería estar enfadada, pero casi me ha resultado divertido.



—Espera una hora más y entonces empezará a encontrarlo irritante. Le estoy diciendo a todo el que me habla que estoy embarazada y es muy efectivo.

Dakota se unió a ellas. Llevaba un refresco en una mano y palomitas en la otra.

—La mujer del perro bailarín es la primera en el concurso de talentos. Me muero de ganas por verlo.

Pia se rio.

—Es un evento serio, chicas. Comportaos.

—Es una mujer bailando con su caniche —apuntó Dakota entre carcajadas—. Me encanta este pueblo.

Pia miró a su alrededor y vio la multitud que abarrotaba el centro de convenciones. Y, a pesar de la locura, ¡le encantó!

A la tarde siguiente, Pia logró estar presente en la reunión del consejo sin quedarse dormida. Y, dada la noche que había pasado en la subasta, eso era decir mucho.

Las actuaciones se habían sucedido a su tiempo y en la subasta de solteros los hombres más atractivos que habían dicho tener trabajo habían sido los más solicitados: no había sucedido nada embarazoso y eso significaba que los medios de comunicación serían relativamente benévolo con ellos.

Una crisis superada y ahora aguardaban otras cuarenta y siete. Por lo menos los actos de esa noche habían evitado que pensara en lo pésima que era como futura madre.

Estaba intentándolo y eso debería contar, se dijo. A medida que se viera más embarazada, se vinculara con los bebés. Se prometió que leería más y que sabría qué pasos debía ir dando.

—Esperamos que ayuden los ingresos de la afluencia de turistas —estaba diciendo la tesorera.

—Y con «turistas» se refiere a hombres —aclaró la alcaldesa con un suspiro—. Pia, la subasta se desarrolló sin incidentes anoche. Muchas gracias.

—De nada. Aún no tengo el total del dinero recaudado, pero hicimos mucho. Vamos a descontar los costes de los preparativos y todos los beneficios van directamente al pueblo.

—Supongo que si tenemos que estar en mitad del circo, podríamos sacar algún beneficio —dijo Marsha—. ¿Quién es el siguiente?

Pasaron a hablar de los presupuestos. En un momento determinado, Charity intentó contener un bostezo, pero vio a Pia y sonrió.

Pia asintió. No era un tema que pudiera mantener a una muy despierta y prestando atención. Se movió en su silla y sintió un calambre en la tripa. Al principio no pensó en ello y se limitó a escuchar la última información sobre el incendio y los costes de reparación.

Los calambres aumentaron e intentó recordar si le tocaba el periodo. Normalmente lo anotaba en su agenda para estar preparada...



La invadió el miedo. No podía tener el periodo. Estaba embarazada. No debía tener esos calambres.

—Oh, Dios —dijo con la respiración entrecortada y sin atreverse a moverse, no segura de qué hacer.

Todo el mundo se volvió hacia ella y otro calambre la sacudió, uno que fue mucho peor.

Y entonces lo sintió. Algo líquido. Se levantó y bajó la mirada. Tenía la silla cubierta de sangre.

Comenzó a gritar.



Capítulo 16

Le costaba respirar y se atragantó con un sollozo. A pesar de la insistencia de la enfermera en que tenía que calmarse, no podía dejar de llorar.

La enfermera le agarró la mano.

—Cielo, ¿hay alguien a quien pueda llamar? ¿Quieres que llame a tu madre?

La ironía de la pregunta hizo que Pia llorara más aun. Marsha ya habría llamado a Raúl y él llegaría allí lo antes posible.

No tenía a nadie más.

—Estoy bien —logró decir.

—Tienes que calmarte. Esto no es bueno ni para ti ni para los bebés.

Bebés. Porque quedaban dos. Al menos eso era lo que había mostrado la ecografía. Solo había perdido a uno.

Hizo lo que pudo por respirar con normalidad. Disgustarse no haría más que empeorar las cosas. Lo sabía, pero no podía controlarse. No, cuando sabía que ella era la culpable.

—¿Dónde está? —preguntó una voz masculina desde el pasillo—. Pia O'Brian. Es mi prometida.

—¡Raúl!

La enfermera corrió hacia la puerta.

—¡Aquí!

Raúl entró.

—Pia —se agachó, le tomó la mano y la besó en la frente—. ¿Estás bien?

Ver su mirada de preocupación la hizo echarse a llorar otra vez, pero en lugar de apartarse, él se acercó más y la rodeó con sus brazos.

Pia lloró y lloró hasta que se sintió vacía por dentro. Hasta que ya no hubo modo de encontrar alivio.

—He perdido a uno de los bebés —dijo.

—Lo sé —él le acariciaba el pelo—. No pasa nada.

—Claro que pasa. Soy la culpable. Es culpa mía —se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Agarrándole la mano, lo miró a los ojos—. Es culpa mía. Yo he hecho esto. Nunca me parecieron reales. No quería contártelo, pero no lo sentía. No tenía instinto maternal. El bebé lo sabía. Lo sabía y ahora ya no está.

—Pia, no. Eso no es lo que ha pasado.

—Sí que lo es. Ayer salí con Charity. Quería que mirara ropa de premamá, pero yo no quise. No quería pensar en lo gorda que me pondría ni en lo que le pasaría a mi cuerpo. Después, me entró el pánico al ver los muebles. Ni siquiera sabía cuántos pañales utiliza un bebé a la semana.



Las lágrimas volvieron a brotar y se deslizaron por sus mejillas.

—Crystal confiaba en mí. Confiaba en mí y ahora he perdido uno de sus bebés y no puedo solucionarlo. No puedo hacerlo mejor. La quería y ella creía en mí y mira lo que he hecho.

Raúl sacudía la cabeza al verla desesperada e impaciente.

—A veces los bebés no lo logran.

Ella alzó un poco su cama para poder verlo mejor.

—Hay más. Yo tengo la culpa —tragó saliva sabiendo que tenía que decirle la verdad, aunque eso supusiera que él se alejara para siempre de su lado.

Tal vez sería lo mejor, pensó. Y después, cuando los bebés nacieran, él podría hacer que los servicios sociales se los arrebataran para que no les hiciera más daño.

—Me quedé embarazada cuando estaba en la universidad.

Raúl no quería oír nada más. Sabía adónde iría a parar la historia, qué iba a decir ella. La furia crecía en su interior. Apartó la mano.

Pia estaba hablando y él se forzó a escucharla, a fingir que no la estaba juzgando.

—Sabía que no se casaría conmigo y comencé a... Comencé a desear que el bebé muriera. Eso era lo que tenía en la cabeza. Que todo sería mejor si no estuviera.

Cerró los ojos. Las lágrimas seguían brotando, pero ya no le conmovían.

—Y entonces pasó —susurró.

—Hiciste algo.

Ella asintió.

—Lo sé. El bebé sabía o sentía que no lo quería y murió. La doctora Galloway dice que no puedo responsabilizarme por ello, que no todos los bebés empiezan bien y que cuando eso sucede, la naturaleza toma parte. Es la explicación médica, que el bebé no estaba bien. Pero no era el bebé, era yo.

Él la miraba, confundido por lo que estaba diciendo.

—¿No te practicaron un aborto?

—¿Qué? No, claro que no. Estaba pensando en dar al bebé en adopción. Incluso tenía los folletos, pero desapareció sin más, igual que hoy. Eso es lo que no dejo de pensar. Que me han castigado por no querer a aquel primer bebé.

La furia y la sensación de verse traicionado fueron disipándose como si nunca hubieran existido y quedaron reemplazados por la vergüenza. Por pensar lo peor de Pia. Ella no era como Caro. Eso él ya lo sabía.

Volvió a la cama, agradecido de que ella no se hubiera percatado de su reacción y la acercó hacia sí.

—Lo siento —le dijo disculpándose por el error.

—No has hecho nada.

Más tarde se lo diría, pensó. Cuando se encontrara mejor.

—Tú tampoco. Nadie te está castigando.

—Eso no puedes saberlo.



Él la miró a los ojos.

—Sí que puedo.

—He perdido uno de los bebés de Crystal.

—No. Los dos hemos perdido a uno de los nuestros.

Gemelos, pensó Raúl con tristeza. Gemelos, no trillizos.

Ella abrió los ojos como platos.

—Tienes razón —dijo con un sollozo—. Oh, Dios mío, haz que vuelva.

Una plegaria que jamás sería escuchada, pensó él tristemente mientras la abrazaba.

Se quedaron así un largo rato y cuando ella parecía haberse calmado un poco, él se sentó a su lado sobre la cama y le acarició la cara.

—Tengo un aspecto terrible —dijo Pia—. Estoy hinchada.

—Estás preciosa.

—O eres un mentiroso o necesitas que te revisen la vista.

Raúl le sonrió y, después de besarla en la boca, dijo:

—No pienses ni por un segundo que es culpa tuya. No puede serlo. La culpa va acompañada de un acto deliberado.

Se detuvo y decidió que había llegado el momento de contárselo.

—Sabes que estuve casado. Caro era una antigua reina de la belleza convertida en presentadora de noticias. Nos conocimos en una gala benéfica en Dallas.

Pia se recostó contra las almohadas.

—¿Puedo odiarla?

—Claro.

—Bien, porque la odio.

Hubo un momento en que él la había odiado mucho más, pero el tiempo lo había curado todo. Jamás lo comprendería, pero había dejado de querer verla castigada.

—Éramos la pareja perfecta —siguió diciendo—. Pero después de comprometernos, le ofrecieron un trabajo en Los Ángeles. Su carrera era muy importante para ella y se mudó; yo iba yendo y viniendo.

—Eso suena muy civilizado.

—Lo era. Hablábamos de formar una familia. Los dos queríamos hijos. Un día me dijeron que Caro estaba en el hospital. Llegué todo lo deprisa que pude. No comprendía qué estaba pasando y ella no quería que me lo contaran.

Podía recordarlo todo sobre aquel momento: de pie en el pasillo, mirando al médico que no le decía qué le pasaba a su mujer.

—No lo comprendo —dijo Pia—. ¿El médico no te lo decía?

—No, sin su permiso. Entré en su habitación. Estaba pálida y le estaban haciendo una transfusión.

Eso era lo que más lo había asustado. La idea de que podía morir.

—Había tenido un aborto esa tarde y algo había salido mal. Había tenido hemorragias internas. La operaron y todo salió bien. Eso es lo que me dijo. «Estoy bien».



Raúl sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sabía que estaba embarazada. No me lo había dicho. Me decía que quería tener hijos algún día, pero aún no. No cuando su carrera iba tan bien. Si no hubiera acabado en el hospital, jamás lo habría sabido. Tomó la decisión sin mí. Aunque creo que una mujer tiene derecho a elegir, aquello fue distinto. Estábamos casados. Intentábamos tener un hijo, lo intentamos activamente para que yo pudiera estar a su lado cuando naciera fuera de la temporada de partidos. Pero todo era mentira.

Pia no podía creer lo que estaba oyendo, que la mujer de Raúl lo hubiera traicionado de ese modo. Una cosa era posponer el momento de tener hijos o hablar sobre un embarazo inesperado, pero fingir estar intentando tener un bebé y abortar al quedarse embarazada era algo inexcusable.

—Lo siento —susurró ella—. Sé que suena estúpido, pero lo siento.

Podía ver la expresión de dolor y de pérdida en sus ojos.

—Yo también lo siento.

Se quedaron mirándose el uno al otro compartiendo su dolor. A pesar de su práctico acuerdo, nunca se había sentido más unida a él, más conectada.

Alguien llamó a la puerta. Ambos se giraron y vieron a la doctora Galloway.

—Pia, querida. Lo siento mucho.

—Yo también.

La doctora le estrechó la mano a Raúl y fue al lado de ella.

—Por lo que he visto, los otros dos bebés están bien. Están creciendo y parecen sanos.

—Quiere decir que no pierda la esperanza.

La mujer le dio una palmadita en el hombro.

—Digo que no te rindas. Quiero que intentes relajarte. Te quedarás aquí esta noche y haremos otra ecografía por la mañana. Espero que todo salga bien y entonces podrás irte a casa. No hay razón para creer que tendrás más problemas, pero tomaremos precauciones para asegurarnos.

Pia asintió.

—Diré que te suban algo de comida. Quiero que comas. ¿Lo prometes?

—Sí.

—Yo me quedo —dijo Raúl con firmeza—. Me aseguraré de que come.

—Sospecho que lo harás —respondió la doctora con tono animado—. Bueno, Pia, descansa. Te veo por la mañana.

—Gracias.

—De nada. Y no te culpes por esto, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

Cuando la doctora se marchó, Raúl volvió a su lado.

—Lo superaremos —le prometió.

—Lo sé.

Tenerlo a su lado la ayudó mucho, pensó mientras se relajaba contra las almohadas. Podía depender de él, apoyarse en él y ahora mismo eso era lo mejor de



todo.

Pia se estiró en el sofá e intentó ponerse cómoda. No es que tuviera dolor, sino que se sentía extraña por dentro. Incómoda. Asustada. Y ésas eran unas emociones no diseñadas exactamente para que su día fuera tranquilo.

Había vuelto a casa del hospital esa mañana y le había costado convencer a Raúl de que era absolutamente seguro dejarla sola unas horas. De hecho, no habían sido sus palabras las que habían surtido efecto, sino el flujo de visitantes que se habían presentado con flores, tarjetas, comida y regalos para los mellizos. Cuando él había visto que era casi imposible que se quedara sola mucho tiempo, había accedido a ir a su oficina a comprobar unas cosas.

Ahora ella respiraba aliviada ante el silencio y esperaba que pasaran horas hasta que alguien volviera a llamar a la puerta. Era mucho más sencillo compadecerse de una misma y sentirse culpable cuando se estaba sola.

La segunda ecografía había mostrado que los dos bebés que quedaban estaban bien y que no parecían afectados por lo sucedido a su hermano. Una de sus visitas, Nina, la enfermera del hospital, le había llevado pollo y le había dicho que no era extraño perder a un bebé durante la gestación.

Pia agradeció los intentos de hacerla sentirse mejor, pero en ese momento aún se sentía culpable y algo deprimida. Era posible que con el tiempo se sintiera mejor, pero no podía imaginar que eso llegara a suceder.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Denise Hendrix abrió la puerta y entró en el salón.

—Hola —le dijo la mujer con una cálida sonrisa—. ¿Cómo te encuentras?

Pia se encogió de hombros.

—Supongo que bien. Triste.

—Normal. Lo estarás un tiempo. Te he traído helado. Casi todos los sabores que hacen Ben & Jerry's. Piensa en esto como en tus raciones de lácteos. Lo pondré en el congelador.

Volvió al cabo de unos minutos y en lugar de sentarse en la silla situada frente al sofá, lo hizo sobre la mesa de café y se acercó a ella.

—Se te ve hundida, como si hubieras perdido a tu mejor amiga.

—O hubiera matado a su bebé —murmuró Pia—. Lo siento. No pretendía decirlo en voz alta.

—Tú no has matado al bebé de Crystal.

—Pues lo parece. No eran reales para mí, Denise.

—¿Y qué? ¿Por qué eso no es suficiente? Hay unos niños creciendo en tu interior y ahora mismo tu único trabajo es cuidar de ti y cuidarlos a ellos lo mejor que puedas —suspiró—. He criado a seis hijos. ¿Crees que estuve presente cada segundo de cada día? ¿Crees que me gustaba cuando los niños estaban pelándose y las niñas tenían un cólico? ¿Que no me apetecía irme a una isla tropical con nada más que una



tranquila habitación donde poder dormir y un buen libro?

—Pero eres una madre genial.

—Gracias. Amaba a mis hijos y lo hice lo mejor que pude, pero no era perfecta. Nadie lo es. Y si los bebés que te han implantado no te parecen reales, ¿qué? Ya lo asumirás. Esto supone un cambio enorme en tu vida, Pia. Has renunciado a muchas cosas para honrar la petición de tu amiga. Me caía genial Crystal, pero he de decirte que una parte de mí piensa que no tenía derecho a hacerte esto.

—¿De qué estás hablando?

—No le puedes dejar tus embriones a alguien sin consultárselo primero. Está mal. Debería habértelo contado, asegurarse de qué necesitabas. Ella te pidió mucho, pero no te dio la oportunidad de negarte.

Pia no lo había visto de ese modo.

—Podría haberme ido.

—Marcharse siempre es una posibilidad, sí, pero no para ti. Tú no eres así. Y cualquiera que te conozca personalmente sabe que te ha hecho daño la gente que debería protegerte. No tienes que preocuparte sobre conectar o no con los bebés que están en camino. Sucederá. La razón por la que estás triste es que has perdido a uno de tus hijos también. Si esto solo tratara de Crystal, te sentirías culpable.

Pia le dio la vuelta a las palabras de la mujer.

—Tienes razón —dijo lentamente—. Si no me importara, supongo que estaría aliviada en secreto. Dos bebés serán mucho más fácil de cuidar que tres, pero no puedo alejarme de la sensación de pérdida. Y de decepcionar a Crystal.

—No se trata de tus emociones. Un embrión se ha perdido en cualquier punto del proceso. Habría sido un milagro que los tres llegaran tan lejos. ¿Sabes la probabilidad que había de quedarte embarazada? Lo has hecho genial.

—Gracias.

De algún modo, Denise había llegado al corazón del problema y, en cierto modo, sacar el tema a la luz hizo que Pia se sintiera mejor.

—Me preocupa no hacer un buen trabajo —admitió ella—. No estoy preparada para comprar ropa premamá o ver muebles de bebé.

—La mayoría de las mujeres se casan y planean tener un bebé. A ti esto te lo han impuesto sin avisar. Necesitas tiempo para ponerte al día. Y en cuanto a la ropa premamá, confía en mí, no pasará mucho tiempo hasta que no tengas elección —sonrió—. Muy pronto tendrás hormonas fuera de lo normal recorriéndote el cuerpo. Biológicamente te verás obligada a preparar el nido. Pero hasta que eso pase, no te preocupes. Estás siendo demasiado dura contigo misma.

—Intentaré hacerlo mejor.

—Eso espero. Serás una madre genial. Ya lo eres. Si necesitas algo, sabes que todos estaremos a tu lado. Este pueblo te adora.

Las dos mujeres se abrazaron y mientras Denise se ponía derecha, Pia oyó pisadas en las escaleras. Unos segundos después, Raúl entró en el apartamento.

—Denise. Gracias por pasar por aquí.

—Tenía que ver a nuestra chica. Está mejor.



Raúl la miró nervioso.

—Eso espero —vaciló y añadió—: Intento convencerla de que se mude conmigo, al menos de manera temporal. Mi casa no tiene tantas escaleras.

Pia volteó los ojos.

—Estoy bien.

—No puedes subir las escaleras.

Había una diferencia entre «no poder» y «no querer», pensó Pia. Aunque se suponía que tenía que tomárselo con calma durante los próximos días, después no había restricciones.

Denise los miró a los dos.

—Pia, podría ser una buena idea. Estarías más relajada si no tuvieras que preocuparte por las escaleras. Solo será durante una semana o así, después puedes volver a tu casa —enarcó las cejas—. Aunque no estoy segura de durante cuánto tiempo querrás subir esos tres tramos de escaleras a medida que avance tu embarazo.

Raúl tenía en el rostro una expresión suplicante.

—¿Lo ves?

Sería la solución más práctica, pero a Pia no le gustaba. Mudarse con Raúl hablaba de su relación... o tal vez simplemente hacía que las cosas parecieran más reales. Y no es que ella hubiera querido ignorar el gran anillo de compromiso que llevaba en la mano izquierda...

—Pensaré en ello —prometió. Era lo mejor que podía hacer.

Denise volvió a abrazarla y le susurró:

—Es un hombre muy guapo y excesivamente amoroso. Hay cualidades peores en un hombre...

—Lo sé. Gracias por venir y hablar conmigo.

Denise la besó en la frente.

—Cuando quieras. Cuida de ella. Todos la adoramos.

—Lo haré —le respondió Raúl antes de acompañarla a la puerta.

Hablaron unos segundos durante los que Pia no pudo oír qué se decían. Se recostó contra el sofá y cerró los ojos. A pesar de estar agotada, no podía quedarse dormida. Cada vez que lo intentaba, volvía a ver la sangre en la silla y el terror la invadía. No era una secuencia exactamente diseñada para hacer que durmiera.

En su lugar, pensó en lo que Denise le había dicho. Y lo que más la ayudó fue su observación sobre lo increíble que era que los bebés hubieran llegado tan lejos. Tal vez estaba bien que en un principio no hubiera absorbido del todo la idea de estar embarazada. Tal vez todo eso cambiaría con el tiempo.

Abrió los ojos y vio a Raúl cerrar la puerta. La miró.

—¿Por qué no intentas descansar? —le sugirió él.

Ella asintió porque era más sencillo que admitir que no podía dormir. Cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Eso le pareció lo más seguro.

Pero se vio recordando la historia de su primera esposa. De cómo Caro lo había traicionado. No había excusa para lo que había hecho. Pia no podía imaginarse mintiéndole a la persona a la que querías más que a nadie. No así. Si no hubiera



querido tener hijos, debería habérselo dicho y haber tomado la píldora o algo así.

Pero la parte más difícil de lo que él le había contado había sido darse cuenta de que había amado a Caro. La verdad se había reflejado en cómo había hablado sobre ella, en la emoción de sus ojos. La había conocido, había salido con ella, se había enamorado y le había propuesto matrimonio. Como tenía que ser.

Ella no tendría todo eso. No tendría la clase de amor que Nicole y Hawk compartían, ni que Denise había tenido con su difunto esposo. Podría haber respeto y un afecto cada vez mayor, podría haber un objetivo compartido de criar a los mellizos y tal vez de tener más hijos, pero en su relación no existiría la clase de amor que hacía que se te acelerara el corazón, que te ponía el vello de punta.

Saberlo le dolió más de lo que se habría esperado y la hizo querer entregarse al llanto. En parte por lo que había perdido, y en parte por haberse dado cuenta de lo mucho que deseaba tener eso en su vida. Había querido un final feliz.

Con Raúl.

Se puso derecha y abrió los ojos. Después de asegurarse de que él no estaba en la habitación, le dio vueltas a la idea. ¿Con Raúl? Como si... ¿Qué? ¿Es que estaba enamorándose de él?

Ése era un terreno peligroso, se dijo. Era una locura enamorarse de un tipo que le había dejado claro que no quería implicar a su corazón en todo eso.

Se recordó que ella siempre había sido práctica y que era el peor momento para estar pensando con el corazón.

—Aún me huelen raras las manos —dijo Peter con una carcajada—. Y ya me las he lavado como cinco veces.

—El ajo tiene ese peligro —le respondió Pia disfrutando de la compañía del niño. Era difícil estar deprimida en presencia de un niño tan feliz.

—Raúl ha dicho una palabrota al echar los espaguetis en el agua hirviendo —susurró Peter—. Ha sido divertido.

—Seguro que sí.

A pesar de sus negativas para mudarse con Raúl, el sentido práctico y su miedo a las escaleras habían salido ganando. Él le había hecho las maletas, la había bajado en brazos por las escaleras y ahora estaba instalada en su habitación de invitados.

Raúl había llamado a los padres adoptivos de Peter y les había pedido si el niño podía cenar con ellos. Pia agradeció tener a alguien más allí aquella primera noche porque la hizo sentirse menos incómoda por el hecho de estar en casa de Raúl.

Él apareció en la puerta con un paño de cocina sobre un hombro.

—He escurrido la carne de grasa antes de añadirle la salsa.

—Sí.

—Qué complicado es cocinar.

Ella se rio.

—Te he dicho que no empezaras haciendo espagueti. Podrías haber calentado algo preparado, sin más. Eso habría sido más sencillo.



—Pero me encanta un buen desafío.

—Típico de los hombres.

Él se rio y se marchó.

Peter estaba sentado al lado de ella en el sofá.

—Raúl ha dicho que estás enferma y que tenías que tener cuidado —el niño extendió el brazo, que ahora era una escayola verde—. ¿Es como lo de mi brazo?

—Un poco. Aún tienes que tener cuidado con no mojarla, ¿verdad?

—Sí.

—Pero se pondrá bien.

—¿Como tú? —preguntó Peter acercándose a ella. Pia lo rodeó con su brazo.

—Como yo —dijo y esperó estar diciendo la verdad.



Capítulo 17

Liz se estiró en el otro sofá en el salón de Raúl.

—En serio —le dijo—. Tienes que estar aburrida.

—Casi he terminado —admitió Pia. Era el día cuatro y su último día de descanso—. No dejo de pensar en todo lo que hay que hacer y en lo atrasada que voy.

—Sí, bueno, en cuanto a eso... Montana ha organizado un equipo de trabajo.

Pia se puso derecha.

—No me digas que ha dejado que entre gente en mi despacho.

—De acuerdo, no te lo diré.

—¿Estás de broma? ¿Han tocado mis archivos?

Liz se rio.

—No es que hayan estado revolviendo tu cajón de la ropa interior. No son más que carpetas.

Pia gruñó.

—Son mis carpetas. Tengo un sistema. ¿Y si me lo han descolocado?

—¿Y si solo intentaban ayudar porque se preocupan por ti?

—Ayudar es agradable, pero no si me genera más trabajo.

—Alguien necesita relajarse un poco. Deberías estar agradecida por lo mucho que nos preocupamos por ti. Este pueblo se cuida a sí mismo.

Pia entrecerró los ojos.

—No estabas tan contenta con eso cuando te mudaste. Si no recuerdo mal, querías marcharte y no volver nunca más.

—Eso era diferente.

—¿Por qué?

—Me estaba pasando a mí.

Pia se relajó en el sofá y se rio.

—Muy típico. Estamos absortos en uno mismo.

—Eso lo dirás por ti —el humor de Liz se desvaneció—. ¿Cómo te encuentras?

—No. Estoy cansada de hablar de mí. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo es la vida con tres niños y un prometido?

—Te olvidas del perro. Es la gran idea de Ethan, aunque la culpa es mía. Di un voto. Claro que todos querían el cachorrito menos yo y ahora, por si antes tenía poco, estoy entrenando a un labrador con mucha energía que se llama *Newman*.

Pia se rio.

—¿*Newman*?

—¿Te lo puedes creer?



A comienzos de verano, Liz había descubierto que tenía dos sobrinas. La mayor, de catorce años, se había puesto en contacto con ella a través de su página *web*, diciendo que su padre estaba en prisión y que su madrastra las había abandonado. Liz había hecho las maletas, había agarrado a su hijo y su ordenador y había llegado a Fool's Gold para rescatar a sus sobrinas.

La situación se había visto complicada por el hecho de que Ethan, el mayor de los chicos Hendrix, era el padre del hijo de diez años de Liz. Como consecuencia de una serie de malos entendidos, Liz había pensado que él sabía lo de Tyler, pero no era así. Tras unos meses algo duros, se habían dado cuenta de que seguían locamente enamorados y ahora Ethan estaba construyéndoles una casa, estaban comprometidos y Liz tenía la custodia de sus dos sobrinas. Y a *Newman*.

—¿No tienes que empezar pronto con la presentación de un libro?

Liz era una autora súper ventas de libros de misterio.

—La semana que viene —dijo con un suspiro—. Denise se va a mudar a casa mientras estoy fuera. Le he advertido que no será la gran fiesta que se está imaginando. La buena noticia es que *Newman* tiene un noventa por ciento de probabilidades de saber donde hacer pis.

—¿No dentro de la casa, supongo?

—Exacto. Tengo una lista de las tareas que tienen que hacer los chicos y cada uno se hará su colada, lo cual significa que Tyler a veces tiene calcetines rosas..., pero está aprendiendo a soportarlo. Normalmente suelo estar fuera tres semanas, pero dadas las circunstancias, mi publicista cree que diez días es mejor. Sinceramente, estoy deseando estar sola en una habitación de hotel. Sin música alta, sin televisión, sin peleas por los mandos de la Wii, sin gritos preguntando a qué hora es la cena.

—Sin Ethan.

—Eso es lo malo, pero sobreviviré. Lo cierto es que me es de gran ayuda con los niños. Las niñas lo adoran y está ayudando a Abby a practicar béisbol para entrar en el equipo del colegio.

—Te has hecho a vivir aquí, aunque pensé que eso no pasaría nunca.

—Yo tampoco —admitió Liz—. Al principio fue duro, por lo de mi pasado, pero con el tiempo el pueblo y yo hemos hecho las paces.

Pia miró a su amiga y lo consideró una señal de su buen carácter que no le importara el hecho de que Liz fuera preciosa, tuviera un brillante cabello rojizo y un cuerpo perfecto.

—Se te ve feliz —dijo Pia.

—Lo soy. Sé que no quieres hablar de ello, pero ¿cómo estás tú?

—Mejor. Estoy durmiendo. Me aburro desesperadamente y supongo que eso es buena señal. Ahora que sé que hay gente merodeando por mi despacho, estoy más ansiosa todavía por volver al trabajo —se acarició el vientre—. Pero es difícil no estar asustada por los dos pequeños que siguen aquí dentro.

—No me extraña. ¿Cuándo vuelves al médico?

—En un par de días. Quiero que me diga que todo va bien, aunque sé que eso no puede prometérmelo.



—Pero puede acercarse.

—Eso espero. Ahora mismo me siento como si todo lo que hago pusiera en peligro a los bebés. Una vez que nazcan, podré relajarme.

Liz enarcó las cejas.

—Siento desilusionarte, pero no. En cierto modo será mejor, pero en otro, será peor. Cada fase tiene sus alegrías y sus traumas. Es increíble que cualquiera tengamos hijos, teniendo en cuenta todo lo que puede ir mal. Aunque al final merece la pena. Querrás a esos bebés como nunca has querido a nadie. Es algo mágico y darás gracias por tenerlos.

—Estoy deseándolo —admitió—. Perder a uno me ha acercado más a los demás. Los imagino como unas personas diminutas creciendo en mi interior. Quiero ver cómo serán y abrazarlos y protegerlos.

—Mírate. Hace unas semanas no sabías por qué Crystal te había dejado los embriones. ¿Aún sigues haciéndote esa pregunta?

—Menos que antes.

—Entonces las dos estamos felices, que es como tiene que ser. ¿Habéis fijado fecha para la boda?

—No —a pesar del impresionante anillo que llevaba, no podía imaginarse casándose y mucho menos visualizando la ceremonia—. Cada crisis a su tiempo.

—Ethan y yo estamos pensando en hacer algo tranquilo en Navidad. Solo los amigos y la familia. Lo estoy presionando porque le he dicho que no pienso casarme hasta que la casa esté terminada. No pienso empezar mi vida de casada en la casa en la que crecí.

Pia lo comprendía. Liz nunca había conocido a su padre y su madre había sido alcohólica. La casa se había visto frecuentada por muchos hombres, lo cual había llevado a pensar que su madre tenía relaciones con ellos por dinero. Liz había sido una niña abandonada tanto física como emocionalmente e incluso había sido maltratada.

—Así que Ethan es un hombre motivado. Eres muy lista.

—Es más cuestión de desesperación que de inteligencia. No dejo de decirme que la casa es genial, que todo está arreglado y que ya no quedan fantasmas, pero estoy deseando mudarme.

Pia se recostó en el sofá.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te habías enamorado de él?

—Más bien descubrí que nunca había dejado de amarlo y fue todo un impacto. El tiempo y la distancia no pudieron con mis sentimientos. Supongo que a veces sucede eso. La gente puede amar eternamente. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. No veas más allá, ¿eh?

—¿Estás enamorándote de Raúl? —preguntó Liz con cautela.

—No lo creo —Pia se dijo que no era mentira, que aún no lo había decidido.

—Si lo estás, puede que no sea tan malo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres tú y él sería tonto de no corresponderte.



Pia suspiró.

—Ojalá —susurró.

La doctora Galloway ayudó a Pia a sentarse.

—Estás bien. Todo está como es debido. Los bebés están creciendo muy bien y tú estás sana.

Pia se permitió relajarse durante un instante.

—¿Entonces no les pasará nada?

—A veces los bebés no lo logran, Pia, y no podemos saber por qué. La naturaleza tiene su propia forma de resolver los problemas. Aunque se comprueban los embriones antes de la implantación, la ciencia no es perfecta. Pero no hay razón para pensar que a partir de ahora lo tendrás complicado. ¿Has vuelto a tu vida normal?

—Excepto por las escaleras. Me dan miedo.

—Son ejercicio y el ejercicio es bueno. No estoy diciendo que te pongas a hacer deporte, pero haz lo que hacías antes. Camina, charla, riéte, sube las escaleras.

Pia respiró hondo.

—De acuerdo. Lo haré.

—Bien. No te estreses. Descansa mucho y disfruta de ese hombre tan guapo que tienes. ¿Estáis teniendo relaciones?

—¿Qué? —Pia se sonrojó—. No, claro que no.

—Puede que fuera lo mejor durante los primeros días, pero ahora no pasa nada.

Pia no podía imaginarse volviéndolo a hacer.

—¿Incluso con los bebés dentro?

—No es que vayan a enterarse de lo que está pasando. Ni tampoco pueden verlos. Para ellos, es divertido y más todavía cuando mamá tiene un orgasmo.

En la cabeza de Pia los bebés y el sexo no tenían nada que ver. Además, estaba confundida en cuanto a lo que sentía por Raúl. Hacer el amor con él no haría más que complicar una situación ya de por sí difícil.

—Pensaré en ello.

—No quiero que lo pienses, quiero que lo hagas. Sé feliz, Pia. Todo va bien.

—Gracias.

Esperó a que la doctora saliera de la consulta antes de levantarse y vestirse.

Los bebés estaban bien. Eso era lo principal y ahora que lo sabía, intentaría relajarse. Viviría la vida.

Había pasado un mes y solo quedaban ocho, pensó mientras deseaba que hubiera un modo de acelerar el embarazo. O tal vez no, se dijo, recordando la estadística de los casi cien pañales. Tal vez era mejor dejar que cada cosa marchara a su tiempo.

—Es mi trabajo —dijo Pia, preguntándose si golpeando fuerte a Raúl podría



hacerle entender.

—No puedes pasar el día de pie.

—No lo haré. Tengo sillas preparadas por todo el parque y varias personas que se asegurarán de que me siente —a pesar de lo que le había dicho la doctora Galloway, no estaba dispuesta a correr ningún riesgo—. Estaré bien.

Él se acercó y la rodeó por la cintura.

—Me preocupo por ti.

—Yo también me preocupo por mí, pero tengo un trabajo que adoro y tengo que volver.

Él la agarró un segundo más mirándola fijamente.

Lo cierto era que Pia no quería moverse aún. Adoraba estar en sus brazos, sintiendo su cuerpo contra el suyo. Era genial estar juntos, pero había un momento y un lugar para los mimos y no era ése.

Ella dio un paso atrás.

—Tengo que irme.

—Te veo esta noche.

—Sí.

Pia agarró su bolso y se marchó. De camino al parque, se vio pensando en Raúl en lugar de en el inminente evento. Y eso no era bueno. Pensar en él era peligroso para su corazón. El trabajo le suponía seguridad.

Caminó las pocas manzanas hasta llegar al parque y encontró la disposición preparada desde temprana hora de la mañana. Los puestos recorrían el pasillo y los vendedores ya estaban preparando sus artículos. El olor a barbacoa se mezclaba con el dulce olor del caramelo fundido.

El Festival del Otoño era uno de sus favoritos. Era cierto que los días eran más cortos y que las primeras nieves estaban a la vuelta de la esquina, pero adoraba los cambiantes colores, la prometida tranquilidad del invierno, el aroma a leña.

Cada festival tenía su personalidad. Ése sería distinto por todos los hombres que había en el pueblo. Ella había añadido juegos extra para tenerlos contentos y un segundo puesto de cerveza. Y para contrarrestar esto último, también había solicitado vigilancia policial extra.

Un hombre se acercó a ella.

—Pia, nos faltan cinco váteres portátiles. El tipo se ha perdido.

—No por mucho tiempo. Que alguien localice su móvil y llámalo. Necesitamos esos baños de más.

Se necesitaba un electricista para que arreglara una toma de corriente defectuosa, el cambio del viento significaba que el humo del puesto de carne ahumada estaba ahogando a los vendedores de joyas y alguien había olvidado colocar los conos de «No aparcar» para reservar zonas para los camiones de bomberos.

Pia se ocupaba de cada crisis rápida y fácilmente, como lo había hecho durante años. Dio una vuelta al recinto y se topó con Denise Hendrix que caminaba hacia ella con una silla plegable bajo el brazo.



—Me toca el primer turno. Son las ocho y media. Tienes que sentarte hasta las nueve.

—Pero tengo que ir a comprobar una cosa.

—No, no puedes —Denise batió las pestañas—. No me hagas usar mi voz de madre porque no te gustará.

—Sí, señora —dijo Pia dócilmente antes de dejarse caer en la silla.

Denise vio a Montana y la saludó.

—Hola, mamá —dijo la chica sonriendo, y dirigiéndose a Pia, añadió—: Tengo el turno de las once y media y después vuelvo esta tarde. Mandarte es divertido.

—Vaya, gracias —la estaban obligando a sentarse media hora cada hora—. ¿Puedes ir a hablar con los vendedores para asegurarte de que tienen todo lo que necesitan? Además, hay agua para ellos en la parte trasera de la camioneta de Jo. Encuéntrala y asegúrate de que la coloca donde los vendedores puedan verla. Y si ves a un tipo con baños portátiles en la parte trasera de un camión, avísame.

Montana se quedó mirándola.

—¿Esperas que haga todo eso?

Pia le mostró la carpeta.

—Eso ni siquiera ocupa la primera página.

—Vaya, no querría tener tu trabajo. Mamá, si ves a Nevada, dile que venga a ayudarme.

—Claro, cariño.

Montana se marchó.

—Impresionante —le dijo Denise—. Estás descansando y trabajando al mismo tiempo.

—Soy experta en multifunciones.

Denise se quedó mirando a su hija.

—Montana parece emocionada con su nuevo trabajo.

—Sí. La admiro, se entrega al máximo en todo lo hace.

—Sé que está preocupada por encontrar el trabajo adecuado: lo hará, pero le está llevando mucho tiempo. No dejo de decirle que todo el mundo acaba encontrando su camino, pero no me escucha. Es una de las emociones de ser madre. Espera a que tus pequeños sean adolescentes y ya verás.

—Ahora mismo lo único que quiero es que sean más grandes que un grano de arroz.

—Eso también sucederá.

El ruido de un gran camión las hizo girarse. Denise se cubrió los ojos con la mano y se volvió hacia Pa.

—Interesante. ¿Esperabas elefantes?

Raúl caminaba con Peter por el parque abarrotado. Fool's Gold estaba celebrando otro de sus muchos festivales y él, al saber que Pia estaría trabajando, lo había preparado todo para llevarse a Peter a pasar la tarde con él. A los Folio no



parecía importarles que quisiera pasar tiempo con el chico. Aunque la pareja parecía agradable, Raúl aún seguía preocupado por su capacidad para cuidar del niño.

Peter y él ya habían ido a ver cómo se encontraba Pia, que estaba confinada en una silla de jardín hasta que le llegara la hora del cambio. Juró que no estaba cansada y que nunca había tenido tantos ayudantes ni había trabajado tan poco en un festival.

—¿Quieres helado?

—¡Claro!

Peter marcó el camino. Ambos lo pidieron de dos bolas y se sentaron en un banco.

—Esto es guai —dijo Peter—. Me gusta que haya festivales en cada época del año. Es muy divertido. Mis padres solían traerme todo el tiempo.

—¿Creciste en Fool's Gold?

—Más o menos. Mi padre trabajaba en una bodega y vivíamos fuera del pueblo. Pero venía aquí al colegio —su sonrisa se desvaneció—. Cuando murieron, me metieron un tiempo en una casa comunal. No me gustó. Fue duro porque los demás niños se reían de mí cuando lloraba.

Raúl sintió su dolor.

—No pasa nada por sentir y estar triste.

—Los chicos no lloran.

—Muchos chicos lloran —Raúl vaciló, sabiendo la fina línea que existía entre decir lo que uno siente y la realidad de que te torturen tus compañeros—. Perder a tus padres es demasiado duro.

—Lo sé. Aún los echo de menos.

—Eso es bueno. Los querías. Hay que echar de menos a las personas que se quieren.

—La señorita Dawson dice que están mirándome desde el cielo, pero no sé si es verdad.

—Cada vez que los recuerdes, sabrás lo mucho que te querían. Eso es lo que importa.

Peter dio unos lametazos más a su helado y alzó su escayola.

—Me la quitan en un par de semanas. La doctora dice que se me está curando muy rápido.

Ésa era la ventaja de la juventud, pensó Raúl.

—Espera a ver tu brazo. Tendrá una forma extraña después de estar en la escayola.

—¡Guai! Ojalá pudiera verlo ahora —alzó el brazo y lo giró, como si intentara ver dentro de la escayola. Después, se giró hacia Raúl—: ¿Sabes que la semana que viene hay un carnaval en el colé? Vamos a hacer juegos. No será tan grande como esto, pero será divertido.

Mientras el chico le contaba los distintos eventos que se celebrarían en el colegio, Raúl se fijó en las tres mujeres que había de pie en un camino cercano. No las había visto nunca, así que supuso que eran turistas que habían ido al festival. Parecían treintañeras y estaban charlando entre sí. La alta, una morena, levanto su



cámara y sacó una foto.

Al darse cuenta de que las había visto, la más baja lo saludó y fueron hacia él.

—Eres Raúl Moreno, ¿verdad? Te he reconocido al momento. ¡Oh, Dios mío! No puedo creerlo. Eres igual de guapo en persona. Esto es muy emocionante. Hemos venido cuando nos hemos enterado de lo de los autobuses de hombres. Ha habido una subasta y todo. Qué pena que tú no participaras. Habrías sacado mucho dinero.

Sus amigas se unieron a ella.

Raúl tiró el helado y se levantó. Por lo general esas cosas no le molestaban, pero habían pasado meses desde que un fan se le acercaba. Allí en Fool's Gold todo el mundo lo trataba con normalidad y ahora mismo lo único que quería era pasar el día con Peter no con tres mujeres que seguro que no se conformarían con una foto.

—¿Es tu hijo? —preguntó la rubia más alta.

—No tiene hijos —dijo la morena—. ¿Participas en uno de esos programas benéficos? ¿Es un desfavorecido? Fijaos en su brazo roto.

Raúl se situó entre las mujeres y el niño.

—Ya basta. Sacad vuestras fotos y marchaos.

La rubia pequeña se acercó.

—Es un país libre. No tenemos que hacer lo que nos dices. Podemos pasarnos todo el día siguiéndote si queremos.

—No lo creo.

Esas firmes palabras se oyeron tras él, que se giró y vio a Bella Gioggi acercándose junto con Denise y otras cuantas mujeres que no reconocía. Parecían serias.

—Buenos días, señoritas —dijo Denise con educación—. ¿Podemos ayudaros?

—No puede. Es una conversación privada.

—Podéis decir lo que queráis delante de nosotras —dijo Bella poniendo la mano sobre el hombro del niño—. Estamos muy unidos.

Sus amigas se situaron alrededor de Peter y de él.

Las mujeres más jóvenes se miraron y fruncieron el ceño.

—¿Qué está pasando? —preguntó la alta.

—Podéis saludar a Raúl y sacarle una foto, pero hasta ahí todo. No lo sigáis ni lo molestéis. Tampoco podéis hablar con Peter —sonrió al chico—. Chicas... —dijo en susurro.

Él tenía los ojos como platos.

—Lo sé —le susurró.

Raúl estaba tan impactado por el rescate como por las potenciales acosadoras. Mientras que agradecía la preocupación, su orgullo no toleraba la idea de que lo hubieran protegido media docena de mujeres de entre cuarenta y cincuenta años.

Aunque, ¡al infierno con su ego! Por el momento mantendría la boca cerrada.

Las tres mujeres le hablaron de nuevo.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a dejar que te digan lo que tienes que hacer?

Él les dedicó la mejor de sus sonrisas. La misma que mostraba en los anuncios.

—Absolutamente.



—Este pueblo es estúpido. Deberíamos irnos. No sé por qué hemos creído que podríamos pasarlo bien aquí.

—Nosotras tampoco. Conducid con cuidado, chicas.

La morena le hizo un gesto obsceno con el dedo.

—Parece que necesitas una manicura, señorita. Llevar el esmalte desportillado es vulgar, igual que su...

Las tres se marcharon.

—Gracias —dijo Raúl a sus rescatadoras.

—De nada —le respondió Bella—. Seguro que habrías podido librarte de ellas, pero ¿por qué malgastar tu tiempo con esa basura?

—Si tuviera diez años más...

Bella le dio una palmadita en el hombro.

—Lo siento, pero no. Si tuvieras diez años más, te dejaría agotado y acabarías muriendo de un ataque al corazón, así que mejor lo dejamos ahí.

Denise se acercó y lo besó en la mejilla.

—Admítelo. Estás un poco humillado.

—Un poco.

—Entonces nuestra labor aquí ha terminado —miró a Peter—. ¿Te importa si me llevo a este hombrecito? Hay coches de choque al otro lado del parque y mis hijos ya son demasiado mayores para jugar. Te lo traigo después.

—Claro, si a ti te apetece, Peter.

—Claro.

Peter le dio la mano a Denise y se marchó relamiendo su helado. Raúl les dio las gracias a las demás y esperó a que se hubieran ido antes de ir a ver a Pia.

—Habla con el chico de los cacahuets —estaba diciendo ella cuando llegó—. Siempre recoge temprano para evitar el tráfico. Dile que si vuelve a hacerlo, no vendrá más. Recuérdale que puedo conseguir cincuenta vendedores de cacahuets para sustituirlo con solo una llamada.

Sonrió a Raúl.

—Ey, ¿dónde está Peter?

—En los coches de choque con Denise —se sentó en el césped junto a la silla—. Acaba de rescatarme un grupo de mujeres de mediana edad.

—¿De qué estás hablando?

Le contó lo de las mujeres que lo habían parado y cómo Bella, Denise y sus amigas se habían ocupado de la situación.

—Qué majas —dijo con una mirada divertida—. El gran jugador de fútbol americano rescatado por unas mujeres mayores.

—Esto no está bien. Puedo cuidar de mí mismo, pero he dejado que hablaran ellas.

—Eres uno de los nuestros y nosotros cuidamos de los nuestros. Es como lo de la comida que trajo todo el mundo después de perder al bebé.

—No es así.

—No te pongas así. Es un gesto adorable.



Pero a él no le hacía gracia.

—No se lo cuentes a mis amigos.

—¿Qué me darás si no lo hago?

—Lo que quieras.

Ella se rio y él disfrutó de ese sonido mientras la miraba. Era encantadora, con sus grandes ojos y esa sonriente boca. Las ondas de su cabello resplandecían bajo el sol y era la perfecta combinación de carácter y estabilidad.

Pero no era solo ella, pensó al mirar a su alrededor. Era el pueblo en sí. Había vivido en muchos sitios y aunque siempre había disfrutado en esas ciudades, nunca se había sentido conectado con la comunidad. No como ahí.

Aunque no le hacía gracia que lo hubieran rescatado unas señoras, sabía qué significado tenía ese gesto. Allí no se tenía en cuenta ni el sexo ni la edad de las personas. Ellas habían visto un problema y habían actuado, como si Raúl fuera responsabilidad suya. Se había mudado a Fool's Gold para encontrar un lugar en el que asentarse y lo que había encontrado había sido un hogar.



Capítulo 18

Normalmente, después de un evento que duraba todo un día, como el Festival de Otoño, Pia terminaba agotada. Pero ya que había pasado exactamente medio día sentada, se sentía descansada y preparada para la fiesta del baile-cena. Bueno, para disfrutar con calma y tranquilidad y proteger a los bebés.

Terminó de aplicarse máscara de pestañas y se apartó para comprobar el maquillaje en el espejo. Había seguido el consejo de la doctora sobre las escaleras y las había subido al volver a casa para arreglarse. Allí tenía toda su ropa y el maquillaje bueno. Raúl la recogería y la llevaría al baile y después volverían a su casa.

Se atusó el pelo y ahora la gran pregunta era qué ponerse.

Últimamente se sentía especialmente hinchada y por mucha agua de limón que estaba bebiendo, los pantalones le quedaban estrechos. Tenía un par de vestidos que sabía que tampoco le valdrían, pero tenía uno de corte imperio. Ese estilo le iría bien...

Se detuvo en la puerta de su dormitorio y comenzó a reírse. No estaba hinchada, estaba embarazada. ¡Qué idiota!

Se tocó el vientre, se quitó la bata y se giró para ver el abultamiento de su barriga.

—¿Cómo estáis? —preguntó—. ¿Todo va bien? Yo estoy bien. Aún triste, pero recuperándome. Todo saldrá bien y quiero que lo sepáis. Voy a cuidar muy bien de vosotros. Lo prometo.

No hubo respuesta, y eso fue positivo. Sintió cierta paz, tranquilidad por la decisión que había tomado. Iba a tener los hijos de Crystal y lo más importante era que esos bebés también serían suyos. Tal vez no tuvieran su ADN, pero estaban creciendo en se interior y, cuando nacieran, ella sería su madre a ojos de todo el mundo.

—Será genial —susurró.

Abrió el armario y sacó el vestido negro. La parte del escote era de un ligero terciopelo con una marcada V y la falda empezaba justo debajo del pecho en una tela más ligera, más sutil, y terminando justo por encima de la rodilla.

Ya se había aplicado una crema iluminadora en las piernas y después de ponerse el vestido, se subió la cremallera lateral. Se colocó delante del espejo para ver si le sentaba bien.

—Madre mía.

Aunque había tenido pecho desde que tenía trece años, nunca había estado así, pensó mientras veía el escote que llenaba la V del vestido.



—Por lo menos ahora sé qué aspecto tendría si me pusiera implantes.

Por suerte, el vestido llevaba a juego una chaqueta corta; se la puso y vio que no cubría prácticamente nada. Raúl tendría que ser fuerte.

Había elegido unas sandalias negras de tacón medio y apenas se las había puesto cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó al llegar al salón.

La puerta se abrió y Raúl entró.

Nunca antes lo había visto con traje y le sentaba a la perfección. Era elegante, era guapo y era suyo.

Eso último era tan difícil de creer como el hecho de que estuviera embarazada. ¿De verdad iban a casarse?

Él la recorrió con la mirada, empezando por sus zapatos. Cuando llegó a su pecho, Pia vio cómo se tensó. Se acercó, le tomó la cara entre las manos y la besó con una pasión que hizo que a Pia le temblaran las piernas.

Su boca se movía sobre ella reclamándola, excitándola, haciéndole promesas.

Sin pensarlo, ella le tomó las manos y las posó sobre sus pechos. Él le apartó la chaqueta y los cubrió, acariciando sus tersos pezones.

A Pia la invadió un intenso fuego. Estaba húmeda y preparada en cuestión de segundos. Se quitó la chaqueta y se bajó la cremallera. Él la ayudó y le bajó el vestido. Al instante, se deshicieron del sujetador y él ya estaba besándole los pechos.

Sentir sus labios y su lengua, esas caricias, casi la llevó al borde del placer. Respiraba entrecortadamente y el deseo amenazaba con asfixiarla. Se aferró a él para no caerse.

Él deslizó una mano entre sus piernas, se coló bajo sus braguitas y encontró el centro de su placer con una caricia mientras su boca seguía en sus pechos y a Pia le temblaban tanto las piernas que le costaba mantenerse en pie.

Llegó al éxtasis sin previo aviso y al instante ya temblando y rozándose contra sus dedos, gimiendo y diciendo su nombre. Las sacudidas se disiparon y el mundo pareció volver en sí.

Se puso derecha y él también. Se quedaron mirándose y el esbozó una masculina sonrisa de satisfacción.

—Estás muy guapa. ¿He tenido oportunidad de decírtelo?

Ella aún seguía aturdida... ¿de dónde había salido ese orgasmo? Quince minutos antes, cinco minutos antes, habría jurado que no volvería a pensar en el sexo, al menos hasta que hubieran nacido los bebés.

Se detuvo y comprobó que se sentía bien.

Le sonrió.

—No.

Él bajó la mirada hasta sus pechos.

—Son nuevos.

—¿Te gustan?

—Los otros eran geniales, pero éstos también serán divertidos.

Ella se quitó los zapatos.



— Te toca a ti.

Raúl vaciló.

— Tal vez no deberíamos.

Pia podía ver su erección contra la tela de sus pantalones.

— La doctora me ha dicho que no pasa nada, que los bebés no pueden ver nada. ¿Y si jugamos un poco hasta que estés casi y después terminas dentro de mí? Así salimos ganando todos — le dijo mientras le desabrochaba el cinturón.

— No quiero ponerlos en peligro.

— Yo tampoco.

Le desabrochó los pantalones y se los quitó y, cuando deslizó la mano sobre su erección, él apretó los dientes y comenzó a respirar entrecortadamente.

Se acercó, la besó y le acarició los pechos mientras ella cubría su miembro y comenzaba a excitarse también.

— Raúl.

Él debió de oír la desesperación en su voz porque puso una mano sobre su muslo y la coló entre sus piernas.

Rápidamente, ella se bajó la ropa interior y él la llevó al sofá.

— Ahora — dijo Pia y lo adentró en ella.

Él se hundió en su cuerpo despacio y con cuidado y ella lo agarró por las caderas y lo llevó más hacia sí. Mientras Raúl se movía dentro y fuera de ella, deslizó una mano entre los dos cuerpos y volvió a encontrar ese punto mágico. Pia solo tardó un segundo en volver a temblar de placer y perderse en esa ardiente sensación. Él volvió a hundirse en ella una vez más y se estremeció.

Se quedaron abrazados el uno al otro, respirando entrecortadamente.

Cuando ella finalmente pudo hablar, le preguntó:

— ¿Ha ido bien?

Raúl la besó.

— Ha sido genial. ¿Cómo te sientes tú?

— Bien, muy bien — no sabía cómo explicárselo, pero de pronto tuvo la sensación de que todo iría bien de ahora en adelante.

Miró el reloj de la cocina y exclamó:

— ¡Vamos a llegar tarde! Tenemos que damos prisa.

— Sí, señora.

Él se apartó y se vistió en cuestión de segundos. Pia tardó un poco más, pero en menos de cinco minutos estaban saliendo por la puerta.

Al final de las escaleras, él la acercó y volvió a besarla mientras ella se permitió sentir la calidez de su abrazo, la seguridad de verse en sus brazos. Y en ese momento supo que se había enamorado.

La cena-baile se celebró en el centro de convenciones. Había mesas dispuestas en el centro y la pista de baile estaba situada junto al escenario. Un DJ de la zona fue el encargado de la música durante la cena antes de que llegara la banda que tocaría



en vivo. El baile se extendió hasta medianoche.

—Impresionante —dijo Raúl cuando entraron.

Ella se rio.

—Estás burlándote de nuestros esfuerzos.

—Yo jamás haría eso. Es encantador.

—La América de pueblo en todo su esplendor.

Se abrieron paso entre la multitud y se detuvieron a charlar con los que conocían. Pia vio muchos hombres desconocidos entre los asistentes y se le hizo extraño. Durante los festivales, la mayoría de los visitantes eran familias.

Dakota fue a saludarlos.

—Estás preciosa —le dijo a Pia—. Resplandeciente.

Pia intentó no sonrojarse ya que tenía la sensación de que todo ese resplandor era fruto de lo que acababa de hacer con Raúl más que del embarazo, pero eso no hacía falta que lo supiera nadie.

—Gracias —respondió—. Tú también estás genial.

Dakota se giró para mostrarle su vestido azul.

—No tengo pareja, así que he venido para la cena. Después me iré a casa para volver a mi vida de solterona.

Raúl miró a su alrededor.

—Por aquí hay muchos solteros. Ve a encontrar uno.

Ella arrugó la nariz.

—Esta semana no. No estoy de humor. Nevada y Montana van a venir a dormir a casa y tendremos un maratón de pelis de chicas. Además, comparados contigo, no son tan interesantes.

—Oh, por favor —exclamó Raúl, en absoluto impresionado.

Pia se rio.

—Si veo a alguien especial, te lo enviaré.

—Por favor, no lo hagas.

Se separaron y fueron hacia la mesa. Pia vio a un hombre alto y delgado hablando con la alcaldesa Marsha.

—Vamos a ver de qué se trata —dijo ella.

Cuando llegaron, el hombre acababa de irse y la alcaldesa los recibió con un abrazo y un suspiro.

—Estoy demasiado mayor para este trabajo. ¿Reconocéis a ese hombre?

—No.

—Yo tampoco lo había reconocido, y se ha sentido profundamente insultado. Al parecer, es un productor de Hollywood.

—¿De películas?

—De televisión. Según sus palabras, ahora mismo tenemos mucha fama.

—Que suerte —murmuró Pia.

—Eso mismo he dicho yo. Quiere hacer un programa sobre los solteros que están viniendo a Fool's Gold y me dará todos los detalles en un día o así.

—¿Queremos tener un *reality show* en el pueblo?



—No, pero no sé cómo quitármelo de encima. Si no bloquea el tráfico ni se entromete en nuestro día a día no hay mucho que pueda hacer. California tiene leyes comprensivas en lo que se refiere a las grabaciones.

—¿Quieres que le dé una paliza por ti? —le pregunto Raúl.

Marcha sonrió.

—Qué dulce eres. Deja que lo piense. En este momento me apetece más tomarme una copa de vino y no saber nada de esto hasta mañana —les sonrió—. Pasadlo bien.

—Lo haremos —respondió Raúl.

—Un *reality show* —dijo Pia cuando encontraron su mesa y se sentaron—. Es repelente.

—Pero podría reportaros muchos ingresos.

—Y gente rara. Como ha dicho Marsha, dejaremos las preocupaciones para mañana.

La envolvió con sus brazos.

—¿Te he dicho lo preciosa que estás?

—Unas tres veces, pero no me canso.

—Estás impresionante.

—Gracias. Tú también estás guapísimo.

Después de la cena comenzó el baile y Pia se excusó para ir al lavabo. Junto con la barriga abultada, venía la necesidad de hacer pis cuarenta y siete veces al día. Charity fue con ella.

—¿Qué tal? —le preguntó su amiga.

—Bien. Me encuentro mucho mejor.

—Me alegro.

—Antes no estaba preparada, pero creo que ahora sí lo estoy. ¿Quieres que vayamos de compras otra vez?

Charity sonrió.

—Me encantaría. Aún tengo que decidirme con lo del calentador de toallitas... Podemos charlar sobre ello mientras nos tomamos un chocolate caliente y unas galletas para recuperar fuerzas antes de enfrentarnos a la tienda de ropa premamá y de bebés.

—Tenemos una cita.

Llegaron al lavabo y se encontraron con la típica fila.

—Sabía que hacían falta más lavabos de señoras cuando hicimos la remodelación —refunfuñó Pia—. ¿Pero me escuchó Ethan?

—Quéjate a Liz. Ella lo castigará.

Una mujer más mayor salió del lavabo y se detuvo junto a Pia.

—¿Cómo te encuentras, querida?

—Bien.

—Sentí mucho lo de tu pérdida. Yo sufrí dos abortos antes de tener a mi Betsy.



Sé que es triste, pero tienes que confiar en que vendrán días más felices.

—Gracias —dijo Pia.

La mujer que tenían delante se giró.

—Yo también perdí un bebé. A los cuatro meses. Fue terrible, pero sales adelante. Es duro, pero seguir moviéndote te ayuda a superar el dolor.

Una mujer de cabello blanco que usaba bastón se detuvo y le dio una palmadita en el brazo.

—Asegúrate de que cuidas a ese semental en el dormitorio. Mi George y yo, que en paz descansa, estuvimos haciéndolo hasta dos semanas antes de que diera a luz. En los seis embarazos. En cuanto el médico nos daba luz verde, allá que íbamos otra vez —le guiñó un ojo—. En una ocasión un poco antes de lo que debimos.

Pia se quedó boquiabierta.

—Sí, señora. Gracias por la información.

—Eres una buena chica, Pia. Ten mucho sexo. Ayuda.

La mujer se alejó arrastrando los pies y apoyándose en su bastón.

Junto a Pia, Charity estalló en carcajadas.

—No sé qué es peor. Que llame semental a Raúl o los detalles íntimos de su matrimonio.

—Yo sí sé qué es peor, pero intento no pensar en ello.

Después de utilizar el lavabo, volvió a la mesa. Raúl se levantó.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—Nada.

—Pareces... Impactada.

—Las señoras mayores están diciéndome lo impórtame que es tener sexo contigo de forma habitual.

Él sonrió.

—¿Alguna vez te he dicho cuánto me gusta este lugar?

Volvieron a casa de Raúl poco después de las diez y Pia estaba agotada después de un día tan largo.

Raúl la rodeó con sus brazos y apoyó la frente contra la suya.

—Quiero que esta noche compartamos mi cama —le dijo con una sonrisa—. No intentaré nada contigo, solo quiero asegurarme de que estás bien.

Nunca le había pedido eso antes, pensó, tentada y asustada por la invitación. En teoría, se casarían pronto y después de eso, compartirían un dormitorio como toda pareja. No era para tanto. No había razón para ponerse nerviosa por ello.

—Claro —dijo ella ignorando la voz que le lanzó una advertencia dentro de su cabeza—. Sería genial. No serás de los que se quedan con toda la manta, ¿verdad?

—Puedes quedarte con toda la que quieras.

Una invitación encantadora, pero lo que a Pia le interesaba era mucho más que la manta. Lo deseaba a él. Todo de él. No quería únicamente una propuesta de matrimonio por razones prácticas. Quería su corazón y quería su alma. Quería ser lo



más importante de su vida y la mejor parte de sus días. Quería que la amara.

Temiendo que él sintiera lo que estaba pensando, dio un paso atrás.

—Voy a prepararme para meterme en la cama.

Para cuando se había desmaquillado y se había puesto un camisón, casi se había convencido de que todo iría bien. Que estaba exagerando. Dormir con Raúl no debería ser para tanto. Probablemente era mejor que se acostumbraran el uno al otro. Podía verlo como unas prácticas.

Pero cuando salió del baño y lo encontró ya en la cama, el corazón le dio un vuelco. Aunque habían compartido cama aquella primera noche que hicieron el amor, de algún modo esto parecía más íntimo.

Se quitó su bata y se metió en la cama.

—¿Cansada?

—Agotada.

—¿Duermes boca arriba o de lado?

—De lado.

—Ponte cómoda —le dijo él mientras apagaba la lamparita de noche.

Se colocó tras ella y la rodeó con un brazo; tenía los muslos apoyados sobre la parte trasera de sus piernas y el pecho contra su espalda. La rodeó por la cintura y la abrazó como si no quisiera soltarla jamás.

—Buenas noches —murmuró.

—Buenas noches.

Pia se sentía más despierta cada vez. No estaba acostumbrada a dormir con nadie y se sentía extraña estando tan cerca de él... además de asustada. En lo más hondo de su corazón sabía que acabaría gustándole, que no tardaría en querer estar a su lado todo el tiempo. ¿Pero entonces qué? ¿Se pasaría el resto de su vida amando a un hombre que no la correspondía? ¿Se volcaría en exceso en la vida de sus hijos para no ver la realidad de su matrimonio?

La respiración de Raúl le dijo que se había quedado dormido y ella no supo cuánto tiempo pasó allí conteniendo las lágrimas y luchando contra una tristeza que le decía que su compromiso era un error.

Raúl leyó la magnífica propuesta que había recibido. Un estudiante le había sugerido vincular los programas de Matemáticas y Ciencias del instituto con ciertas industrias. Las industrias cubrirían los costes de esos programas de estudios con la idea de que la mayoría de los alumnos quisieran formarse en ese campo y volver al pueblo a trabajar en esas empresas en cuestión una vez hubieran terminado la universidad.

Raúl anotó algunos comentarios en el margen de la hoja de propuesta; llamaría a algunos amigos que se dedicaban a la ciencia aeroespacial, uno de los campos sugeridos, y les pediría opinión sobre la idea.

La puerta de su gran despacho se abrió y allí apareció Pia.

Se levantó y le sonrió, contento de que se hubiera pasado por allí. Los últimos



días habían sido mejores de lo que podría haberse imaginado. Le gustaba tener a Pia cerca, se llevaban bien. Lo hacía reír y siempre tenía un punto de vista interesante que ofrecer.

Ahora, sin embargo, parecía seria y preocupada.

Fue hacia ella.

—¿Va todo bien? ¿Los bebés?

—Estamos bien —respiró hondo—. Sé por qué Crystal me dejó los embriones.

—Dime —sabía que ése había sido un tema que a Pia le había preocupado.

—Creía en mí. Sabía que podía confiar en mí para que cuidara de sus hijos, para que los criara como si fueran míos. La única persona que tenía dudas al respecto era yo. No podía creer en mí misma. No pensaba que fuera capaz. Y por eso opté por el camino más fácil.

Se puso derecha.

—Me he ido de tu casa, Raúl. Lo he hecho esta mañana. Liz me ha ayudado. Vuelvo a mi apartamento.

—No lo comprendo. ¿Por qué has hecho eso?

¿Por qué lo había dejado? No podía hacer eso. Quería tenerla a su lado; incluso era posible que necesitara tenerla en su vida...

Pia se quitó el anillo de compromiso y se lo dio.

—No voy a casarme contigo.

Raúl miró el anillo, que resplandecía bajo las luces del techo.

No podía estar hablando en serio. Lo necesitaba. Se necesitaban el uno al otro.

—Vamos a ser una familia. Te ayudaré con los bebés. ¿Qué ha cambiado? —habían hecho planes. Iban a criar a esos niños juntos y a tener sus propios hijos. Creía que eso era lo que ambos querían.

—Agradezco la oferta, eres un tipo fantástico —se detuvo un segundo—. Pero no es suficiente. No quiero una solución práctica a un problema difícil. Quiero lo que tienen Hawk y Nicole. Quiero estar enamorada y que me amen. Quiero un matrimonio apasionado, ya sea práctico o no. Lo quiero todo.

Lo quería todo... lo cual significaba que quería que le entregara su corazón, pero ¿entonces qué? No había promesas, no había garantías de nada.

Pia quería más de lo que él estaba dispuesto a dar.

Su boca se curvó en una triste sonrisa.

—Por tu cara puedo ver que la noticia no te ha hecho mucha gracia y no me sorprende. Aunque tenía esperanzas, claro.

—Podemos hacer que funcione de otro modo. No tenemos que estar enamorados para ser felices.

—Demasiado tarde. Yo ya estoy enamorada de ti y no estaré con nadie que no sienta lo mismo por mí.

¿Lo amaba? Imposible. ¿Intentaba tenderle una trampa? No, no podía ser, ya que había sido él el que se había acercado a ella, el que había querido que formaran una familia, el que quería formar parte de las vidas de los bebés.

Sin embargo, no podía creer lo que había oído y, por supuesto, no daría el



siguiente paso. No, eso ya lo había hecho una vez y se negaba a que lo traicionaran una vez más.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él tenso.

—Seguimos igual que antes. La gente sabía lo del compromiso, así que tendrás que responder unas cuantas preguntas. No te preocupes. Voy a dejar claro que esto ha sido decisión mía. Nadie te echará del pueblo.

Volvió a acercarle el anillo, pero él no lo aceptó, así que Pia lo dejó sobre la mesa.

—No quieres arriesgar nada —le dijo ella en voz baja—. Estás buscando una solución fácil a un problema difícil —repitió—. No puedes jugar a ser una familia, Raúl. Si quieres ser feliz, tendrás que darlo todo, arriesgarlo todo. La vida lo requiere así. Crees que si eres lo suficientemente lógico puedes asegurarte de que nadie vuelva a hacerte daño, pero lo único que hace que la vida merezca la pena es amar y que te amen.

Suspiró.

—No pretendía enamorarme de ti. Ha sucedido sin más. Si cambias de opinión, si quieres correr el riesgo, me encantaría ser esa chica.

Y con eso se giró y se marchó, dejándolo solo en el despacho vacío. Todo lo que había querido se había esfumado y lo único que le quedaba era el anillo de compromiso que había comprado para la mujer que acababa de perder.



Capítulo 19

Pia se decía que no había razón para pensar que iba vomitar, que se le pasaría el malestar de estómago. Por lo menos no estaba llorando; una cosa era ir por Fool's Gold sintiendo náuseas... porque lo más probable era que nadie se diera cuenta... y otra muy distinta era ir llorando como una histérica.

Llegó al ayuntamiento y entró. Automáticamente, comenzó a saludar a todo el mundo, sonriendo, como si no pasara nada. «Solo unos metros más», se dijo al doblar una esquina y ver el despacho de Charity con la puerta abierta.

La suerte estaba de su parte.

—Gracias a Dios. Voy a volverme loca con... —Charity se levantó—. ¿Qué pasa?

—Le he dicho a Raúl que no puedo casarme con él. Que aunque se lo agradezco, no puedo formar un matrimonio de conveniencia con alguien de quien estoy enamorada.

Se detuvo a la espera de que Charity se echara a reír, pero su amiga la abrazó.

—Bien por ti.

—¿Qué? ¿Bien por mí? Acabo de abandonar a un tipo millonario que quería casarse conmigo y cuidar de mí el resto de mi vida.

—Lo amas.

—¿Y?

—Estás convencida de que él no te ama, así que has tomado la decisión correcta.

Pia se dejó caer en la silla y se cubrió la cara con las manos. Apenas podía respirar y estaba temblando.

—¿En qué estaba pensando? No puedo hacer esto sola, no puedo ser la madre soltera de mellizos. ¿Cómo soportaré los gastos? ¿Cuándo dormiré? No sé nada de niños.

Charity acercó una silla y se sentó a su lado.

—Todo irá bien. Puedes hacerlo. Pensabas hacerlo antes de que Raúl te pidiera matrimonio.

—Era una idiota.

—No, eras exactamente la misma persona que eres ahora. Pia, si puedes organizar los cuatro mil festivales que tenemos aquí cada año y montar una gala benéfica en tres días, puedes ocuparte de un par de niños.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Serás increíble. Además, puede que técnicamente seas una madre soltera, pero no estarás sola. Tienes a tus amigas y tienes a este pueblo. Todos te queremos y estaremos a tu lado.



—Pero Raúl me lo habría dado todo.
—No su corazón.
—No. Su corazón, no.
—Así que esto es mejor.
—¿Cómo puedes estar tan segura? —Pia estaba desesperada por oír que no había tomado una decisión equivocada.
—Me has convencido —dijo Charity—. Cuando has dicho que no.

Pia había pasado el resto del día volcada en el trabajo. Tal vez no era el modo más maduro de enfrentarse a un corazón roto, pero sin duda le había servido para vaciar su carpeta de correo entrante. Ahora, cansada y preparada para celebrar una fiesta de autocompasión, llegó a casa. Al entrar en el edificio, oyó mucha gente hablando. Cuanto más subía, más fuerte era el ruido. Se asomó al rellano y vio a casi todas sus amigas esperándola.

Tenían los brazos llenos de paquetes y de bolsas de la compra. Liz fue la primera en verla.

—Aquí está.

Todas se giraron.

—¡Pia! ¿Estás bien?

A juzgar por los rostros de preocupación, Pia supo que se había corrido la voz. No solo por el compromiso anulado, sino por la relación que se había ido al traste.

Las trillizas estaban allí, junto con Charity y Liz. Marsha tenía una bolsa llena de lo que parecían cosas de bebé. Denise Hendrix y varias mujeres del Ayuntamiento, junto con Bella y Julia Gionni, las peluqueras enfrentadas.

Todas entraron en su pequeño apartamento y se sentaron en sillas de la cocina y en el suelo.

—Jo quería haber venido —le dijo Nevada—, pero tiene que trabajar. Te manda muchos besos.

Pronto se dio cuenta de que nadie esperaba que aportara algo a la improvisada fiesta. Había vasos de plástico, platos de papel, toda clase de comida, desde china a tacos. Se abrió vino junto con agua con gas para Pia. Estaba sentada en el centro del sofá y rodeada de comida, bebida y amor.

—¿Cómo estás? —le preguntó Charity nerviosa.

—Ahora mejor —admitió Pia—. Ha sido un día duro, pero sé que he hecho lo correcto.

—No lo sé. Casarse con un millonario a mí me parece una decisión muy inteligente también —murmuró Bella.

Todas se rieron, pero Julia volteó los ojos ante el comentario de su hermana y se mantuvo en el otro extremo de la habitación.

—Has hecho lo correcto —le aseguró Montana—. Tienes que casarte por amor. Te lo mereces. Necesitas que un hombre te suplique que estés con él.

—Confía en mí —le aseguró Denise—. El cortejo es lo mejor de una relación



para una mujer. El matrimonio es el mejor momento de una relación para un hombre. Tienes que hacer que tu momento dure y además, te mereces que alguien te adore, Pia.

Las chicas asintieron.

—¿Quieres que lo insultemos un poco? —le preguntó Dakota—. ¿O que le demos una paliza? Para eso nos harían falta dos hombres, pero podríamos solucionarlo.

Pia sintió que le ardían los ojos y parpadeó para apartar las lágrimas.

—No ha hecho nada malo. No lo olvidéis, quería cuidar de mí. Y eso es bueno. No estoy enfadada. Soy yo la que ha cambiado las reglas, no él.

Julia sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo que no veo un hombre apaleado y tenía esperanza de verlo.

—Estás enferma —le dijo Bella.

Denise alzó una mano.

—Chicas, las dos estáis aquí como muestra de vuestro amor por Pia. No lo olvidemos.

Las hermanas refunfuñaron.

Charity, que estaba sentada al lado de Pia, se acercó.

—Nunca he sabido por qué no se hablan. ¿Cuál es la historia?

—Nadie la sabe. Es un gran secreto.

Charity sonrió.

—Creí que en Fool's Gold no había secretos.

—Hay unos cuantos.

—Tenemos muchos regalos —dijo Montana—. La mayoría puedes abrirlos después, pero ahora deberías ver éste primero.

Le entregó un gran sobre blanco. Pia dejó su plato de comida sobre la mesita de café y lo abrió. Dentro había docenas de papel, cada uno de alguien disanto. La mayoría ofrecían horas de servicios de canguro o de compañía después de que nacieran los niños. Había consultas sobre decoración infantil, promesas de un masaje semanal desde ahora hasta el momento del parto, cupones para pañales gratis durante los tres primeros meses y una hoja donde las mujeres del pueblo habían firmado para llevarle la cena durante las seis primeras semanas que estuviera en casa con los bebés. Tres anuncios mostraban casas para alquilar.

En esa ocasión, no pudo contener las lágrimas, que se deslizaron sobre sus mejillas antes de que pudiera secárselas.

—No sé qué decir —admitió—. Es maravilloso.

—Todos te queremos —le dijo Denise—. Y queremos que sepas que estaremos a tu lado. Pase lo que pase.

Tal vez no era la proposición romántica de sus sueños, pero se le acercaba mucho. Esas mujeres y su pueblo iban a cuidar de ella y Pia se permitió aceptar el amor que le ofrecían y dejar que sanara su destrozado corazón. Después, se tocó el vientre y en silencio les dijo a sus niños que pasara lo que pasara, todo iría bien.



Raúl estaba sentado en el bar ignorando el *reality show* que se veía por los grandes televisores que lo rodeaban. El bar de Jo estaba tranquilo esa noche y fue algo que agradeció. Había intentado quedarse en casa, pero no había soportado la soledad. Y aunque quería salir, ver una multitud de gente habría sido demasiado para él. Había ocasiones en las que un hombre necesitaba un poco de espacio para emborracharse y ésta era una de esas noches.

Se había empezado su segunda cerveza cuando Josh se sentó a su lado.

—Hola. Jo me ha llamado y me ha dicho que tenías pinta de necesitar un amigo.

Raúl miró a Jo, que le lanzó una mirada invitándolo a desafiarla.

—Pues se equivoca.

—A mí me da igual —le dijo Josh—. Charity ha salido, iban a celebrar una fiesta de chicas en casa de Pia. Quieren hacerla sentir mejor, así que supongo que eso te deja a ti como el cretino que le ha roto el corazón.

Raúl le dio un trago a su cerveza y fijó la mirada en la pantalla de televisión. Había una docena de personas con máquinas de coser. ¿Pero qué...? ¿Un programa sobre costura?

Josh se giró hacia él.

—¿Me has oído?

—Yo no le he roto el corazón. Le pedí que se casara conmigo. Le ofrecí pasar mi vida con ella, ocuparme de ella y de los niños. No soy el malo de la película.

Josh tomó la cerveza que Jo le ofreció y bebió un poco.

—Entonces, ¿por qué estás aquí y por qué ella ha vuelto a su apartamento a hincharse de Ben & Jerry's?

—No sería práctica.

—Una mujer poco práctica. Qué maravilla.

Se giró hacia Josh y vio que estaba enarcando una ceja.

—No lo comprendes. Teníamos un trato. Yo no lo cambié. No cambié nada. Me preocupó por ella.

—¿Pero?

—No fue suficiente —Raúl se terminó el vaso y lo deslizó sobre la barra. Jo le dio la espalda—. Quería cuidar de ella.

—¿Alguna vez se te ocurrió que Pia puede tener todo eso sin ti? Ahora mismo mi mujer y otras amigas están recordándole que no está sola. Excepto por el sexo... que dudo que fuera muy bueno... tiene todas sus necesidades cubiertas.

Raúl siguió mirando la pantalla de la televisión.

—Sabes que podría contigo.

—Ni en tus sueños.

Pensó en darle una buena a Josh, en demostrarle lo poco preparado que estaba, pero no serviría de nada. Golpearlo no haría que dejara de sentir el vacío que notaba en su interior.

Lo principal era que echaba de menos a Pia. Ella quería algo imposible y él no



podía dárselo, pero aun así la quería en su vida. Podrían haber estado bien juntos.

—El problema que tienes —dijo Josh— es que ella nunca ha estado sola. Le llevó algo de tiempo recordarlo, pero una vez que lo hizo, te interesó mucho menos.

Raúl se giró y lo miró.

—¿Crees que por eso se marchó? Me quiere, cabeza de chorlito.

—Me preguntaba si te habrías dado cuenta de eso. Tienes razón. Te quiere. Y como la mayoría de las mujeres, lo quiere todo, no quiere conformarse sin más. Las mujeres se especializan en eso, en exigirnos nuestros corazones, nuestras almas y nuestras pelotas. Puedes luchar contra ello, amigo mío, pero he aprendido que es mucho más inteligente darlo todo sin rechistar. Al final van a salir ganando y, si te resistes, terminas suplicando más —dijo otro trago—. A menos que no la ames.

«No la amo».

Raúl empezó a decir las palabras, pero no pudo. Sabía que ése era el verdadero problema. Si podía convencerse de que había estado haciendo lo correcto, nada más, algo noble e importante, el rechazo sería más sencillo. Así había empezado su problema. Debería haber sido sencillo olvidarla.

Pero no lo fue y eso le había preocupado porque significaba que existía la posibilidad de que Pia fuera más que un proyecto, más que un modo de obtener lo que quería sin tener que arriesgar nada.

Sin despedirse, soltó un billete de veinte dólares en la barra y se marchó. Una vez fuera, respiró hondo y comenzó a caminar, pero en lugar de dirigirse a su casa de alquiler, cruzó la calle y fue al apartamento de Pia.

La mayoría de las ventanas estaban a oscuras, excepto una en el piso de arriba. Una ventana estaba parcialmente abierta y oyó el sonido de voces y de risas.

No estaba sola y eso lo hizo sentirse mejor. No quería que sufriera. Había intentado cuidar de ella y aunque tal vez no lo había hecho del modo más convencional, no había tenido ninguna mala intención.

Y ella tampoco.

Se quedó allí un momento antes de darse la vuelta e ir hacia su casa. El eco de las carcajadas se quedó con él, haciéndolo sentirse más solo que nunca. La echaba de menos y aunque no pudiera estar con ella, seguro que sí podían hablar. Podía explicarse.

¿Explicar qué? La verdad era lo que más se merecía Pia y eso era lo que lo reconcomía por dentro. Había hecho bien al abandonarlo, al exigirle más. La respetaba, la admiraba, la deseaba...

Pero en cuanto al resto... ella necesitaba más de lo que él tenía para dar.

El carnaval del colegio era una fiesta ruidosa y divertida llena de niños y de sus padres. Raúl había ido a saludar a todos los niños que conocía y había terminado firmando autógrafos para los padres y hablando de deporte.

—Ah, el precio de la fama —dijo Dakota acercándose a él mientras él explicaba una famosa jugada que hizo en la Super Bowl.



Miró a la joven agradecido.

—Disculpadme —le dijo al grupo de hombres y la agarró del brazo—. Tengo que hablar con Dakota de un asunto.

—¿Me estás utilizando como válvula de escape?

—Como lo que sea que funcione —la sacó de entre la multitud hacia el edificio principal—. Las madres están o menospreciándome o diciéndome que soy un cretino y los padres solo quieren hablar de jugadas concretas que he hecho en partidos que apenas recuerdo. No hay ningún plan elaborado en mitad de un partido. Tienes que reaccionar ante lo que está pasando. Si no estás preparado para confiar en tu instinto, jamás ganarás.

Se detuvo mientras ella lo miraba con gran atención.

—Oh, por favor. Cuéntame más. No te dejes ningún detalle.

—Muy graciosa —frunció el ceño—. Oye, estás hablando conmigo. ¿No deberías ignorarme?

—Trabajo para ti.

—Creía que estarías enfadada por lo de Pia —todo el mundo lo estaba.

Tal como había prometido, Pia había dicho que había sido ella la que había roto el compromiso, pero el problema era que no mucha gente lo creía, o que asumían que él había hecho algo tan terrible que se había visto obligada a ponerle fin a la relación.

—No has cambiado las normas —le dijo Dakota—. Ella sí. Pero eso no significa que no hayas sido un idiota. Si no estás dispuesto a arriesgar tu corazón por alguien como ella, eres un cobarde y un estúpido. Si no puedes ver que ya estás enamorado de ella, es que eres tonto.

¡Menos mal que se suponía que estaba de su lado!

—Dime lo que piensas.

Ella le dio una palmadita en el brazo.

—Lo solucionarás. Tengo fe.

A Raúl le gustaba su teoría, pero ella no lo sabía todo, no comprendía el pasado contra el que estaba luchando.

—¿De verdad ese hombre te ha preguntado si estabas atontado durante aquella jugada?

—Han sido sus palabras exactas.

Ella se rio.

—Quiero decir que debe de ser agradable ver que la gente te habla como si fueras uno más, y no una celebridad de los deportes, pero ahora mismo creo que te habría gustado un poco de respeto.

—No me habría venido mal. ¿Quieres quedarte un rato conmigo y protegerme?

—La verdad es que no. Estarás bien. Anímate. Ellos también son personas.

—¿Te pagan por el cliché?

Ella sonrió y se marchó.

Una vez solo, pensó en lo que le había dicho. En que era estúpido por no arriesgar su corazón por alguien como Pia.

Por mucho que quería darle a Pia todo lo que ella quisiera, no tenía dentro un



interruptor que pudiera encender o apagar a su antojo. No estaba dispuesto a volver a arriesgarse. Punto. Y no había nada que nadie pudiera decir o hacer para hacerle cambiar de opinión. Si eso significaba perderla de manera permanente, que así fuera.

Se giró para volver al carnaval y se encontró a Peter dirigiéndose hacia él seguido por un hombre bajo y regordete.

—¡Hola! Mira. Me han quitado la escayola. Y tienes razón, ahora mi brazo parece muy raro. Está muy huesudo. Pero la doctora dice que estoy muy bien.

—Me alegra oír eso —dijo Raúl y extendió el puño para hacer su elaborado saludo, el mismo que se habían inventado Pia y el niño.

Eso era lo malo de vivir en un pueblo; que no había donde escapar.

—Mi padrastro quiere conocerte —dijo Peter cuando terminaron—. Espero que no te importe.

—Claro que no.

Raúl se acercó y le estrechó la mano al hombre. Don Folio lo miró bajo unas oscuras y pobladas cejas.

—Ha pasado mucho tiempo con Peter.

—Es un gran chico. Es muy especial.

Había algo en ese hombre que a Raúl no le gustaba nada.

—Agradecemos que se ocupara de él cuando estuvimos fuera del pueblo.

—No fue nada —Raúl sonrió a Peter, que le devolvió una sonrisa.

Don se sacó un dólar del bolsillo y se lo dio a Peter.

—Raúl y yo tenemos que hablar, hijo. Ve a jugar o algo.

Peter vaciló y asintió antes de salir corriendo a la máquina de juegos. Don miró a Raúl.

—Veo que tiene debilidad por el chico.

—Claro. Me gusta pasar tiempo con él.

Don enarcó las cejas.

—¿Cuánto le gusta?

Raúl sintió cierta alarma ante la naturaleza de la respuesta, pero prefirió esperar a ver adonde quería llegar Don.

—Si pudiera pasar más tiempo con Peter, sería —dijo lentamente.

Don asintió enérgicamente.

—Soy hombre de mundo y entiendo estas cosas, pero el sistema de cuidados tutelares tiene ciertas reglas.

Raúl ignoró la oleada de furia que surgió en su interior, pero mantuvo una expresión neutral.

—Creo que hay opciones. Quieres al niño y a mí no me importa, pero va a costarte dinero.

Por el rabillo del ojo, Raúl vio a la señorita Miller acercándose y como si nada, con naturalidad, dio un paso a la derecha para bloquearle el camino.

—¿Dice que puedo tener a Peter a cambio de un precio? —preguntó lo suficientemente alto como para que la otra mujer lo oyera.

Ella se quedó paralizada y pálida. Él se arriesgó a lanzarle una única mirada y



ella asintió, como diciéndole que se quedaría atrás, escuchándolo todo.

—Claro. No me importa lo que haga con él.

—¿Tiene algún precio en mente?

—Cincuenta mil. En metálico y no tengo interés en bajar el precio. Es una oferta única. Si no lo quieres puedo encontrar a alguien que lo quiera.

Raúl fingió considerar la oferta.

—¿Tiene algún modo de hacer esto sin que sospechen los servicios sociales?

—Claro. Iré a ver a la señora Dawson y le diré que Peter sería más feliz con usted. Ya lo ha tenido antes y él no ha contado lo que sucedió. El chico sabe guardar un secreto, supongo. Lo mío no son los chicos, pero soy un tipo bastante comprensivo y abierto de mente.

Raúl no quería más que destrozarle la cara de un puñetazo, eso le daría un gran placer.

No entendía cómo ese hombre había tenido la tutela de Peter, pero eso acabaría ya.

Don le entregó una tarjeta de visita.

—Mi móvil está por detrás. Tiene veinticuatro horas.

Raúl asintió y el otro hombre se marchó. Al instante, la señorita Miller corrió hacia él.

—Es asqueroso.

Raúl cerró los puños.

—Hay que detenerlo.

Ella sacó el móvil y buscó en la agenda.

—Voy a llamar a la señora Dawson ahora mismo.

La trabajadora social llegó en menos de treinta minutos y menos de diez minutos después, la jefa de policía Barns estaba amenazando a un Don Folio demasiado nervioso. Raúl no creía que pudieran achacarle muchos cargos ya que no se había realizado una entrega de dinero, pero jamás permitirían que volviera a cuidar de un niño. Por lo menos, eso era algo.

Peter llegó corriendo hacia él.

—Me he enterado —dijo el chico sonriendo y sin aliento—. Ya no voy a estar más con ellos. Vas a quedarte conmigo.

Raúl se quedó mirando al chico y después alzó las manos.

—Peter, creo que lo has malinterpretado. Estarás a salvo y alejado de los Folio y encontrarán otra familia para ti.

La expresión de Peter se congeló. La felicidad se desvaneció de sus ojos y en ellos aparecieron lágrimas. Se quedó pálido y le temblaba la boca.

—Pero quiero ir contigo. Ya he estado contigo antes amigo mío.

Raúl intentó ignorar la sensación de recibir una patada en el estómago.

—Somos amigos. Seguiremos siendo amigos y te veré en el colegio, pero no soy un padre adoptivo.

—Lo fuiste —insistió él con un sollozo—. Cuidaste de mí.

La señora Dawson corrió hacia ellos.



—Peter, tenemos que irnos.

Peter se abalanzó sobre Raúl. Por un segundo, pensó que el niño iba a pegarlo, pero en lugar de eso lo abrazó y se aferró a él como si no quisiera soltarse jamás.

—Tienes que cuidar de mí —lloraba—. Tienes que hacerlo.

La señora Dawson sacudía la cabeza a modo de disculpa.

—Vamos, Peter. Tengo que llevarte al hogar comunal; solo serán unas semanas hasta que encontremos otra cosa.

Raúl se quedó allí sin moverse. Aunque el chico no hacía nada, sintió que le estaban desgarrando el corazón. La gente estaba empezando a pararse a mirar.

Justo cuando creía que iba a tener que apartarse al niño de encima, Peter se soltó. La señora Dawson se lo llevó y ninguno de los dos se molestó en mirar atrás.

El lunes por la mañana, Raúl llegó al trabajo a la hora habitual. Segundos después, Dakota llegó, soltó su bolso sobre la mesa y posó las manos en las caderas.

—No sé si largarme o atropellarte con mi coche —anunció ella.

—¿Por qué estás tan enfadada ahora?

—Por lo que le has hecho a Peter.

Raúl no quería hablar de eso. No había dormido en toda la noche y seguía sintiéndose como si lo hubieran pateado.

—Ahora está a salvo. He hablado con la señora Dawson esta mañana y, por lo que dicen los psicólogos, nadie ha abusado de él. Las amenazas de Folio sobre entregarle el niño a otro estaban pensadas para hacer que me diera prisa. No forma parte de ninguna banda que trafica con niños. No es más que un gilipollas.

Ella lo miró.

—¿Y eso es todo lo que ves?

—¿Qué más hay que ver?

—Peter está destrozado. Lo salvaste, ¿crees que no sabe lo que has hecho? Has estado a su lado todo este tiempo. Te lo llevaste a casa cuando se rompió el brazo. Has sido su amigo.

—Todo eso es genial, así que, ¿qué problema tienes?

—Cretino, le has creado ilusiones a ese niño. Le has dejado creer que te importa y cuando se llevaron a su padrastro pensó que se iría a casa contigo.

—¿Crees que no lo sé? Fue un error. Todo —sabía que no tenía que haberse involucrado desde un principio. Actuaba mejor en la distancia.

—No ha sido un error —ahora estaba hablando más calmada—. ¿No recuerdas cómo era? ¿Tener que guardar todas tus pertenencias en una bolsa de basura porque no tenías maleta? ¿Recuerdas el miedo que te daba verte en un nuevo lugar, no conocer las reglas? Ahora está sucediendo otra vez. Y lo has empeorado. Has dejado que crea en ti, que confíe en ti y todo resultó ser una mentira.

Raúl quería protestar y decir que él jamás le había prometido nada al niño. Que había sufrido una crisis, pero nada más.

Sin embargo, Peter no debía de haberlo visto así; se habría esperado que él lo



rescatara de nuevo.

Ella sacudió la cabeza.

—No te he culpado por lo de Pia, pero estoy empezando a ver un patrón en todo esto. Juegas a ser el bueno, pero nada de lo que haces es real. Te da demasiado miedo dar lo que de verdad importa. Eres carne sin sustancia.

Dakota se giró, pero volvió a darse la vuelta hacia él para decirle:

—Haznos un favor a todos y mantente alejado de las «causas». Ya has hecho demasiado daño por aquí.



Capítulo 20

El día infernal de Raúl cayó en picado desde ese momento. Dakota lo dejó solo con su culpa. Él quería hacer algo, golpear algo... sobre todo golpearse a sí mismo. Y por si no era suficiente, sinceramente no sabía si ella se había marchado así porque estaba enfadada o si había renunciado a su puesto.

Iba de un lado a otro del gran espacio vacío que había alquilado intentando encontrar una respuesta, pero siempre volvía a lo mismo. Había dejado que Peter creyera en él y después lo había decepcionado.

Alrededor de una hora después, cuando seguía intentando tramar un plan, la alcaldesa Marsha Tilson entró en su despacho. Normalmente era una persona con la que a él le gustaba charlar, pero algo en su forma de moverse le dijo que esa conversación en concreto no le iba a gustar.

—He oído lo que ha pasado con Peter —dijo yendo directa al grano—. Debo decir que desearía que las cosas hubiesen ido de otra forma, señor Moreno.

Mirarla, ver la decepción en sus ojos, era casi lo más duro que había hecho en su vida, y eso que era una persona difícil de amedrentarse.

—Yo también.

—¿Tú? Cuando llegaste, todos nos quedamos impresionados por tu generosidad económica —siguió diciendo ella con desilusión—. En todas partes tu reputación era la de un hombre que se preocupaba por los demás. Un hombre que se volcaba con la comunidad. Por eso, cuando dijiste que querías mudarte aquí, te dimos la bienvenida como si fueras uno de nosotros.

Ella apretó los labios.

—No conozco todos los detalles sobre lo que ha pasado con Pia, pero sí que sé que es una joven encantadora y generosa. Me duele verla tan infeliz. Nos duele a todos.

Él se tensó. Se puso derecho.

—No le he hecho daño a Pia. Teníamos un trato y ella ha cambiado de opinión.

—Si no está dolida, entonces ¿por qué estaba llorando por ti?

¿Pia llorando? Se había mostrado muy segura cuando se había marchado. ¿Cómo podía estar dolida?

La alcaldesa respiró hondo.

—Estoy segura de que tienes algo de culpa en todo esto, pero no temas, pasará. Cuidarán de Peter y también de Pia porque eso es lo que hacemos aquí. Protegemos a los nuestros —le puso una mano en el brazo—. Quiero creer que eres un buen hombre intentando ser mejor aún, pero por lo que puedo ver, cuando se trata de algo personal no te implicas —lo miró a los ojos—. Por tu propio bien, y por el de Pia y



Peter, tal vez sea momento de arriesgar más que tu dinero.

Y con eso se dio la vuelta y se marchó. Raúl la vio marchar y sintió el peso de todo lo que había dicho. Nunca había sido lo que Hawk había querido que fuera. Todo estaba en la superficie.

Fue hacia la ventana y miró a la calle.

Había querido afincarse allí, había pensado que envejecería allí, pero eso no sucedería. No pertenecía a ese lugar. Nadie se lo diría a la cara, pero era la verdad. Se merecía que lo hicieran salir de allí con horcas y antorchas.

Maldijo al no saber qué era peor... si el hecho de haber perdido a Pia o haberle roto el corazón a un niño que había sido tan tonto de creer en él.

Siguió junto a la ventana esperando a que el día pasara. Necesitaba que oscureciera para poder volver a casa sin que lo vieran y poder decidir qué hacer a continuación.

—Al parecer, Marsha le ha soltado una de sus famosas charlas —dijo Charity mientras Pia y ella almorzaban en el Fox and Hound—. No me ha dado los detalles, pero seguro que se le ha metido dentro de la cabeza.

Pia se sentía fatal. No solo estaba hundida por echar de menos a Raúl, sino que se sentía fatal por la situación de Peter. Y mientras que sabía que era posible que le hubiera dado al niño la impresión de que se quedaría con él, sabía que el hombre al que amaba jamás le haría daño a nadie deliberadamente. Parecía que en esa situación nadie salía ganando.

—¿Te ha dicho cómo estaba?

—No —Charity la miró—. Lo quieres, ¿verdad?

—Pareces sorprendida.

—Creía que esto te desilusionaría.

—No. Tiene un buen corazón y es un buen tipo. Nada de esto es fácil para él.

Pensó en su pasado, en cómo lo había traicionado Caro. En cómo tenía miedo a confiar en los demás.

—Hay que darle un respiro —dijo con firmeza.

Charity vaciló.

—Marsha cree que es posible que abandone el pueblo.

Pia se quedó sin aliento.

—¿Se marcha? ¿Por qué? Tiene el campamento, que es lo que lo trajo aquí. Y tiene planes para cursos intensivos. Jamás renunciaría a ello.

Miró a su amiga.

—Es imposible que haya tomado esa decisión él solo. ¿Qué ha pasado? ¿Es que Marsha lo ha echado?

—No, pero le ha dejado claro que estaba decepcionada. ¿Cómo habrá asumido él eso?

—No lo sé —admitió Pia. ¿Se marcharía? Si no se sentía cómodo en el pueblo, tal vez lo hiciera. Odiaba imaginarse Fool's Gold sin él.



—Lo siento —le dijo Charity.
—Yo también —añadió Pia—. Quiero que esté aquí. Quiero que se quede. Y ya que estoy, quiero que me ame.
—No puedes decidir nada de eso —le recordó su amiga.
«Ojalá las cosas fueran distintas», pensó Pia con tristeza. Pero no era así.

El plan de Raúl de esperar hasta que oscureciera duró como una hora. Caminó de un lado a otro del despacho, intentó trabajar, y después contuvo el deseo de tirar el maldito ordenador contra la pared.

Estaba furioso, avergonzado y decepcionado... y todo ello consigo mismo.

Había llegado allí con grandes ideas y con la intención de ser como Hawk y cambiar vidas. Todo lo que había visto en Fool's Gold lo había atraído y se había sentido bien recibido. Pero entonces, ¿qué había hecho? Lo había echado todo a perder.

Años atrás, en la facultad, la había fastidiado bien y Hawk lo había sacado del mal camino. Desde entonces, él había aprendido a encontrar su camino solo. Hasta ahora.

No sabía qué había ido mal. En el caso de Pia suponía que había sucedido al pedirle que se casara con él para que él pudiera tener todo lo que quería sin poner nada de su parte ni arriesgar nada. Había optado por el camino más fácil y le había supuesto un infierno.

Debería haber sabido que no podía conseguirlo de un modo gratuito. Fue como pactar con el diablo. Si parecía demasiado bueno para ser verdad, lo era.

En cuanto a Peter, había olvidado que trataba con un niño de diez años. Se había hecho amigo suyo y había querido salvarlo, aunque finalmente había terminado haciéndole daño otra vez.

Sintiéndose como una bestia enjaulada en su despacho, fue hacia la puerta y la abrió. Casi se esperaba un recibimiento con antorchas y horquetas, pero el pueblo tenía el mismo aspecto de siempre. Las hojas flotaban con la suave brisa, el cielo era azul y el sol se encontraba un poco más bajo sobre el horizonte que un mes antes. El invierno estaba llegando.

Había querido ver el pueblo cubierto de nieve, experimentar el paso de las estaciones. Había querido esquiar en la pista, tumbarse con Pia junto al fuego, ver cómo iba engordando por los dos bebés. No le costó mucho añadir a Peter a la mezcla. Podía ver al niño jugando junto al fuego, o riéndose mientras jugaban a los videojuegos.

Cuando salió a la calle, encontró que la solución era obvia y simple. Podía tenerlos a los dos, si estaba dispuesto a entregar todo lo que él era. ¿Qué había dicho Josh? Corazón, alma y pelotas. Sin Pia, no podía darles ningún uso a ninguna de esas cosas. En cuanto a Peter, el chico se merecía lo mejor, pero él esperaba que estuviera dispuesto a aceptar lo que le ofrecía.

Medio se esperaba que los cielos se abrieran y los ángeles cantaran. Lo entendía.



Por fin lo entendía. Después de todo ese tiempo y de evitar la única cosa que quería, lo había comprendido.

No se trataba de donar dinero o de cederle el campamento a una escuela, sino de dar todo lo que tenía, todo lo que era. Se trataba de arriesgar su corazón.

Pia, pensó frenéticamente. Tenía que hablar con Pia.

Giró hacia su oficina y al hacerlo se topó con una docena de mujeres de mediana edad. Estaban mirándolo y eso no era nada bueno.

—Hola —dijo la que iba delante—. Soy Denise Hendrix, la madre de Dakota. Nos conocimos en el Festival del Otoño.

—Sí. Encantado de volver a verte —asintió hacia las otras mujeres—. Señoras.

Las otras mujeres lo miraron sin responder. Se fijó en que Bella estaba entre la multitud, pero no parecía tan contenta como el día que había ayudado también a rescatarlo de las agresivas turistas.

—Tenemos que hablar contigo —le dijo Denise.

—No me viene bien en este momento.

—¿Te parece que estamos rejuveneciendo? —dijo secamente la mayor del grupo—. Vas a escucharnos, jovencito, y vas a escucharnos bien. Podemos hacer que tu vida sea un infierno. ¿De verdad quieres que lo intentemos?

Como todo buen deportista, sabía cuándo tenía delante a un oponente superior.

—No.

—Eso me parecía. Adelante, Denise.

—Hemos estado hablando —dijo la madre de Dakota—. Te hemos investigado en Internet. No sé qué te pasó con tu primera mujer, pero no era alguien en quien nosotras confiaríamos.

Las otras mujeres asintieron.

—Llevas soltero varios años, así que está claro que lo has superado. Llegaste aquí en busca de un hogar, lo que demuestra que eres inteligente. Pareces un hombre muy simpático, además.

Estaba claro que esas mujeres no habían estado hablando con la alcaldesa Marsha.

—Pero te has quedado atorado.

Bella se abrió camino entre las mujeres y se situó frente a él.

—Pia te quiere y nosotros queremos que te tenga.

Denise le dio una palmadita en el brazo a su amiga.

—Bella, creo que tenemos que ser más delicadas. Puede que Raúl no esté enamorado de Pia. Puede que tengamos que explicar algunas cosas.

—Lo entiende —dijo otra mujer—. ¿Cómo no iba a hacerlo? Es maravillosa. Si no la ama, no la merece.

—Estoy de acuerdo —dijo alguien—, pero ya lo he dicho antes. Si esperamos al hombre que merecemos, jamás nos casaremos.

—Por lo menos es guapo.

—Y rico.

—Tiene un pelo muy bonito —les dijo Bella.



—Y un trasero fantástico.

El último comentario colmó la paciencia de Raúl.

—Chicas, agradezco vuestra intervención y sé que Pia estará muy agradecida cuando se entere de vuestro apoyo —«humillada», pensó mientras sonreía por primera vez en horas. Humillada, pero agradecida—. Pero esto es entre Pia y yo. Ahora, si me disculpáis, tengo que ir a hablar con ella.

Denise lo agarró del brazo con sorprendente fuerza.

—No tan rápido. ¿Qué vas a decir?

Las miró a todas. Aunque podía decirles tranquilamente que no era asunto suyo, no había cambiado de opinión en lo que concernía a quedarse allí. Fool's Gold sería su hogar durante mucho tiempo y esas mujeres serían sus vecinas.

—La verdad es que estoy desesperadamente enamorado de ella y voy a suplicarle que me dé una segunda oportunidad.

Algunas de las mujeres suspiraron.

Denise le dio un empujón.

—No te quedes ahí. Ve a buscarla.

Él echó a correr mientras pensaba adonde ir primero. Era media tarde. Empezaría por su oficina.

Subió las escaleras de dos en dos y, cuando llegó, su puerta estaba parcialmente abierta. Corrió hacia ella consciente de las voces que se oían en la primera planta. Ignorándolas, empujó la puerta y la encontró sola.

Estaba prácticamente como la primera vez que la había visto: preciosa con su melena castaña ondulada y luminosa, sus ojos color avellana que mostraban toda emoción. Ahora la diferencia era que él sabía que era divertida, amable, encantadora e inteligente; que era racional y compasiva, incluso cuando le entraba el pánico, que era capaz de entregar su corazón y que no encontraría a nadie como ella en todo el mundo.

Alzó la mirada impactada.

—Raúl. ¿Estás bien? Me he enterado de la visita que te ha hecho Marsha y quiero decirte que no he tenido nada que ver con esto.

—Lo sé.

—Está disgustada, pero nadie quiere que te marches del pueblo.

—Bien, porque no me iré.

—¿En serio? Bueno, eso es genial. Quiero decir, está claro que puedes vivir donde quieras, es un país libre.

Él se acercó a la mesa y la puso en pie. La mirada de Pia titilaba como si temiera mirarlo directamente a los ojos.

—¿Pia?

—Sí.

—Mírame.

Ella suspiró y después hizo lo que él le pidió.

Raúl conocía su rostro, lo había visto cientos de veces, pero jamás se cansaría de verla y de acariciarla. «Solo ella», pensó. Se arriesgaría con ella porque no tenía



elección. Sin ella, le parecía que no estaba vivo del todo.

—Te ofrecí un matrimonio de conveniencia —comenzó a decir—, porque no estaba preparado a comprometerme otra vez. Mi primer matrimonio terminó muy mal. Había cometido un error y no sabía en qué me había equivocado. En lugar de descubrirlo, decidí no volver a arriesgarme jamás.

Los dedos de ella resultaban cálidos contra los suyos. Sintió cómo temblaban. Mientras que quería reconfortarla, sabía que primero tenía que contarle la verdad.

—Lo que Caro hizo estuvo mal, pero no creo que pretendiera traicionarme. Su carrera le importaba más que ninguna otra cosa. Yo lo había sabido, pero no pensé en lo que ello suponía. Quería una mujer y una familia. Ella pronunció las palabras adecuadas y yo las creí porque me dijeron lo que era importante para mí.

Besó la mano de Pia.

—Me mudé aquí pensando que sería fácil —siguió él.

—Idiota...

—Y que lo digas. No fue fácil, pero éste es mi hogar. Sin embargo, está vacío sin ti —la miró a los ojos—. Te quiero, Pia O'Brian. Hasta ahora he sido demasiado testarudo y he estado demasiado asustado como para admitirlo, pero te quiero. Por favor, cástate conmigo. No porque sea conveniente y práctico, sino porque no podemos imaginar la vida sin el otro.

La esperanza iluminó el rostro de Pia y sus labios se curvaron en una sonrisa.

Todo dentro de él se relajó. Podían estar juntos, aunque...

—Pero no estaremos solos tú, yo y los gemelos. También estará Peter. No puedo abandonarlo. Quiero hablar con la señora Dawson para adoptarlo.

Ella se mordió el labio.

—¿Y si te digo que no a eso?

Raúl volvió a tensarse.

—Los dos vamos incluidos en el mismo paquete.

Todo lo que había querido y necesitado pendía de lo que ella dijera a continuación. Quería decirle que la cuidaría para siempre, que siempre los amaría a ella y a sus hijos, pero no podía sobornarla para que aceptara. Ambos tenían que seguir el dictado de sus corazones.

—Buena respuesta —susurró ella—. Y sí.

La felicidad explotó dentro de él. La levantó en brazos y la besó con todo el amor y la pasión que tenía. Tras ellos oyó algo que parecieron vítores y sollozos: las mujeres que se había encontrado en la calle estaban allí, junto a la alcaldesa y a la señora Dawson.

—Cuánto me alegro —dijo la trabajadora social frotándose los ojos—. Entraste en el listado de padres adoptivos de emergencia cuando Peter se quedó contigo la primera vez. Puedes ir a buscarlo ahora.

Las otras mujeres asintieron y Marsha sonrió.

—Sabía que lo harías.

—Pues antes no has dicho lo mismo.

—No habría servido de nada.



Raúl volvió a besar a Pia y se recordó que no debía contrariar a la alcaldesa.

Pia lo rodeó con sus brazos y se apoyó contra él. Había rezado para que todo funcionara, pero también había estado asustada. Asustada de pasar el resto de su vida amando a un hombre que no la correspondía.

Ahora era muy agradable ver que había estado equivocada.

Volvió a besarla y ella se sintió como si se derritiera por dentro.

—Tenemos mucho que hacer —dijo él con la frente apoyada contra la suya—. Dar la aprobación de los planos de la casa, casamos y empezar con las clases de preparación al parto.

Ella se rio.

—No te preocupes, se me dan muy bien los detalles y ahora mismo solo hay una cosa que importa.

Él asintió.

—Peter.

—Sí. Ya debe de haber salido del colegio. Vamos a darle la buena noticia.

Raúl vaciló.

—¿Estás segura? Tendremos tres hijos.

—Estoy segura.

Había otras cosas en qué pensar, como el hecho de que ser madre de los mellizos y de Peter significaba que necesitaría un asistente que la ayudara con todos los festivales. Y que hasta que estuviera construida su nueva casa, estarían un poco apretados. Y que deberían casarse enseguida para poder irse a vivir con Raúl y Peter. Pero eso podía esperar un poco más. Ahora tenían que partir para hacer realidad los sueños de un niño.

Peter estaba sentado en la estrecha cama que le habían asignado. Era el mismo hogar comunal en el que había estado antes, pero los niños eran otros. No tan mezquinos. Nadie se había metido con él por llorar cada noche hasta quedarse dormido.

Intentaba con todas sus fuerzas no estar asustado, se decía que ahora era un niño más grande, que no necesitaba a nadie, que era fuerte. Pero cada vez que pensaba así el pecho le dolía, se le hacía un nudo en la garganta y se echaba a llorar.

Sabía lo que pasaría después. Lo enviarían a una casa de acogida donde no conocería las normas y los otros niños lo mirarían. Intentaría hacerlo todo bien, pero no lo lograría y entonces le gritarían y lo golpearían. Y estaría solo.

Desde abajo oyó voces. Adultos hablando. Durante los dos primeros días había esperado que Raúl fuera a buscarlo, que le dijera que había cometido un error y que había cambiado de opinión, que quería que estuviera con él para siempre.

Había pensado... había esperado...

Sacudió la cabeza. Se había equivocado. Nadie iría a buscarlo. Nunca.

—¿Peter?

Oyó a la señora Goodwin gritar su nombre.



—Peter, ¿puedes bajar?

Peter se levantó y se secó las lágrimas para que nadie supiera que había estado llorando. Salió al rellano, con la cabeza agachada y los hombros caídos.

Dio un paso, después otro... y cuando alzó la mirada vio a Raúl y a Pia en el salón, mirándolo.

Se detuvo y los miró. Estaban extraños... no enfadados, sino... asustados. Pero, los adultos no se asustaban, ¿verdad?

Raúl fue hasta las escaleras y levantó la mirada hacia él.

—Lo siento por haberte hecho venir aquí.

Peter se encogió de hombros.

—Da igual —sabía que la gente debía disculparse, pero no sabía por qué. Decir que lo lamentabas no cambiaba nada.

—No, no te da igual —dijo Raúl mirándolo fijamente—. Lo único que quería era apartarte de los Folio, pero tenía que dar un paso más; tenías que encontrar un hogar de verdad.

Se aclaró la voz.

—Pia y yo vamos a casarnos y queríamos saber si te gustaría venir a vivir con nosotros —se detuvo—. No, no es eso exactamente. Queremos adoptarte, Peter, si quieres tenernos como familia.

Peter sintió frío y calor al mismo tiempo. Esas palabras le parecieron magia e hicieron que todo volviera a estar bien. Bien por primera vez en su vida. Se le llenaron los ojos de lágrimas y al momento bajó corriendo las escaleras, tanto que prácticamente voló. Se echó sobre Raúl.

Raúl lo abrazó tan fuerte que les costó respirar, pero no pasaba nada. Peter estaba llorando y Pia fue a abrazarlos a los dos. Estaba diciéndole algo sobre los bebés, unos perritos y su propia habitación.

Peter no lo comprendía del todo y sabía que no importaba. Lo único que le importaba era que por fin había encontrado el lugar al que pertenecía. Una familia con gente que lo amaba. Los fuertes brazos de Raúl lo abrazaban mientras Pia le besaba las mejillas y le secaba las lágrimas.

Por primera vez desde el accidente de coche, miró arriba y supo que sus padres estaban mirándolo desde el Cielo.

—Ya podéis dejar de estar tristes —susurró—. Estaré bien.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

SUSAN MALLERY

Autora de bestsellers románticos, ha escrito unos treinta libros, históricos, contemporáneos e incluso de viajes en el tiempo. Comenzó a leer romance cuando tenía 13 años, pero nunca pensó escribir uno, porque le gustaba escribir sobre filosofía o existencialismo francés. Fue en la escuela superior cuando acudió a clases sobre *Cómo escribir una novela romántica* y empezó su primer libro, que cambió su vida. Fue publicado en 1992 y se vendió rápidamente. Desde entonces sus novelas aparecen en Waldens bestseller list y ha ganado numerosos premios.



Actualmente vive en Los Angeles, con su marido, dos gatos y un pequeño perro..

SIMPLEMENTE PERFECTO

Cuando la mejor amiga de Pia O'Brian murió, ésta esperaba heredar a su querido gato, pero, en lugar de eso, Crystal le dejó tres embriones congelados. Pia no creía que estuviera preparada para la maternidad. Sin embargo, dispuesta a cumplir el sueño de su amiga, decidió convertirse en madre soltera... y ese mismo día conoció a un hombre guapísimo y sexy.

Raúl Moreno, un famoso ex jugador de fútbol americano que se había criado en una casa de acogida, era ahora más rico de lo que podría haber imaginado nunca y dirigía un campamento para los niños necesitados de Fool's Gold. Aunque después de su última relación había decidido olvidarse de las mujeres, no podía sacarse de la cabeza a la dulce y sexy Pia... y le propuso un descabellado plan.

AMOR EN FOOL'S GOLD (A FOOL'S GOLD ROMANCE)

1. Chasing perfect- Buscando la perfección
2. Almost Perfect- Casi perfecto
- 2,5. Sister of the Bride - La hermana de la novia (Antología *Novias de verano*)
3. Finding Perfect - Simplemente perfecto
4. Only Mine
5. Only Yours
6. Only His
7. Summer days
8. Summer nights
9. All summer long



LAS HERMANAS KEYES

1. Sweet Talk (2008) / Dulces palabras (2010)
2. Sweet Spot (2008) / Dulces pecados (2010)
3. Sweet Trouble (2008) / Dulces problemas (2010)
4. Finding perfect (2010) / Simplemente perfecto (2011)

* * *



GÉNERO: Romance Contemporaneo
Título original: *Finding perfect*
Traducido por: Esther Mendía Picazo
Editor original: Harlequin Books,08/2010

Editorial: Harlequín Ibérica, 12/2011
Colección: Mira, 287
ISBN: 978-84-9000-907-9